
Hathi
Trust


אורים ותמים
LUX ET VERITAS

APUNTES

sobre el cantón de Xalapa, Estado de Veracruz, México.

POR

Joaquín María Rodríguez,

PUBLICADOS

DESDE JULIO DE 1893 Á FEBRERO DE 1895

EN

"La Voz de la Verdad,"

PERIODICO DIRIGIDO POR EL

Sr. D. Antonio F. Portilla,

DIPUTADO A LA H. LEGISLATURA DEL ESTADO.



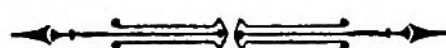
XALAPA.

IMPRENTA VERACRUZANA DE LA VIUDA E HIJOS DE RUIZ.

1895.

A MI HIJO

JOAQUIN MARIA RODRIGUEZ RIVERA.



He escrito estos apuntes pensando en tu porvenir. ¡Plegue á Dios que te sean útiles cuando llegues á hombre!

Tu Padre.



APUNTES

SOBRE EL CANTON DE XALAPA,

Estado de Veracruz.—México.

El entrañable cariño que profesamos á esta porción del territorio veracruzano, y el conocimiento que hemos podido adquirir de la fertilidad de su suelo, variedad de sus productos y riqueza zoológica, nos ha dado ánimo para emprender un trabajo, si bien superior á nuestras fuerzas, al menos con el fin laudable de que á nuestro ejemplo otras personas más observadoras, caracterizadas y eruditas, ilustren todas las cuestiones que podamos presentar, para bien de nosotros muy particularmente y de todo aquel que se interese por el progreso de la Patria.

Adoptaremos en la exposición de nuestras observaciones más que el lenguaje técnico, el uso de las palabras vulgares con que se conocen las cosas, para que de esa manera podamos conseguir que el campesino nos lea con gusto, ya que para esta clase tan numerosa de nuestra sociedad no existe, ni remotamente, el deseo de subscribirse á un periódico, y mucho menos, la gana de leerlo; pero eso no obstante, no se crea que vamos á dejar de apuntar, hasta donde nos fuere posible, las palabras propias para la designación científica de los seres ó materias á que tengamos que hacer referencia, con el propósito también de que nos comprendan las personas eruditas, porque siendo algunos nombres puramente de *localidad ó provinciales*, y diversos de un pueblo á otro para designar una misma cosa, acaso pudiéramos engendrar dudas ó errores por falta de claridad.

Proponémonos también irnos ocupando por orden de los diversos municipios del Cantón, sin pasar á tratar de otro, antes de haber terminado con el anterior; y desde ahora ofrecemos á nuestros lectores que aceptaremos con humildad y deferencia

todas las observaciones juiciosas que se sirvan hacernos, contraidas á desvanecer un error ó una mala apreciación; porque estamos persuadidos de que no obstante todas nuestras observaciones recogidas en más de cuatro años que llevamos de estudiar el Cantón, pudiéramos habernos equivocado y asentar una falsedad, aunque sin intención.

Manifestado lo anterior, entremos en materia.

El cantón de Xalapa por su posición natural posee todos los climas, desde el más frio hasta el más caluroso, y de ahí que pueda contar en su suelo la mayor parte de las producciones de la tierra; excepción sea hecha de aquellas que necesitan otras condiciones de vida que no puede proporcionarles, no decimos este Cantón, pero ninguno de los demás lugares de la República.

Nadie entenderá que porque decimos que aquí hay mucho, nos sea dable presentar un ejemplar siquiera del leon de Africa, del oso polar ó del castor del Labrador. Hacemos nuestra afirmación de una manera muy relativa, pero bastante para que se estime aproximadamente la riqueza de los diversos lugares que componen el cantón de Xalapa, y para que se entienda que no tenemos derecho á quejarnos de la madre naturaleza, que próvida con nosotros, nos ha brindado con todo lo que podemos apetecer.

Ahora bien, para dar principio á nuestros trabajos, vamos á comenzar por los lugares más frios; después seguiremos con los menos frios; en seguida con los templados; luego con los que se aproximan á los calientes, dejando el último lugar á éstos, que son los más ricos y los más variados.

I.

Llama nuestra atención, en primer lugar, el municipio de las Vigas.

Este pueblecito que en tan poco tiempo ha adquirido bastante importancia por su industria y comercio, se asienta al N. O. de Xalapa, á uno y otro lado del antiguo camino nacional, en tierras de Tlacolúlam, como á 30 kilómetros de esta Capital.

Posee excelente agua potable, sus casas son en la mayoría bajas, sus calles se resienten de falta de uniformidad, son angostas y no muy rectas, y sus habitantes son industriosos, comercian-

tes y agricultores. Fundado por familias españolas, el color de sus habitantes es ligeramente sonrosado; los hombres son de cuerpo alto, de musculosas formas y barbudos; las mujeres en su totalidad hermosas y bien conformadas, pero hay muchas de ellas que tienen *bocio*, sin duda debido al agua que toman, no obstante que beben el pulque llamado *tlachique*, licor que ahí puede prepararse del maguey que se da en los alrededores de la población.

El clima de las Vigas, es sin duda, el más frio del Cantón. El termómetro centígrado baja en los inviernos crudos á O grados, manteniéndose á esa altura hasta ciertas horas de la mañana, y en casi toda la noche. Hiela y nieva en abundancia; pero el frio que produce el hielo es más intenso que el que se experimenta cuando nieva. El *hielo prieto* se entierra, teniendo en muchos sitios cerca de veinte centímetros de espesor, y presentando una forma de espiguillas ó arborizaciones. Cruje al quebrarse cuando se pisa, y cuartea el suelo, levantando por todas partes grandes láminas de tierra que se convierten en polvo al secarse. Reina ahí un airecillo constante que corta el cutis de las manos y del rostro y produce grietas en los labios de la boca de la persona no acostumbrada al temperamento. En el invierno, el sol no calienta, quema, y el cutis toma un color ceniciento. El cielo es límpido, pero muy propenso á cubrirse de nubes de poquísimo peso que se arrastran por el suelo, impidiendo ver á veinte metros de distancia. Cuando se levantan, adquieren mayor espesor y densidad, produciendo una lluvia finísima que empapa los vestidos y que por esos rumbos se conoce con el nombre de *chipi chipi*, que para los habitantes constituye un medio de conservar la salud, circunstancia por la cual suelen llamarlo *la salud del pueblo*. Cuando hace buen tiempo, las noches son hermosas, y el cielo se ve más cuajado de estrellas que el nuestro, sin duda por la rarefacción del aire. El invierno dura ahí más tiempo que en Xalapa, y no es raro ver caer hielo en el mes de Mayo.

Tiene las Vigas poco terreno laborable y en su totalidad es arcilloso y excesivamente delgada la capa vegetal. Produce en el año una sola cosecha de maíz llamada *temporal* y la cánula de este cereal no levanta mucho del suelo. La forma del grano es pequeña; como *diente de perro*, la mazorca chica, pero dura.

ble en la troje y se cosecha mucho *molcate*. Con este nombre designan los agricultores á la mazorca raquítica que no adquirió el tamaño regular.

Los labradores hacen sus barbechos en Diciembre, y en Enero siembran para levantar su cosecha en Noviembre. Cuando el terreno es bueno, está bien abonado y poco trabajado, soporta una segunda siembra de cebada que fructifica en pleno invierno, produciendo un grano macizo y pesado; pero en lo general, se tiene por costumbre en aquellos lugares, hacer una siembra de maiz en un año, otra de cebada en el siguiente, aventurera ó temporal, y dejan descansar la tierra por dos años, destinándola para potrero de ganado menor, y volviendo á sembrar maiz hasta los cuatro años. Esta no es la costumbre general, pero puede decirse, sin temor de sufrir una equivocación, que la pérdida será segura para el agricultor, al tercer año, si no tuvo cuidado de abonar el terreno previamente.

II.

Algunos labradores, cuando por falta de ganado ó por no haberlo podido vender, se quedan con el rastrojo después de haber levantado su siembra, acostumbran picar toda la caña y barbechar inmediatamente, procediendo á depositar en la tierra la semilla del maiz en los primeros dias ó á mediados de Enero, operación que tiene sus ventajas, pero que á la vez viene aparejada de algunos peligros.

La semilla tarda en germinar en aquellos lugares, por lo menos un mes, en razón de ser muy fria la tierra, así es que hasta Febrero se ven aparecer las primeras briznas de la siembra; pero el adelanto que se adquiere procediendo de la manera que hemos señalado, expone á la planta á secarse á la primera helada que necesariamente tiene que caer, porque la coge en *gihuite* (en yerba), y el cogollito (tallo embrionario) no tiene la suficiente resistencia. Esto no obstante, hay labradores tan curiosos que logran levantar la mayor parte de su siembra, si la helada no fué muy fuerte, cortando las hojitas enfermas de cada planta, mata por mata, con unas tijeras ó un cuchillo, lo que se llama *trasquila*. Cuando desgraciadamente se perdió la siembra, tienen que resembrar dando por perdido todo lo gastado, que siempre

es algo, por más que ahí los jornales sean baratos, si se atiende á las operaciones sucesivas que deben llevarse á cabo para levantar la cosecha.

Como llevamos dicho, debe barbecharse primeramente, metiendo las más de las veces dos fierros, uno para levantar el *terromote* y otro para cruzarlo ó desmenuzarlo é inmediatamente se surca; viene después el trabajo de la siembra; luego un fierro para limpiar ó hacer el primer atierre; después, otro fierro para el segundo atierre; en seguida *doblan*, operación que consiste en quebrar la caña abajo de la mazorca, y por último, hacen la *pixca*, que es la recolección del grano.

Sucede también, por desgracia frecuente, que la naturaleza se encarga de ahorrar todos estos trabajos al agricultor, perdiéndole su siembra en la primera helada.

Apuntaremos, aunque sea muy á la ligera, los peligros á que está expuesta la planta del maiz por aquellos rumbos, después de los enumerados.

Si salió con bien de su estado de *gihuite*, porque no se la comió el conejo antes de la primera helada, ó porque no se heló, y llega sin novedad á echar banderilla, que es lo mismo que apuntar la flor, nada le hace el hielo ya, porque la caña tiene la suficiente resistencia para sufrir los rigores de la estación; pero puede volver á peligrar al aparecer el *miáhuatl*—nombre con que se distingue el penacho que contiene las flores machos de la planta y que corona su parte superior—porque la salida del *miáhuatl* coincide con la aparición del *gilote*, (mazorca ó panoja tierna), que como se sabe es el *ráquix* ó soporte que contiene en estado embrionario los granos que más tarde han de constituir la mazorca. El gilote está perfectamente cubierto por un buen número de hojas fuertes y resistentes, de una consistencia distinta de las hojas de la planta y que se designan con el nombre de *totomoxtes*. Pues bien, con el fin de que se efectúe la fecundación, el gilote se abre por su parte superior, dando salida á una multitud de filamentos en forma de escobeta y de un color de heno amarillo subido ó morado, según la clase del maiz, de los cuales cada uno viene á dar á un ovario ó grano. Si desgraciadamente cae el *tachi*, especie de coleóptero muy propio del lugar, ó la *tijerilla*, se comen esos filamentos, conocidos en conjunto con el

nombre de *xilosonte*, y la fecundación no tiene lugar, *envanándose* la mazorca. Y si el *tachi* no aparece, puede muy bien caer el *chahuixtle*, animal microscópico de color amarillo, que amarillea la planta, la coloca en condiciones de no poder sostener y criar su fruto, y convierte todo el sembrado en cañuela. Sucede muchas veces que la planta se escapa de estos enemigos, pero si hiela, el gilote se convierte en un *hongo*, [1] ya conocido de muchos en la Ciudad, porque lo traen al mercado, y es muy bueno de comer. Por último, puede suceder que venga una lluvia con viento y eche por tierra todo el plantío, quebrando la cánula.

No siempre pasa la planta por los contratiempos que acabamos de apuntar y llega á sostener sus *elotes* ya sazonados. Entonces los *maiceros*, pájaros de corto pero fuerte pico, las ardillas, los tejones y los *mapachines*, éstos dos últimos de la clase de los carnívoros, hacen su agosto, comiéndose el grano; pero si éste logra escapar de tan encarñizados enemigos, de seguro que no podrá decirse lo mismo de los perros mazorqueros, que en toda siembra hacen destrozos, circunstancia por la cual las autoridades, año por año, vienen dando sus disposiciones para que durante todo el tiempo que dure el maiz en elote, estén todos los perros de la población perfectamente amarrados. Pero hasta ahora no se ha remediado el mal, y en esa temporada mueren algunos canes en el mismo lugar de su delito. Por último, ya en la troje el maiz, tiene otros enemigos, el *gorgojo* que deja hueco el grano, si es que no se *poxcagua*, por haberlo guardado húmedo, que es lo mismo que si dijéramos que se llena de moho ó se pudre.

Cuanto llevamos apuntado es la verdad, por más que aparezca el cuadro con colores obscuros, pero al hablar así, llevamos dos fines. Sea el primero, dar á conocer al mandatario los grandes trabajos por los que necesariamente tienen que pasar los campesinos de algunos pueblos del Cantón para entrojar unas cuantas cargas de maiz, con el objeto de considerarlos, cuando buenamente sea posible, en los impuestos que causan al Estado. Sea el segundo, hacer comprender á los habitantes de las tierras frias, de las condiciones de los de las Vigas, que no les conviene

1. Enfermedad del maiz, semejante al que sufre el centeno. Es una especie de cornezuelo.

la siembra del maiz, y que mejor cuenta les tendría dedicarse al cultivo de la cebada, que tiene menos costo y menos peligros, y que resulta excelente, y de la *haba*, el *arvejón* y acaso del garbanzo, que se dan muy bien en semejantes terrenos.

Se nos puede objetar que muchas siembras de maiz no pasan por todos los inconvenientes señalados, pero á eso contestaremos que si tal cosa sucede, es debido única y exclusivamente á la posición del terreno. Nosotros también creemos, y aun lo podemos asegurar, que se dará muy bien el maiz en un solar ó huerta orientados convenientemente, en terreno ligeramente inclinado, de modo que no puede lavarse y al abrigo de los vientos del Cofre, del Volcán ó de los alisios del N. O., que por ahí llaman Norte de arriba, y siempre que tengan buen abono y capa vegetal siquiera de media vara de espesor. Las tierras que no se hallen en estas condiciones, constituyen peligros para el agricultor, y no será extraño verlo al fin de la jornada llorar su tiempo perdido, y lamentar haber botado su dinero, sin la más mínima esperanza de recuperarlo.

Existe en las pequeñas poblaciones la idea de que sin maiz no hay vida posible. Para aquellas gentes, en un sentido puramente material, indudablemente que sí; pero es necesario que comprendan que el maiz puede venir de otros lugares, si hay dinero para comprarlo, y el dinero se obtiene vendiendo los frutos que se puedan cultivar y cosechar con menos peligro y con mayor provecho en las tierrras que les tocó en suerte habitar.

Felizmente hay ya entre los hombres dedicados al campo y alejados de las grandes poblaciones, un espíritu práctico que les ha hecho comprender la importancia de utilizar sus tierras convenientemente, sin exigirles más de lo que puedan dar.

El que esto escribe, tropezó en San Salvador Acajete con un viejecito venerable, Don Felipe Ceballos, quien cuenta más de ochenta y cinco abriles de existencia, el cual lo llevó á ver su siembra de *tonalmil.* [2] Como el *tonalmil* no se da en el centro

2. *Tonalmil.* Llámase asi el maiz que se cosecha en Junio ó Julio, á diferencia del temporal que se levanta en Noviembre ó Enero. En los lugares frios no puede darse el *tonalmil*, porque la fuerza de la tierra no es suficiente para el desarrollo de la planta en tan poco tiempo. En Julio, la planta está generalmente saliendo del estado de yerba.

del pueblo de San Salvador por las razones que apuntaremos más adelante, se comprenderá que con gusto y curiosidad acompañamos al anciano á ver la siembra. Cerca ya de las bardas del lugar sembrado, y notando la ausencia completa de un *miáhuatl* ó de una caña, pudimos ver un buen espacio de tierra ocupado por matas de papa cargadas de tomate, que es la frutilla que contiene las simientes. Dijo entonces el Sr. Ceballos: "he aquí nuestro *tonalmil;* venderé mi papa, y con su producto bien podré comprar algunas cargas de maiz para el gasto de mi familia y de mis criados."

Convengamos en que el Sr. Ceballos tenía sobrada razón y resolvámonos á no pedir peras al olmo, como vulgarmente se dice, exigiendo únicamente á la tierra lo que buenamente nos pueda dar, atentas sus condiciones de riqueza y posición.

Hemos conocido una persona en la Hoya, que pagó carga de maiz á veinte pesos cuando sus vecinos la compraron á ocho, tan solo por querer que su terreno, situado en las Sabanetas, le diera una cosecha que de ninguna manera podía realizar, porque en ese lugar si se logró alguna vez el maiz, al grado de enriquecer al sembrador, en la actualidad es punto menos que imposible, y se corre el riesgo de perder un capital fuerte, como aconteció á los dueños primitivos de dichos predios, que no han podido hasta ahora resarcirse de la pérdida que sufrieron.

III.

La cebada que se produce en las Vigas, por regla general, es buena, pesada y de grano grande, y se puede dar dos veces en el año, aunque no en el mismo terreno: la llamada *temporal* que se siembra en Marzo ó en Abril, y la *aventurera* que se *riega* en Noviembre ó Diciembre.

Preparado el terreno convenientemente, y para que lo esté, basta un sólo fierro para levantar el terromote y desmenuzarlo, se esparce la semilla á puños, más ó menos tupida, según el deseo del agricultor y la fuerza del terreno, y luego se pasa la *rastra* por dos veces, cruzando la segunda. Esta operación consiste en arrastrar de un extremo á otro del sembrado, una grande rama de espino seco (tejocote agrio) para enterrar ligeramente la semilla depositada en la superficie de la tierra.

Cuando la planta está en *gihuite* lleva el riesgo de perderse si le cae hielo, ó de *chahuixtlarse* si llueve mucho ó se *entabla* una sequía por largo tiempo, pero luego que sale de ese estado y empieza á apuntar la espiga, se va sin novedad hasta su término, siendo rara la vez que se *envana.*

De corte ya, *se le mete hoz*, y se tiende al sol á lo largo del surco para que se seque. Después se engavilla y se traslada á la era.

Como en agricultura andamos por desgracia un poco atrasados, y como por otra parte, nuestros campesinos tan sufridos, tan pacientes y tan trabajadores, pero á la vez tan escasos de muchos conocimientos, se limitan á hacer lo que vieron ejecutar á sus padres, y no se preocupan para nada de los adelantos que se han venido alcanzando en el importantísimo arte de la siembra, tienen dificultad para encontrar un lugar conveniente para la era, y no lo cambian por otro, temerosos de salir mal en la permuta. Hay familias que hacen uso de la misma era que utilizaron sus padres y aún sus abuelos, y que de seguro ocuparán sus hijos y los nietos, porque hay que advertir, que aquélla tiene que estar en lugar plano y en condiciones tales, que sin soplar sobre ella mucho el viento, no deje de correr un airecillo constante, necesario para las operaciones que ahí deben hacerse.

Consiste la primera en trillar la gavilla, lo cual ejecutan colocando ésta en círculo, cubriendo su centro con la misma, y haciendo que una media docena de bestias caballares, arregladas convenientemente y con una en el extremo que sirve de guía, den vueltas alrededor de la que constituye el eje, pisando la cánula y la espiga de la cebada, para separar el grano de ésta de su ráquix, y para quebrar la caña en menudos pedazos. Cuando consideran que el grano ya se desprendió, lo que les es fácil averiguar, *tanteando* la gavilla que se está quebrando, separan la paja con el auxilio de un bieldo y se dedican á recoger el grano para *aventarlo* ó limpiarlo de cuerpos extraños, lo que consiguen levantándolo al aire con la ayuda de una pala. Lo ponen en sacos después, para evitar que se queme ó se cueza, y procuran asolearlo los dias posteriores, con el fin de entrojarlo perfectamente seco. Respecto de la paja, la barcinan y la con-

ducen al mercado desde luego, porque no acostumbran colocarla en almiar, en razón de la humedad atmosférica, que la descompondría, pudriéndola al poco tiempo.

Antes de pasar á tratar de otro asunto, creemos oportuno decir que para *regar* la cebada en el campo destinado á la siembra, y evitar que se llene de nabillo, se hace indispensable purgar la semilla previamente, empleando un *ayate*, y moviéndola de un lado para el otro, al aire, con el fin de que se desprenda la del nabillo y caiga al suelo. Se puede hacer punto omiso de esta precaución cuando se tiene el propósito de utilizar la cebada verde como planta forrajera.

La siembra del arvejón y de la haba da también buenos resultados á poco costo, y es extraño que aquellos labradores no la hayan emprendido en debida forma, dedicando en sus campos, por via de ensayo, algunas amelgas para la del garbanzo y la lenteja, que de seguro se darían muy bien, así como la del *aspistle*, teniendo cuidado, al tratarse de este último, de *acriollar* la semilla por medio de siembras sucesivas en pequeñísima escala, por tener el inconveniente la indicada planta, de no poder fecundar si no es con el auxilio de un insecto pequeño que vive á sus expensas, y que no se manifiesta sino en los sembrados de semilla criolla.

En las huertas de *milpa*, si están bien abonadas, nace expontáneamente una especie de lirio, llamado vulgarmente *cacomite*, cuya cebolla es farinácea y susceptible de comerse. La flor de esta planta es preciosa, tiene tres pétalos grandes, con manchas de un color subido en la parte que corresponde al centro de la corola, y otros tres pétalos pequeños, cada uno entre dos de los mayores, y que contribuyen á dar á la flor un aspecto especial. Esta no tiene cáliz y el ovario queda al desnudo y abajo de la línea de la corola. Los filamentos de los estambres en número de tres, y el estilo, están íntimamente soldados, separándose en la extremidad, en donde se notan las tres anteras cargadas de polen y más bajas que los estigmas, que se dividen en dos estiletes cada uno. La planta tiene hojas recticuladas y estriadas longitudinalmente y se levanta cosa de cuarenta centímetros del suelo. Conveniente sería emplear la cebolla como alimento para el ganado de cerda, hirviéndola previamente, y

acaso se le pudiera dar un destino más provechoso, sujetándola á otros experimentos, encaminados siempre á utilizarla como un comestible.

El frijol mateado se da en las Vigas, en amelgas bien abonadas, pero tiene por desgracia algunos enemigos tan peligrosos como los del maiz; porque si la siembra se hace fuera de poblado y en lugares cercanos á *escobales*, *azumeatales* ó monte, se la come el conejo cuando apenas acaba de brotar, si es que no le cae la *palomilla* ó la *rosquilla*, que igualmente lo matan. Es tan perniciosa la última, que si cae sobre una mata en flor, se come ésta, no respetando ni la vainilla tierna, conocida con el nombre de *ejote*.

Todas estas circunstancias nos inducen á aconsejar á aquellos labradores que se priven de sembrar el frijol, y que si lo hacen, que escojan un terreno adecuado, y que ya haya producido algunas cosechas, porque en las *rozas* nuevas el peligro es más inminente.

El *chayote* ni crece ni fructifica en aquellas alturas, y de las curcúbitas (calabazas), apenas se da y eso raquítica y en reducido número, la llamada *tezcucana*, que tiene un *epicarpo* [cáscara] excesivamente grueso, tanto que puede utilizarse para *jícara*, descarnándola y arreglándola al efecto.

Dentro de las siembras de maiz, pero cerca casi siempre de las habitaciones, se da exuberante y lozano el *quintonile*, especie de *quelite* (verdura) cuyas hojas tienen un color morado por el reverso, y son de un verde obscuro por el anverso, que se sancocha, es decir, que se cuece en un caldo sazonado con un pimiento seco, y que es sabroso de comer, y el *huacte*, otra especie de quelite, blanco, cuyas hojas tienen un polvo finísimo en su superficie. Es menos sabroso que el *quintonile*, el cual también suele ir acompañado con carne de puerco, regularmente el espinazo, en el guiso que nosotros distinguimos con el nombre de *mole*, y que es en verdad una especie de puchero picante.

No se conoce silvestre el *omequelite* (acuyo), ni el *macuilquelite;* pero en las barrancas se encuentra uno que otro ejemplar del *chiltoquelite*, de los cuales nos ocuparemos más adelante, al tratar de otro Municipio.

Lo que si es muy frecuente encontrar en las huertas es un *quelite* llamado *lengua de vaca*, pero no todo es bueno para comer, utilizándose en este sentido, el que tiene la hoja pequeña, y que no se extiende, como pasa con el otro, que además, tiene la hoja mas obscura que el bueno.

Nace ahí la *verdolaga* de hoja pequeña, pero no sirve para nada.

De las plantas de cocina se da el *epazote*, llamado por otro nombre *la manteca del pobre*, el cilantro, el perejil, el tomillo, el orégano, la yerba-buena y la mejorana, pero tienen que cultivarse y sembrarse en almácigos ad-hoc.

La temperatura y el clima no se prestan para la siembra de la hortaliza, pero sí creemos que se podría dar el *chilxihuite*, planta que produce el chile de tierra fría, muy sabroso y muy estimado, siempre que se escogiera un terreno al abrigo de los vientos. Ignoramos si algún vecino se ha dedicado á ese cultivo.

Como plantas medicinales se da el sauco, distinguiéndose dos clases: el colorado y el blanco, siendo este último el único que se emplea; el romero, el llantén, la espinosilla, la melisa ó toronjil, la camomila ó manzanilla, el hítamo real, que crece en las grietas de los muros viejos, el poléo ó toronjil silvestre, y otras muchas especies de plantas, entre las cuales merece especialísima mención el *caxanil* ó *mocaxane*, que es un sodorífico inmejorable y que tomado oportunamente, como té, nulifica los efectos de la *influenza*, reduciéndola á un simple catarro que se cura fácilmente.

Es tan eficaz esta yerba, que ya ha servido para cortar fiebres intermitentes y hasta las llamadas calenturas de tierra caliente.

Su uso es muy sencillo, y debe tomarse tan pronto como se sientan los calofríos y dolores de huesos precursores de la influenza, en infusión, para fricciones de los brazos y de lás piernas, y bebiendo además una cocción de sus hojas, mezclada con cognac, antes de acostarse, guardando cama al otro dia.

Como se da silvestre en los alrededores de esta Capital, podemos, sin trabajo, remitirlo á la persona que nos pidiere muestras de él, y desee experimentarlo.

IV.

Sólo dos métodos se emplean en las Vigas para abonar las tierras. Consiste el primero en regar sobre el terreno, que se destina á la siembra, el abono recogido en los establos ó caballerizas y que se dejó pudrir por algún tiempo. Este método, acaso el más sencillo y menos costoso, presenta los inconvenientes que vamos á señalar, para que se vea con cuanta dificultad gana el hombre la vida en aquellos lugares, mientras no se corrijan ciertos defectos.

Ya dijimos en alguno de los artículos anteriores, que las tierras de las Vigas son en su totalidad delgadas, á grado tal, que si se profundiza el azadón, se lleva el riesgo de nulificar el terreno. Y eso acontece y está aconteciendo, sin que se trate de poner el remedio, porque el campesino encuentra más cómodo echar la culpa al tiempo que á su negligencia, ignorancia ó descuido. Por otra parte, los barbechos sucesivos que se vienen haciendo año por año, han conseguido que el suelo se mezcle con el subsuelo en una proporción por lo menos de un 50 p§, rebajando el mismo tanto de calidad al terreno barbechado. De ahí ha resultado que las tierras que fueron en un principio buenas, estén ahoras abandonadas por inservibles y relegadas al olvido muchos años ha, para que descansen, convertidas en potreros de ganado lanar.

Se comprenderá fácilmente que si sobre un terreno semejante se riega el abono, apenas se conseguirá ponerlo en las condiciones que tuvo al principio, cuando se utilizó por primera vez; y esto, por una sola ocasión, porque la planta que se siembra regularmente es de naturaleza esquilmante, es decir, que roba á la tierra cuanto jugo tiene, dejándola de nuevo en malas condiciones é impropia para otro cultivo. De ahí la necesidad de dejarla descansar, abandonándola á su propia suerte, sin destinarla siquiera para la siembra de otra planta que le devuelva en parte la vitalidad que la primera le robó. Además, hay que tener presente que la *mejora*, simplemente mezclada con la tierra y privada del amoniaco del orín, es menos buena que la que se obtiene por otro procedimiento.

El segundo método consiste, en mejorar el terreno por medio del ganado, encerrado en corrales que se forman sobre el mismo

terreno, cambiándolos cada dos ó tres dias de lugar, hasta conseguir abonar todo el espacio destinado para la siembra; pero esto sólo lo puede hacer el que tenga ganado, de manera que no es común que todos se valgan de ese medio.

Si el primero parece más fácil, se hace algunas veces imposible, por la falta de *mejora*, ó por que no pueda obtenerse sino á precios altos, ó porque sea difícil su acarreo. Respecto del segundo, apenas disfrutan de sus ventajas los que tienen una ó dos puntas de ganado lanar ó cabrío; de manera que se puede decir, sin temor de sufrir una equivocación, que son muchos los que siembran á la buena de Dios y juegan un albur, con muchas presunciones de pérdida, arriesgando su dinero, su trabajo corporal y el porvenir de su familia, sin certeza alguna de que les vaya bien.

Pero todos estos inconvenientes creemos que pudieran remediarse con sólo adoptar un método racional de preparar las tierras, desechando la costumbre bastante arraigada de barbechar, que tanto perjuicio ha venido ocasionando y que es la única causa de los males que señalamos. Proponemos, por lo mismo, que se adopte el sistema de formar amelgas, sin remover la tierra, y turnar las siembras, dedicando un año al maiz y otro al jaramago ó la grama, pidiendo previamente á México á la casa de los Sres. Balme y Compañía, semillas frescas é instrucciones para el cultivo, con el fin de devolver á la tierra, sin necesidad de darle el más mínimo descanso, los jugos que las plantas esquilmantes le roban.

Cáusanos placer consignar aquí, que en el pueblo de las Vigas hay personas entusiastas y competentes para fundar una sociedad de agricultores, compuesta de los sujetos más caracterizados del lugar, con el único fin de proporcionarse buenos libros de agricultura y dar lecciones periódicas á los vecinos, limitándose por lo pronto á leer en público todos los procedimientos seguidos en otros pueblos para determinadas siembras. Los fines que se alcanzarían, de seguro serían provechosos, porque darían al olvido los antiguos procedimientos, inadecuados, sin duda, para poder prosperar y sacar á la agricultura del estado lastimoso en que se encuentra.

En los terrenos de las Vigas se da muy bien la papa, y es un

elemento de riqueza con que cuenta la población, no obstante que no prosperará, si no se pone el remedio á tiempo.

Pasa con la papa lo que con el maiz, queremos decir, que cada año que transcurre tiene menos terreno donde sembrarse. Consiste esta anomalía en lo que deciamos más arriba respecto á la manera de preparar el terreno.

Pocos son los qué siembram la papa en un mismo lugar, y se advierte en todos el propósito de sembrarla en tierras nuevas. A ese paso, no cuidando, como debe cuidarse, el terreno de donde se saca el pan de cada dia, llegará ocasión en que la papa no se dé en terrenos de las Vigas.

La manera de mantener una tierra en buenas condiciones no consiste en estarla abonando año por año, sino en no maltratarla, poniéndola en peores condiciones, no por el cultivo precisamente, sino por la manera de prepararla para recibir la simiente. Altérnese con el maiz, el trébol, la mostaza y la papa, y se verá cómo no se cansa la tierra, porque lo que una planta le quita, la otra se lo da, manteniendo equilibrios constantes en su buena calidad.

Como plantas de jardín se dan en las Vigas la *hortensia*, más frondosa y más bonita que entre nosotros; el *clavel* aromático, pequeño de talla y de diversos colores, la *clavellina* y la *dahlia*, ésta con una lozanía digna de admirarse. Se cultivan los *geraneos* y algunas otras flores, pero con mucho cuidado y bajo de techado. Las *rosas* de Castilla se dan con exuberancia, las *reinas*, las *rosas-chayote*, la *habanera* y otras muchas más.

Se dan muy pocos árboles frutales, y los pocos que hay no fructifican bien, en razón de que el vientecillo que corre continuamente les tira la flor; pero entendemos que con algún cuidado se daría el durazno, el capulín, la guinda, la manzana, el tejocote dulce, acaso el membrillo, el albaricoque, la pera, la ciruela (cuyo fruto seco es la ciruela-pasa), la nuez y algún otro de tierra fria, pero no tenemos noticia de que se haya procedido en forma á su cultivo, lo que es verdaderamente una lástima, si se reflexiona en las ventajas que reportaría la población con uno ó dos jardines cerca del paradero del ferrocarril.

Entre las setas comestibles que se dan silvestres en las Vigas, podemos enumerar las *trompas*, que nacen debajo del *ocoxale*

(hojas filamentosas ya secas de los pinos), en los lugares pedregosos ó cercanos á ellos; las *pancitas*, que brotan en los escobales; los *totolcoxcat* (coxcates de totole), por otro nombre hongos de bolita, que nacen en los pezmatales; los *tecomates* que nacen al pie de los grandes pinos y á mayor altura que los demás; el *tzenzo-nonaca*, llamado *escobetilla;* los de majada, las pechugas y el *súchil*, todos muy sabrosos de comer, y que se pueden tomar sin el menor riesgo, cuando su recolección fué hecha por personas conocedoras; y eso, sólo tratándose de los *tecomates*, los *totolcoxcat*, los de *majada* y el *súchil*, porque generalmente viven en vecindad con otros hongos venenosos que se les parecen mucho.

Posee las Vigas los mejores montes de tierra fria del Cantón, y en ellos se ostentan lozanas, rectas y grandes de tamaño, ocho ó nueve variedades de pino, que se distinguen por su corteza ó por el aspecto y forma de los grupos de sus hojas filiformes; el *oyamel* cuya madera es apreciada para ciertas obras; el *acalocote*, especie de pino, cuya madera se estima para la construcción de muebles; el ciprés ó cedro, también tan apreciable para la ebanistería; el romerillo, la duela, el xicalahuate, cuya corteza se emplea como un tanino excelente y de la que se hace mucho consumo en las curtidurías de esta Capital; el encino; el roble; la marangola y otras especies más, cuya madera se utiliza como combustible.

No cabe duda que el municipio de las Vigas es rico en maderas y que pudiera sacar pingües utilidades si se propusiera explotar esta riqueza convenientemente, buscando la extracción, y no limitando la venta, como lo ha hecho hasta ahora, concretándose únicamente á mandar sus tablas, vigas y alfardones á Xalapa. Si continúa así, de seguro que no sacará de sus montes los beneficios que reportaría si extendiera sus operaciones buscando otros mercados, y con mayor razón, cuando no tiene ni siquiera la necesidad de celebrar dia de árboles, ni de plantarlos nunca.

San Pedro del Jornillo, de la propiedad en un tiempo del patriota Sr. D. José María Rodríguez, tenía poco más ó menos en 1888, sobre cien mil árboles corpulentos, otros tantos medianos y como un millón y medio de pinillos. Esta finca posee una

máquina de aserrar, vertical, sistema primitivo, movida por las aguas de Rio frio, límite entre el cantón de Xalapa y el de Xalacingo.

V.

La cuartilla de sembradura de maiz se estima en las Vigas en 17.831 metros cuadrados de superficie, y cuando el año ha estado bueno, puede producir de 50 á 60 costales de mazorca, equivalentes, poco más ó menos, á veinte ó veinticinco cargas de 14 arrobas. La carga de sembradura de cebada mide una superficie de 6.000 metros cuadrados, y produce de 8 á 10 cargas generalmente, también de 14 arrobas, amén de la paja, que siempre se utiliza ó se vende. La carga de sembradura de papa, ocupa, cuando más, una tarea de 20 por 30 metros, ó sean 600 metros cuadrados, y su producto fluctúa entre 12 y 20 cargas, con la particularidad de que da más ganancias al agricultor cuando el año es malo, en razón de la alza del artículo, y ello se explica, con sólo considerar que es mejor vender 10 cargas de 24 arrobas á $18 por lo menos, que 20 ó 25 cargas á $6 ó $5 que es el tipo corriente, cuando hay abundancia del tubérculo.

El tomate de la papa se utiliza como condimento y suple con ventaja al llamado *de cáscara*, que fructifica muy bien en las tierras del pueblito de que nos hemos venido ocupando.

Se da ahí expontáneamente una yerba, muy parecida por su forma á la de los lirios y azucenas, llamada *patamole*, y que es una saponácea de que hacen mucho uso los habitantes para el lavado de su ropa de algodón y de lana, machacando sus hojas y usándolas como si fueran unos estropajos. Esta yerba se da silvestre en las peñas y casi siempre inmediata á las corrientes de agua. Se ha conseguido transplantarla y tenerla en las huertas, al pie de las habitaciones.

Otra de las saponáceas empleadas por aquellas gentes es el *tochamole*, especie de bejuquillo, pero sólo la raiz se emplea para el lavado, machacándola previamente como el *patamole*. El tochamole se diferencia del *amole*, en el volumen. Mientras que éste puede alcanzar un buen tamaño, aquél se queda generalmente roñoso; y aunque ambos son fusiformes, el tochamole se aproxima más á la forma esférica. El amole nace silvestre y no tenemos noticia de que se haya procedido á su cultivo.

Los pastos de las Vigas consisten en el trébol silvestre que se da en las huertas; en el acahuale de florecita blanca ó amarilla; en la grama; en el zacate del becerro, que echa muchas raices y que nulifica las tierras; y en el *retoño*, que es el alimento principal del ganado cabrío.

Entre los animales domésticos y silvestres de las Vigas se cuenta el perro, generalmente de poca alzada y de pelaje áspero, llamado *excluintle*, muy servicial para las majadas, y que hace poquísimo gasto, porque se le mantiene con una ó dos *gordas* (tortas de pan de maiz) al dia; el *coyote*, especie de perro que no ladra, pero que ahuya, muy flaco, feroz y voraz, que hace cruda guerra á los gallineros y al ganado menor, siendo una amenaza constante para ellos; el tejón, de la familia de los plantígrados, que vive oculto en la tierra y se alimenta de raices, siendo muy escaso el número de los que han quedado; la zorra; el rabo-pinto, por otro nombre *tepechiche*; la onza ó comadreja, igualmente enemigo de los gallineros; el murciélago común que se nutre de insectos, y el *carnicero* que chupa la sangre de las bestias caballares pegándoseles en la tabla del pescuezo; el conejo que hace serios destrozos en los sembrados de maiz cuando éste está en gijuite; la ardilla rucia, que también perjudica el maiz cuando está en mazorca; la tusa, cuyo alimento principal consiste en raices y que cuando se introduce á una milpa es capaz una sola de acabar con el sembrado, cortando la caña desde su nacimiento, sin hacerle nada después de caida; y el zorrillo, insectívoro, que despide, al enfurecerse ó cuanto presiente cambio de tiempo, un olor pronunciado que secreta abajo del rabo.

Entre los vertebrados ungulados, se enumera el toro, que se cría bien en las tierras de las Vigas, pero sin crecer ni prosperar mucho. Allí no sería negocio dedicarse á la propagación de este ganado, por falta de pastos nada más, porque el clima no le hace mal.

D. José María Rodríguez, á quien nos referimos en el artículo anterior, tenía una punta de sesenta á setenta cabezas en un lugar llamado "El Paisano," á mayor altura que las Vigas, y se conservaba muy bien, no obstante que carecía de establo y que, por consiguiente, tenía que dormir al raso, soportando las crudísimas heladas del Invierno, sin sufrir el más mínimo menoscabo.

En los montes de San Pedro del Jornillo se crían muy bien los venados, y es fama que en años anteriores andaban en partidas de diez ó doce, entre machos, hembras y gamitos, sin riesgo, porque el Sr. Rodríguez había prohibido la caza en sus tierras.

El ganado lanar y el ganado cabrío, este último en menor número, se crían muy bien en las Vigas, el primero en las llanuras y el segundo en las barrancas. Del primero se saca excelente lana dos veces por año, utilizándose en la confección de frazadas, para hacer colchones ó para la venta. Del segundo sólo se utiliza la leche, que generalmente se convierte en quesos, que se venden con estimación, así como los famosos chivitos de estaca.

Al tratar de San Salvador Acajete, nos extenderemos más en este particular, por ser aquel pueblo el que principalmente se dedica á la cría de estas dos clases de ganados, y á la hechura de frazadas y cortes para enaguas y pantalones.

Puede nacer y criarse el caballo, el mulo y el asno en terrenos de las Vigas; pero el primero no crece mucho y no toma una forma esbelta, sin duda porque desde pequeño lo dedican á trabajos duros é impropios de su condición y destino, bien es que resulta fuerte, sufrido, pero mal educado. El mulo es raro. Pocas veces se sabe que haya nacido uno, en razón de que no se procura su propagación. El asno como el caballo, no adquieren un buen tamaño ni una regular presencia. Sufrido hasta la exageración, se da por dichoso con dormir al raso y comer lo primero que encuentra.

Por regla general, se puede decir que estos pobres animales se crian por casualidad, pues nadie procura dedicarse á su propagación ni á su educación.

Entre los marsupiales contamos un solo ejemplar: el *rabopelado, tlacuachi ó tlacacuilo*, enemigo jurado de los gallineros, agilísimo en la obscuridad para hacer su presa y escaparse de los perros, y tardo y torpe cuando lo sorprende la luz solar y es apercibido por alguna persona. Como pocos animales, es duro para morir, y hecho trizas, sin miembros y con el cráneo aplastado, hace empujes por escapar. Cuentan algunos que su carne es muy sabrosa de comer.

Entre las aves se encuentran muy pocos ejemplares de las llamadas de presa, pero abunda el *gavilán pollero*, llamado así

porque su alimento principal consiste en pollos, y el *lili* que es lagartijero. Entre las nocturnas, igualmente de presa, se hacen notar la lechuza y el tecolote, que se nutren de insectos. Es raro ver por ahí *zopilotes*, y cuando se encuentran es porque vienen de las tierras templadas y eso nada más en el verano.

Entre las trepadoras sólo sabemos de la existencia de un solo género: el *carpintero*, que tiene un pico acerado y que gusta de perforar la corteza de los árboles para extraer su alimento, consistente en insectos de los llamados *xilófagos*, porque viven dentro de la madera.

Se cuentan varias especies de gallináceas, que son el guajolote, el gallo, la paloma doméstica llamada pichón, dos especies de palomas silvestres, siendo una la titulada *moruna*, que vive en los montes, grande de tamaño y que se distingue por una veta blanca que tiene en la cabeza; y la rastrojera, que se aparece en los rastrojos cuando se levantan las cosechas; y la perdiz, que vive en las cañadas.

Bueno será añadir aquí para dar más extensión á estos informes, que los gallos y los guajolotes no prosperan mucho en las Vigas por razón del clima. La incubación tarda dos ó tres dias más, y son muchos los huevos que se *engüeran*, es decir, que no producen el polluelo. Los pollitos son chillones y mueren de frio la mayor parte, si es que no se asfixian tragando una pequeña lombriz de tierra, de color rojo, que nace en las aguas corrompidas, y que se le introduce al pollo en la laringe posterior, ahogándolo después de varios dias de sufrimientos. Los pavipollos son muy delicados y se les cría con mucho cuidado. Su alimento primero consiste en una pasta formada de *nixtamale* martajado, revuelto con hojas de *chichicaxtle* (ortiga) hervidas. Sólo cuando son grandes resisten el clima, pero entonces tienen como enemigos acérrimos el coyote, la *onza*, el *tlacuachi*, la zorra y el rabo-pinto ó *tepechichi*.

Sólo se conoce un género de zancudas, que es el *corre-camino*, ave de cuerpo esbelto, de color obscuro, con copete rojo y de tarsos largos, que se alimenta de insectos y que corre con una gran velocidad. No sirve para comer y es indomesticable.

El orden de los pájaros se halla bien representado en el municipio de las Vigas, siendo los más notables: el *quexque*, de color azul y de copete, que vive en los montes de pinos; la primavera pinta, de pecho blanco y más pequeña que las que se crían en terrenos templados; el jilguero de barranca, cuyo canto armonioso y dulce deleita los oídos; el tordo pequeño, muy delicado de comer; el *ixtictic*, pajarito pequeño que anida en los arbustos; el *pecho-colorado*, avecilla de reducida talla, con el lomo negro como el azabache; el cardenal y otras mil variedades de las que abundan en tierra fria, entre las cuales se distinguen la *chicharrita*, del tamaño de un colibrí, de cuerpo redondeado, de color gris, que no cesa de cantar ni un solo instante, y que vive en los corrales de piedra, en donde gusta de buscar sus alimentos que consisten en pequeños insectos.

VI.

En el mal-país correspondiente al municipio de las Vigas, se crian varias especies de saurios, entre los cuales descuella la *texaxaca*, lagartija de regular tamaño, generalmente de color de tierra, muy ágil para correr y saltar y enemiga encarnizada de los insectos pequeños de que se alimenta. Hay ejemplares de estos saurios que miden con todo y cola cerca de treinta centímetros de longitud. En vecindad con las *texaxanas* viven otras lagartijas llamadas *xintetes*, que difieren de las primeras en el tamaño, que es más pequeño, y en el color de la piel, que es más claro, y tienen adornado el cuello con unas fajas coloreadas, en que predomina el azul. Se cuenta de estos animalitos que son buenos para comer, y que su carne convertida en pasta y aplicada exteriormente, es una excelente bizma para las lujaciones y roturas de huesos. En el mismo mal-país es frecuente tropezar con los saurios llamados *camaleones*, seres inofensivos, tardos y perezosos, á los que aprisionan los muchachos para especular con ellos, ó para convertirlos en un juguete. Las lagartijas, tan conocidas de todo el mundo, no viven en el mal-país. Se crian y prosperan en los muros de las casas y en los tejados, donde pasan su vida devorando insectos y asoleándose.

En los lugares destinados para las siembras y lejos de poblado, es muy frecuente encontrar un género de saurios, que aque-

llos habitantes llaman *escorpión* (que si no fuera por que tiene patas, se confundiría desde luego con una serpiente,) al que tienen mucho horror y del que dicen es ponzoñoso. Esto último no es cierto. El que esto escribe se hizo de un ejemplar de estos lagartos, lo examinó y no le encontró vestigio alguno de glándulas venenosas detrás de los ojos, ni seña alguna de perforación en los colmillos. No cabe duda que el mencionado animal causa horror y hace retroceder al hombre cuando llega á descubrirlo; pero lo cierto es que aquel huye inmediatamente y procura ocultarse, sin que jamás haya tratado de morder ó cosa semejante. Las cabras que han aparecido con el hocico tumefacto y herido, hasta el grado de morir de sus resultas á los pocos dias de lastimadas, seguramente que fueron mordidas por otro animal del que nos ocuparemos muy en breve.

Se encuentra otro género de saurios en las Vigas, el *tlaconetl*, de piel verdosa-obscura ó negra, cuerpo cilíndrico, cuatro extremidades, desnudo, frio y baboso y de aspecto repugnante, que vive debajo de las piedras de los corrales y en los lugares húmedos, y que no deja de lanzar un *pío* agudo y penetrante, desde que cae la noche hasta que amanece.

En vista del frio reinante en las Vigas, casi se podría asegurar que no cuenta con ningun ofidio. Quien tal cosa creyera se equivocaría notablemente, porque existe ahí una especie peligrosa: el *crótalo* ó serpiente de cascabel, que es por desgracia abundante. Como debe suponerse, se le persigue tenazmente y se le ha obligado á retirarse de los lugares poblados.

Esas cabras que han aparecido heridas de las orejas y del hocico, así como uno que otro caballo ó asno, igualmente mordidos, que se hinchan de la parte lastimada y que al fin mueren, sin duda que fueron sorprendidos por el crótalo en el momento de bajar la cabeza para tomar su alimento.

Existen también unas culebrillas de reducido tamaño y enteramente inofensivas.

De los batracios se cuentan dos especies: el sapo y la rana. El primero se encuentra en los lugares húmedos, oculto debajo de las piedras ó en los agujeros que él mismo se forma en las tierras blandas ó en las basuras. Despide un humor viscoso, que al decir de aquellas gentes pudre la parte del cuerpo humano

en donde cae. Es infundada esta creencia, y debe desecharse desde luego. Por el contrario, el sapo presta servicios al hombre destruyendo los gusanos de la tierra, que constituyen su principal alimento. La rana se cria en el agua ó muy cerca de ella, pero no es raro encontrarla en su edad adulta, dentro de los sembrados y muy lejos de los manantiales y de los arroyos. Hay una especie de rana, de piel enteramente verde, pero sólo se puede criar en las aguas muy delgadas. Se halla uno que otro ejemplar en el arroyo nombrado "Rio frio."

Entre los insectos se enumeran el escarabajo, designado con el significativo nombre de *cuitalolo*, por el genero de ocupación á que se entrega. Es el mismo que fabrica las bolitas aquellas que el Dios Tonante, como dijo Samaniego, no pudo tener en los pliegues de sus vestiduras. Los vigueños le llaman *tomitoro*. Ningún servicio presta al hombre, y antes por lo contrario, le roba una buena parte del estiércol que abona las tierras.

En los lugares descubiertos, vive, generalmente, aislado, un género de hemípteros, desprovisto de alas, llamado *botijilla*. Este insecto secreta un líquido amarillento, que aquellas gentes utilizan para quitarse las berrugas, los *ojos de ratón* y los *dientes de pescado*, que salen algunas veces, sin causa justificada, en la palma ó en el dorso de las manos y de los dedos, consiguiendo generalmente resultados satisfactorios.

Son varios los lepidópteros que se crian y prosperan en aquellas alturas, pero su ropaje no es de los elegantes. Entre las diurnos podemos enumerar á los que provienen de orugas que viven á expensas de las hojas de un árbol llamado *papalote*; y entre los nocturnos, una especie parecida al *bómbix* del moral, cuyas orugas viven en comunidad y fabrican una gran bolsa de seda, de la cual se podría sacar mucho provecho si se cultivase en forma.

Los colmenares no prosperan en las Vigas. Las abejas emigran al llegar el invierno, no tanto por el frio, sino por falta de alimento, y no es raro comenzar la explotación de la cera y de la miel con diez cajones y terminar con uno ó con ninguno. Sin embargo, como se advierte en todas las cosas de este mundo, se podría sin ninguna dificultad subsanar esta falta, dedicándose á la cría de la abeja criolla, más pequeña de cuerpo, de color

negro y sin aguijón, que fabrica sus panales en pleno monte, en la parte más alta de los árboles y que produce una miel exce. lente y una cera amarilla, que no es la llamada cera puerca. Pero hasta ahora nada se ha hecho en este sentido.

En las Vigas se mantienen unas avispas que depositan sus huevos en la corteza de las ramas tiernas de los encinos, hiriéndolas previamente. En el mismo lugar de la herida brota una frutita que crece hasta alcanzar el tamaño de una manzana, conocida con el nombre de *aguapapa*, con epicarpo, mesocarpo y pericarpo, cubriendo este último, en lugar de una simiente, una oruga de color blanquisco, que se alimenta á expensas de la frutilla, y que se convierte en animal perfecto, cuando la fruta llega á su completa madurez.

Esta cuasi-fruta es susceptible de comerse. Otra especie de avispas dan origen á las *aguapipis*, del tamaño de una avellana, y que no se comen.

En aquellos terrenos se cria la langosta llamada grillo, generalmente sin alas, y que no es perjudicial.

Podriamos enumerar otra diversidad de insectos que se encuentran en el Municipio; pero además de que el trabajo sería largo, no alcanzariamos con su descripción el fin que nos hemos propuesto al emprender este trabajo.

VII.

El nombre que lleva el pueblo de las Vigas da á entender que su fundación data de una época posterior á la conquista. En efecto, según tradiciones aceptadas como más verídicas, la edad del repetido pueblo no pasa de 200 años, porque se encuentra en las mismas condiciones que la Banderilla, San Miguel del Soldado, la Joya de Santa Clara, Cruz Blanca, Perote y otros varios, cuyos caseríos se asientan á orillas del antiguo camino *real*, y que comenzaron por ser ventas ó parajes, en donde descansaban ó se detenían las recuas y carros, que apenas hace treinta años transitaban por ese camino.

El espacio de terreno ocupado hoy por las Vigas fué, como se nota á primera vista, monte cerrado de pinos, de donde se extrajo la madera para la construcción de las casas de Xalapa,

porque presentaba la ventaja de estar á orillas del camino y facilitaba el transporte de las tablas, las alfardas, las vigas, los *calehuales* (morillos), y las alfajias que se sacaban, con menos costo, motivo por el cual se ha seguido haciendo hasta ahora, no obstante el ferrocarril, porque se utilizan al efecto las carretillas de un eje con dos ruedas, tan conocidas de todos los habitantes de esta Capital.

La conveniencia de cuidar la madera cortada y, más que todo esto, la necesidad de preservarse del frio y de la lluvia, obligó á los peones encargados del corte y á los conductores, á fabricar barracas y chozas que, andando el tiempo, se convirtieron en verdaderas posadas y ventas. No es extraño, pues, suponer que una partida de carros que saliese de xalapa al amanecer pudiera ir á pernoctar á la posada donde estaba el corte de las vigas, que hoy se titula pueblo de las Vigas ó las Vigas simplemente, dándole la forma mayúscula á la primera inicial del nombre.

El progreso del pueblo data verdaderamente del año de 1877, después de la revolución iniciada en Tuxtepec, y en ese año fué cuando D. Salomé Hernández fabricó la primera casa de dos pisos que se vió en las Vigas. A su ejemplo, otros hijos de la localidad la han venido hermoseando con más edificios semejantes, pero no pasan de ocho ó diez las casas de altos con que cuenta el pueblo.

La condición que tienen sus tierras de ser delgadas, contribuye mucho á que sean polvosas y á que el aire que frecuentemente corre en aquel lugar venga mezclado con un polvo fino, que ensucia el cutis y la ropa, á semejanza de lo que pasa en Perote.

Gran parte de sus terrenos son arcillosos; pero la arcilla que entra en su composición no sirve desgraciadamente para nada; de modo que, aunque se pretendiera, muy difícil sería ahí establecer una fábrica de ladrillos y teja, lo que es una desventaja para aquellos vecinos, que tienen que comprar á precios muy altos estos artículos tan necesarios para las construcciones. Quizá por este motivo, más que por la frialdad de la temperatura, se resuelven á fabricar sus casas de madera, llamadas de cajón, con pavimento de tablones, zarzo de tablas y techo de tejamanil.

Este último lo sacan de un pino especial, porque se presta fácilmente por la dirección de la fibra á la raja en un sentido recto, costándoles $8 ó $10 un millar. Resiste por lo menos siete años y no pesa; pero necesita una inclinación de 45° para que las aguas escurran bien. El piso de tablones, generalmente sin polines, se alza á 80 centímetros del suelo y dura de 15 á 20 años.

Las casas de cajón se arman y desarman con mucha facilidad y pueden transladarse de un lugar para otro á poco costo; pero hasta ahora no se han hecho de manera que puedan contener más de una habitación, y por ese motivo, cada pieza ó *recámara* constituye casa aparte, lo mismo que la cocina, que se coloca generalmente á un lado de la pieza principal, dando más longitud á cualquiera de los *caidizos*, porque hay que advertir que las casas de tejamanil, cualquiera que sea su tamaño, son de cuatro aguas ó tejados.

A inmediaciones de las Vigas, y muy cerca del lugar llamado "Paraje de carros," comienza el mal-país que no se detiene al Este sino hasta la falda del cerro de la Joya (vulgo Hoya) inutilizando una buena extensión de terreno, porque en él nace solamente, y eso muy roñosa y muy chueca, una variedad de pino, cuya madera se ha venido utilizando como combustible.

Muy cerca de la Joya, y á orillas del camino nacional, se halla un caserío que se llama Toxtlacuaya, (*de tochi*, conejo, lugar de conejos) que fué en un tiempo paraje de recuas y de carros, y que ahora se encuentra casi abandonado. Posee este paraje un manantial de agua de los más excelentes, y sus ruinas indican la importancia que tuvo en tiempos no muy remotos.

Según la tradición, el mal-país fué formado por las lavas del *volcancillo* que hizo erupción algunos años antes de la conquista, cubriendo toda esa faja de tierra hasta el mar, llamada cañada de Actópam.

La piedra del mal-país tiene un aspecto ferruginoso y en lo general se parece mucho á esas escorias que deja el hierro en las fraguas, después de caldearse. Está extendida en grandes masas, superpuestas, sobre una tierra cuyos vestigios indican á primera vista que se abrasó al contacto del fuego que cayó sobre ella.

Esta disposición puede conocerse por los cortes que en el dicho mal-país practicó la empresa del Ferrocarril Interoceánico. Se advierten generalmente una, dos y hasta tres capas de piedra, separadas por huecos ó por vetas de una tierra quemada, y debajo de aquellas se nota la línea de la tierra, formada de hormigón colorado ó negro, éste más fino que el primero, demostrando la calidad del terreno, antes de que fuese cubierto por la lava.

La mayor parte de la piedra de la primera capa del mal-país no sirve para las construcciones, porque se quiebra fácilmente y es susceptible de desmoronarse; pero puede utilizarse con ventaja para dar una forma elegante y duradera á los caminos, y para quitar la humedad de las habitaciones, empleándola como cimiento de los enlosados, en una capa, por lo menos de veinticinco centímetros de espesor.

En la comprensión de las Vigas no se encuentra ni una sola piedra de cal, y sus habitantes se la proporcionan fácilmente y muy barata, comprándola en Tlacolúlam, que es rico en esa clase de piedra.

Cuenta el pueblo con varias corrientes de agua, siendo las principales, el rio que lo atraviesa y que tan importantes servicios presta al vecindario para el lavado de ropa; el "Río frio," que es el que mueve el aserradero de San Pedro del Jornillo, y el precioso manantial que surte del líquido elemento á la población, situado en una llanura y muy próximo á la estación del Ferrocarril Interoceánico, distante medio kilómetro del pueblo.

Las Vigas ha sufrido mucho durante nuestras pasadas revoluciones por estar situado en un punto que tenía que ser necesario pasaje de las fuerzas de uno y de otro bando, y entre sus hijos se encuentran muchos que han prestado importantes servicios á la Patria desde el año de 1847, que nos recuerda la invasión norte-americana.

En sus inmediaciones, precisamente en el punto nombrado "Paraje de carros," un puñado de entusiastas xalapeños, tlacolulenses y vigueños, detuvieron por una hora al poderoso ejército mandado por el general Scott, que se dirigía á la Capital de la República después de su triunfo en Cerro gordo. No pudiendo resistir el empuje de las columnas enemigas, se retiraron

aquellos patriotas á Tlacolúlam, dejando empapado aquel suelo con su sangre generosa, derramada en aras de la libertad y del honor.

VIII.

A cuatro leguas, poco más ó menos, del pueblo de *Mistontzi* (donde hay gatos) hoy villa de Misantla, rumbo S., se alzaba desde el tiempo de los últimos emperadores aztecas, un caserío llamado *Xochitlán* (tierra de la flor), cuyos habitantes pertenecían á la raza totonaca, y estaban ligados por los lazos del parentesco con los misantecos, papantecos y zacapoaxtecos, todos bajo la dominación de los *méxica*, que habían llevado sus armas vencedoras hasta las playas del Golfo, haciendo de la floreciente Zempoala un territorio completamente suyo.

A un lado de Xochitlán, y precisamente al pie de la empinada cuesta que conduce á las cumbres de *Chicóme-atl-co*, (lugar de siete aguas) hoy Chiconquiaco, estaba situado en plena tierra caliente otro caserío llamado *Ye-in-coatl* (es la culebra), actualmente Yecuatla, compuesto de familias también totonacas, emparentadas con las de Xochitlán, cultivando en comunidad las mismas tierras y observando idénticas costumbres. *Huichic* (lugar de chumamirtos) que nosotros decimos Juchique y al cual hemos agregado posteriormente el apellido del patriota soldado que sucumbió en Tlapacóyam en defensa de la integridad del territorio mexicano, se levantaba muy cerca del repetido Xochitlán, siendo sus habitantes igualmente de la raza totonaca.

A la venida de los españoles, y tan luego como consumaron la conquista, hubieron de trabar conocimiento con los hijos de estos tres pueblos, y no contentos con el nombre náhuatl que tenían, regalaron al de Xochitlán el de Santiago, patrón de la Península Ibérica, quizá como un honor á sus merecimientos, porque era el de mayor importancia y más valer por entonces en aquellos rumbos.

En la actualidad Yecuatla y Juchique solamente existen, pero les queda muy poco de su antigua opulencia. Ambos se consumen cada dia, no obstante la riqueza de sus tierras y la exuberancia de su vejetación. Enterrados, por decirlo así, sin vias de comunicación, languidecen, y sus habitantes viven al dia, en-

fermos y alejados enteramente de la sociedad de los pueblos cultos. Juchique, principalmente, está llamado á desaparecer, si se realiza la idea entre sus habitantes de transladarse con sus chozas al "Plan de las Hayas" en busca de un clima más benigno y tierras mejores. Respecto del rico y populoso caserío de Xochitlán desapareció poco después de la conquista, quedando abandonado el lugar que ocupó el pueblo por muchos años. Como único recuerdo existe ahora ahí un humilde jacal ocupado por una familia, que da á su choza el título de "Rancho de la Flor," sin duda para significar que, no obstante la mala fortuna del pueblo que hubo de extinguirse, tiene que persistir el nombre primitivo (xochitl) traducido al castellano.

Fincado Xochitlán en tierra caliente, insalubre, y en donde el *matlalzáhuatl* hubo de hacer muchas víctimas por las condiciones de la temperatura, no convino á sus habitantes continuar allí y emigraron en busca de climas más templados y más benignos; de ahí el origen de los pueblos de San Juan Miahuatlán, San José Miahuatlán, San Marcos Atexquilápam, San Pablo Coápam, San Miguel Aguazuelos, San Andrés *Tlacacti-Atl* (nacimiento de agua) hoy Acatlán y San Antonio Tepetlán (tierra de los cerros).

Por lo expuesto se puede notar que si no hubiera sido por las inclemencias del clima y por las enfermedades que acosaron á los hijos de Xochitlán, la raza totonaca no hubiera salvado el baluarte formado por la naturaleza al N. E. de Xalapa, por la alta cordillera de Chiconquiaco, y por todo este rumbo se hubiera hablado únicamente el mexicano, á excepción de los pueblos de origen español.

El pueblo de Colipa inmediato á Juchique, es mucho más joven que éste, y se erigió después de la conquista. El hibridismo del nombre Colipa lo viene indicando. *Crux-icpa* (Cruz en alto) esta formada de la voz latina Crux y el náhuatl *icpa*. Se cree que algunas familias emigrantes de Misantla fijaron ahí su residencia colocando una cruz en la cima de un cerro inmediato al pueblito, la cual se conserva hasta nuestros dias.

Hechas las anteriores explicaciones, entraremos en materia, tratando á la vez de todos los pueblos totonacos ya mencionados, cuyas condiciones climatéricas los colocan casi en las mis-

mas circunstancias, así como á *Nahuet-atl-co* (lugar de cuatro aguas) actualmente Naolinco, que aunque de familias españolas, tuvo en sus principios algunas totonacas, dispersas del propio pueblo de Xochitlán. Estando Naolinco tan inmediato á los otros pueblos, necesario es comprenderlo en el número de los totonacos, si se atiende á que se fincó dentro de las tierras de que aquellos se hicieren dueños, y su agricultura poco difiere de la que tienen sus vecinos.

Los españoles lo dedicaron á San Mateo, para no faltar á la tradicional costumbre que aquellos siguieron y no abandonan, de traer á la tierra á los habitantes del cielo, con cualquier motivo, pero muy particularmente, al bautizar la aldehuela ó la ciudad populosa. Esta costumbre tiene, sin embargo, el inconveniente de enseñar nombres que nada significan y nada dicen del lugar bautizado, para que nos podamos formar una idea de su importancia ó de sus condiciones naturales. No pasa así con todos los que dieron los mexicanos á sus pueblos, á sus rios y á sus montañas *Tesuitepetlzintla* (granizada al pié del cerro) vulgo Teziutlán, porque es la verdad que el cerro de Chignautla inmediato á la población tiene muchísima piedra pequeña de cal en sus faldas, remedando granizos de regular tamaño, dice más indudablemente que el nombre de Santa María Asunción, que fué el que le dieron los conquistadores. Y así pasa con todas las demás denominaciones de los pueblos del país.

Chiconquiaco se encuentra á la misma altura que las Vigas. Allí también nieva y hiela en abundancia, pero el hielo que es el más perjudicial, no hace los estragos que en las Vigas, porque no cae acompañado de los aires frios del Cofre, que tuestan materialmente todo cuanto tocan.

Debemos decir aquí, que la nieve no trae para las siembras, aparejados los mismos inconvenientes que el hielo, y por esa circunstancia se ve nacer y prosperar el trigo, la cebada y el maiz, en los terrenos próximos al *Citlaltepetl*, y no brotar, ni mucho menos prosperar, el más resistente de los cereales, como la avena criolla, en el Plan de los Monfiles, en las Lagunillas y el Plan del Agua del Conejo, de San Salvador Acajete.

Una helada fuerte mata todo cuanto toca. Una nevada no hace ningún mal, si el deshielo se efectúa sin sol.

El que esto escribe ha tenido ocasión de ver una nevada. Los árboles, vestidos de un blanco brillante, se inclinaban al peso de la carga que soportaban: el bosque todo, como entre sábanas, presentaba por todos lados figuras caprichosas y extrañas. La nieve no respetó los sembrados, y las cánulas de la cebada, generalmente tan de poco espesor, tenían una corteza de nieve, que las engruesó hasta adquirir las proporciones del dedo de un hombre. Vino el deshielo, y los árboles, los arbustos y la cebada, quedaron como antes, sin sufrir la última el más mínimo menoscabo. No sucede así con la helada, porque si es cierto que nada le hace á los árboles, de seguro que acaba con las siembras.

Con razón dijo el Sr. Lic. D. Ireneo Paz hablando de la Suiza, que ahí se dan los mejores pastos del mundo, no obstante la proximidad de las montañas nevadas, que se levantan en casi todo el territorio de la República Helvética.

IX.

Los pueblos de Chiconquiaco y San Juan Miahuatlán se encuentran situados al pie de las cumbres conocidas con el nombre del primero, á una legua de distancia uno de otro, poco más ó menos, y al Norte, el segundo, del caserío de Chiconquiaco. De los dos pueblos parte un camino para la villa de Misantla, y las dos vias tienen que salvar, para descender á la planicie, una grande altura, acaso de dos mil metros, en tres leguas, con una inclinación constante de 20 p§, y una variable, que en algunos lugares alcanza un 40 p§ por lo menos, lo que contribuye á hacer de ambos caminos una via cansada y molesta para hombres y animales. El camino que sale de Chiconquiaco se llama "Cuesta de Yecuatla" y conduce al pueblo de este nombre; el otro se denomina "Cuesta de San Juan" y lo lleva á uno á San Isidro, congregación del municipio de Misantla.

¡Parece mentira que no obstante el tiempo transcurrido desde 76 á la fecha, que la Nación ha gozado de completa paz, no se hayan llevado á debido efecto los proyectos para enlazar el rico

cantón de Misantla con el resto de la República, por una cómoda y fácil via de comunicación!

En el año de 74, siendo Jefe político del cantón de Misantla el Sr. D. Joaquín Velasco Quirós, á su iniciativa se efectuaron trabajos encaminados á componer la cuesta de San Juan; pero el Sr. Quirós, no obstante su empeño y decidida voluntad, tuvo que comprender que sus esfuerzos tenían que resultar, como resultaron, infructuosos y de difícil, por no decir de imposible práctica, como lo han venido demostrando los hechos; porque él no hizo otra cosa que pasar el camino por los mismos lugares donde estaba, no consiguiendo más que colocarlo en discutibles regulares condiciones, que perdió en el primer aguacero que cayó. Después de los trabajos del Sr. Quirós nada se ha hecho en beneficio de esa via, y los frecuentes ciclones del 76 á la fecha la han desmejorado tanto, que más que camino, parece un contínuo *desbarrancadero*, intransitable y peligroso para todo el que tiene la necesidad de atravesarlo.

Antójasenos creer que todas esas vias de comunicación fueron trazadas en un principio por el ganado cabrío al salir á pastar; que los pastores se vieron obligados á seguir el paso de las cabras para evitar la pérdida de algunas de ellas, y que éstas huellas constituyeron para todos, el trazo de un camino que ha quedado hasta nuestros dias. Y no creemos exagerar en nuestras conjeturas, porque en apoyo de la verdad de ellas, está ahí el susodicho camino para justificarlo á todas las personas que gusten recorrerlo.

En todo él se encuentran por un lado rocas cortadas á pico, alturas sorprendentes, y por el otro voladeros y simas profundas, con una anchura en las partes espaciosas, de poco más de un metro, y en algunas tan reducido el paso, que dan ganas de volverse atrás para arreglar el testamento.

Se comprenderá fácilmente que tal camino, llamado así por una verdadera aberración, debe abandonarse por completo, y pensar en otro más hacedero y con otras condiciones.

La cuesta de Yecuatla se parece á la de San Juan como una gota de agua á otra gota: los mismos peligros, las mismas dificultades, parecidos malos pasos, y una hora más, por lo menos, de tortura, porque es una legua más larga que la de San Juan.

Tales cuestas deben abandonarse completamente, y por ellas no hay que pensar en el trazo del camino para Misantla, por dos razones poderosas. La primera, porque en nuestro humilde concepto, juzgamos que por ahí es imposiblie hacer un camino regular, ni aun gastando mucho dinero. La segunda, porque si tal cosa fuere posible, nos quedarían por arreglar, indudablemente con muchísimo trabajo y sin conseguir un buen resultado, la cuesta de Naolinco y la de Sosocola para venir á Xalapa; la cuesta del Riñón, y la de Xilotepec para salir á la Banderilla, y la misma cuesta del Riñón y la de Huichila ó la de los Pájaros para saltar á las Vigas. No hay que pensar, pues, en tratar de componer cualquiera de los caminos de que hemos venido hablando.

En 91 y 92, el Gobierno del Estado pensó seriamente en remediar el mal que señalamos y trató de ver si se podrían unir Misantla y las Vigas por una via de herradura, de fácil acceso, poca pendiente, ancha, y hacedera á poco costo.

Fué comisionado un ingeniero para hacer el trazo, y aunque éste fué á ojo de buen cubero, como suele decirse, aquel obtuvo, según nuestra humilde opinión, éxito en sus trabajos, pues creemos como él, que se puede hacer un camino de herradura, con una pendiente máxima de 10 p $\frac{0}{0}$, y con un desarrollo en conjunto de 80 kilómetros, poco más ó menos, no habiendo necesidad de pasar en todo su trayecto una sola corriente de agua de consideración.

En Noviembre del año próximo pasado (1892) el autor de estos artículos estuvo en Tlacolúlam con motivo de una mensura, para la que fué invitado por los Sres. D. Félix Zayas y D. Leonardo Argüelles, y llevó á cabo entonces un nuevo trazo desde un punto llamado el Carrizal, precisamente por donde pasaba el que se dirigía á las Vigas, con el fin de hacer pasar el camino por Tlacolúlam para traerlo hasta la herradura del Ferrocarril Interoceánico situada en los "Linderos," encontrando una distancia de cerca de 14 kilómetros, y una pendiente máxima para salvar el cerro del Divisorio, de 10 p $\frac{0}{0}$, y de 7 p $\frac{0}{0}$ en los demás lugares.

Es, pues, este camino el que debe hacerse á toda costa, abandonando desde el Carrizal el trazo del que va para las Vigas, no tanto para ahorrarse sobre trece kilómetros de construcción, si-

no para sacar á Tlacolúlam del estado de incomunicación en que se encuentra. De seguir el camino hasta las Vigas, como se había proyectado, se gasta más, y como del Carrizal á Tlacolúlam hay siete kilómetros de distancia, ahora difíciles de andar por las malas condiciones de la cuesta del cerro del Divisorio, se dejaría aislado á Tlacolúlam, digno por más de un título de que el Gobierno lo considere y vea por su progreso.

El camino que se trazó á ojo, si no estamos mal informados, parte de la Villa de Misantla al S., pasando muy cerca del cerro de Culebras, hasta encontrar el punto más alto de la congregación de Trojillas; sigue á un lado del Plan de San Miguel hasta el Campo-santo de "la Cañada," situado en la parte más elevada, frente por frente del punto llamado la "Finca," que es donde comienza la pronunciada cuesta de la Zorra; del punto donde se encuentra el tal Campo-santo, prosigue, dando un pequeño rodeo, por el espinazo paralelo al de la cuesta de la Zorra, hasta las "Cargas;" de ahí, salvada ya la mayor pendiente, se avanza al Sur faldeando la parte Norte de las Magdalenillas y aun de la misma Magdalena (el cerro más alto del Cantón) hasta el Carrizal. De este punto, si se quiere hacer pasar el camino por Tlacolúlam, seguirá rumbo á la Ermita, en donde abandonará el antiguo camino construido por D. Nicolás Hernández, faldeando á la derecha para venir á saltar al punto nombrado "El Rincón," siguiendo después la cañada del mismo nombre, hasta la plaza principal de la villa de Tlacolúlam.

El trazo antiguo siguió desde el Carrizal á la Cebollana, y de ahí con algunos rodeos á las Vigas; pero ya tenemos dicho que es más largo, más caro, y que aisla al pueblo de Tlacolúlam, sin duda el más importante del Cantón.

Apasionados nosotros por todo lo que tienda al progreso de nuestro Estado, y muy particularmente al de este Cantón y el de Misantla, hacemos votos porque nuestro Primer Magistrado, luego que sus atenciones lo permitan, se ocupe en este importante asunto y no lo deje de la mano hasta darle cima, seguro de hacer un positivo bien al Estado, sacando á la feracísima Misantla de la situación en que se encuentra, y convirtiendo la tierra caliente del municipio de Tlacolúlam en un centro verdade-

ramente rico, porque será productor y podrá exportar con faci lidad los variados y abundantes frutos que posee. 1

¿De qué le sirve á Tlacolúlam poseer tierras como Santa Inés, Trojillas y el Camarón, en donde se dan tan bien el café, la caña de azúcar, el hule, el arroz, el tabaco, y todos los demás frutos tropicales, si no tiene un camino medio regular para sacarlos de aquellas profundísimas barrancas?

Por otra parte, es preciso hacer notar desde ahora, que el nuevo camino en nada perjudicará á Chiconquiaco, á San Juan Miahuatlán y demás pueblos vecinos, en razón de que todos ellos tienen comunicación más ó menos fácil con Xalapa, y que en el caso de explotar sus terrenos en tierra caliente, los frutos que éstos produjeran tendrían fácil salida por el mismo camino, cuya construcción señalamos como conveniente y de todas veras anhelamos se realice.

Misantla, Juchique, Colipa y Martínez de la Torre, están situados con poca diferencia á la misma altura; los caminos para comunicarse son fáciles y hacederos á poco costo, de manera que, si se atiende á estas circunstancias, se podrá comprender, sin el más pequeño esfuerzo de imaginación, el bien inmenso que reportarían todos estos pueblos, si el Gobierno pone su mano paternal en el asunto y ordena que cuanto antes se dé comienzo á la construcción del proyectado camino.

Tlacolúlam, que es animoso y que desea respirar en una atmósfera de progreso, contribuirá con lo que pueda para la obra, y estamos seguros de que otro tanto hará Misantla, de modo que lo que tenga que gastarse, será bien poco en compensación de los grandes beneficios que reportaremos todos.

Urge, pues, que, convocando á los hijos de Misantla y Tlacolúlam, para ver cuales son los elementos con que ellos cuentan, se ordene la ratificación del trazo del Carrizal á Tlacolúlam, y se dé principio á los trabajos que han de enlazar á Misantla con los mercados de la Mesa Central, para dar verdadero y productivo realce á su agricultura, ya que se ha comprendido que ésta, y solo ésta, puede hacer de México la poderosa Nación del porvenir.

[1] Público y notorio es que el Sr. D. Teodoro A. Dehesa, nuestro ilustrado Gobernador, ha comenzado desde el año pasado (1894) los trabajos preliminares para la construcción de esta via.

X.

Los terrenos pertenecientes al extinguido pueblo de Xochitlán, pueden considerarse distribuidos en tres clases: *cumbres*, con una temperatura máxima de 15°; *llanuras*, en donde el termómetro centígrado puede subir á 20°, y *barrancas*, en las que el calor suele alcanzar 24°.

Chiconquiaco y San Juan Miahuatlán son pueblos levantados desde su fundación al pié de las cumbres, y como es natural, tienen una temperatura más fría que los demás, que están situados en la llanura ó en las barrancas.

Ambos pueblos, no obstante sus 300 años de existencia, han adelantado muy poco. Los hombres son, por regla general altos y fornidos, el color de su cutis es de un cobrizo claro, su barba bastante rala y sus cabellos, que se dejan crecer, son negros como el azabache, lacios y no tan gruesos como los de la mayor parte de los individuos de la raza indígena. Las mujeres bajas de cuerpo, de fisonomía expresiva, de ojos grandes y hermosos, y agraciadas, á pesar de que desde niñas las dedican á las rudas tareas del campo,—porque ayudan á sus padres y después á sus esposos á las labores que exigen las sementeras, al acarreo de la leña y á cargar bultos pesados para su débil complexión, con el fin de buscarse la subsistencia,—son bien conformadas y tienen un pié pequeño y de buena forma.

Los individuos de uno y otro sexo son de larga vida; pero por regla general, las hembras no son madres de muchos hijos, como pasa con las de raza europea. Un matrimonio con ocho hijos es raro entre aquellos habitantes, quizá por que se casan muy jóvenes (de 18 años el varón y la hembra de 14) ó por la falta de alimentos azoados ó substanciosos.

El cáracter de esas gentes es apacible; pero contrariados, se vuelven belicosos, aunque no tanto como sus congéneres de Zacapoaxtla y Xochiapulco. Puede decirse de ellos que son sufridos y perseverantes; pero la última cualidad no saben aprovecharla en su beneficio, y malgastan su tiempo y sus fuerzas sin sacar grande utilidad. Hay indio que se está todo un dia para hacer una batea (azafate de madera) para venderla después en 12 ó 18 centavos, que apenas le alcanza para comprar aguardiente, trastornarse el cerebro y embriagar á un amigo.

Sin embargo, no puede decirse de ellos que sean ebrios, ni mucho menos. Toman el alcohol solamente el domingo, cuando vienen á los mercados de las poblaciones grandes á expender sus frutos ó sus manufacturas. Durante la semana beben agua, y no abandonan sus trabajos ni aun en tiempo de lluvias.

Son poco expresivos con los europeos ó hijos de éstos, y generalmente los ven de reojo y con desconfianza, cuando el encuentro se efectúa dentro de la jurisdicción de su pueblo, y entonces se rehusan á prestar el más insignificante servicio, y si á ello se les obliga, gustan de exigir una recompensa mayor que la acostumbrada. En la Ciudad son, por el contrario, excesivamente respetuosos, y con mayor razón si vienen á solicitar dinero ó protección.

La religión que profesan es una mezcla del catolicismo y de las creencias de sus abuelos, siendo muy afectos á tener en sus hogares un sin número de imágenes de santos pintados, muchas de ellas por duplicado y triplicado, en compañía de algunas esculturas debidas á manos que no nacieron para burilar ni cincelar estatuas. Esperan con ansia el dia de la fiesta titular del pueblo para tener el gusto de repicar hasta la saciedad las campanas de su humilde capilla y para atronar los aires con las cámaras y los cohetes. Su placer consiste también en adornar sus *esculturas* con flores, mazorcas, si las tienen á mano, ejotes, pájaros, etc., etc., y sacarlas en procesión por el atrio de la iglesia, con una música no muy acorde, y con marcada reverencia. En Chiconquiaco se dan todavía el gusto de sonar desde el alba el *teponaxtle*, en señal de regocijo.

Pero al lado de todas estas prácticas que tienen mucho de católico, hay varias que se separan del dogma, como la que consiste, por ejemplo, en *levantar el espíritu.* Si una persona cae en un lugar peligroso, no se separará de ahí sin azotar el suelo con las yerbas que pueda haber á la mano, para evitar que el espíritu se quede y muera á poco tiempo el individuo que tuvo la desgracia de sufrir el golpe, y otras supersticiones por el estilo, como el de "mal de ojo" y la "quemadura" de los niños.

Los hombres ven á sus compañeras como seres de más baja condición que ellos y las castigan corporalmente por cualquiera falta, y si viajan, la mujer lo hará á pié, mientras que el hombre

lo hace á caballo. Además, tienen por costumbre ir calzados los hombres y obligan á la mujer á andar con los piés desnudos.

Tanto Chiconquiaco, como San Juan Miahuatlán, carecen de casas de material, reduciéndose los edificios de cal y canto, á la iglesia, la casa consistorial y alguna otra; pero de seguro que no llegan en ninguno de estos pueblos á cinco los edificios de piedra, siendo todos los demás de madera, cercados de *rajas* y con pavimento de tierra.

Los trabajos del campo y el acarreo de bultos á Misantla, son los principales giros á que se dedican los habitantes de los pueblos á que nos venimos contrayendo, y cuando las cuestas están más malas que de costumbre, hacen el oficio de cargadores para transladar hasta el Conejo ó Yecautla, respectivamente, á las personas que no se arriesgan á atravesar el camino á pié.

Las tierras de los dos pueblos son delgadas y producen únicamente maiz, una vez por año, y como son en lo general accidentadas, no se prestan al arado tirado por bueyes; de manera que su preparación para la siembra sólo puede hacerse con azadón.

Los jornales son baratos, pero no hay muchos peones, en razón de que cada quien cultiva su terreno sin más ayuda que la de los miembros de la familia.

El maiz se da bien y rara vez se pierde, porque el hielo no hace los perjuicios que en las Vigas y en otros lugares próximos al Cofre.

De pocos años á esta parte han introducido aquellos labradores en sus laboríos la siembra del frijol enredador, en pequeña escala, contentándose la mayor parte de ellos con la *xaxana*, especie de frijol gordo de diversos colores, que tiene la ventaja de retoñar y de producir por muchos años su fruto, sin el más ligero cuidado.

Como todos los agricultores del Cantón, acostumbran barbechar el terreno en Enero, y depositan la semilla en el surco por los dias próximos á la Candelaria. Algunos, sin embargo, lo hacen después de este dia, para que el grano destinado á la siembra sea previamente bendecido.

Pixcan en Noviembre, y al terminar la cosecha, celebran la *fiesta de la viuda*, consistente en dar gracias al Altísimo por los

beneficios recibidos, trayendo en procesión, desde el campo hasta la casa del dueño al compás de una canción monótona, una cruz de madera que se plantó en medio del terreno, el mismo dia que se hizo la siembra. La viuda es la misma cruz, por haberse quedado sola al recogerse el grano. Una vez en la casa la cruz y la comitiva, se queman algunos cohetes, se hacen libabaciones de aguardiente, se comenta el suceso según el resultado que dió la recolección, se queda el dueño de la *pixca* en su casa y los demás se retiran á sus hogares.

Levantar algunas cargas de maiz constituye la mayor dicha de esos habitantes, porque aseguran de esta manera el alimento de todo el año, y si logran vender dos ó tres costales de mazorca, estarán doblemente satisfechos, porque ya tienen para comprar la manta que emplean en sus vestidos, y las velas y el pan de huevo que necesitan para conmemorar á sus difuntos.

Como tienen muy pocas bestias de carga, y los pastos que ahí se producen naturalmente, les bastan para mantenerlas, no acostumbran sembrar cebada ni planta alguna forrajera, y el pimiento de que hacen tanto uso lo siembran fuera de allí, ó lo van á buscar á Yecuatla ó á Misantla.

Se dan lozanos y frondosos en esos terrenos el quintonile, el huacte, el macuilquelite, la verdolaga y la lengua de vaca, sin necesidad de sembrarlos, y como no escasean en el año diversas especies de setas comestibles, no se apuran por dedicar su atención á otras siembras más que á la del maiz, que constituye su principal alimento. Y es lástima, porque aquellas tierras son indudablemente mejores que las de las Vigas, y pudieran rendir sin mucho esfuerzo pingües beneficios, utilizadas convenientemente.

Hay terrenos á propósito para la siembra de la papa, que constituiría para Chiconquiaco y San Juan una riqueza; pero no la han emprendido, no tanto por indolencia, sino porque no ha habido persona que se los haya aconsejado.

También se podría sembrar con éxito la cebada, dando quizá mejores resultados que en las Vigas, pero para ello sería necesario crear antes entre esas gentes ciertas necesidades de que ahora no tienen idea.

Cuando se les haga comprender que pueden vivir con menos trabajo y con mayor comodidad, emprendiendo otros cultivos y utilizando los terrenos de otra manera, acaso se podrá conseguir sacarlos del estado lastimoso en que se encuentran, y hacer de esos pueblos centros de civilización y de riqueza.

XI.

Los pueblos de San José Miahuatlán y Acatlán y la villa de Naolinco, se hallan fincados en la mesa ó parte plana de las tierras que pertenecieron al extinguido pueblo de Santiago Xochitlán. Las condiciones de los dos primeros son semejantes á las de San Juan Miahuatlán y Chiconquiaco, es decir, que no obstante sus 250 ó 300 años de existencia, apenas tienen de cal y canto la iglesia y la casa destinada á las oficinas públicas, distribuida ésta en tres departamentos, uno para el Ayuntamiento y los Juzgados, otro para la escuela, y el tercero, más pequeño que los otros, para la cárcel, siendo las demás casas, de madera, cercadas de rajas y sin enlosado ó pavimento de tablones.

Las costumbres de los habitantes son las mismas que las de los otros dos pueblos de que tratamos en nuestro artículo anterior, y los alimentos de que hacen uso para su conservación, se reducen al maiz convertido en tortillas, en *taxcales* (especie de *tamales* sin *totomoxtle* ni cubierta alguna) cocidos en el comal y que afectan una forma triangular, hechos de maiz tierno regularmente, y en *xocos*, que son unos tamales sin manteca ni otro ingrediente, destinados para el *mole* de las grandes fiestas, como son los casamientos, bautismos, bendiciones y exorcismos á que son muy dadas aquellas gentes, para desterrar de sus hogares ó de sus campos, los espíritus malignos y las sabandijas dañinas que detienen el progreso de las siembras y hacen incómoda, difícil y peligrosa la vida dentro de las habitaciones. Otro de sus alimentos son las legumbres, que se dan espontáneamente en sus huertas, las setas y uno que otro animal de casa.

Como todos los indígenas del país, cada pueblo usa un traje especial que los distingue, y que, tratándose de una localidad,

es igual para todos, ricos ó pobres, grandes ó pequeños. Consiste generalmente para los varones, en sombrero de palma, cotón sin mangas ó con un remedo de ellas, calzoncillo blanco, de lana ó tela de algodón, y *huarachis*, ó zapatos de vaqueta amarilla, con suela gruesa; y el de las mujeres, en enaguas, (si tal nombre puede dárseles) sin ninguna costura, porque sólo es un lienzo con que se cubren las piernas, enrollado en la cintura y sujeto al cuerpo por la parte superior con una faja ó ceñidor, y en el *huipile* ó *quexqueme*, con que se abrigan el pecho y las espaldas, y que es un lienzo casi siempre adornado de dibujos bordados con hilo de un color vivo, de mangas perdidas y que les hace mucha gracia; pero debe advertirse que aunque de forma igual, este traje en la mayor parte de los indígenas varía de color para cada pueblo. Acostumbran además, las mujeres, adornar su cabeza con listones ó cordones de seda ó lana, trenzados con sus cabellos, y la forma del peinado indica si son viudas, casadas ó solteras. Estas últimas llevan el cabello suelto.

Las mujeres de San José Miahuatlán usan la enaguas de lana azul, y el *huipile* de *calicó*, y como acostumbran cubrirse la cabeza con una manga del propio huipile, cuando salen á la calle, parecen á distancia hermanas de la caridad.

Los varones son de regular estatura y airosos, y debido á la vecindad de Naolinco, que supone alguna mezcla al principio entre las familias de las dos poblaciones, á muchos de ellos les nacen barbas, que son muy ralas y bastante lacias.

Las mujeres, de pequeña estatura, son graciosas, de andar ligero, vivas, y la mayor parte tienen el pié chico, aunque ancho del metatarso. Puede decirse de los indios de San José Miahuatlán que son los de mejor presencia del rumbo, principalmente las mujeres jóvenes, cuya esbelta cintura y graciosa fisonomía les dan un aspecto singular.

Los hijos de Acatlán difieren á primera vista de sus vecinos de San José, ya por que han venido modificando el traje primitivo, ó ya porque tienden á *españolizarse*, remedando las costumbres y los modales de los europeos ó de los hijos de éstos, sin conseguir ni á medias su objeto, por falta de cultura ó de una buena dirección. Los de Acatlán han hecho más en estos últi-

mos tiempos, pues han aceptado alianzas por medio del matrimonio, que los hijos de otros pueblos han procurado evitar.

Existe entre los habitantes de San José Miahuatlán una tradición que justifica el nombre del caserío.

Se cuenta que para fundar el pueblo debían de escoger muchas de las familias que emigraron de Santiago Xochitlán y que no les agradó quedarse en Chiconquiaco, por cuestión del temperamento ó por cualquiera otra circunstancia que se ignora, un lugar en donde encontraron una caña de maiz ostentando el *miáhuatl*. La caña de maiz estaba en una cañada próxima al sitio en donde actualmente se levanta la capilla del pueblo, y los emigrantes habiéndola visto, detuvieron su marcha y penetraron en aquel paraje. Al otro dia la caña y una buena parte de los compañeros habían desaparecido, dirigiéndose al norte, y como algunos de los que habían quedado siguieron sus huellas para penetrar sus designios y averiguar la causa de la separación, los hallaron á una legua de distancia, poco más ó menos, señalando y repartiendo solares, y con todas las apariencias de levantar una población. Interrogándolos sobre los motivos que tenían para obrar de aquella manera, contestaron á los perseguidores mostrándoles en una loma, que se veía ahí cerca, una caña de maíz, pero ésta estaba recientemente plantada y próxima á marchitarse, no obstante el cuidado que habían tenido de colocarla bien y de no dejar trazas que descubriera la superchería. Volviéronse los de San José disgustados, refirieron á sus compañeros lo ocurrido, y con el propósito de desligarse por completo de los de San Juan, á su ejemplo comenzaron á construir sus primeras chozas. Hé ahí el origen de los dos pueblos y la razón por qué ambos llevan el nombre de Miahuatlán.

Hasta la fecha los hijos del verdadero Miahuatlán alegan en su favor esta circunstancia para creer que los otros han usurpado un nombre, y la naturaleza se ha encargado de darles la razón, porque á no dudarlo, las tierras de San José son mejores que las de San Juan, y verdaderamente productoras del rico cereal, como lo expodremos más adelante.

Esta tradición, que el que escribe estos artículos ha oido por diversas veces de los labios de los habitantes de San José Mia-

huatlán, no tiene, en su concepto, nada de inverosímil. Recuérdese con este motivo lo que se ha escrito respecto de la erección de la populosa Tenochtitlán. ¿Qué tiene de extraño que aquí haya servido de señal para levantar un pueblo, una humilde caña de maiz, en lugar del águila, que fué la que designó el sitio en donde ahora se ostenta la metrópoli de la Confederación mexicana?

Los hijos de San Juan Miahuatlán refieren la cosa de diversa manera. No niegan ni ponen en duda que los de San José hayan encontrado la señal que les indicara el término de su peregrinación, pero se esfuerzan en probar la existencia de dos cañas de maiz. Si se les objeta que en San Juan, y en una loma batida por los vientos, no podía fructificar un grano caido al acaso, contestan, encogiéndose de hombros, que para "Dios no hay imposibles," y cambian de conversación inmediatamente. Es de advertir que, atendida la conducta reservada que observan con los de *razón*, como nos llaman, quizá porque están resignados á considerarse sin ella, no entran en semejante plática con éstos, si antes no ha existido alguna *correlación*, como dicen para expresar amistad ó cariño.

Los dos pueblos de que nos venimos ocupando disfrutan de excelente agua potable y de una agradable temperatura; pero como los de la mayoría de su raza, son indolentes, y como necesitan tan poco para subsistir, no producen nunca más que lo que les es indispensable para la vida.

De ahí que esos pueblos no hayan adelantado casi nada, y que estén en el estado lastimoso en que se encuentran.

Alejados de los centros civilizados, sin idea alguna de las ventajas que proporciona el progreso, llevan una vida vegetativa que consumen en medio de sus preocupaciones y supersticiones religiosas.

El fraile ha vivido mucho entre ellos, y en lugar de civilizarlos, ha llenado su alma de tan densas obscuridades, que va á ser obra de muchos años sacarlos de ese estado. El fraile, si se quiere, los ha colocado en peores condiciones, porque ha hecho difícil la selección, desde luego que se comprenda que en estos momentos todos están en el mismo atraso, todos se agitan en la misma atmósfera, y todos están contentos con llevar una exis-

tencia en donde se ponen en actividad, apenas, poquísimas energías intelectuales.

XII.

No obstante la trascendental importancia que tiene la buena clasificación de las tierras para las imposiciones, según los valores justos y proporcionados que representen, hasta ahora, fuera de algunos estudios científicos, conocidos sólo de reducido número de personas, la mayoría luchamos con los inconvenientes de las clasificaciones que han venido adoptándose, por no responder exactamente á la equidad, á la ciencia y á las condiciones económicas del país.

El artículo 17º del contrato celebrado entre el C. General Enríquez y el ingeniero C. Manuel Gil, como representante de la Compañía que se constituyó para la formación del catastro parcelario de la propiedad rústica del Estado, dice textualmente: "Para clasificar la naturaleza física aparente del suelo, se adoptarán cuatro tipos: homogénea, si no contiene piedra en proporción perceptible: hetorogénea, si contiene menos del 10 p %; pedregosa, si contiene del 10 al 25 p % y muy pedregosa, si contiene del 25 al 50 p %. Las tierras que contengan más del 50 p % se considerarán como eriales."

Este contrato fué aprobado por el decreto número 30 de 25 de Julio de 1891.

El Gobierno Federal, para la venta de terrenos baldíos y las demasías, ha considerado las tierras divididas en 1ª, 2ª y 3ª clase, especificando las diferencias entre una y otra por su distancia de los lugares poblados, por sus vias de comunicación, por los arbolados que contengan, y por la importancia de las corrientes de agua que atraviesen los terrenos, ó pasen por sus inmediaciones.

El fisco del Estado, hasta ahora, se atiene á la siguiente clasificación para la imposición de los gravámenes, dividiendo las tierras en cinco categorías: 1ª De sembradura con riego. 2ª De sembradura sin riego. 3ª Potreros. 4ª Montes. 5ª Tierras eriales. Por éstas no se entienden las incultas, sino las improductivas é inútiles para el cultivo.

Se comprenderá á primera vista que estas diversas maneras de clasificar las tierras, no llenan estrictamente su objeto, ni en la hipótesis de que se reunieran todas ellas para formar una nueva especificación.

Siendo éste uno de los trabajos más complexos, es necesario convenir en que verdaderamente no se ha tenido tiempo de perfeccionarlo, para disculpar á nuestros gobiernos, como los disculpamos, de que no hayan tratado el asunto con más claridad y precisión.

En nuestro concepto, debe procederse por el estudio de la naturaleza del terreno, clima, altura sobre el nivel del mar, vientos reinantes, proximidad de las montañas, calor y humedad relativas, distancia de arbolados, posición geográfica, y además, tener presente el mayor ó menor declive del terreno, para después fijarse en sus condiciones económicas, sin excluir ninguna, por más insignificante que parezca.

Sin estas consideraciones previas, se caerá en el error de apreciar como buena, por ejemplo, una tierra homogénea situada á grande altura y en veciudad de una montaña, y tener como mala una tierra pedregosa, por el simple hecho de contener piedra en más ó en menos abundancia.

Hay terrenos en la Joya, (designemos las "Sabanetas" que pertenecen en propiedad al Sr. Landa, de las Vigas,) cuya homogeneidad salta á la vista, planos en toda su extensión, con una corriente de agua en las inmediaciones, muy cerca de poblado, y á dos kilómetros cuando más de la estación de Cruz Verde del Ferrocarril Interoceánico, que en unidad de superficie, no pueden valer y no valen indudablemente, lo que cualesquiera otros situados en el "Cenizal" cerca de Cuacuazintla, no obstante que estos tienen el agua á larga distancia, el poblado muy lejos, no son planos, poseen por lo menos un 25 p $\frac{o}{o}$ de piedra y se encuentran situados á seis ó siete kilómetros del mencionado ferrocarril.

Y nótese que intencionalmente no hemos querido presentar como punto de comparación ninguno de los terrenos de Xico, ni aun aquellos situados al pie del Huehueyápam, algunos de los cuales tienen tanta piedra como tierra, porque pudiera objetársenos que tales terrenos son cafeteros por excelencia.

Una cuartilla de tierra, (17,831 metros cuadrados) en el Rancho de Palafox, al pie de los muchos manantiales que forman el Sedeño, se puede obtener en nuestros dias por ocho ó diez pesos, no obstante sus condiciones de homogeneidad y de tener tan próxima el agua. Y ¿cuánto valen esos mismos 17,831 metros cuadrados en "Coxontla," "Tlalcontla" ó el "Plan del Matlanyac," del pueblo de Xicochimalco y el "Espinal Alto," de la ciudad de Coatepec?

Pero no necesitamos irnos tan distantes para convencernos de que las clasificaciones que apuntamos más arriba no llenan el objeto, con sólo considerar que dos terrenos vecinos pueden representar distintos valores, (teniendo siempre la misma extensión) con que el uno sea polvillo y el otro *terromote;* el uno tierra prieta y el otro arcilla.

Ocúrrensenos estas ideas en el momento que intentamos clasificar las tierras de San José Miahuatlán y Acatlán; por lo mismo hacemos constar desde ahora para lo sucesivo, á fin de evitar ambigüedades y que no podamos decir todo lo que debemos, que seguiremos una nomenclatura especial, fijándonos preferentemente en la naturaleza de las tierras, y dejando al lector la consideración de las condiciones económicas de ellas, en vista de los datos que vayamos dando en general, de la situación del pueblo de que tengamos que ocuparnos.

Muy cerca de Acatlán se levanta el cerro del mismo nombre, en una llanura, presentando la particularidad que posee el de la Joya, la de tener en la cima una gran cuenca, capaz de utilizarse en el cultivo.

En virtud del declive natural que tienen las tierras del Cerro puede decirse que á su condición de delgadas, reunen otra que debe tenerse presente, la de que pueden lavarse fácilmente, aumentando con sus despojos la riqueza de las que se encuentran al pié. Hay diferencia notable entre unas y otras, y se comprenderá desde luego que las tierras del cerro son menos á propósito para las siembras que las de la llanura; sin embargo, se da ahí el maiz, el único que se cultiva; pero la recolección difiere en importancia de la que se hace en las partes planas.

Las tierras que componen éstas son de dos clases, prietas de terromote y arcillosas, que llaman los naturales *barrealosas.* En

las primeras, sin embargo del clima frio del lugar, brotan á su tiempo las briznas de la siembra, y la caña de maiz crece lozana dando casi siempre excelentes resultados. En las segundas, tarda un mes en germinar el grano depositado en el surco, y la caña lleva riesgo de *ahilarse* ó convertirse en *cañuela*, desprovista totalmente de los jugos indispensables para producir siquiera el *gilote.*

Cerca de San José Miahuatlán hay lugares, no muchos, en que la arcilla entra en mayor proporción en el compuesto del terreno, haciéndolo menos adecuado para el cultivo.

Todas estas tierras tienen agua, y las corrientes de ésta se prestan fácilmente para el regadío.

Hasta ahora, los vecinos de los dos pueblos no hacen otra siembra que la del maiz, pues pocos son los que acostumbran hacer la del frijol enredador, utilizando al efecto la milpa para que trepe y tengan donde fijarse las guías.

Las cosechas son buenas y el grano compacto, pesado y no tan pequeño como el *diente de perro.*

Son tales las condiciones en general de las tierras de San José y Acatlán, que cualquiera que ahí hiciese siembras de maiz de alguna importancia, se enriquecería á poco tiempo, si no tuviese como enemigo poderoso los altos fletes que se cobran por el acarreo del grano á esta Capital, la Banderilla ó San Miguel del Soldado.

Estamos en la creencia de que se podría dar ahí con éxito el trigo, porque el terreno se presta; pero hasta la fecha, nadie, ni por curiosidad, ha depositado en la tierra una semilla de ese rico cereal. Para que tal cosa se logre, será preciso que se avecinden en Acatlán ó en San José, personas entusiastas y progresistas, que vean el más allá y que comprendan cuánto importaría á sus intereses utilizar el dinero en una empresa semejante.

Por otra parte, merece la pena que se intente tal cultivo en el Cantón, en donde por desgracia no se halla un solo palmo de tierra sembrado de trigo.

Todo el mundo sabe que la harina que consumimos viene del municipio de Perote del cantón de Xalacingo. Los Molinos, San Antonio y Guadalupe, son fincas que desde hace muchos

años vienen proporcionando la materia prima para la fabricación del pan que comen los xalapeños.

¿Por qué si tenemos á la mano y más cerca dentro de nuestro Cantón tierras que parecen estar destinadas á darnos trigo, no hemos de utilizarlas convenientemente, haciendo que produzcan mayores utilidades?

Y mientras no se haga la experiencia y no se vea el resultado, no podremos racionalmente negar á las tierras de Acatlán y San José, las cualidades que nosotros les concedemos.

¡Ojalá y algunos de los hijos de Naolinco, que poseen solares en las planicies de Acatlán y San José Miahuatlán, se resuelvan á hacer un ensayo en pequeña escala!

Bien comprendemos que todos esos terrenos juntos no bastarían, produciendo trigo, para satisfacer las exigencias del Cantón; pero darían algo, y ese algo importaría, á no dudarlo, una suma muy superior á la que se obtiene actualmente con el cultivo del maiz.

Además, podría obtenerse otro beneficio: la reconstrucción y mejoramiento del camino que une á Naolinco con la capital del Estado, ó el trazo de uno, nuevo y en mejores condiciones.

XIII.

Fueron de tanta magnitud las corruptelas que se formaron con motivo de la mala pronunciación que dieron nuestros abuelos á los nombres indígenas de los lugares del extenso territo rio mexicano, que se necesitaría poseer los tamaños de los eruditos y concienzudos señores Pimentel ó Ramírez, para descubrir sin dificultad las raices que entran en la formación de aquellos nombres.

He aquí la razón por qué tememos traducir muchas palabras de orígen azteca, cuando sospechamos que podemos incurrir en un error, que aunque involuntario, no por eso dejaría de contener una falsedad.

Pondremos á continuación un ejemplo, para que se vea cuan voluntariosas fueron esas corruptelas.

A inmediaciones de *Xalt-atl-xina-co* (Xalacingo) existe un pueblecito comprendido dentro de la jurisdicción del distrito

de *Tesui-tepetl-zintla*, (Teziutlán) del Estado de Puebla, que todos conocen con el nombre de *Xiutetelco.* ¿Quién es la persona, que sin estudios previos, puede decir á primera vista que ese vocablo viene de estos tres del idioma nahuatl *Xochitl-tepetl-co* (lugar donde se encuentra la flor de los cerros)? Si se hubiera siquiera conservado la raiz de la primera palabra hasta la cuarta letra, sería fácil llegar al nombre completo; pero como desgraciadamente no es así, juzgamos muy aventurada una traducción, que más que en profundos estudios é investigaciones, se funda en las opiniones que hemos podido recoger aquí y allá, y que no son, por cierto, buenas fuentes ni ofrecen con fijeza un seguro punto de partida.

Formulada esta franca y necesaria explicación, esperamos que nuestros bondadosos lectores sabrán disculpar las ligeras equivocaciones que hayamos sufrido y podamos sufrir, respecto de la ortografía y recto significado de las voces del idioma de Cuauctémoc.

En uno de nuestros artículos anteriores dijimos que la voz Naolinco venía de estas tres *Nahuet-atl-co*, para significar "Lugar de cuatro aguas," pero como la palabra *atl* significa lisa y llanamente *agua*, sin el más mínimo atributo de anchura, profundidad ó longitud, y como concurre la circunstancia á la vez, de que alguno ha escrito en un libro que anda en las escuelas y en manos de los niños, que Naolinco quiere decir "cuatro ojos," prescindiendo el traductor del posfijo *co* ó su equivalente *c* que expresa lugar; y como con la voz *ojos* se quiere expresar *manantial pequeño*, antojásenos creer que el nombre primitivo de Naolinco bien pudo ser *Nahuet-atl-tzinco*, substituyendo el determinativo de lugar *co*, por el posfijo *tzinco*, una de las formas del diminutivo, muy especiales del idioma azteca, porque no tienen rigurosa equivalencia con las desinencias rítmicas del castellano *ito*, *ico*, *illo* y *uelo*.

Las formas del diminutivo azteca son cuatro, á saber: *tzinco*, *tzintli*, *tontli* y *quilitl*, siendo solamente esta última la de igual significado á las diversas del castellano, indicando, por lo menos, una *cosa menuda*.

La palabra *Tulancingo*, viene de *Tollan* y *tzinco*, que quiere decir "*lugar de espadañitas*," ó de "tules pequeños" como nos-

otros diríamos, aunque no con toda propiedad, si se atiende al geroglífico con que se representó aquella Ciudad, consistente en un *tule*, y á su lado la parte superior de una persona humana, que más que diminución, pudiera significar carencia ó falta de alguna circunstancia. ¿Querrá decir Tulancingo, "un lugar en donde nacen espadañas roñosas y no bien desarrolladas?"

Otro ejemplo. La voz *Atenquillo*, viene del primitivo *Atenco*. formado éste de los simples *Atl* (agua,) *tenti* (labio) y *co* (lugar;) quiere decir pues, *Atenco* ó *Atl-tenti-co*, represa ó dique, porque la desinencia *quilitl* señala diminución en un sentido absoluto.

Si Naolinco viene de *Nahuet-atl-tzinco*, pudo haberse pronunciado *Nahuazinco*, y entonces nada tiene de extraño que los españoles lo hayan convertido en el nombre que hoy lleva la pintoresca villa de las mujeres de color apiñonado.

La villa de Naolinco se asienta en la parte O. de la mesa del extinguido Xochitlán, al borde de la profundísima barranca que se limita por San Pedro y Santa María Coápam, Hacienda de la Concepción y Hacienda de Tenampa, presentando en varios lugares por el rapidísimo descenso del terreno, dos climas enteramente contrarios, frío y caliente, mediando entre ellos por el aire, apenas medio kilómetro de distancia.

Esta particularidad se puede notar desde el cerro de Macuiltepec de la ciudad de Xalapa, observando el corte natural del terreno por donde se despeña la hermosa cascada que forma el Río Grande al descender á las partes planas.

Naolinco, después de Xalapa, es el caserío de más importancia del Cantón, y está llamado con el tiempo á desempeñar importante papel entre los pueblos del Estado, tan luego como logre comunicarse con el resto de la República por medio de un fácil y cómodo camino, en razón de ser rico y poder producir diversos y variados frutos, propios de tierras frías y calientes.

Las calles de la población son rectas y en general planas, y sus casas, en su totalidad de un solo piso, son amplias y cómodas. Posee la villa una elegante casa municipal y un espacioso jardín público. Sus habitantes son de buena presencia; los hombres muy bien formados, de regular estatura y barbudos; las mujeres son de cuerpo esbelto, de gracioso andar y bien delineado rostro, y todos, sin excepción, de color blanco y sonrosado.

Naolinco fué la cuna de Xalapa, y la mayor parte de las familias xalapeñas tienen parentesco con las de la población de que venimos tratando.

Dedícanse los naoliqueños de preferencia á la cria y matanza del ganado de cerda, al comercio, á las artes, á la industria y la horticultura, pero respecto de esta última, se han limitado á la siembra de la col de preferencia á las demás hortalizas. Su agricultura se reduce al cultivo del maiz como los demás pueblos del Cantón, obteniendo, en virtud del buen clima de que goza el municipio, excelentes cosechas.

Hacemos punto omiso por ahora de sus productos de campo, propios de tierra caliente, para ocuparnos de ellos en el lugar respectivo.

Una de las causas que han determinado que Naolinco haya adelantado poco, á pesar de sus riquezas naturales, ha consistido en el alejamiento en que se ha visto obligada á vivir por falta de buenas vias de comunicación.

Tenemos la íntima persuasión de que si hubiera pasado por ella el camino nacional, Xalapa no habría existido, y en último caso, ocuparía un lugar desairado entre los pueblos del Estado, por la dificultad de poder competir con un pueblo que tiene tierras, y muchas de ellas con una temperatura de 24°; pero la suerte le fué adversa, siempre ha permanecido como oculta en medio de sus abruptas montañas, lejos de los centros comerciales y relegada al olvido.

Nadie pone en duda que sus hijos son animosos y entusiastas, y bueno sería que aprovechando las ventajas de la paz que reina en la República, trabajen de consuno por componer sus caminos.

No vemos la empresa irrealizable ni muy costosa. La cuesta que desciende hasta el Espinal puede componerse fácilmente, dando más desarrollo á la via, y acaso pudiera salvarse la pendiente pronunciadísima de la cuesta de Sosocola, abandonando enteramente ese camino y practicando un nuevo trazo, que aunque más largo, consiguiera para todo el trayecto una pendiente máxima de 10 p§ .

El camino, como existe actualmente, es una constante amenaza para los intereses del comercio y de la agricultura, que no

podrá soportar, para que prospere, los altos fletes que se cobran por el acarreo de los productos.

Lo hemos venido notando desde hace algún tiempo. De nada le sirve á Naolinco ser productora de bueno y abundante maiz. El que pone á la venta tiene que expenderlo barato, y ni aun así logra competir con los pueblos que lo venden caro.

Los habitantes de San Salvador, la Joya, San Miguel del Soldado, la Banderilla y Xalapa, prefieren pagar en Perote la carga de maiz á ocho pesos, que en Naolinco á cinco, en virtud de la dificultad que tienen de irlo á buscar á este último pueblo, y porque si lo hacen, llevan el riesgo de que les cueste más caro por lo alto de los fletes.

En este año se ha visto el maiz en el Alto de Tio Diego y en el Alto del Tízar, á $2.50 y á $3.00, puntos poco distantes de Naolinco, y tenemos noticia de que no se han vendido muchas cargas.

Por esta circunstancia, todo el mundo está conteste en que no se debe juzgar de la riqueza de un pueblo por la riqueza de sus productos, así como de la bondad é inteligencia de un hombre por sus bellas formas.

No es malo, sin duda, poseer tierras fértiles y clima adecuado para obtener pingües cosechas; pero nosotros creemos que las riquezas que no pueden explotarse convenientemente, no merecen el título de tales.

Si Naolinco quiere y desea prosperar, si tiene la ambición noble de llamarse Ciudad y extender su caserío, debe primero tratar de comunicarse con los mercados más importantes de la República, y para conseguirlo, no necesita más que componer sus caminos; pero hacerlo por sí misma, de su iniciativa y con sus propios recursos, sin fijar todas sus esperanzas en el Gobierno, porque hay que advertir que éste tiene muchas cargas sobre sí y no puede hacer milagros, ni ocuparse de todo á la vez.

Es preciso, pues, que nos vayamos acostumbrando á valernos de nosotros mismos; en otros términos, que dejemos á un lado las preocupaciones, que tanto nos han perjudicado, de que el Gobierno tiene la obligación de hacerlo todo, y nosotros el derecho de gozar de todo, sin el más mínimo trabajo de nuestra parte.

XIV.

Al N. E. de Naolinco, y á media hora poco más ó menos de camino, se halla situado el pueblo de Atexquilápam, compuesto de reducido número de jacales levantados al rededor de una humilde iglesia de cal y canto, dedicada al apóstol San Márcos. A poca distancia de la iglesia están las casas municipales, cuya modesta apariencia apenas las distingue de las otras, no obstante que son de material y que tienen un pequeño corredor exterior.

Ignoramos el significado del nombre que lleva la población. Esto no obstante, por no dejar incompleto nuestro trabajo, aventuramos dos traducciones, dejando al bondadoso lector en libertad de aceptarlas ó nó, según su ciencia y mejores datos.

Existe una especie de piedra que los mexicanos llamaron *téxcal*, y si este vocablo forma parte del nombre cuyo significado tratamos de averiguar, tendremos entonces el compuesto *Texcalápam* que dirá: "rio de téxcales ó de piedra téxcal." Pero si la voz téxcal, no forma parte de la composición, ésta bien pudiera estar formada de los siguientes elementos: *Atl-tenti-quilitl-atl-pantli*, convertida por medio de la síncope y del apócope en *Atenquilápam*, denotando "rio de represas pequeñas."

Entiéndase que no salimos garantes de la verdad de cualquiera de estas dos traducciones, porque si es cierto que la segunda nos parece la más adecuada, en virtud de que respeta y hace relación á las condiciones del arroyo que pasa muy cerca de la población, esa *x* que aparece en el nombre actual del pueblo, por más caprichosas que sean las corruptelas, nos obliga á observar mucha prudencia para no caer en error.

Mas como en estos últimos dias se ha dictado una disposición encaminada á esclarecer los nombres indígenas de los pueblos y demás lugares de la República, tendremos ocasión para entónces de salir de dudas, y de saber á ciencia cierta lo que ahora simplemente conjeturamos.

Las tierras de Atexquilápam son en su totalidad medianamente buenas, propias para las siembras del maiz, con regular éxito, pero poseídas como lo están, por unos labriegos cuyas necesidades son tan limitadas, no producen ni han de producir por

mucho tiempo lo que debieran, en razón de que se les exige muy poco, y se desconocen por los propietarios las buenas cualidades que reunen.

El pueblo de Atexquilápam se halla indudablemente en más malas condiciones que los demás del Cantón. Lejos de todo centro, sin caminos y sin contacto con los caseríos vecinos, puede decirse que ni señas da de su existencia. Baste, para poderse figurar la importancia del pueblito, saber que puede cualquiera persona permanecer por horas enteras durante el peso del dia en la plaza pública ó en el atrio de la iglesia, sin que ninguno de los habitantes se perciba de su presencia, ya porque es reducidísimo el número de las familias cuyos jacales se agrupan al pié de la capilla, ya porque en esas horas todas las gentes se encuentran en el campo, hombres, mujeres y niños; los primeros en las labores de la siembra, las segundas lavando ó recogiendo la leña, y los terceros ayudando á sus padres en estas faenas, si están en edad, ó jugando ó durmiendo al pié de los árboles, si son más pequeños.

El alimento principal y único de estas pobres gentes, es el maiz convertido en tortillas, de manera que la lumbre del fogón se distingue en éste á la madrugada que es la hora de coser aquéllas, y en la noche, para calentar el hogar y secar la ropa húmeda de los trabajadores. Durante el dia el *tecuile* está frio, el humo no corona el techo de las habitaciones, y éstas permanecen silenciosas y tristes.

Las casitas se componen de una sola pieza, cercadas de rajas y con pavimento de tierra. En medio de la pieza está el *tecuile*, formado de un hoyo no muy profundo y de tres piedras á su rededor, dispuestas en triángulo y llamadas *tenamaxtles*. Recostado sobre las rajas de la cerca se ve el *metate*, y á su lado el *metlapile*, que es el que sirve para triturar y moler el grano. Sobre el fogón, y á la altura de un hombre, suspendido del techo por medio de un hilo, está el *huile* (especie de red limitada por un aro de bejuco) y en sus mallas descansa el *tecomate* vacío, que está formado del epicarpo de una calabaza y sirve para guardar las tortillas. En un rincón del jacal se nota una olla ó dos que sirven para hacer el *nixcome* (así se llama el maiz que me-

dio cuecen con agua de cal para quitar al grano la película que lo cubre) y á un lado de estas vasijas se hallará una pequeña batea destinada á recoger el *nixtamale*, que es el maiz convertido ya en masa. Y nada más. Ni una estera, ni un remedo de cama, ni una silla, ni un baúl. Pero en cambio se podrá admirar en otro de los rincones de la casa, la escultura ahumada de algún santo, sin brazos, atado á uno de los horcones por medio de una correa ó de una cinta. Aquellas gentes no necesitan más para vivir. La ropa que llevan encima es la única que poseen, y duermen amontonados al pié del fogón, y no pocas veces se ha abrasado una pierna ó un brazo algún muchacho de mal dormir, para quedar inútil é incapacitado para todo trabajo. Esos mendigos indígenas que asaltan al transeunte en la Ciudad, demandándole un socorro enseñándole el muñón de un brazo, para interesarlo en su favor, sin duda son víctimas de una desgracia originada por dormir al pié del fuego para tener menos frío durante la noche.

Esta pintura que aquí hacemos fielmente, sin faltar para nada á la verdad, es muy triste, no intentamos negarlo, pero tiene un loable objeto: dar á conocer á todos las necesidades de los pobres indígenas que, como los de Atexquilápam, necesitan ya de que la mano poderosa de la civilización los saque del estado lastimoso en que se encuentran. No es justo, no es humanitario, que haya compatriotas nuestros todavía en tan lamentable situación.

Ayudémoslos hasta donde alcancen nuestras fuerzas, y hagámoslos acreedores á llevar el honroso y levantado calificativo de hombres.

¿Qué se puede esperar de unas gentes que se contentan con una vida semejante?

Huelga la respuesta, y la callamos, porque no creemos haya alguien que no pueda darla; pero lo cierto del caso es que aquellos hijos de México merecen toda nuestra protección y que veamos por su felicidad y bienestar, como si se tratase de nosotros mismos.

Tienen en su abono la circunstancia, que no debe desatenderse, de ser muy dóciles, poco ó nada torpes para comprender las cosas con tal de que se ejecuten en su presencia, y de que cuan-

do se les trata con dulzura, aunque es indispensable también alguna energía, se dejan conducir sin oponer resistencia.

Ellos en el estado en que se encuentran ponen de manifiesto cuál fué la obra *civilizadora* del fraile, durante tres siglos no interrumpidos de teocrática dominación. Hacer de su cerebro un campo estrecho de densísimas sombras, de su corazón una entraña que ya no late ni puede latir influida por las grandes emociones, y de todos ellos unos parias, unos ceros sociales, átomos inadvertidos en medio de la inmensa colmena del mundo.

El fraile ofuscó la inteligencia de esos seres, mató en agraz las levantadas ideas de patriotismo y de civilidad, é hizo de unos hombres llamados por sus tradiciones y sus energías á ocupar envidiable puesto en la historia, seres que vejetan como las plantas parásitas, sin dar fruto ni provecho alguno, en el campo de las ideas, se entiende, puesto que debemos confesarlo, aunque nos cueste dolor hacerlo, que el indio ha sido hasta ahora el único que se ha dedicado á la agricultura y el que ha sudado la gota gorda, como suele decirse, para que el hijo del español, convertido por sus estudios en legislador, haya venido decretando dia á dia mayores impuestos al campo, queriendo imitar con esto á aquellos arácnidos que, para tener vida, se nutren de los músculos de su propia madre.

Y si á la obra *civilizadora* del fraile, agregamos la codicia de los conquistadores y nuestra propia codicia, habremos completado el cuadro para podernos formar cabal idea del estado que guardan en muchos pueblos de la República los desventurados descendientes de Moctezuma y de Cuactémoc, á quienes tanto les debemos y á quienes poco ó nada les abonamos en cuenta.

Los goces de los hijos de Atexquilápam, así como sus exigencias, no son muchos ni variados. Casarse, quemar unos cuantos cohetes el dia de la fiesta titular, tener un hijo, recoger una buena cosecha y emborracharse cada vez que se pueda: he ahí los placeres. Trabajar para tener maiz, vender unos *coxantles* de mazorca para comprar unas varas de manta, una frazada, el pan de huevo y las velas para el dia de difuntos y algunas botellas de aguardiente: he ahí las necesidades.

Acostumbran reunirse dos veces por año. En el dia del santo patrono del pueblo para asistir á la misa, que por una media do-

cena de pesos les dice el sacerdote de la cabecera parroquial, y en Diciembre, cuando se efectúan las elecciones locales, para designar las autoridades del año venidero. En el resto del año cada familia vive aislada ocupándose en sus quehaceres de campo.

Las reuniones extraordinarias tienen lugar cuando se realiza un casamiento ó cuando se muere alguno, y en ambos casos la familia del novio ó del difunto, se arruina para cumplir con la costumbre establecida de dar un convite en el primer caso, y hacer el velorio en el segundo.

Todos los indígenas se creen católicos, pero al culto puramente exterior que profesan, se unen otras prácticas que distan mucho de formar parte del dogma. Creen en las "malas horas," en los "aparecidos," en los "duendes" en la "llorona," en el "mal de ojo," etc., y sus desgracias las atribuyen más bien que á los efectos necesarios de la naturaleza, á causas sobrenaturales, achacándoselos á la luna, cuando se manifiesta con casa, como ello dicen; al sol, al aire, al *trueno viejo* y á otras mil cosas por el estilo, difíciles de enumerar, por no ser posible retenerlas todas en la memoria.

Tienen mezquina idea de la Divinidad y la consideran en perenne y costante lucha con el Espíritu malo, que suele salir triunfante muchas veces.

Respecto de algunos fenómenos meteorológicos, andan bastante acertados en sus apreciaciones, pero no en las causas que pueden motivar los cambios atmosféricos. El canto del gallo durante la prima noche indica cambio de tiempo, y el de un pájaro en las primeras horas de la mañana que el tiempo seguirá como está, bueno ó malo, sin variar en nada. Una botella vacía y sudorosa en cierta hora del dia, y el hipo repetido de la rana, les dicen que va á llover, ó al contrario, si concurren otras circunstancias.

Tales son los habitantes de Atexquilápam, bien es que no podemos culparlos por esas supersticiosas creencias, y mucho menos por sus observaciones meteorológicas, cuando todavía no ha llegado para ellos ni para muchos otros de nuestros compatriotas, el dia que se les muestre un termómetro y se les explique su uso. Hacen bien en atenerse al hipo de la rana para sus

trabajos agrícolas, á fin de diferenciarse de muchos hijos de español que solo se fijan en el hipo que produce el cognac, para dar el triste ejemplo de una muerte prematura.

XV.

Hace algunos años escribió el erudito Sr. D. Eufemio Mendoza, un largo artículo en el Boletín de la Sociedad de Geografía y Estadística de la República, que tuvimos el gusto de leer, y en el cual recordamos que su autor declaraba entre otras cosas con la convicción íntima del que ya ha meditado sobre el valor y responsabildad de lo que va á decir, que: la historia antigua de México está por escribirse, y que aquél que alcance tan grande honor, tendrá necesariamente que deberlo al conocimiento íntimo que haya podido adquirlr del idioma azteca en sus más nímias particularidades, sin que se entienda por ésto, que sea indispensable saber hablarlo, que es lo menos que se necesita para conocer su filosofía, formar el análisis de cada palabra, descomponerla, y llegar de esta manera á los orígenes del idioma.

En efecto, es preciso convenir en que el entendido Sr. Mendoza sobrada razón ha tenido para formular tan enérgica apreciación, hija del más perfecto convencimiento; así como en que nosotros corremos el riesgo de grangearnos el calificativo de temerarios, pretendiendo escribir sobre el origen y antecedentes de los pueblos que hoy forman el cantón de Xalapa, sin tener los tamaños para una empresa semejante, ni los medios de proporcionarnos siquiera algunos datos, ya que se puede reputar como un imposible adquirirlos todos en razón de la ausencia completa de documentos que pudieran dar luz para no andar á tientas, como aventuramos hacerlo en el curso de nuestro trabajo al tener que tratar de todos estos pueblos, entre los cuales muchos hay que han permanecido y permanecen relegados al olvido por su poquósima importancia y negativa representación, sea dicho esto, sin el propósito de agraviar á ninguno.

Verdad es y sinceramente lo confesamos, que puesto que de nuestra propia voluntad hemos descendido á estas profundidades, toca á nosotros salir de los malos pasos como mejor podamos, con la esperanza única de que nos consolará en nuestros

apuros la creencia de que el lector discreto ha de saber perdonar nuestro atrevimienio, en gracia de la buena intención que nos ha guiado.

El compromiso contraido con el público, al dar principio á este trabajo, no fué por cierto presentarle la historia de estos pueblos; pero hay tanta intimidad, tanta relación y enlace entre el lugar y el individuo que lo habita ó lo cultiva; entre la producción y el productor; entre el pasado y el presente, que insensiblemente hemos ido pintando fisonomías, caracteres, razas y costumbres, aunque con bastante laconismo, para que de ahí pudiera colegirse sin dificultad cual es el fin que nos proponíamos, y cuáles también los recursos de que nos valemos para hacer que resalten ciertas necesidades y puedan manifestarse y brillar muchas bellezas.

Sirva, pues, lo manifestado de disculpa, y prosigamos, advirtiendo, no obstante, que debemos hablar de las variadas riquezas naturales de los pueblos totonacos, tan pronto como hayamos tratado de su agricultura, para podernos ocupar de todos á la vez, y lograr por este medio que este estudio no salga largo y cansado.

Toca su turno á San Pablo Coápam.

Significa esta palabra, según nuestro humilde entender, "lugar de manantiales," y en un principio no estuvo fincado el pueblo en el lugar en que hoy se encuentra.

A medio legua, poco menos de San Pablo, existe aún un reducidísimo caserío que se llama Santa María Coápam, y ahí fué donde se fincaron las primeras familias que dieron sér al pueblo.

Ignoramos los motivos que pudieron influir en el ánimo de sus habitantes para transladar sus jacales media legua más al Norte; pero suponemos que bien pudo ser por huir de la humedad ó de las inundaciones, ó para contar con las ventajas que proporciona un punto estratégico por elevado, para poder defenderse de los enemigos que intentasen atacarlos. Entendemos que se aceptarán sin escrúpulo estas suposiciones, cuando se sepa que Santa María Coápam se encuentra en una cañada, propensa por este motivo á innundarse, é inadecuada, por otra parte, para una defensa bien sostenida, y que San Pablo se halla en una altura en donde las corrientes de las aguas pueden de-

rivarse naturalmente y con facilidad, y que por su posición topográfica ayuda á mantener una defensa, y proporciona, en caso adverso, una buena retirada hacia las partes todavía más altas, manteniendo á cada paso la superioridad de la posición sobre el enemigo,

Santa María Coápam es actualmente un barrio del pueblo principal, habiendo perdido la importancia que debía tener, por su mala posición militar, y por las innundaciones á que está sujeto.

Como los primeros habitantes de México prosperaron con las conquistas que sobre sus vecinos lograban llevar á cabo, y como esas mismas conquistas los obligaban á estar en contínua guerra, buscaron siempre para la fundación de sus pueblos los puntos más altos y más inaccesibles, que los resguardaran por su posición natural de una sorpresa ó de las asechanzas de sus enemigos.

El pueblo de San Pablo Coápam, con su campanario de cal y canto, siempre pintado de blanco, sus tres ó cuatro casitas de material y techo de teja y sus muchos jacales esparcidos aquí y allá, sin mucho orden que digamos, presenta á primera vista mejor aspecto que Atexquilápam.

Y hay una razón poderosa para creer que sus gentes son más ilustradas que las de Atexquilápam. San Pablo es el necesario paso de los hijos de Cuacuazintla, Tlacolúlam, las Vigas y Tatatila, que tienen negocios que evacuar en la Villa de Naolinco, y bien conocida es la influencia que para el progreso de las localidades determina el frecuente trato de otros pueblos y de otras gentes. Esto no obstante, las costumbres de los habitantes de Coápam en nada difieren de las de los otros habitantes de los pueblos totonacos.

Las exigencias sociales de los unos son las de los otros, y necesidades y satisfacciones se parangonan, de manera que las segundas no van más allá de las primeras. Los hombres, que se parecen mucho á los de Chiconquiaco y á los de los dos Miahuatlán, se contentan con un traje compuesto de sombrero de palma, camisa de manta, sobre ésta un *cotón* de lana, sin mangas, calzoncillo blanco, huarachis y la característica *poxca*, que es un zarape cuadrado tejido de lana y de un color generalmente

obscuro. Las mujeres se creen dichosas con un huipili de algodón, bordado en sus márgenes con dibujos formados con hilo ó estambre de un color *chillón*, con unas enaguas de una sola pieza atadas á la cintura por medio de una banda, y con unos cordones gruesos de lana trenzados con los cabellos, sin resguardar sus piés con el más insignificante remedo de calzado.

Su alimento principal consiste en el maiz y en las legumbres; pero sus guisos los sazonan con pimientos que ahí mismo cultivan, y aunque no con mucha frecuencia, gustan de comer carne.

Sus hogares están también destartalados, pero usan petates, (esteras) y las camas, muy pobres sin duda, no son raras entre ellos. Además, ya se encuentra entre estos indígenas el uso de las mesas, no porque les sirvan para comer, pero sí para escritorios y para soportar los nichos de sus santos. Más de un jacal hay en donde se tropieza con un libro, aunque sea con un catecismo de la doctrina cristiana sin pastas y ahumado, y no es cosa extraña que guarden en los cajones de sus mesas unos pliegos de papel, una botella con tinta y un palo de pluma con sus accesorios para un caso de urgencia.

Las tierras de San Pablo Coápam, como las de todos los pueblos de esos rumbos, son delgadas, de polvillo, pero regulares para las siembras, porque están preservadas del hielo y de las escarchas. Sin embargo, como acostumbran barbecharlas año por año, y en este género de trabajo no atienden á las condiciones que ellas guardan, han conseguido desmejorarlas notablemente, revolviendo la tierra vejetal con el suelo que no es productivo.

Efectúan sus siembras en Febrero y cosechan á fines de Octubre y á principios de Noviembre; pero dedican sus afanes no solamente al maiz, sino al pimiento llamado de San Pablo, al frijol enredador, á la haba, al chícharo y á la col, aunque en pequeñísima escala, y como la cría del ganado menor de pelo y de lana es una de sus industrias, tienen la ventaja de poder mejorar sus tierras con las majadas que recogen en sus establos, ó que depositan en el terreno, plantando sobre él sus corrales y haciendo que ahí duerma el rebaño.

Mantienen comercio activo con ésta Capital, con Naolinco y

con los pueblos circunvecinos y sacan regulares utilidades de sus quesos de leche de cabra.

Tenemos la conciencia de que este pueblito podría adelantar mucho si se consiguiera que fuera administrado por personas entusiastas y sin compromisos con los habitantes de la localidad, para estirpar de entre ellos, sin distinción de personas, ciertos vicios arraigados como el de la ebriedad á que son muy dados, en razón de que pueden proporcionarse fácilmente el aguardiente.

San Pablo Coápam está muy cerca de Naolinco. En media hora se pone cualquiera persona á pié de un lugar á otro, de modo que si con el tiempo se logra anexarlo á Naolinco, puede adelantar mucho con sólo cuidar de que sus habitantes no distraigan su tiempo en trancachelas y se afanen por lo contrario en mejorar las condiciones del pueblito, digno por la calidad de sus tierras y por la docilidad de sus vecinos de una mejor suerte.

Un gobierno local más concienzudo y más paternal, puede fácilmente introducir ahí laboríos de plantas más provechosas, y hacer de Coápam, ahora agreste y casi abandonado, un lugar próspero y rico, porque cuenta con terrenos de regadío, con una excelente temperatura y con elementos adecuados para prosperar.

Para comunicarse con Xalapa no tienen los vecinos de Coápam que recorrer mucho camino, y cuando sihuen el de Xilotepec, no encuentran más mal paso que la cuesta que separa á este pueblo de la Banderilla, que apenas tiene tres kilómetros de extensión, sin mucho declive y no en tan pésimas condiciones como la del Riñón que los separa de Naolinco.

XVI.

A una hora poco más ó menos de Naolinco, con rumbo al Oriente, siguiendo un camino regularmente trazado entre los de Acatlán y Xalapa, y en condiciones tales que su travesía no puede cansar al pasajero y á las bestias de carga, se levanta el pueblecito de San Miguel Aguazuelos, habitado en su totalidad por los descendientes de los fundadores del rico pero ya extinguido pueblo de Santiago Xochitlán.

Los hijos de Aguazuelos se diferencian tan poco de sus congéneres de los otros pueblos totonacos, que nada tendremos que agregar sobre el particular. A las mismas costumbres se unen las propias necesidades, y en general, puede decirse de ellos, que viven en un lamentable atraso y que su existencia es puramente vegetativa.

Parécense en sus necesidades y manera de vivir á los de Atexquilápam; más sus energías se distribuyen entre el cuidado de los campos y los trabajos de baja, sencilla y rudimentaria alfarería. Pero son mezquinos agricultores y alfareros mediocres, no obstante la gran paciencia que como todos los indios, ejercitan para la fabricación simplemente manual de sus artefactos.

Aprovechando la oportunidad que esta ocasión nos proporciona, creemos necesario y conveniente descubrir ciertas poridades, que aunque no lo sean para algunos, sin duda lo son para muchos que por su indiferentismo ó por sus atenciones no tienen tiempo, ni quieren tenerlo para averiguar algunas de las circunstancias que concurren, como factor importante, para hacer de una raza de hombres digna de mejor suerte, un hacinamiento de seres, por decirlo así, que con un pasado de hechos gloriosos, apenas pueden darse cuenta de que existiría para ellos un porvenir lisonjero, si pudieran modificar el presente de color gris que pesa sobre ellos como inmensa mole de plomo.

En las noticias estadísticas, y en los libros de las oficinas de las cabeceras, seguramente que un observador curioso encontrará datos respecto de la densidad de la población de los lugares indígenas, noticias de una ó dos escuelas que costean las respectivas autoridades municipales, y avisos periódicos de visitas hechas á las escuelas en los que aparece un regular número de educandos, á los que se ha administrado la vacuna, etc., etc. Pero el que se atuviera á esos datos para rendir un informe ó ilustrar una cuestión, se expondría á presentar un cuadro de inexactitudes, porque la verdad no sale á luz sino cuando nos tomamos la molestia de ir á buscarla y decirla sin ambajes y con honrada franqueza.

Hay muchos pueblos en los Cantones del Estado en donde no ha habido escuela por años enteros, y esto no obstante, la Jefa-

tura política recibe mes por mes un parte de policía en donde consta el aviso siguiente: "Instrucción pública." Asistieron en el mes treinta niños á la "Escuela," variando el número de educandos para cada aviso.

Saben las autoridades de los pueblos retirados del centro que aquellas noticias no son discutidas y que nadie se preocupa de su verdad, como nadie, en otro orden de ideas, se preocupa de que no llueva en el Japón por un mes seguido. Y como saben eso, gracias á una práctica de muchos años, solamente procuran estar al corriente en sus avisos mensuales á las oficinas superiores, lo que les cuesta poquísimo trabajo. Al acercarse el fin del mes, toma el Alcalde los sellos de las oficinas, con la respectiva botana para evitar moratorias, y se encamina rumbo á la cabecera, en donde se pone en contacto con un tinterillo que por un peso ó más le fabrica el parte de policía, el acta de la visita á la oficina del Registro civil, los tantos de los cortes de caja municipales y de instrucción, y los partes á los Juzgados por iniciación de juicios civiles ó criminales, visita de cárceles, etc., etc., todo al gusto del secretario actuante, que tiene buen cuidado de no decir nada positivo para no incurrir en lo sucesivo, por falta de memoria, en algo que implicara negación.

De esa manera existen muchas escuelas que se examinan en las épocas de ordenanza, que hacen gasto de premios y que consumen un presupuesto que se justifica á fin de año, con una particularidad asombrosa: la de que los ingresos que se calcularon fueron iguales á los egresos, sin faltar ni sobrar un centavo, por más que algunos de los causantes hayan fallecido, pues para el efecto, parecen tener agentes cobradores en el otro mundo, que se encargan de saldar las cuentas.

El que esto escribe, por una práctica de más de quince años, ha podido ver y conocer todo lo que va señalado, y puede afirmar que lo que particularmente se dice respecto á escuelas, es una de las mayores verdades.

Si visitamos un pueblito como los de Atexquilápam, Tlanelhuayócam y San Miguel Aguazuelos, en un día de trabajo, sin previo aviso y sin dar á comprender la intención, de seguro que no se encuentra en el pueblo ni al Alcalde, ni al Juez, ni al Secretario, ni al maestro de Escuela.

Recordamos con este motivo lo que pasó al Sr. D. José María Rodríguez, que fué Jefe político del Cantón. A buena hora salimos (ocho de la mañana) de esta Capital con dirección á San Andrés Tlalnelhuayócam, permanecimos en el pueblo dos horas y nos retiramos sin haber visto á persona alguna. Esto no obstante, en el parte de policía del mes se decía que durante todo él los niños no habían faltado á la escuela. Y nótese que por tratarse de un pueblo tan cercano á Xalapa, pudieran andar las cosas de otra manera.

Las autoridades cantonales que actualmente gobiernan esta importante fracción del territorio veracruzano saben muy bien que cuanto decimos es la pura verdad. Urge, pues, por lo mismo, que poniendo en ejercicio su buena voluntad, extiendan sus patrióticos deseos hasta aquellos pueblos alejados del centro, para evitar que sea una teoría hasta cierto punto rayana en crimen de lesa-humanidad, la salvadora práctica que convertiría en poco tiempo á los parias de hoy en los hombres del porvenir.

Como hemos venido diciendo en nuestros anteriores artículos el indio es humilde, dócil y agradecido, cuando se le trata con amabilidad y cariño.

Aseguran muchos, tal vez sin pleno conocimiento de causa, que es hipócrita, desconfiado y enemigo de los *de razón*. Decimos que nó, y que en todo caso nosotros con nuestra torpísima conducta hacia ellos, hemos hecho brotar y germinar en su cozón esas malas pasiones.

Que todos los mexicanos de raza europea nos den satisfactoria respuesta á esta pregunta, y les protestamos que nos adheriremos á las opiniones desfavorables al carácter del indio. ¿Qué hemos hecho los blancos en su favor para que nos creamos con derecho á exigirles amor, confianza y respeto?

Hagamos algo por el indio si queremos ser humanos y satisfacer un imperioso deber. Recuérdese que cuando se le instruye sabe el levantarse por sí solo, porque su cerebro en lo general está bien organizado, y lo prueba el sin número de sacerdotes indígenas que salen anualmente de los Seminarios. Vigílese por nuestras autoridades con eficacísimo empeño el ramo de la instrucción pública, aminórense á los pueblos de indíge

nas las cargas para el sostenimiento de la Administración, dando preferencia á la escuela, dótense á los maestros con mejores sueldos hasta donde sea posible, y una vez que el indio haya aprendido los primeros rudimentos de la enseñanza, tráigasele á la Escuela Normal para hacer de él un pedagogo, con la obligación de servir la escuela de su pueblo, por un tiempo determinado, y se hará una obra humanitaria.

¿Por qué razón no hemos de hacer del indígena el comensal obligado en el festín de la ilustración y del progreso?

Honrosísimos ejemplos tenemos en nuestra historia de lo que vale y puede el indio cuando se le instruye. Y hay razón para que el indio se alce muy alto cuando se le coloca en condiciones de que pueda hacerlo; pertenece á una raza levantada y noble, y si hoy muestra tanta indolencia y tanta apatía, no es sólo por carácter, sino porque no se le hace caso alguno en el sentido de mejorar su condición social. Le exigimos mucho, lo llamamos, aunque sarcásticamente, ciudadano, le echamos todo el rigor de la ley si delinque, y ¿qué le damos en cambio?—Que conteste aquél que tenga el suficiente valor de confesar una gravísima falta.—Y basta de digresión.

El pueblo de San Miguel Aguazuelos cuenta con tierras excelentes para el cultivo, siendo mejores las que ellos llaman de *rehoya,* en razón de que recojen todo el mantillo de las laderas, que por más que estén formadas de tierras fuertes no dejan de lavarse en los fuertes temporales.

Se da el maiz y el frigol con buen éxito, pues hay lugares en Aguazuelos en donde no hiela. Sin embargo de las buenas condiciones de los terrenos no sacan los habitantes todo el producto que pudieran dar, porque no son verdaderamente agricultores. Teniendo entre ellos poco expendio el maiz por el alza de los fletes, se contentan con sembrar una *rueda* que basta á las exigencias de la familia. La *rueda* entre ellos no significa determinada medida agraria, sino una extensión de terreno suficiente para proporcionar una cosecha regular, á fin de que no les falte el maiz durante el año.

El frijol, tanto enredador como mateado, se da muy bien y es muy sabroso, aunque pequeño de volúmen, pero se siembra po-

co, al grado de escasear hasta para el reducido vecindario de aquella comarca.

Careciendo como carecen en la generalidad los hijos de Aguazuelos de bestias caballares y mulares, no se han preocupado en sembrar la cebada, siquiera para utilizarla como planta forrajera.

Posee el municipio varias minas de arcilla á propósito para la fabricación de ciertos útiles de cocina, y los habitantes se han dedicado desde tiempo inmemorial á hacer ollas para guardar agua, muy conocidas de las xalapeñas, que las prefieren á cualesquiera otras, por tener la ventaja de conservar muy fresco el líquido elemento. Pero fuera de las ollas, ya no se fabrica otra vasija, ni se ha intentado mejorar las condiciones del barro para poder fabricar pucheros capaces de resistir la acción del fuego.

Así pasa con los hijos de Chiltoyac. El barro con que ellos cuentan sólo les ha servido para hacer *comales*, y desde que ejercen esa industria no fabrican otra cosa que comales.

Descúbrese en esta manera de proceder la falta de iniciativa entre ellos, y el abandono en que han vivido. Con una poca de instrucción los de Aguazuelos y los de Chiltoyac, ya hubieran adelantado en su industria.

XVII.

A dos leguas de San Miguel Aguazuelos, siguiendo al Oriente, se asienta el pueblo de San Antonio Tepetlán, fincado en un valle estrecho y con cerros á su alrededor, circunstancia que le valió el nombre que lleva.

La temperatura de Tepetlán difiere notablemente de la de Naolinco y demás caseríos ubicados en la planicie, en razón de que tiene que salvarse para llegar á él, una cuesta de rápida pendiente, que como todas las de aquellos rumbos, apenas se presta para la formación de un camino de regulares condiciones. El que ahora existe no merece el nombre que se le da porque es bastante malo, aunque no tanto como los que sirven para atravesar las cuestas de San Juan Miahuatlán y Chiconquiaco. Tiene también la ventaja de no alargarse mucho, pero á pesar de ello, causa y mortifica á los animales de carga que por él transitan.

Como la temperatura media de Tepetlán es de 18 á 20 grados en verano, y de 4 á 10 en invierno, sus habitantes usan una camisa de manta blanca de faldas libres, calzoncillo del mismo género, sombrero de palma y zapatos de vaqueta ó huarachis, según sea la posición pecuniaria de cada uno.

El pueblito aunque pequeño es pintoresco, y al pié de la iglesia se agrupan las casitas de los habitantes á un lado y á otro de las tres ó cuatro calles en que se distribuye la población. Los hijos de San Antonio Tepetlán distan mucho de ser indios, y se comprende que sus primeros habitantes aceptaron en sus hogares, apenas consumada la conquista, á muchos de los europeos que vinieron al país en busca de plata y de oro.

Estando el pueblo como está tan oculto y tan alejado del centro, se podrá comprender desde luego que ha llamado poco la atención de la gente ilustrada para que haya podido progresar. Sin embargo se respira ahí una atmósfera que pudiera influir muy directamente para lograr, sin mucho trabajo, que aquel pueblo se levantara.

Aunque parezca una paradoja, nosotros creemos que de la misma manera que los alimentos constituyen y modifican los organismos y hacen de los cerebros laboratorios más ó menos felices para dar buenas ó malas producciones, así sucede con el aire que respiramos, no en un sentido material, porque esa opinión bastante confirmada nadie puede ponerla en duda, sino en un sentido puramente intelectual.

Al observador menos atento no ha podido pasar inadvertido el hecho de las diferencias en potencia intelectual entre dos pueblos vecinos.

El que esto escribe, dedicado á la laboriosa profesión del magisterio desde su juventud, pudo notar alguna vez un cambio notable de fuerza de intelecto entre los niños de dos pueblos formados de hombres de la misma raza y separados entre sí por una distancia cuando más de ocho kilómetros. En el primer pueblo encontró durante varios años entre sus alumnos un 75 p§ de buen talento y fácil comprensión por un 25 p§ de medianías. En el segundo no llegaba al 25 p§ el número de los aptos para el aprendizaje. Se puede presumir que siendo una la raza y los alimentos los mismos, el cambio sólo podía consis-

tir en el aire que respectivamente respiraban ambas poblaciones. Y aquí viene de molde la teoría de Julio Verne puesta á discusión en su obra titulada "La Ciudad hidroxigenada del Dr. Ox."

Cuantas veces hemos tenido ocasión de visitar á Tepetlán nos hemos formado el concepto de que sus habitantes son susceptibles de una buena educación intelectual, moral y social, con sólo tomarse el trabajo de colocarlos en el medio adecuado para el desenvolvimiento de sus facultades ahora adormecidas por carencia absoluta de dirección. Son hospitalarios y afectos á la sociedad, empujándolos á ello insensiblemente el trato que, con motivo de la fiesta titular de su pueblo, tienen cada año con las gentes de los demás pueblos del Cantón y de fuera de él, que no dejan de concurrir al pueblito para expender sus frutos y artefactos y entretener sus ocios en una gira campestre.

Si pudiera lograrse llevar á Tepetlán un buen maestro de escuela y un regular secretario para las oficinas públicas, acaso se alcanzaría en pocos años hacer de ese lugar un centro de progreso, ya porque se desterrarían muchas preocupaciones perjudiciales, ya porque se iniciaría una buena marcha administrativa.

Actualmente viven la vida de los demás pueblitos del rumbo, en la quietud más desconsoladora y sin preocuparse por el mañana, contentándose con la pereza de un presente sin horizontes y sin esperanzas.

Poseen tierras excelentes, y con excepción de las del lado de Chiconquiaco, en las cuales cae el hielo y son susceptibles de lavarse, tienen cañadas muy buenas en donde nacen el maiz y el frijol con mucha lozanía dando magníficos resultados.

Por su posición topográfica y atentas las condiciones del clima, que es templado, pueden sembrar y siembran efectivamente el *tonalmil*, barbechando en Noviembre, depositando la semilla en el surco en Diciembre y recogiendo sus cosechas en Mayo y Junio. Tienen terrenos tan buenos, que podrían soportar sin cansarse, dos siembras en el año, lo cuál como se debe entender constituye una inmensa ventaja para el agricultor.

En la comprensión del municipio hay lugares en donde se

siembra la caña de azúcar y algunos de los frutos tropicales, pero de ellos trataremos en otra ocasión, como lo tenemos prometido respecto de las tierras templadas de Naolinco.

El barbecho que tan perjudicial se muestra en las tierras delgadas, en donde el suelo se confunde con la capa vegetal no causa ningún mal en las tierras en las cuales esta capa tiene al espesor de un metro, por más que se profundice al azadón ó el arado para voltear el terromote, porque si es cierto que la tierra de la superficie se reseca en la época del verano, esta sequedad no penetra mucho, impidiéndoselo no sólo la fuerza del terreno, sino los vegetales en descomposición que hubieron de quedar debajo al abrir el surco, y que se conservan mucho tiempo húmedos, comunicando esta propiedad á las substancias que tienen en contacto.

Este sistema de voltear la capa superficial del mantillo, equivale á un abono adoptado en muchos pueblos de Italia que carecen de recursos para proporcionárselo de los establos ó caballerizas; pero allá necesitan previamente hacer en el terreno una siembra de maiz como se verifica la de la cebada, para después enterrar la cañuela con el arado y esperar á que se pudra toda la substancia vegetal que quedó adentro.

Convenimos en que en las tierras delgadas conviene más la rotación de cultivos y el sistema de amelgas; pero no pasa lo mismo en los terrenos fuertes, que sin necesidad de proporcionarles el ligerísimo abono de volverles lo que se les quita, saben salir airosos por su propia cuenta, produciendo robustas y hermosísimas plantas y ricos y variados frutos.

Y ya que tratamos de este abono sencillo, asequible y por demás económico, porque no cuesta nada, bueno será advertir que, aunque proporciona poquísima fuerza al terreno, tiene la ventaja de no aportar consigo, ni permitir se crie á sus expensas la destructora *gallina ciega*, que hace tantos estragos en las siembras y que se reproduce con pasmosa facilidad en los depósitos de estiércol caballar.

Hace un mes próximamente que tuvimos ocasión de visitar una huerta recién sembrada de cafetos de dos guías, que reunian todas las condiciones apetecibles al sacarse del almácigo, que sin embargo se perdieron todos al poco tiempo de trasplan-

tados, debido al estiércol que el dueño de la finca fué echando en cada uno de los agujeros destinados para recibir la planta. El abono estaba bien pudrido, pero contenía muchos huevos del insecto cuya larva se conoce vulgarmente con el nombre de *gallina ciega*, y ésta se comió todas las radículas de las matas, imposibilitándolas para que pudiesen hacer la respectiva absorción.

No sabemos que la gallina ciega haga serios destrozos en la milpa, á menos que la coja muy pequeñita; pero respecto del frijol le hace mucho perjuicio y es capaz de aniquilar sembrados enteros.

Las tierras de Tepetlán, si pudieran estar atendidas por laboriosos y entendidos agricultores, con un mediano capital disponible para emprender siembras en regular escala, podrían contribuir á la formación de una fortuna en poco tiempo, pero para ello habría necesidad primeramente de poner un camino, en condiciones tales, que no se llevase todas las utilidades por la dificultad, carencia y altitud de los trasportes.

Año por año se recoje mucho maiz por los agricultores de Tepetlán, y aunque lo expenden barato, no verifican muchas ventas porque no tienen caminos, ni hay esperanzas por ahora de que los tengan, si no viene en auxilio de ellos una mano poderosa que les preste ayuda, y un corazón patriótico que los anime y les haga comprender que la agricultura nada significa y no aportará beneficio alguno á las comarcas, cuando se sofoca y aun se asfixia dentro de las barrancas, sin poder salir á las cumbres y encontrar sobre ellas una vía regularmente trazada por donde pueda trasportar sus frutos y sacarlos á los mercados de las plazas fuertes, en donde la demanda recompensaría con creces los incontables trabajos del agricultor.

No nos cansaremos de repetirlo, por más que se nos tache de tercos. Antes que los buenos terrenos, antes que los brazos trabajadores, antes que el dinero, necesitamos los caminos, y los pueblos todos del Estado debieran resolverse ya á emprender la composición y reconstrucción de los suyos, destinando para verificar los gastos que aquellas obras exigen, los centavos que se desperdician en las cantinas, en los inmorales velorios y en las prácticas religiosas, si llegan al fanatismo.

¡Cuántas personas conocemos á quienes no les duele gastar uno ó dos pesos, (nos referimos muy particularmente á las de los pueblos) en cohetes para celebrar una misa, ó pagar una fiesta religiosa, y no dan un solo centavo para componer la calle que pasa por su casa! Convénzanse esos individuos de que antes que irse al cielo, tienen que vivir en la tierra, y que cumple con los preceptos divinos el que cuida de proporcionar comodidades á su cuerpo todas las veces que le sea posible. El que pueda fabricarse una cama para descansar cómodamente de las fatigas de la vigilia, y no lo haga, es un gran criminal, y ni aun merece llevar el título de hombre.

Convengamos en que hay dinero para hacer todo cuanto se quiera, con tal de que no se le dé otra camino. El gran Víctor Hugo ha demostrado de una manera clarísima, que si se ahorrara el gasto de la pólvora que se quema en salvas y en los puertos á la entrada y salida de los buques, la humanidad ganaría muchos millones de pesos.

Ahorremos todo cuanto podamos para no ganarnos el cielo por dinero, sino por nuestras buenas acciones, y dediquemos el vil metal á obras que nos traerán comodidad y riqueza.

XVIII.

La grande extensión de las tierras del antiguo y extinguido pueblo de Santiago Xochitlán, y la circunstancia de encontrarse éstas divididas en calientes, templadas y frías, contribuye á aumentar la inmensa variedad de árboles y arbustos cuya madera es propia para la construcción y para la ebanistería, y de los que producen frutas sabrosísimas, no menos que los que se emplean en muchas de las industrias, como plantas tintóreas y aun en medicina, por sus propiedades curativas.

En los límites con Juchique, y en las dos cuestas, la de Chiconquiaco y Yecuatla, crecen con mucha lozanía, levantando la mayor parte de ellos sus frondosas copas hasta las nubes, el robusto y gigante olmo, el encino, el mamey, la esbelta haya, el aguacate, el chinini, el cedro, la caoba, el rosadillo, el chico-zapote, el naranjo, el chijol, el rompe-hacha, el palo misanteco, etc., etc., etc. En las cumbres se ostentan en toda su magnifi-

cencia el pino, distribuido en varias especies, el oyamel, el romerillo, el ciprés, el sabino, el acalocote, el aguacate de fruto pequeño, el capulín, el durazno, el cerezo silvestre, llamado por otro nombre cornejo, y otros más cuyos nombres no es posible retener en la memoria. Del lado de San Pablo se encuentra el chirimoyo, que produce frutas de regular tamaño y buen sabor, y en el Espinal, situado abajo de la cuesta de Naolinco, nace casi silvestre el ciruelo, que da una baya agria y pequeña. En las dos cuestas grandes es frecuente tropezar con el *caxixín*, árbol frondoso que da una frutita muy semejante á la avellana y con una almendra de sabor amargo de que hacen gran consumo aquellas gentes para sazonar ciertos guisos ó que comen simplemente tostadas en el *comal.* Se dice que esta almendra es medicinal tomada en pequeñas dosis; pero lo cierto es que el desarrollo de la disentería entre los habitantes viene después de la aparición de los *caxixines* y cuando han comenzado á comerse. Entre los árboles medicinales merece especial mención la *chaca*, conocida entre nosotros con el nombre de *palo mulato;* y entre los árboles puramente floríferos, crece en medio del monte á grande altura y sin exigir por parte del hombre el más ligero cuidado la *chihuiza*, que nosotros llamamos *lele.*

Muy cerca de Yecuatla y del Conejo, respectivamente, la vegetación es magnífica y pletórica de variedad y riqueza, y no obstante los estragos que por todas partes ha hecho la destructora mano del hombre, un observador atento y hasta el pasajero más indiferente, encontrarán á su paso atractivas bellezas por todos los lados adonde dirijan la vista. Los airosos helechos, tan altos como un árbol, los bejucos enlazándose entre sí, las preciosas enredaderas cargadas de flores y los arbustos que por todas partes crecen pugnando por asomar sus cabezas en medio de tantos árboles para ver al sol, hacen de aquellos sitios una muralla impenetrable de verdura.

Las hojas secas de los árboles, desprendidas año por año en el otoño, y depositadas al pié de los troncos de aquellos cuyas ramas adornaron en épocas no lejanas, forman suave y espesa alfombra, mullida y elástica en donde al asentarse la planta del hombre ni deja huella, ni produce el más insignificante ruido.

Esos lugares encantadores, donde la naturaleza ávida de lu-

cir sus primores se ostenta con todos sus encantos, con todas sus riquezas y magnificencias, permanecen y han permanecido relegados al más criminal olvido, á grado tal, que sólo los aborígenes conocen sus intrincados laberintos y sus preciosísimos paisajes.

¡Parece mentira que haya puntos como los de que nos venimos ocupando, situados tan cerca de poblado, y que sin embargo no hayan tratado de explotarse para conocerlos y poder apreciar si son útiles para algo!

Mucho tiempo hacía que se contaba que en las barrancas de Chiconquiaco había minas de oro y plata, pero el caso es que hasta estos últimos dias se han dado pasos en forma para averiguar la verdad.

En todos estos montes cuya riqueza acabamos de enumerar pudiera establecerse un corte de maderas finas, ya para dar impulso á este negocio tan productivo de por sí y que tantas fortunas ha hecho ó ya para evitar que el indio haga los destrozos que diariamente lleva á cabo sin resultado alguno práctico y beneficioso siquiera para él y su fanilia.

Es frecuente ver desde Yecuatla hasta Misantla y pueblos comarcanos, el oloroso cedro convertido en cercados y en techos de los miserables jacales de los habitantes, y no es raro también ver en el fogón trozos de caoba para cocer las tortillas.

Aquellas gentes no se tientan el corazón para derribar un cedro, tan sólo por utilizar una horqueta ó una rama que pueden convertir, sin mucho trabajo de su parte, en un bieldo, un pincho ó un esqueleto de arado.

Si todos esos lugares hubieran sido habitados por gente ilustrada y amante de sus comodidades y del progreso de los pueblos, tendríamos sin duda caminos, y con ellos la facilidad de transportar tan ricos y variados frutos que aquella zona produce, contándose entre ellos, por su sabor dulcísimo, la sabrosa naranja de Colipa, tan estimada por todos los que la han probado, como la aromática guayaba proveniente de Misantla.

Bien considerado, aunque pese á muchas gentes encastilladas en antiguas, rancias y perniciosas preocupaciones, nuestras sociedades, desde la época de la conquista, han errado lastimosamen-

te la vereda, desviándose del sendero que hubiera hecho de nuestra Nación desde años atrás, un pueblo verdaderamente rico y preponderante.

Nuestros abuelos sólo trataron de cavar la tierra en busca de oro y plata; otros menos afortunados para emprender en esa clase de negocios, y sin la resignación necesaria para vivir detrás del mostrador, se dedicaron al cultivo de las ciencias y de las letras; reducido número fijaron todo su porvenir en las artes y en la industria, al indio lo mandaron al campo. ¿Y qué ha resultado de ahí? Que nuestra plata no valga nada en virtud de la depreciación que ha sufrido el metal blanco; que tengamos tan pocos, tan poquísimos sabios y literatos, que no necesitamos para contarlos cansar mucho nuestro cerebro en operaciones aritméticas: que carezcamos de industria, y que hayamos convertido ó contribuido al menos en convertir al indio, digno por mil títulos de mejor suerte, en un paria, en un cero social dentro de su misma patria.

Pero si hemos podido existir por mucho tiempo en estado tan irregular, esto no puede seguir así en lo sucesivo. Las circunstancias críticas porque atravesamos nos empujan y nos impelen á buscar una solución salvadora. Aunque lo intentáramos no podríamos desviarnos del camino que la necesidad y la civilización nos trazan. No nos queda más recurso que seguir ese que se nos viene señalando.

El campo es nuestra esperanza, y si en vez de cultivar las ciencias hubieramos cultivado el café, el arroz, el tabaco, etc., seríamos hoy otra cosa indudablemente.

Año por año salen de nuestros colegios muchos médicos, muchos abogados, muchos hombres de letras que carecen, los unos de enfermos, los otros de clientes, y todos de una atmósfera saturada de algunos negocios, y por consiguiente, de recursos para la subsistencia de la vida. Otros más recurren á la empleomanía.

Dice D. Juan Antonio Mateos, que sería una barbaridad suprimir los colegios profesionales. Convenimos con el nervioso tribuno del teatro de Iturbide. Los colegios profesionales no dedeben suprimirse á iniciativa del Gobierno, pero sí deben serlo

por la voluntad de las sociedades, que comprendiendo al fin que nos sobran letrados y que nos faltan obreros y agricultores sobre todo, deben trabajar porque en la noble lucha por el saber se conozcan perfectamente los métodos más usuales para la siembra del tabaco, que conocer el número de piés dáctilos y espóndeos que entran en uno de los versos de las églogas de Virgilio. Sucede frecuentemente que nuestros colegiales saben, hasta el grado de describirlas con exactitud, la orografía é hidrografía de la Europa, y desconocen completamente en donde nace el Sedeño, cuáles son los principales contrafuertes del Cofre de Perote y si existe en las inmediaciones de Xalapa una corriente de agua llamada el Poblano. Saben la vida y milagros del árbol autropófago de la India, é ignoran cómo se producen las papas y cómo se siembra el maiz. Y no exageramos.

Bueno es que una Nación tenga sus sabios, pero también es muy bueno que tenga en abundancia los obreros que han de llevar á la colmena social el alimento material que han de necesitar para nutrirse los cerebros privilegiados.

En la actualidad parecemos un ejército en donde figuran más generales que soldados; más capitanes que cabos; más jefes, en fin, que subordinados. Si así seguimos, dia llegará, y no está muy remoto, en que haya necesidad de exigir á un general que haga su cuarto de centinela, y al más apuesto capitán que barra el patio de su cuartel.

Todos los hijos de México por conveniencia ó por necesidad, por amor ó por fuerza, tienen que recurrir á la agricultura para poderse proporcianar el pan de sus familias. El espíritu de asociación echa raices entre nosotros, y todos queremos irnos á los campos como último pero necesario recurso.

Por más que nos hagamos ilusiones, no podremos competir en industria con las naciones europeas, porque formamos parte de un pueblo joven y porque nos ha faltado escuela, y como por otro lado el valor de la plata cada dia baja más, no nos queda otro puerto de refugio, para escapar de la tempestad desencadenada contra nosotros que dedicarnos á explotar las inmensas riquezas naturales que tenemos, no debajo de la tierra, sino en su superficie, que por todas partes nos convida á labrar nuestra felicidad.

XIX.

En virtud de las mismas razones que obran para que en los terrenos del antiguo y extinguido pueblo de Santiago Xochitlán haya plantas correspondientes á la flora tropical y á la de los terrenos templados y frios, tenemos que hacer mención en este artículo, tanto de los animales que viven en tierra caliente como de aquellos que nada más se encuentran en la tierra fria.

Desde hace mucho tiempo existe entre nosotros el amor á la caza, y por ese motivo cada dia viene acentuándose en algunos lugares del Cantón de Xalapa la falta de animales silvestres, á tal grado, que algunas especies se han extinguido completamente sin la más mínima esperanza de que vuelvan á aparecer.

Ha consistido esto en la falta de una ley especial reglamentaria de la caza, y en la existencia por mucho tiempo de bosques no repartidos y en donde todo el mundo tuvo derecho de hacer sus correrías para proporcionarse, más que los beneficios por la venta de las piezas obtenidas, el placer de matar á troche y moche todo cuanto se ha encontrado.

No hace más de treinta años que en los montes vecinos á las cuestas de San Juan Miahuatlán y Chiconquiaco, había una multitud de changos de los cuales se encuentran ahora uno que otro ejemplar tan precavidos y tan astutos, que sólo se dejan ver á largas distancias y en los lugares á donde no puede alcanzarlos el hombre por más arriesgado que sea.

Estos changos son de pequeña talla, de un pelaje rojizo-obscuro ó gris, de cabeza chica, ojos vivos, sin callosidades en las asentaderas, rabo largo y pelado, muy vivos y ágiles, y afectos á hacer burla con sus gestos y contorsiones del fatigado transeunte cuando notan que no lleva arma alguna con la que pudiera hacerles daño.

Antiguamente también no era raro encontrar en las cañadas más tupidas de arboleda y más escondidas, por decirlo así, ejemplares del leopardo y el jaguar, no de muy grande alzada, que ahora se han retirado á los montes cerrados comprendidos entre Trojillas y Cerro-gacho, sin hacer casi ningún daño, porque los tienen á raya los vecinos del lugar, matándolos sin compasión

si llegan á descubrirlos. En las alturas abunda el coyote que hace sus correrías hasta la Magdalena y demás lugares circun vecinos. Este lobo es el enemigo más encarnizado de los rebaños y de las aves de corral, y dia á dia viene aumentándose sin que los pastores puedan hacerle gran daño, porque es muy astuto y sabe burlar la vigilancia siempre activa de los hombres y de los perros.

Los dueños de ganados han recurrido á mil tretas para ver si pueden quitarse de encima al feroz enemigo de sus intereses, pero hasta ahora no han encontrado nada que pueda servirles de salvaguardia.

Las armas de fuego resultan inútiles, porque el coyote ataca los corrales de noche, aprovechándose de aquellas en que la inclemencia del tiempo ó la obscuridad pueden valerle, para no ser perseguido ó para escapar fácilmente.

La mayor parte de los pastores tienen cuidado de dormir muy cerca de los corrales y de colocar en cada esquina de ellos un *ezcuintle* ó perro de ganado, atado á un poste para que no se separe del puesto. De nada sirve esa precaución, porque el coyote sabe sorprender la vigilancia de los perros y penetrar al co rral por la parte media de los lados, separando las rejas de que aquél está formado, para sacarse un carnero ó una oveja sin hacer el menor ruido, porque, para ventaja suya, el ganado lanar no sabe proferir una queja ni dar el grito de alarma, por más grande que sea el peligro. Pero en el caso de que su presencia infunda alarma en el corral y despierten los perros, si el coyote entró á él no se retirará sin hacer perjuicio, porque no ignorando que los perros disponen de pequeño radio de acción, con movimientos rápidos despierta á todas las reses y las empuja á que busquen la salida por el portillo abierto. Si no logra su intención, mata cuanto animalito encuentra á su paso, saliendo al fin con la presa que le pareció mejor, á despecho de los ladridos de los perros y de los gritos y de los escopetazos al aire de los pastores. Si consigue que el ganado ó una parte salga por el portillo se viene tras de él á todas piernas, haciendo matanza á diestra y siniestra en campo libre, apareándose al cabo con el carnero más gordo, al cual hace correr á su antojo azotándole el

cuerpo trasero con la cola. Una vez que ha logrado colocarse á buena distancia y suponiéndose con justicia libre de todo peligro, porque los pastores se ocupan más en recoger el ganado disperso y las piezas muertas, que de perseguirlo; mata su presa, de la cual generalmente aprovecha la sangre, los intestinos y el hígado, abandonando el resto á las aves de presa ó á los gusanos.

Algunos pastores han ideado circunvalar el corral, no obstante la vigilancia de los perros, de un cordel impregnado de pólvora, porque dicen que el olor desagradable de ésta repugna al coyote; pero no han adelantado nada que sepamos, porque aquél se desentiende del mal olor del cordel cuando sabe que con salvarlo puede proporcionarse un refresco á su calenturiento estómago.

Cuentan los pastores que es tan astuto el coyote, que se pueden evitar sus ataques con sólo colocar en su camino ó al pié del ganado algo inusitado que pueda significar una defensa ó una trampa, y por eso no es raro ver muy cerca de los corrales, postes de trecho en trecho con un cráneo de caballo, de mula ó de asno prendido en la parte superior, ó cuerdas y bejucos colgados de cualquiera manera remedando una trampa. El coyote, no acostumbrado á esos espantajos y á aquellos enredillos, anda con tiento en las primeras ocasiones, pero luego que se persuade de que no le pueden hacer daño, se burla de todo y obra en consecuencia con tanta ó con más furia que antes.

Conversar con los pastores y dueños de rebaños de las costumbres, correrías y planes de ataque del coyote es cuento de nunca acabar, desprendiéndose de sus relaciones, siempre mezcladas de anécdotas curiosas y espeluznantes, la idea generalmente aceptada de que aquel animal tiene el diablo dentro del cuerpo. Aquellas gentes usan de un término muy de ellos, que condensa, por decirlo así, todo cuanto pudiera decirse del animal que venimos ocupándonos. Dirán todos cuando se les pregunte, que es animal *satírico*. Y esa palabra que para nosotros tiene una acepción determinada, significa para ellos ladrón, astuto, precavido, sanguinario, feroz, demonio, etc., etc.

El coyote ataca á las aves de corral hasta en sus dormitorios

cerrados, pero le es más fácil hacer presa cuando el gallinero está al aire libre ó cuando los animales de pluma duermen sobre las ramas de un árbol. El coyote no tiene más trabajo que colocarse debajo de él, escoger la pieza, y dar una lección de cinco minutos de magnetismo. El guajolote y la gallina bajarán sin la menor dificultad para satisfacer el apetito del cuadrúpedo.

Cuando alguien mata uno ó dos coyotes, carga sus cadáveres sobre un caballo y los muestra de majada á majada, y de puerta en puerta, exigiendo la limosna. Al concluir la correría, de seguro que habrá juntado algunas monedas, gallinas, huevos y hasta corderos y chivos pequeños.

El coyote no ataca á los chivos grandes, no tanto por el penetrante hedor que despiden, sino porque son muy bravos, saben defenderse y armar una batahola con sus berridos y gritos. El cerdo se encuentra en las mismas condiciones que el chivo respecto del coyote; tampoco es atacado por él, porque aunque le gustan los lechoncitos, la cerdosa tiene unos colmillos que saben hacer profundas heridas dirigidos con certeza y furia.

Creen muchos pastores que la piel y la carne del coyote sirven para ciertas enfermedades, pero no sabemos en qué consiste su empleo y cuáles puedan ser dichas enfermedades.

En las partes bajas de las dos cuestas abundan el armadillo cuya carne es muy sabrosa, el tejón solitario también exquisito de comer, y la cuahuatusa, que vive en galerías profundas que se cava por sí misma, y que es muy solicitada, porque proporciona con su carne un alimento nutritivo y saludable.

La marta real ó simplemente *martucha*, de pelaje sedoso de color de oro, es abundante en aquellos lugares, pero solo se utiliza su piel para la fabricación de *graniles* ó bolsas de caza.

La zorra es muy común, tanto en los terrenos correspondientes á la tierra caliente como á la fria; pero los ejemplares de la una no se parecen mucho á los de la otra por la alzada, pelaje y fuerza. Se lleva la ventaja respecto de la primera la que nace y vive en el clima frio. Ambas son carniceras, pero la de los lugares cálidos ataca á las piezas grandes, contentándose la de las alturas con las presas que le proporciona el orden de los pájaros y de los reptiles é insectos.

En los montes comprendidos entre Yecuatla y el Conejo, hay varias especies de gatos monteses que se alimentan de aves pequeñas, de tusas y de ratones. Son muy solicitados por su piel manchada de pintas circulares, de blanco y negro.

Si hay en esos lugares otros animales pertenecientes al orden de los carnívoros, en sus dos divisiones de digitígrados y plan tígrados, lo ignoramos, y en esa virtud, trataremos en nuestro próximo artículo de las especies á que se contraen los demás órdenes incluidos en la gran clase de los mamíferos.

XX.

Es tan rica y variada la fauna existente en los terrenos del antiguo y extinguido pueblo de Santiago Xochitlán, que para no acusar carencia de las especies importantes, mantiene en alguno de los rios ó arroyos de consideración, uno que otro ejemplar de la nutria de agua dulce, conocida con el nombre de *perro de agua*, que en tiempos no remotos vivía y procreaba en la presa del Dique de esta ciudad, cuyas aguas mueven la fábrica de hilados y tejidos del Sr. D. Agustín Cerdán.

Mide el perro de agua cuando ha llegado á su completo crecimiento como un metro de la cabeza á la cola; tiene un pelaje color de café claro, muy sedoso y fino, la cabeza del animal es chata, las extremidades cortas y los piés palmeados, terminados por dedos que rematan con unas uñas fuertes. cortantes y resistentes; la cola semeja una llana de albañil, aunque no tanto como la del castor, y se vale de ella como si fuera un timón para cortar el agua. En su elemento es temible y ataca al hombre, infiriéndole profundas heridas con las uñas y con los colmillos, que son consistentes y terminados en punta. Esta especie de nutria es frecuentre encontrarla en los rios de Misantla y Tlacolúlam, por el lado de Santa Inés.

En 1874, que el que escribe estas líneas estuvo en la finca de Santa Rita, á un lado del Esterillo, propiedad desde entonces del Sr. D. Ignacio Betancourt, tuvo ocasión una de tantas veces que fué á Misantla de tropezar en su camino, en la corriente llamada "Arroyo blanco," con un par de estas nutrias todavía pequeñas, que á la distancia cuando más de quince metros

del paso de la vereda, se entretenían sobre una piedra que sobresalía de las aguas, en espulgarse y acariciarse mutuamente sin el menor temor ni sobresalto, y con el mayor afecto, como si se tratase de individuos de una misma ventregada.

La piel de la nutria de que venimos ocupándonos es susceptible de curtimiento, y aun se le atribuyen algunas propiedades curativas. Algunas matronas de los pueblos circunvecinos hacen de ella unas fajas para precaver los abortos, con sólo que la persona predispuesta á esa desgracia lleve una de ellas liada á la cintura por un tiempo determinado, siempre que antes se haya sometido á un tratamiento especial en que la bizma representa el principal papel.

No tenemos noticia de la existencia en los terrenos de que ahora tratamos de algunas otras especies que puedan clasificarse en el orden de los anfibios, y en ese concepto, pasamos á tratar de los keyrópteros.

Dos ó tres especies de estos animales se cuentan en la comprensión del extinguido Xochitlán, que son el murciélago de tierra fria, el común de tierra caliente y el vampiro de caverna. El primero, de color gris ceniciento y de tamaño pequeño, acostumbra vivir en las quiebras y grietas de las rocas, y se alimenta de insectos. El segundo busca los lugares más recónditos de las mismas rocas y aun sabe enterrarse en las partes altas de los tajos que se forman por la mano del hombre ó por los derrumbes, alimentándose igualmente de insectos y de reptiles, cuando éstos no son grandes. Se parece al de tierra fria, pero el color de su pelaje es más claro. El tercero, de mayor bulto que los dos primeros, color de café, y con los orejillas más levantadas y grandes, vive en comunidad, en lo más profundo de las cavernas, suspendido de las bóvedas de las mismas á guisa de ovillo de lepidóptero, despide un olor nauseabundo, y en lugar de alimentarse de insectos, lo hace de la sangre del ganado bovino, caballar ó mular, pegándosele á la bestia en la tabla del pescuezo é hiriéndola á su satisfacción para chuparle la cantidad de sangre que necesita para su alimetto. Al desprenderse del lugar donde hizo la herida, no se preocupa de curar las incisiones, y por consiguiente, el pobre animal atacado se desangra mucho.

Nos han contado que ha herido al hombre cuando ha logrado sorprenderlo ebrio y durmiendo la *mona*, de noche, en el campo ó en su mismo jacal, porque es fácil que pueda penetrar por los claros del cercado un animal tan pequeño como el murciélago.

Los dueños de bestias caballares ó mulares no han encontrado más remedio para evitar que el murciélago lastime á estos animales, que resguardales el pescuezo con un petate ó con un lienzo de cañamazo, seguros de que, salva esta parte, el caballo ó el mulo estarán libres de ser heridos, porque el murciélago no ignora que atacar por otro lado es exponerse á una muerte segura.

Entre las especies comprendidas en el orden de los insectívoros podemos contar al hormiguero, de que se encuentran ejemplares en las barrancas comprendidas en las dos cuestas. El *ursus formicarius*, tiene cerca de diez y ocho pulgadas de largo desde la punta del hociquillo hasta el nacimiento de la cola, su cabeza tendrá como cinco pulgadas, siendo mayor en tamaño que ésta el hociquillo, el rabo se parece un poco al de las zorras, pero no está tan cargado de pelos como el de éstas, la lengua es cilíndrica, colocada dentro del canal del hocico, y las piernas, tanto delanteras como traseras, no levantan mucho del suelo, teniendo unas patas palmeadas como las de los osos. Este animalito que ya va siendo raro en nuestros terrenos y que las gentes vulgares matan sin compasión, por juzgarlo una alimaña de mala catadura, se alimenta de hormigas, introduciendo en los hormigueros su lengua, hasta que se llena de estos insectos.

Encuéntranse también en las cumbres algunos ejemplares del *bistlacuachi*, cuya piel se cubre de unas espinas gruesas, de color amarillo en el medio y negro en la extremidad superior. Se atribuyen propiedades curativas á estas pieles.

Entre la hojarasca no es raro hallar *musarañas*, que son esos ratoncillos del campo ó á lo menos parecidos á ellos, que se alimentan de moscas, mosquitos y gusanos de tierra.

El *topo*, que no es precisamente la tusa como han creido algunos, porque el primero está clasificado entre los mamíferos insectívoros y la segunda entre los roedores, es un animalito

que también se encuentra en las tierras de que nos ocupamos, vive solitario, cava sus galerías al pié de los arroyos, es un poco más grande que una rata, y no se deja ver de nadie, pues al más mínimo ruido corre á esconderse en sus cuevas. Su sistema dentario difiere del de la tusa, y en lugar de los caninos que ésta tiene en vez de los incisivos, el topo posee incisivos pequeñitos y agudos para poder apresar el insecto. Sirva esta diferencia para distinguirlo de la tusa, y la posición de los ojos y la pequeñez de éstos, para no confundirlo con la rata. Además carece de la bolsa que lleva la tusa abajo de la maxilar inferior.

Entre los roedores mencionaremos la ardilla rucia, muy ágil, airosa y esbelta, que abunda y que se alimenta de bellotas, *caxixines*, *raijanes* y otra variedad de frutillas que son abundantes en aquellos montes. Tiene una cola preciosísima, y como sabe colocársela sobre el dorso doblando su extremidad hacia fuera en una forma graciosa, parece más bien un penacho que lo que es realmente. El *mopo* es una ardilla de pelaje rojizo, más chica que la anterior, pero igualmente primorosa.

En los pocos abiertos que hay formados por la naturaleza ó por la mano del hombre, abunda el conejo, de pelaje fino, y cuya carne es muy buena de comer. Este animalito es muy perseguido del *moyocuile*, y no es cosa extraña encontrarle siete ú ocho de estas larvas entre cuero y carne, que lo hacen sufrir mucho y que acaban por enfermarlo de muerte, produciéndole una fiebre que no puede resistir.

A pesar de que á su turno hablaremos de este incómodo animal, no podemos resistir á la tentación de decir unas cuantas palabras acerca de él, para satisfacer las dudas de aquellos de nuestros lectores que no lo conozcan ó no hayan oido hablar de él.

Existe en tierra caliente una especie de himenóptero taladrador, que en vez de depositar sus huevos dentro de la madera ó de las carnes corrompidas como lo hace la mosca, acostumbra efectuarlo en la carne viva de los animales y aun del hombre mismo, no dilatándose en esa operación más tiempo que el que puede durar el piquete. El huevecito depositado entre la der-

mis y la epidermis, no tarda en convertirse en una oruga que crece y se desarrolla á expensas del cuerpo grasoso que encuentra á su lado, adquiriendo al poco tiempo el volumen, no exageramos, de una haba de regular tamaño. Mantiene constantemente una boca abierta al exterior, por donde da salida á las substancias excrementicias. Ya se podrá figurar el lector lo agradable que será para el conejo tener esos bichos dentro de su propia carne.

Un hermano del que esto escribe tuvo la desgracia, por inadvertencia ó por un verdadero é indisculpable descuido, viviendo en Misantla, de crear en tres lugares distintos de su espalda otros tantos *moyocuiles* que le produjeron una fiebre y que lo hicieron sufrir mucho. Nos cuenta que al principio creyó que fueran tumores ó *tlacotes*, como se dice vulgarmente, hasta que lo sacaron de la duda, verificando la extracción de las orugas. Se cree que habrá muy pocos animales que puedan resistir la incómoda visita hasta la completa metamórfosis del insecto, pero de seguro que debe haber algunos, porque de otra manera ya se hubiera extinguido la raza, y el caso es que no escasean los moyocuiles.

Los conejos abundan tanto en la tierra fria como en la caliente, se producen de una manera asombrosa, (no se ignora que la hembra del conejo es la única que es susceptible de la superfetación, y que por esa razón puede tener familia cada mes y á veces cada quince dias), cuesta muy poco su manutención, y esto no obstante, ningún mexicano que sepamos, se ha dedicado á su cria para obtener la materia prima que se necesita para la fabricación de sombreros. Con este descuido justificamos nuestra inactividad y nuestra apatía en proporcionaanos lo que hemos de menester. ¡Pobres mexicanos si Europa no quisiera mandarnos ya más pelo de conejo! Andaríamos sin sombrero ó con gorra de dormir.

En el orden de los desdentados contamos el armadillo, llamado también *tochi*, que vive en los barreales, se alimenta de insectos ó de ofidios y tiene una carne sabrosa de comer.

El *tochi* presta su contingente á la agricultura. Su concha sirve á los labradores para llevar el grano que va á depositar-

se en el surco. Se la atan á la cintura por medio de una cuerda, y de ahí van tomando los cinco granos de maiz que dejan caer en el agujero que hizo el punzón, otro adminículo de que hacen uso para la siembra.

XXI.

Es tan insignificante el número de cabezas de ganado bovino que se cria en los terrenos del extinguido Xochitlán que no merece la pena ocuparse de él. Unas cuantas vacas en los alrededores de Naolinco para el consumo que hace el vecindario de leche, y varias yuntas dispersas en los demás pueblos, es toda la riqueza que en esta especie de ganado tienen aquellas gentes, de modo que se puede asegurar, sin temor de cometer una equivocación, que no llegan á quinientos los toros, novillos, bueyes y vacas que pudieran ahí reunirse. Y es una gran lástima porque en los planes de Naolinco se podía criar muy bien una punta regular de ganado, así como en las cañadas de San Pablo y Tepetlán.

Creemos que la falta de un buen camino, como lo hemos repetido tantas veces, es causa más que suficiente para que los naoliqueños no se hayan dedicado á este negocio.

Un buen establo de ordeña en la villa de las mujeres hermosas haría perder el dinero á su dueño, porque sería muy difícil transportar á esta Capital la mayor parte de la leche para su consumo, y no por la distancia, sino por las muchas horas que habría la necesidad de emplear para recorrerla.

Todos saben que Xalapa hace cotidianamente buen gasto de leche, ordeñada en la Joya y en las Congregaciones de Hoya Chica, Colexta y Mazatepec, de San Salvador Acajete; pero también es cierto que distan mucho de parecerse los caminos Nacional y del Barro á las cuestas del Espinal y Sosocola, que necesariamente tienen que salvarse para venir de Naolinco á Xalapa.

No nos cansaremos de repetirlo; el camino de Naolinco está en pésimas condiciones y urge componerlo á toda costa. ¡Ojalá que los naolinqueños, inspirándose en las mismas fuentes de patriotismo en donde los hijos de Tlacolúlam y Misantla han

ido á beber el entusiasmo que hoy rebosa en sus pechos para realizar la mejora que tanto han ambicionado, la construcción del camino que ha de unir dos importantes fracciones del Estado, se levantaran como un solo hombre, y con enérgica voluntad se resolvieran á dar el primer paso en un asunto de tan transcendentales consecuencias! Mucho, mucho se hace cuando hay buena voluntad y un patriotismo á toda prueba.

Naolinco está llamada por su importancia comercial y por el carácter industrioso de sus hijos, á representar importante papel en la escena pública, y es doloroso ver que, no obstante que las exigencias de la época llaman enérgicamente á sus puertas, no despierte al ruido armonioso que por todas partes levantan los heraldos del progreso llamándonos á tomar parte en el festín que viene preparándose, desde hace algún tiempo, en pro de nuestro progreso y de nuestra felicidad.

Las épocas traen consigo los grandes como los pequeños acontecimientos; pero la verdad es, que entre la época y el suceso hay tanta semejanza y paridad como entre la causa y el efecto.

Sin la guerra continental que tuvo que sostener la Francia por varios años, acaso nadie hubiera extraido ni imaginado extraer azúcar de la más humilde de las hortalizas.

Europa despreciando nuestra plata, metal vil que hasta la fecha ha constituido la riqueza de la Nación, nos obliga á andar por nosotros mismos, relegando al olvido á las niñeras.

Abramos por todas partes anchas, fáciles y cómodas vias de comunicación; llevemos el arado aun á las tierras que nos parezcan más incultas; aprovechemos hasta el más insignificante palmo de terreno; utilicemos todos nuestros conocimientos agrícolas; enseñemos á nuestros hijos á buscar en la feracidad de los campos el pan cotidiano, y entonces habremos vuelto por nuestro honor labrándonos una envidiable felicidad.

Ni por un solo momento pensemos seguir nuestra vida indolante, durmiendo desnudos y hambrientos sobre un lecho de oro, porque la desgracia vendrá á la postre, y seremos con el tiempo servidos como manjar delicioso en el platillo del extranjero. Y basta de digresión.

En las encrucijadas y escondites de los terrenos comprendi-

dos entre las dos cuestas, como en los montes de Tepetlán y faldas de los cerros que caen á Tenampa, pueden cazarse bonitos venados de grande alzada y de no menos grande ramazón.

Desde hace mucho tiempo se le ha hecho encarnizada guerra á este animal por todos los cazadores del rumbo, sin lograr extinguirlo, porque tal parece esa la intención que abrigan aquellas gentes, según la saña con que llevan á cabo sus correrías.

En vista de esto se hace ya preciso, urgente, que la autoridad tome cartas en el negocio, reglamentando la caza de una manera conveniente. Nosotros creemos que matar á un indefenso animal, nada más por el placer de matarlo, es malo, y esto sucede por desgracia.

Sabemos por las relaciones de los cazadores, que muchas veces hieren gravemente una ó dos piezas en una correría sin preocuparse en perseguirla para aprovechar la piel y la carne, abandonando al animal á su desgraciada suerte.

Pudiera objetársenos que el dueño del predio puede hacer de él lo que mejor le cuadre. Convenimos en ello, pero también en que no se puede hacer todo lo que nos agrade, si esto redunda en perjuicio de tercero, y en el caso de que tratamos, la pieza herida se pierde sin provecho, cuando pudiera utilizarla otra persona.

En las cumbres suele hallarse uno que otro *temazate*. Difiere este rumiante del venado, en el color del pelaje, la talla y la cornamenta. El venado es de color gris, el temazate tira á colorado; el primero es más grande que el segundo y lleva armazón, apéndice que no adorna el occipucio del temazate.

Entre los paquidermos no contamos al caballo, al mulo y al asno, en virtud de que en aquellos lugares no se cría sino por casualidad.

No sabemos por qué en las poblaciones pequeñas las bestias caballares son regularmente hembras. Será quizá para aprovechar la cría que nace raquítica y miserable y que se conserva así toda su vida entregada á los más duros trabajos, hasta que la muerte la libra de tan precaria y mísera existencia.

Como paquidermos fisípedos podemos contar el cerdo, de que se hizo y aun se hace gran negocio en Naolinco cebándolo previamente para llevarlo al matadero.

De su carne se hacían hace mucho tiempo por aquellos habitantes excelentes chorizos y butifarras que se vendían con mucha estimación en esta Capital. Ahora ha desmerecido la demanda. Tal vez por la carestía de la carne del cerdo, debido á la escasez del animal, mezclan para la confección de las longanizas y chorizones carne de toro con la del cerdo, moliendo ambas; pero la verdad es que no tienen ni el mismo sabor, ni la misma aceptación que los de otros tiempos. Antiguamente se hacía en Naolinco la cría y la engorda del cerdo en gran cantidan; ahora no pasa lo mismo, porque mucho temen una invasión de *mal rojo*, indudablemente más terrible que el cólera morbus para los humanos. En una pocilga de cien cerdos, cayendo el mal rojo, de seguro que acaba con todos sin excepción si no se hace el separo con oportunidad.

Esta enfermedad no fué conocida en nuestro país, si no de pocos años á esta parte. Coincidió su aparición con la llegada de unos cerdos mandados de Chicago á México.

Desde entonces, año por año pierden mucho dinero la mayor parte de los que se dedican á la cría y engorda del ganado de cerda, sin que baste á contener el estrago de la enfermedad el cuidado más escrupuloso y el saneamiento de las pocilgas.

Conócese que un animal está invadido de la enfermedad cuando deja de comer, está inquieto y gruñe lastimosamente. Se apodera de él á los pocos dias una fiebre que no lo abandona hasta que muere. Parece que el mal rojo comienza por atacar el hígado y después trasvasa la sangre. La carne de un cerdo muerto de mal rojo tiene en todas sus fibras manchas rojas, que persisten hasta su completa descomposición.

Como es de suponerse, es peligroso actualmente destinar gruesas sumas á la cría y engorde de los cerdos. Una verdadera casualidad será que no se quede el emprendedor sin ganado, y consiguientemente sin dinero.

Entre los mamíferos didelfos se cuenta una especie del género marsupial. Queremos referirnos al conocido *tlacuachi* ó rabo pelado, que abunda en todos los lugares de la República.

El tlacuachi es del tamaño de un gato poco más ó menos, es repugnante á la vista, su pelaje es gris, formado de pelos negros y blancos mezclados, las extreminades son cortas, remata-

das por patas parecidas á las del tejón, adornadas con uñas largas, córneas y resistentes. Posee un rabo largo y desnudo, y el hocico tiene un ligero parecido con el del cerdo, pero concluye en punta; su sistema dentario es completo, y la hembra lleva á un lado y á otro de la región pectoral y abdominal unas bolsas en donde guarda á sus hijuelos, adheridos á las mamas, cuyo pezón afecta la forma de un filamento.

Gusta el *tlacuachi* de vivir en vecindad con el hombre, formando sus guaridas en los corrales de piedra y hasta en los techos de las casas cuando son de teja, alimentándose principalmente de aves de corral y de los huevos de éstas.

Hace sus correrías por la noche, y como es noctívago, puede apresársele si se le sorprende de dia fuera de su dormitorio.

XXII.

Proseguirémos nuestro relato, tratando de las aves que se encuentran y se reproducen en los terrenos del antiguo Xochitlán.

Merecen especial mención en primer término, las aves comprendidas en el orden de las rapaces, contándose entre las diurnas, el águila que vive en los lugares más agrestes y escondidos. Es del tamaño de la hembra del pavo común, de un color ceniciento, carece de penacho, y anida en las rocas poniendo tres ó cuatro huevos cuando más. El macho es de menor bulto que la hembra. Existe otra especie de águila, que llaman aguilucho, más pequeña que la anterior y tan agreste como ella. Se alimentan ambos de insectos y de reptiles.

Entre los milanos se cuentan varias especies, desde el cernícalo lagartijero, que ataca además á los ofidios y á los insectos, hasta el *lili* que algunos conocen con el nombre de *corre-gavilán.*

En la tribu de los buitres, contamos en primer lugar el *aura*, de cabeza colorada y de grandes alas cuyas plumas extremas son blancas; el *quebranta-huesos*, del tamaño de una gallina, de blanco y negro, y el conocido *zopilotl*, de ropaje negro, que se alimentan de carnes inmundas y anidan en las quiebras de las peñas.

Entre las rapaces nocturnas podemos enumerar á la lechuza, de color blanco, el *tecolotl*, el *cuerporrís* y el *tapa-camino*, que hacen gran destrozo entre los ratones del campo y la mayor parte de los insectos. Todas estas rapaces son nocturnas, y en esa consecuencia, además de la membrana clignotante de los ojos, tienen éstos colocados de frente, y no á los lados, como pasa con las diurnas.

Tiene el pueblo formado malísimo concepto de estas aves, atribuyéndoles cualidades nocivas porque creen que sus quejas, que tal nombre merecen sus cantos, son signos de mal agüero; pero la verdad es que no tiene ninguna razón, y que por lo contrario, son dignas de agradecimiento por la cotidiana destrucción que hacen de los animaluchos que dañan los sembrados.

En el orden de las trepadoras, podemos mencionar algunas aves de soberbio ropaje y de valor en el mercado. Queremos rereferirnos á las guacamayas, de que existen ejemplares en la planicie de tierra caliente, provenientes de los lugares más cálidos. Los loros abundan en las partes bajas, así como las cotorras ó *cuchas* y los pericos y periquillos. La guacamaya tiene plumas rojas, amarillas, negras, doradas, verdes, distribuidas convenientemente, y su hermosa cola le da preciosísimo aspecto. El ropaje de los loros se compone de amarillo y verde, siendo del primer color la cabeza; las cotorras visten de verde con pocas plumas amarillas, y los pericos y periquillos son enteramente verdes. Estos últimos arman durante el dia una algarabía infernal y se alimentan de las frutillas que encuentran en abundancia en los sitios que habitan. Anidan en lo más alto de los árboles, aprovechando los agujeros que hace el *chéjere* ó pájaro carpintero, otro trepador, del cual se cuentan dos especies, el grande y el pequeño. El *pico-de-canoa* forma parte de las trepadoras, es de color verde, y su nombre se relaciona con la forma del pico que tiene. Al volar, no obstante que las paredes que tiene el pico son muy delgadas y de poco peso, se nota que lo hace con dificultad, y que si no tomara de trecho en trecho un nuevo empuje, terminaría por caer en tierra vencido por el peso del pico.

El estudio de las gallináceas merece que nos detengamos un momento en su especificación por ser varias y muy importantes.

El gallo y el guajolote crecen y se reproducen muy bien en los terrenos de Xochitlán, siendo mejores los que se obtienen en los climas templados que en los frios, y más segura la ganancia, porque en los primeros llevan menos riesgo de morir los pollos y los pavipollos por la inclemencia del tiempo.

Cuando los pueblos á que nos hemos venido refiriendo en todos estos artículos posean una buena vía de comunicación podrán enriquecerse fácilmente dedicándose á la cría de las aves de corral, por la facilidad de la reproducción y porque el alimento de estos animales cuesta relativamente poco. Actualmente se hace gran consumo en esta Capital de gallinas y guajolotes provenientes de San José, San Juan Miahuatlán, Chiconquiaco y Acatlán. ¿Qué sería si el camino se prestase á hahacer el negocio en más grande escala?

No son raros los pichones en aquellos pueblos, pero se hace poco aprecio de su cria y propagación, debido á que tienen poca demanda en el mercado.

En la tierra caliente se cría la gallina cochinchina y los *xitis*, (pollos, hijos de cochinchina, sin plumas), que están buenos para la cazuela á los dos meses de nacidos. En la tierra fria mueren los *xitis* irremisiblemente aunque se tenga cuidado de abrigarlos con una camisolita que les hacen al efecto. Aquí convienen las gallinas pequeñas, cuyos pollos empluman muy pronto, pero que mueren víctimas del *chaco*, especie de lombricilla de color rojo que se les introduce en la laringe anterior, ó del *moquillo*, que no es otra cosa que una substancia excrementicia que los tapa impidiéndoles exonerar.

Entre las gallináceas silvestres se enumera el cojolite ó guajolote cimarrón. Tiene el tamaño de una guajolota, y como ella, lleva adornada la cabeza y el cuello de *coxcates* de un color de rosa, que son esas berrugas que todos conocemos.

El cojolite es muy abundante así como sabroso de comer, y se le encuentra al pié de las cuestas y en los montes de Tlacolúlam y de Misantla. Para cogerlo hay la necesidad de cazarlo y de matarlo á balazos. En la época del amor, el macho hace la rueda á la hembra y se esponja como lo hacen sus congéneres los domesticados. Anida en los lugares más solitarios, y la hem-

bra pone ocho ó diez huevos del mismo color y forma que los del guajolote común. Si se le coje pequeño logra domesticarse, pero pierde, mientras dura el cautiverio, sus facultades generatrices.

Una de las gallináceas que abunda tanto como el cojolite, es la perdiz, distinguiéndose dos especies: la franjolina y la que tiene cola. Ambas son sabrosas de comer y muy solicitadas.

La franjolina se deja ver menos que la otra, tiene el cuerpo de una gallina chica, y su ropaje se compone de plumas blancas y negras, en un fondo gris. Generalmente andan apareados macho y hembra, y así como es muy difícil apresarlas yendo el cazador solo ó acompañado con otros y bien armado, pueden cogerse sin el auxilio de la escopeta, con sólo llevar un perro adiestrado.

La perdiz vive sobre el suelo generalmente, pero luego que nota la presencia del perro vuela á refugiarse en las ramas de los árboles. Si el perro continúa ladrando al pié del árbol, no se va la perdiz, y el hombre puede entonces matarla á su satisfacción, ó apresarla viva con una garrocha y un lazo en la parte superior del palo.

Anida la perdiz al pié de los troncos de los árboles, y á semejanza de la gallina, pone muchos huevos, empollándolos en cosa de veinte dias. Es gracioso el conjunto que forma la perdiz con sus polluelos, conduciéndolos por todas partes é invitándolos á comer. Si se le sorprende rodeada de sus hijuelos, vuela para ocultarse, y los pollitos hacen otro tanto, sin que sea dable al cazador descubrir sus escondites. Al cabo de pocos momentos se reunen con la madre que los llama con afán, y nadie puede volver á verlos por más esfuerzos que haga por conseguirlo.

También hay codornices. Estas son mucho más pequeñas que las perdices y andan en bandadas Para matarlas se necesita espiarlas con una buena dosis de paciencia y con el mayor recato y prudencia.

Varias son las clases de palomas que se crian en todos aquellos montes, distinguiéndose entre ellas la *moruna* que habita en los altos montes y que se alimenta de las frutas de las coníferas. Es paloma de gran bulto y casi siempre está gorda. Ani-

da en los lugares más recónditos, y muy lejos de los sitios que frecuenta. La paloma rastrojera es emigrante, cae sobre los rastrojos después de levantada la cosecha, y vive del maiz que queda en las sementeras y de las semillas de ciertas yerbas que nacen entre la milpa. Tanto las morunas como las rastrojeras vuelan y viven en bandadas, y es muy fácil y divertida su caza.

La torcaza es una paloma que no se acompaña como las otras. Se le encuentra generalmente apareada. Hay dos clases. La mayor de un color morado pálido, lanza continuamente una triste queja y busca los lugares más solitarios para dedicarse al amor más tierno y al más acendrado cuidado de sus hijos. La menor, también apareada, es alegre y juguetona, de un color ceniciento con manchas negras, y gusta de exhibirse por todas partes. Se queja como la otra, pero su canto es menos triste. Todas ellas poseen una carne delicada que se presta para los más exquisitos guisos.

Hay otra gallinácea interesante, la chachalaca, que se encuentra por casualidad cerca de las cuestas, porque ni nace ahí, ni se reproduce. Tiene el aspecto de una polla de seis meses de edad, y no se cansa de gritar durante el dia. Es enemiga de la obscuridad del monte, y su vida la pasa volando de arbusto en arbusto en los *acahuales*, á toda luz y á todo sol. Su carne es tierna, delicada y digna de servirse en una mesa, circunstancia porque los cazadores no la miran con indiferencia si logran hallarla á tiro.

Según los informes que hemos podido adquirir sobre todas estas aves, son susceptibles de domesticarse si se apresan jóvenes, pero el cautiverio, como al cojolite, les nulifica sus facultades generatrices, aunque se les brinde una libertad relativa. No es raro encontrar por Misantla perdices y chachalacas que viven libres y en comunidad con las gallinas, atendiendo al llamado del hombre y durmiendo dentro de sus propias habitaciones; pero no sabemos que hayan producido familia, ni que vuelvan á lanzar al aire sus cantos ó sus quejas. Si tal cosa no fuera, ya se hubiera intentado indudablemente la cria de perdices, por lo menos, que son tan primorosas y tan dóciles. En

plena tierra caliente, estos animalitos procrean á pesar de estar cautivas.

XXIII.

El orden de los pájaros tan variado y extenso de por sí, se encuentra bien representado en los terrenos del extinguido Xochitlán, distinguiéndose lo mismo los de tierra caliente como los de tierra fria por sus bellos plumajes ó por sus cantos más ó menos melodiosos.

El mayor de todos, el cuervo, con su ropaje color de azabache, vive en las alturas y se alimenta de granos, haciendo formales robos de mazorcas en los sembrados de maiz. Poseedor de amplios pulmones, grita con mucha fuerza, percibiéndose sus graznidos á grandes distancias. El cuervo mexicano es casi del tamaño de una gallina, aunque de forma más esbelta, siendo entre todas las aves la que tiene más desarrollado el instinto del robo. Como ninguna de ellas sabe aprovechar todos los descuidos para pillar lo que encuentra al paso, ocultándolo en el primer lugar que le parece más á propósito. Su carne no es buena para comer y su caza es muy difícil, porque nunca permite se le acerque el hombre á menos de cien metros de distancia, emprendiendo el vuelo cuando nota que aquél no se detiene y pretende acortarla. Gusta mucho de vivir en campo abierto, siendo raro que se pueda tropezar con él en la espesura de los bosques. Anida en los troncos huecos de los árboles, y cuando se le apresa pequeñito logra domesticarse haciendo vida común con las gallinas. Come el maiz de preferencia á otros granos, pero no se traga el grano completo, deteniéndose en romperlo á picotazos contra el suelo para tragar los fragmentos. Gusta también del pan y de la carne, pero respecto de esta última, prefiere enterrarla, no acordándose después de los diversos sitios en que la oculta. Según la opinión de varios curiosos, ayuda al cuidado de las gallinas, dando gritos de alarma cuando advierte algo inusitado, lo que se le facilita bastante por escoger siempre un paraje alto que le aumenta mucho el radio de mira. Es un pájaro limpio, y sus plumas pudieran utilizarse convenientemente para adornos,

El *pepe ó papán* no escasea en las cuestas y sus gritos alarmantes indican siempre la presencia del hombre. Este pájaro, de un color casi negro, está flaco en todas las estaciones del año y no sirve para nada, porque, para desgracia suya, alimenta en su cuerpo un buen número de parásitos que no lo abandonan jamás.

El tordo real, de negro y amarillo, se halla en las partes más cálidas. Su canto estridente y agudo nada tiene de particular, pero sus nidos son primorosos por originales. Acostumbra suspenderlos de las partes altas de los árboles más corpulentos; y como vive asociado con el mayor número de pájaros de su especie, en donde se logra percibir un nido, de seguro que se verán cuarenta ó cincuenta, muchos de ellos á guisa de chorizos, uno después de otro, reconociendo un solo punto de apoyo, con una sola entrada situada en la parte media de cada bolsa. Cuando hace viento, se balancean todos aquellos colgajos, sin que sus constructores y dueños den á entender el más mínimo temor por el peligro que pudieran correr sus hijos.

Hay otro tordo, más pequeño que el anterior y excesivamente gritón, de color negro el macho, y de color café la hembra, que vive, como el llamado real, igualmente asociado pero no hace colgantes sus nidos. Ignoramos si se come ó pueda servir para algo.

No escasean los tordos rastrojeros, tan conocidos de todo el mundo, que vuelan en bandadas y caen sobre los campos cuya cosecha se ha levantado, alimentándose de los granos que pudieron quedar y de las semillas de las plantas que nacen en las sementeras de maiz. Este tordo es muy bueno de comer y constituye un manjar sabroso y nutritivo.

Los tordos garrapateros, más pequeños que los de rastrojo, viven y anidan cerca de los potreros ó abiertos en donde hay ganado, alimentándose de los conocidos cistápteros llamados garrapatas, que arrancan de la epidermis de los toros, caballos ó mulos atacados por ese animal. Este tordo no se come y en gracia al servicio que presta, no se le persigue ni se le mata. El, que parece no ignorar esta circunstancia, no se intimida en presencia del hombre por más que se le acerque.

Las calandrias, los clarines, los tzentzontles, los jilgueros y

otra diversidad de aves canoras abundan en todos aquellos sitios, alegrando con sus cantos melodiosos todas las horas del dia.

El jilguero anida en la tierra, casi siempre al alcance de la mano del hombre, en los tajos del camino, poniendo la hembra tres ó cuatro huevecitos que empolla en quince dias á lo más. Las demás aves canoras buscan lugares más retraidos para anidar, de manera que no es fácil hacer presa de estos animalitos cuando pequeños si la casualidad no viene en favor del cazador.

En aquellos montes se cria un pájaro de regular tamaño llamado vaquero, mereciendo este nombre por el canto que tiene, parecido á los gritos que dan los conductores de ganado al arrear éste.

En los abiertos y á las orillas de las veredas ó caminos, se encuentran muchas primaveras parecidas á las que se crian en los alrededores de esta Capital, pero su canto es menos melodioso y el color de las plumas más obscuro. Hay otra especie de primavera, propia de los lugares frios, con el pecho de blanco y negro y el lomo color de café, que canta rara vez y que vive aislada y no en compañía como las otras.

Existen otra diversidad de pájaros, cuya enumeración al par de ser cansada sería incompleta, en razón de que no es posible, por más que se quiera, hacer conocimiento con todos ellos.

No escasean los colibríes en aquellos lugares, existiendo varias especies de ellos, y distinguiéndose entre los principales el *huichi-real*, el negro, el de pico encorvado, el *huichi* común y el pájaro-mosca.

Entre las palmípedas se cuentan algunas especies de patos, pero son escasos, por no prestarse mucho la profundidad de los rios para su cria y propagación.

Entre las zancudas se enumeran el pájaro de hielo ó *chichicuilote*, la agachona, buena de comer, y una que otra garza de pequeño bulto. En los rastrojos y en los llanos vive el *correcamino*, del cual hicimos mención al hablar de las Vigas.

Los reptiles están bien representados en aquellos lugares, con particularidad los llamados ofidios, porque respecto de

los quelonios y saurios hay poquísimas variedades, limitándose á una que otra tortuga terrestre y lagartijas pequeñas.

En las partes bajas de las cuestas se cría la serpiente llamada *nahuyatl*, á la que tanto miedo y horror tienen aquellas gentes. Es de una longitud de un metro ó poco más, con un grueso proporcional, es de color gris obscuro y de una cabeza pequeña.

Esta serpiente, muy venenosa por cierto, jamás huye del hombre, y por el contrario, siempre está dispuesta á la lucha. Esta hostilidad en ella natural es su perdición, porque es causa de que no se le deje con vida cuando se logra tropezar con ella.

Vive en los acahuales debajo de los troncos caidos de los árboles, apareada siempre, y no gusta retirarse de su guarida á largas distancias. Cuando nota la presencia del hombre, se enrosca afectando la forma de uná hélice, con la cabeza hacia arriba, dispuesta á azotarse cuando tiene el enemigo á tiro. Al desdoblarse lo hace siempre á la izquierda, con una facilidad asombrosa, hiriendo, cuando logra hacerlo, entre la rodilla y el tobillo de la pierna del hombre.

Aquellas gentes luego que perciben al nahuyatl, lo atacan de frente con la moruna, pegándole con el lomo de ésta, seguros de imposibilitarlo para todo movimiento y rematarlo después sin ningún peligro. Herir al nahuyatl con el filo del machete es peligroso, porque la parte cortada se desprende del resto del cuerpo del animal y hiere lo mismo que si se tratara de un animal completo. Matado un nahuayatl debe buscarse el compañero, seguro de encontrarlo muy cerca del lugar donde estaba el otro.

Como las espinas ó costillas de este animal, al introducirse en la carne del hombre causan una herida difícil de curar, es preciso enterrar los cadáveres de estos animales, lo que cuida de hacer todo aquél que logra matar uno.

La mordedura del nahuyatl es mortal. La persona herida es víctima, á los pocos momentos de estar inoculada, de una tumefacción general, luego de una caquexia, viniendo después la la muerte. Cuando se logra aplicar el cauterio sobre la herida y hacer la expresión del veneno, el herido se salva después de unos dias de fiebre, pero la herida conserva por mucho tiempo

el aspecto de llaga, y en muchas ocasiones no cicatriza jamás.

Hay otras serpientes venenosas como el coralillo y el crótalo que son menos temibles que el nahuyatl, porque huyen luego que ven al hombre.

Entre los ofidios no venenosos enumeramos el *mazacoatl*, boa mexicano, de tres ó cuatro metros de largo, grueso como el muslo del hombre, que se alimenta de tusas, ratas á ratones, y que presta en las fincas de caña importantes servicios limpiando los cañales de todas las sabandijas que pudieran perjudicarlos.

Hay otra culebra llamada *metlapile*, de la misma forma de la mano de un metate, inofensiva cuando no se le provoca, pero que no presta servicios al hombre.

La culebra pinta ó *chirrionera*, mide de cinco á seis metros de largo, no es muy gruesa, y presenta la particularidad de andar, si es propio decirlo, formando ondulaciones verticales y no horizontales como pasa con la mayor parte de los ofidios. Esta culebra es inofensiva, pero se cuenta que ataca al hombre cuando á ello se ve obligada.

Existe otra culebrilla llamada azul, delgada de cuerpo y pequeña de tamaño, que se arrastra con una velocidad increible, lanzándose como una flecha. Este reptil es muy cobarde.

XXIV.

En las grandes cuencas de la montaña por donde pasan las tantas veces repetidas cuestas de Chiconquiaco y San Juan Miahuatlán, nacen infinidad de arroyos que van aumentando de caudal hasta descender á la planicie, pero que no mantienen peces sino hasta muy cerca de Misantla. Por esa circunstancia no podemos hacer mención en este artículo de ninguno de los animales comprendidos en la quinta clase de la rama de los vertebrados, por no existir en la extensa comprensión del antiguo y extinguido pueblo de Xochitlán.

La rama de los anillados se encuentra muy bien representada, siendo muchas las especies que pudieran enumerarse, particularmente de las que abraza la clase de los insectos, pero como no es posible hacer una descripción completa, nos limitaremos

á hablar de los géneros, familias y especies que se distingan por alguna circunstancia notable.

Entre los dípteros debemos hacer mención de los *zancudos*, cuyas larvas nacen y se crian en las aguas. Estos moscos son insoportables durante la noche, porque afectos á la sangre humana, no dejan de picar hasta saciarse, y como abundan, ya se comprenderá si son incómodos. Durante el dia *cae* el *gegén*, mosquito microscópico que causa un escozor parecido al que produce el *chichicaxtle* (ortiga), y el *rodador*, que es el que produce esa roncha de forma circular, con un puntito rojo en el centro. Este mosco ataca á cualquiera hora del dia, siendo muy tenaz; el otro, del medio dia á las cuatro de la tarde, cerca siempre de los lugares boscosos, que es donde habita. Hay otro mosco más malo que los anteriores, porque su roncha se convierte generalmente en *grano*, que se llama *palomilla*, y que efectúa sus ataques de noche en compañía del zancudo. Estos insectos viven y se reproducen en la zona templada ó caliente, con excepción del rodador que suele encontrarse en los terrenos frios.

Los extranjeros sufren mucho para aclimatarse en tierra caliente por la plaga del mosco que los ataca sin misericordia, así como á toda persona á quien desconoce por no ser del rumbo, ó por tener la sangre *dulce*, como le dicen á uno los terracalentanos para consolarlo de las molestias que experimenta.

Hay otro insecto nombrado *tábano* que no deja de ser un bicho incómodo y sanguinario, particularmente con el ganado bovino, caballar y mular, al que ataca con tanto ardor y tenacidad, que no deja de perseguir al animal de su agrado por muchas horas y á grandes distancias, hasta clavarle el aguijón y saciar su apetito.

Entre los animalejos enemigos del hombre y afectos á sangrarlo siempre que se presente oportunidad, debemos contar al *pinolillo*, garrapata casi microscópica que busca para su residencia definitiva las partes más blándas del cuerpo humano, causando un escozor que no puede disimularse y, por consiguiente, una rascazón que no se abandona por muchos momentos y que se repite muy á menudo. Este insecto puede matar-

se con facilidad, empapando el lugar que ocupa en el cuerpo con una infusión de tabaco en aguardiente. No pasa lo mismo con la *conchuda* y la garrapata de venado. Estos cistápteros se entierran en la epidermis, y para desalojarlos de ahí, es preciso quemarles la extremidad que dejan fuera, con el *clavo* de un cigarro ó con una brasa, á fin de que desprendan la cabeza. Si se procede de otra manera, se lleva el riesgo de dejar en la herida la cabeza, que equivale á tanto como á exponerse á la formación de una llaga ó cosa semejante, acompañada en los primeros dias de una fuerte fiebre. Para hacer menos sensible el calor del fuego en la epidermis, al quemar la parte trasera del insecto, acostumbran los prácticos usar una hoja de yerba ó de árbol, de membranas resistentes, hacerle en la parte media un agujero, y por ahí pasar el insecto; naturalmente el fuego encuentra en las membranas de la hoja un obstáculo para herir la carne del miembro que atacó el animal, y expone á éste á recibir directamente todo el calor de que hay necesidad para obligarlo á desprenderse del lugar en donde está incrustrado.

La garrapata de venado, felizmente escasa, es un cistáptero venenoso. Su herida produce en la persona atacada, delirio, fiebre y algunas veces una hinchazón general. Por ese motivo se le tiene mucho miedo. La garrapata de bolita, muy común en las bestias caballares, es menos inofensiva que las otras, pero tiene el inconveniente de introducirse en el conducto auditivo externo, viniéndose á fijar en definitiva al pié de la membrana del tímpano. Su presencia en ese lugar determina una molestia constante, y si no se extrae á tiempo, puede originar serios perjuicios al órgano que gusta atacar. Generalmente se le quita de ahí en los primeros dias de su crecimiento, en razón de que sólo puede introducirse cuando es pequeña. Otro insecto incómodo para los animales cuadrúpedos domésticos es el *moyocuile*. Este animal es la larva de un pequeño tetráptero taladrador, cuya hembra deposita sus huevos en las carnes vivas. La uruga crece hasta el tamaño de una haba común, causando al pobre animal atacado, fiebre, inapetencia é intranquilidad.

Otro insecto del orden de los ápteros, la pulga penetrante, es enemiga igualmente de los cuadrúpedos como de los hombres.

La hembra deposita sus huevos entre la dermis y la epidermis de los dedos de los piés del hombre, produciendo ahí una bolsa que va creciendo al par de las orugas, que son muchas. La extracción de esta bolsa tiene sus inconvenientes, porque si no se hace con cuidado, puede dar origen á la gangrena de la parte enferma, y á la muerte del individuo atacado. Felizmente hay muchas personas capaces de sacar una nigua sin ningún peligro para el que tuvo la desgracia de cojerla.

Las pulgas comunes son abundantes en todos los lugares de tierra caliente y tierra fria, pero se vuelven más incómodas en el verano. Los piojos son raros en la tierra caliente, particularmente los blancos que viven en las costuras de la ropa interior del hombre.

Entre los insectos útiles podemos contar la abeja que se produce con mucha expontaneidad en todos aquellos lugares, rindiendo buenos productos, sin exigir muchos cuidados. En los montes se cria con mucha abundancia, por cierto, otra especie de abeja más pequeña, sin aguijón, con el corselete de color negro, que produce la llamada cera puerca, y una miel muy parecida por su aspecto y color, al melado que se saca en las fincas de caña. También se encuetra otra abejita, muy parecida á la anterior, que fabrica un panal que cuelga de los árboles ó coloca en los lugares más inaccesibles y que llena de una cera amarilla á propósito para bujías y del líquido llamado miel virgen, de que hace uso la medicina para el tratamiento de ciertas enfermedades. Existe otra especie de abeja de gran tamaño, de corselete aterciopelado, de color negro y abdómen amarillento, de aguijón, llamado *jicote*, que fabrica sus colmenas debajo de tierra y que se convierte en el enemigo más temible del hombre, persiguiéndolo á gran distancia, cuando es molestado por él ó simplemente atropellado el montículo de tierra que señala su habitación. Este animal no fabrica cera, pero su panal generalmente pequeño es rico en miel.

Se encuentran varias y hermosas especies de mariposas de colores vivos, y entre las nocturnas hay una que produce una seda susceptible de utilizarse para la fabricación de telas.

En la parte baja de las cuestas se cria y vive un precioso *caballo del diablo*, mucho más grande que los que existen en los

alrededores de esta capital, de un color azul muy vivo y un ojo rojo y violado en la parte más ancha de sus cuatro alas. Como este insecto es muy delgado de cuerpo, y como por otra parte, sus alas son membranosas, al volar hace resaltar mucho los cuatro ojos de que hacemos referencia, presentando un bonito conjunto.

Los *cocuyos* son abundantes en los lugares próximos á la planicie, y no es raro tropezar en las veredas y al pié de los troncos caidos de los árboles, con esos cientopiés lucientes, muy parecidos á las escolopendras.

Como lo supondrán los benévolos lectores que han acogido con agrado esta serie de artículos, siquiera porque tratan de dar á conocer en parte una región de nuestro hermoso suelo, falta mucho que decir, relativamente al reino animal, de las variadas especies de seres vivientes que se agitan y se desarrollan en los pueblos de que últimamente hemos venido ocupándonos; pero también comprenderán que no es posible hacer un estudio concienzudo de todos ellos y menos enumerarlos, ya porque ese trabajo sería obra de mucho tiempo, ya porque no nos ha sido posible hacer un estudio completo.

Hay labores que demandan mucho dinero, trabajo y tiempo, y el que escribe estos renglones, no ha contado con ninguno de esos elementos para sus observaciones. Estas las ha hecho al paso, como suele decirse, por amor á la naturaleza y nada más, y sabe de antemano que la obra que ha emprendido de dar á conocer las riquezas naturales de su Cantón, no tendrá mérito sino para las personas curiosas, que no se desdeñen de fijar su atención aun en las cosas al parecer más baladíes, con tal de que se relacionen con el suelo de la Patria para todos tan querido y cuya prosperidad anhelamos de todas veras.

En el próximo artículo nos ocuparemos de la mineralogía de los terrenos de Xochitlán, para pasar en seguida á otro de los pueblos que forman el Cantón de Xalapa.

XXV.

La disposición especial de las tierras sobre las cuales fueron fundados los pueblos totonacos de este Cantón, de los que hemos venido tratando en nuestros anteriores artículos, hace que ahí puedan encontrarse diversas especies de terrenos.

Para proceder con orden y á fin de que el curioso lector pueda formarse una idea aproximada de la estructura de aquellas tierras, dividiremos las rocas que entran en su formación (dando á la palabra rocas su significado mineralógico), en estratificadas y no estratificadas.

Las primeras, que son aquellas que los geólogos designan con el nombre de rocas de *sedimento* ó *neptunianas*, se encuentran en toda la planicie de que ya hablamos alguna vez, asi como en los flancos de las montañas, con esta ligera diferencia, que en la planicie las capas afectan una forma regular ó estratiforme, y están las unas sobre las otras sin interrupción sensible, lo que no pasa con las de los flancos de la montaña, que se vieron obligadas á salir á la superficie, las unas después de las otras, empujadas por las rocas no estratificadas ó plutónicas.

Los terrenos de sedimento presentan, como hemos tenido ocasión de observarlo por muchas ocasiones. mucha analogía y parecido En las tierras de que nos ocupamos se puede asegurar que por regla general se componen de una delgada capa de humus vegetal, en algunos lugares de 40, 30, 20 y 10 milímetros de espesor, lo que demuestra, por otra parte, su pobreza para la agricultura; de un suelo que varía según los lugares, pero que está constituido de arcilla, arena y pequeños guijarros; de un subsuelo calcáreo, y de una capa impermeable en donde se distingue más la arcilla, sin ninguna mezcla. Algunas veces las rocas no presentan esta forma, repitiéndose, por decirlo así, las capas que acabamos de enumerar; pero generalmente la capa impermeable, si no es de granito, anda en vecindad con roca plutónica.

Por todo el rumbo que compone la planicie se advierte la presencia de estas rocas; y de ahí la razón porque la agricultura no pueda prosperar sin artificio por parte del hombre.

En los flancos de la montaña, las rocas estratificadas salen por su orden á la superficie. Algunos lugares, y son muchos por cierto, carecen de tierra vegetal, presentando fajas más ó menos anchas de una tierra parecida á la que constituye el suelo; sigue inmediatamente después otra faja que representa el subsuelo, y luego otra muy parecida á la capa impermeable,

destacándose en seguida la roca plutónica en masas más ó menos irregulares ó pronunciadas.

Estas rocas son en lo general de granito, constituido de diferentes substancias; pero abunda el sílice, el mármol, la piedra calcárea, y no es raro tropezar con algunas rocas conteniendo plata, antimonio, oro y fierro, en composición con algunos metaloides y otros metales.

En los flancos del cerro del "Gallo de Oro" de Chiconquiaco, y en los contrafuertes de los grandes espinazos que mueren respectivamente en los puntos llamados el Conejo y Yecuatla, así como del lado de Tepetlán, hay noticia de la existencia del oro nativo ó en combinación con otros minerales, y se cree que puede haber algunas vetas ferruginosas, así como diversas minas en que la cal hace el principal papel, dando lugar á la formación de *concreciones* y á la existencia en determinados lugares de estalactitas y estalagmitas.

Al norte de todos estos terrenos se encuentran los "Pontones," dentro de la jurisdicción de Tlacolúlam. Son estos Pontones una serie de agujas, no interrumpida en algunos kilómetros, tan inaccesibles y tan escabrosas, que es difícil al hombre poderlas recorrer y estudiar, y como por desgracia la mayor parte de las montañas de San José y Chiconquiaco presentan esta forma, ya se comprenderá que no es muy fácil hacer un estudio completo de la extructura exacta de aquellas rocas, ricas por otra parte, de metales preciosos.

Tenemos la esperanza de que el descubrimiento de oro en Chiconquiaco, hecho en estos últimos dias, contribuirá á despertar entre nosotros el deseo de conocer mejor todas aquellas montañas, y á dar, en un tiempo no remoto, con riquezas que por muchos siglos han permanecido ocultas.

Y no puede ser de otra manera. Aquellas rocas peladas, salvajes, bravías y magestuosas, que se levantan de trecho en trecho afectando las más variadas formas é irguiéndose á alturas sorprendentes, son el producto de una gran convulsión que sufrió el globo, y deben contener substancias que pudieron resistir los efectos del fuego más intenso. Con el tiempo todos aquellos lugares serán conocidos y se podrán comprobar nuestras suposiciones.

Las cimas de todas las rocas están cubiertas de vegetación, pero la capa vegetal es muy delgada. Se comprende que el aire ha contribuido mucho á aquel estado de cosas, efectuando el acarreo durante los grandes ciclones y las tempestades, ayudado eficazmente por el agua, que se encargó de dar fijeza á las substancias que arrastró aquél.

Hay una particularidad en aquellas montañas, que merece consignarse aquí. Los temporales que se forman tan luego como comienzan á soplar los vientos alisios ó *norte de arriba*, como le llaman los naturales, hacen brotar el agua por todas partes, aun en los sitios más altos, produciendo esos derrumbes ó reventones que rajan los cerros y parecen echarlos abajo.

Estos reventones se verifican con frecuencia y muchas veces sin causa justificada, pero siempre que *nortea* en la mesa central. Quiere decir esto que hay muchos puntos de relación entre las montañas que se levantan en el Cantón de Xalapa y las que existen en la mesa central. Acaso las aguas que allá se forman, con motivo de las lluvias torrenciales, buscan el nivel, y saltan, deslizándose sobre una capa impermeable continua, por todos aquellos sitios en donde se interrumpe bruscamente el nivel.

Estas reflexiones nos las hemos hecho en vista de lo que sucede cuando sopla el contra-alisio ó *norte de abajo*. Por más fuerte que sea la lluvia y de más larga duración, ni crecen los rios, ni se ha dado nunca el caso de que se verifique un reventón.

Las alturas de la Magdalena y contra-fuertes respectivos, son excesivamente abruptos, presentando en sus flancos cortaduras y simas profundísimas. ¿Cómo se explican ahí esos reventones de que venimos hablando, sólo porque llueva fuertemente en la mesa central, atenta la circunstancia todavía de más peso, de estar formadas en su totalidad de rocas no estratificadas? Si muchas de esas alturas presentaran mesas de más ó menos extensión, propensas á recojer el agua de las lluvias, no causarían extrañeza esas abras, pero no hay nada de eso, sino que rematan en picos ó agujas y forman espinazos de flancos muy pronunciados que descienden á profundidades muy grandes.

Esas abras, cuando son de alguna consideración, descubren

algunas riquezas minerales, que hasta la fecha no se han explotado pero ni estudiado siquiera.

Los terrenos de aluvión no son comunes por aquellos lugares, y si los hay, presentan reducida extensión. Se componen de capas de arena, arcilla, cal en composición y *detritus* vegetales, todas en confusa revolución, sin ser permanentes, porque se modifican y cambian de forma á la más insignificante lluvia que determina el crecimiento de los arroyos. Sin embargo, existen muchas cañadas que reciben las tierras de las alturas inmediatas, cuando se lavan por efecto de las lluvias, pero sus capas no permanecen siempre constantes ni productivas en razón de que si reciben al principio el limo ó los detritus vegetales, al poco tiempo llegan á cubrirse de tierra improductiva, por acción del lavado, que persiste hasta descubrir la capa impermeable de los lugares altos.

El malpaís de Naolinco, el cual pertenece á la hacienda de Tenampa, no tiene tierra vegetal ninguna por su especial composición. Los árboles y plantas que ahí nacen, muy raquíticos por cierto, han brotado en los ojos del mismo malpaís, ó en los espacios ahuecados de la piedra, que se han llenado de tierra por efecto de las corrientes de aire ó de agua. Todo el malpaís está formado de una costra de lava enfriada por la acción del tiempo transcurrido desde que cayó hasta nuestros dias.

No escasean las corrientes de agua en toda la comprensión del antiguo Xochitlán, y en lo general es potable, con excepción de la que corre en las partes bajas, que viene mezclada con cal y con substancias vegetales y animales en estado de putrefacción.

Existen también muchas fajas de arcilla propia para la fabricación de losa, pero no se explotan por personas inteligentes que pudieran sacar mayor provecho de esas minas.

Por lo expuesto se verá que para hacer un estudio completo de la geología y mineralogía de todos aquellos terrenos, se necesitaría mucho tiempo y dinero, lo que habrá de suceder tarde ó temprano, cuando el país, libre ya de las dificultades porque hoy atraviesa, empuje, por decirlo así, á las empresas del trabajo á buscar la manera de colocar su dinero convenientemen-

te y hacerlo prosperar por medio de la asociación del capital con los brazos del obrero y del agricultor.

Las grandes masas de arena, tan comunes en Xalapa, no existen en ninguno de los terrenos de que hemos estado tratando. La arena que se encuentra, siempre en las partes más bajas, de un color gris y de un grano grande relativamente al que se conoce por estos rumbos, es el resultado de los lavamientos que vienen sufriendo las faldas de algunos cerros; pero raras veces se presenta pura, estando generalmente mezclada con una arcilla compuesta de cal y acaso de ácido carbónico. La cal tampoco se presenta en estado puro, y de ahí la razón porque en muchos pueblos no hay edificios de cal y canto.

Entre las piedras para fabricar se hallan varias clases, distinguiéndose entre todas las de ojo grande, propia para hacer *metates*; la de ojo pequeño, muy compactas, que truenan si se les arroja al fuego; las lajas y el tepetate, que es muy quebradizo y de débil consistencia. Entre las piedras de rio pueden notarse también algunas variedades, siendo las principales las de rio propiamente tales, y las que se desprenden de las alturas arrastradas por los torrentes. Los diversos colores de esas piedras sirvieron á los aborígenes para designar con nombres las muchas corrientes de agua que ahí existen.

XXVI.

A dos kilómetros poco más ó menos de la ciudad de Xalapa, rumbo al Oeste y sobre uno de los más extensos estribos de la montaña conocida vulgarmente con el nombre de Cofre de Perote, se levanta el pintoresco pueblo de San Salvador Acajete, cuya denominación nahuatl equivale á *cazo de agua*.

El pueblecito en cuestión fué fundado por una cofradía de frailes españoles que bajo la advocación de San Antonio, edificaron una ermita ó capilla, existente hasta hoy y convertida en bautisterio de la iglesia actual dedicada al Salvador, destinándole, para los gastos del culto, una buena porción de terrenos llamados "Las Sabanetillas," "Rancho de San Antonio" y "Cerro de la Joya de Santa Clara," que han venido á parar por compras y herencias en poder de los Sres. Macedonio Alarcón,

de Hoya Chica, Miguel Velasco, de la Joya, y los Ramírez, vecinos de esta Capital, pero procedentes del caserío llamado Cruz-verde, que es un barrio del extinguido pueblo de la Joya.

Los servicios que demandaba el culto y la amenidad del lugar en donde se construyó la capilla, contibuyó á que los indios existentes muy cerca de ahí, fijasen sus jacales alrededor de la iglesita, hasta formar el pueblo que hoy existe, con una denominación muy distinta de la que debiera llevar relativamente al nombre español, sin que nos hayamos podido explicar de una manera satisfactoria el motivo que hubo para no dejar al pueblo el nombre de San Antonio.

Antes de la conquista no existía ningún pueblo llamado *Atl-cajetl*, y el caserío de este nombre tampoco existía; pero se comprende que el lugar era bien conocido, como lo declara la palabra *Atl-cajetl*, que pinta con tanta exactitud la situación topográfica del pueblo y el talento de los indios para apreciar debidamente las circunstancias y distintivos más principales de un lugar cualquiera.

No hace muchos años había una laguna en el pueblo de San Salvador, precisamente comprendida entre el viaducto y herradura del ferrocarril interoceánico, que se encuentra á doscientos metros cuando más de la iglesia hacia el Oeste. En la actualidad la laguna está cegada y sólo queda una ciénega, tapada en gran parte por el terraplén de la expresada vía. Examinando el sitio con detenimiento, se vé que afecta la forma circular, semejante á una *cazuela:* de ahí el nombre de *cazo de agua* que lleva el pueblo.

Pero ahí no había habitación alguna antes de la venida de los españoles. Los indios que después poblaron aquellos alegres lugares estaban congregados un poco más arriba, al Oeste, en el espinazo de un contrafuerte de siete ú ocho mil metros de longitud, limitado al Norte por el arroyo de *Huichilac*, y al Sur por la corriente del *Pixquiac*, que se unen al remate Este del contrafuerte, formando un rio que sigue la cuenca de Soncuantla, y aumenta de caudal cerca de Coatepec al confluir con el rio Sochiápam.

En el contrafuerte de que venimos hablando, poco más acá

del *Potrero de los Caballos*, continuación del *Plan del Agua del Conejo*, que se une con el *Plan de los Monfiles* y el *Llano de Actópam*, y muy cerca del punto llamado los *Capulines*, existen ruinas y vestigios que atestiguan la presencia de los indios en aquel lugar, que parecieron ser los restos de una tribu dispersa de la raza zapoteca.

Este contrafuerte se llama ahora *Pueblo Viejo*, y se encuentra situado entre los estribos de *Buena Vista* al Norte y el de los *Miradores* al Sur, mismos que lindan al Este con tierras de la hacienda de la Orduña, fincada á poquísima distancia de la ciudad de Coatepec.

En apoyo de la opinión que abriga el que escribe estos renglones, de que fueron zapotecas los primeros habitantes de San Salvador Acajete, sólo hay dos datos que va á exhibir desde luego, pero con el propósito de darse por vencido y de no persistir en su creencia, si hubiere persona ilustrada que con más exactas referencias lo convenza de que está en un error.

Sea el primer dato, el hallazgo que tuvo en un terreno cerca del *Huichilac*, de una estatua de piedra que regaló al museo de la Escuela Normal del Estado, y por la cual le ofreció un hijo de Albión cuarenta pesos, tan pronto como la examinó.

Representa esta estatua á un indio sentado en cuclillas, con los brazos cruzados y con una especie de diadema en la cabeza, que afecta la forma de un penacho en la parte posterior. Estudiada detenidamente la estatua, se nota desde luego que no se trató de representar una divinidad, sino más bien á uno de los Jefes ó al Jefe principal de la tribu.

El rostro aunque de tosca piedra está muy bien cincelado, y en sus rasgos fisonómicos no se advierten de una manera clara los peculiares de la raza azteca, particularmente la nariz, que es ligeramente aguileña y ancha en la extremidad inferior, con grandes ventanas, y la boca formada de labios más bien delgados que gruesos. En último resultado, se ve en todo el conjunto bastante parecido con el rostro de un aborígene de Oaxaca.

Sea el segundo dato, el de que desde hace mucho tiempo sólo el castellano antiguo se habla en San Salvador, recordando los más ancianos que el idioma natural de sus abuelos, no españoles, era muy diferente al de los indios de Jilotepec, que

hasta ahora hablan el totonaco, y enteramente distinto al de los de Tlalnelhuayócam, que hablan el mexicano. Ahora bien, no es inadmisible que poseyeran cualquiera de los dialectos zapotecas, como los más próximos que tenemos en uso al Snr del Estado.

En San Salvador Acajete hay muchos individuos que por su presencia, facciones y color, revelan á las claras su origen español; pero también hay bastantes que evidencian su procedencia india, y es de admirarse y aun digno de investigación, que entre cerca de dos mil individuos de raza indígena, no se encuentre ni uno solo que conserve el idioma primitivo, ya no en todo su caudal de voces, pero ni siquiera en una sola. Todos ellos por esta circunstancia, al confesar su procedencia, dicen siempre que *son indios, pero no de idioma.*

De sentirse es que esta clase de artículos tenga tan poca aceptación, y no se lean, ni aun por las personas que presumen de más ilustradas, porque los juzgan cansados y sin interés, que si eso no fuera, ya alimentariamos la esperanza de ver confirmadas nuestras sospechas por plumas más autorizadas, ó echadas por tierra, por ilógicas y desrazonables.

En efecto, entre nosotros, sea dicho con pena, no existe en general el amor á la naturaleza, traducido en hechos prácticos, y sabios hay afectos á las ensaladas, que no se han preocupado por averiguar si las lechugas se dan en arbolito, quizá porque tal trabajo lo juzgan como el más inútil é insubstancial, y porque la ignorancia del cultivo de la humilde hortaliza, ni le aumenta ni le disminuye sus buenas cualidades.

No queremos decir por esto que todos sean lo mismo, ni mucho menos ensalzar este género de estudios. Nos proponemos solamente demostrar que los trabajos que versan sobre ciencias naturales pueden contribuir á la adquisición de conocimientos acerca del suelo á donde nos tocó en suerte ver por primera vez la luz; llegar por ese medio á apreciar las inmensas riquezas que nos rodean, y hacer que nuestro país sea mejor tratado por los escritores extranjeros.

Hasta ahora pocos trabajos serios se han llevado á cabo para formar la historia particular de los pueblos mexicanos, y mientras se emprende tal obra, no está de más que vayamos reco-

giendo datos, que algún dia servirán para algo de provecho. He ahí la razón porque hemos seguido esa labor comenzada y continuada con tanto gusto, aunque no con la galanura de dicción propia de plumas bien cortadas.

Continuando, pues, nuestro relato, añadiremos que el lugar que escogieron primeramente para su residencia los indios que con el tiempo formaron el pueblo de San Salvador Acajete, es agreste é inaccesible como pocos, no teniendo más entrada que por el *Potrero de los Caballos* al Oeste; por el Huichilac y el Pixquiac, sólo á los conocedores del terreno les es dado trepar á la cima. Cualquiera otra persona se perdería en aquel laberinto de rocas cortadas á pico, que los naturales han dado en llamar *bancos*.

Como se comprenderá, la dificultad está en salvar aquella serie de bancos, que se suceden los unos á los otros por superposición, cerrándole á uno á cada paso la salida como la entrada. Hay bancos que sólo pueden salvarse trepando por un árbol, siguiendo después una de sus ramas para saltar á un lugar que queda á diez ó doce metros más arriba del sitio donde comenzó la ascensión. El que escribe estas líneas lo dice con toda experiencia, por haber recorrido esos lugares con las dificultades que viene enumerando, y otras más, consistentes en andar como las culebras cuando el paso fué una ranura formada entre dos rocas superpuestas, de las cuales la superior es un cantil de algunos metros de altura, y la interior otro con una profundidad que no se puede contemplar con ojos impasibles.

En las grietas de las rocas nacen árboles y yerbas, y no hará tres años que un desgraciado carpintero de monte, al pretender cortar un árbol en aquellas alturas, perdió el equilibrio y cayó al fondo de la barranca, recorriendo en su caida cien metros ó más, y haciéndose mil pedazos.

Desde *Pueblo Viejo* se percibe un vasto panorama, extendiéndose su horizonte, principalmente al Este, á muchas leguas de distancia. Se comprende que los indios que ahí residían estaban seguros de no ser sorprendidos por nadie que intentase atacarlos en sus fortificaciones.

Existen todavía los restos de una gran muralla que circunvalaba las habitaciones de que se componía el pueblo, pero dia á

dia viene destruyéndose, sin que hasta la fecha se haya enviado á un explorador para estudiar todos aquellos sitios.

Dentro del recinto de la muralla se han encontrado muchos objetos de cocina y restos de armas de pedernal. En el *Quemado*, en la casa de D. Víctor Morales, existe un *metate* procedente de *Pueblo Viejo*, muy grueso, que su actual dueño aprovecha para *moler* la sal que le da á su ganado.

Conocida ya la procedencia de los habitantes actuales del pueblo de San Salvador Acajete, seguiremos tratando en el artículo venidero de la manera como está distribuido, y de las tierras que lo componen, que fueron en un tiempo de la propiedad de Chichilotzin y de sus descendientes, y que éstos donaron al fin á sus hermanos de San Salvador.

XXVII.

El pueblo de San Salvador Acajete se halla dividido, á contar desde el 1º de Enero del corriente año, y por virtud del decreto número 64 de 3 de Noviembre último, en el caserío central donde residen las autoridades principales del Municipio, y en las congregaciones de Colexta, Mazatepec, Hoya chica, Teápam, Joya, los Rincones, Parajillos, Aguazuelos y el Encinal. De todos estos lugares, el más poblado es Mazatepec, que cuenta con cerca de dos mil habitantes.

Una gran parte de los hijos del mencionado pueblo son de origen español. Los hombres son, por regla general, altos, fornidos, de color claro, barbudos y muy dados al trabajo, siendo raro verlos en los dias de la semana lejos de sus labores, ni menos embriagándose y desatendiendo sus quehaceres. Las mujeres son de agradables formas, graciosas y bonitas, y desde muy pequeñas viven consagradas á los trabajos domésticos. Todos hablan el español antiguo, y los arcaismos son muy comunes entre ellos, no habiendo contribuido á corregir su lenguaje el trato frecuente que tienen con Xalapa, adonde vienen á vender madera labrada, artefactos de la misma, ocote, papas, hortalizas, animales de caza, hongos, tejidos de lana, forrajes, etc., etc.

El traje de los hombres consiste comunmente en pantalón de lana, aunque sean muy pobres, camisa de manta, chamarra

también de lienzo de lana, sombrero de palma, zapatos de vaqueta y zarape. El de las mujeres consiste en enaguas de lana, saco de percal, paño de hilo ó chal, y zapatos de vaqueta ó cabritilla del país, según su posición pecuniaria.

Son hospitalarios y muy dados á la conversación, particularmente si tropiezan con personas de la Ciudad, para preguntarles sobre lo más interesante de las capitales, é inquirir lo más que pueden, acerca de las costumbres de otros pueblos. Gustan de mostrar sus campos, y tienen cariño entrañable á su lugar, y gran cuidado de sus mujeres, que por lo demás se muestran desdeñosas á las insinuaciones amorosas de los *fuereños*, á grado tal, que son capaces de comprometer á los enamorados echándoles en cara y á grito tendido delante de todo el mundo su atrevimiento. Cuando el amor no figura para nada en el trato con ellas, son atentas, cariñosas y no niegan su saludo á nadie, repitiéndolo por mañana, tarde y noche, con solo variar el verbo.

El pueblito es pequeño y cuenta con una iglesia de regulares dimensiones, y una gran plaza, alrededor de la cual se levantan muchas casas de material techadas de teja, y otras de madera, de cajón, cubiertas de tejamanil.

A un lado de la iglesia están las casas consistoriales, que cuentan con una sala para los Juzgados, otra para el Ayuntamiento, otra para la Escuela de niños, otra para habitación del maestro, y otra más que utilizan para cárcel, y un largo corredor que da á todas estas piezas.

El Ayuntamiento está formado de un Alcalde, dos Regidores y un Síndico, y las demás autoridades son un Juez de Paz, que además está encargado del Registro Civil, y un Sub-regidor y un Teniente de Justicia para cada Congregación, auxiliados en sus funciones por el Cuerpo de policía rural compuesto de veinticinco ó treinta hombres.

En San Salvador Acajete no se ha perdido la añeja costumbre de entregar el dia 1º de cada año al Alcalde y Juez entrantes, los salientes, sus respectivas varas, que son dos bastones con puño de plata cincelada, de donde pende un cordón con dos borlas.

Entre esas gentes es grande el respeto que se tiene á la auto-

ridad principal, sobre todo, cuando *está en su mesa*, y ella por su parte sabe revestirse de toda la gravedad de su alto carácter cuande ejerce sus funciones. Estando el Alcalde en su despacho, nadie penetra en él sin descubrirse, no quedando exceptuado de esta muestra de cortesía ni el mismo párroco, cuando por algún motivo tiene que tratar con el señor Alcalde.

Todos los hijos del pueblo son religiosos, pero á su manera, dejando á las mujeres concurrir á las fiestas de iglesia, porque los hombres, en lo general, se mantienen distantes.

La autoridad no permite que el sacerdote que va á dar dominica al pueblo, ande con manteos fuera del recinto de la iglesia ó del atrio, y así se lo dan á entender luego que llega, para evitar dificultades. Por lo demás, lo tratan con el mayor respeto, pero con expansión, obligándolo á aceptar en su mesa el mayor número de personas del sexo masculino.

No obstante su rusticidad, son avanzados en sus ideas, y al conversar con el sacerdote lo hacen descartando de sus pláticas toda idea religiosa, como si tuvieran temor de comprometerse en algo que no están dispuestos á aceptar servilmente.

Les agrada el matrimonio civil, peto no verifican así sus enlaces por la dificultad que tienen de hacerlo en su pueblo, en razón de que el Juez le teme al gran trabajo que demandan los preliminares del acto en su oficina, pero muchos de ellos vienen á Xalapa á celebrar la ceremonia. Respecto de la inscripción de niños en la oficina respectiva, jamás faltan á ese deber, no obstante que muchos de ellos se encuentran á largas distancias y les cuesta la pérdida de un dia ir á la cabecera.

Hay un buen número que saben leer y escribir, contándose en él algunas mujeres jóvenes, porque respecto de las ancianas, acaso no hay alguna que sepa distinguir las primeras letras del abecedario, ni mucho menos escribir su nombre.

A los varones les gusta la lectura de los libros y de los periódicos, y hay varios que están subscriptos á estos últimos, para enterarse de los sucesos de otros pueblos y de las novedades del dia.

Tal vez por herencia ó por costumbre invetarada, estilan el tratamiento de *tio* para todo persona de respeto, á semejanza de varios pueblos de la península ibérica, y es común en ellos

decir tio Pedro, tio Antonio, tio Juan, en lugar del *don* que empleamos nosotros, y lo mismo hacen con las mujeres, saludándolas así, cuando se acercan á ellas.

Sus casas son, por regla general, abrigadas, y en la *sala-recámara* tienen el telar que les sirve para la fabricación de sus telas, siendo rara la casa donde no se encuentra este aparato.

Sobre sus camas, algunas de la misma forma que las que nosotros usamos de madera, tienen un colchón, cuya funda es de lienzo de lana, y las sábanas de esta misma materia, muy abrigadoras, pero con el inconveniente de mantener muchas pulgas. Lo que sí revela en ellos amor á su persona, es que ninguno duerme en el duro suelo y sin colchón, porque al efecto todos saben construirse una cama de tablas y colocar sobre ellas unos jergones de zacate que forman con mucho arte y que se conocen en la ciudad, porque los traen á vender por un reducido precio y porque sirven á los pobres y á los ricos, para dormir á unos y á otros para aumentar el volúmen de sus colchones de lana, acomodándose en la cama debajo de éstos.

La cocina siempre queda apartada de la pieza principal, excepción sea hecha de las casas muy pobres, y en ese departamento es en donde pasa la mujer la mayor parte del dia.

Además del telar hay otro mueble en muchas de las casas de San Salvador: la máquina de coser, y vecinos hay que ostentan en su sala una papelera pequeña con varios libros de lectura y el de apuntes ó memorándum.

El chaleco y el reloj son prendas que usan varios, pero las faenas de campo los obligan muchas veces á desprenderse de estos adminículos y á calzar el cómodo huarachi, que usan con una correa larga entretejida por la parte superior del pié, sin meter un extremo de ella entre el dedo gordo y el siguiente, como se observa en la mayor parte de los aborígenes.

Son muy dados á la caza y muy afortunados en sus expediciones, porque tienen la gracia de remedar los chillidos de varios animales, de manera que no usan de los perros en sus correrías.

Cuando quieren hacer presa, se van al campo solos, apostánse detrás de un matojo, con la escopeta preparada. Luego empiezan á remedar los chillidos del conejo cuando se vé en peli-

gro ó cuando anda enamorado. Si hay por ahí otro conejo ó una zorra, de seguro que se presenta muy cerca del lugar en donde se encuentra el cazador. La buena puntería y la serenidad hacen lo demás.

Acostumbran levantarse muy temprano. A las cuatro de la mañana en verano, y á las cinco en invierno todo el mundo está de pié: los hombres preparando sus herramientas para irse al campo; las mujeres en la cocina haciendo el almuerzo y las tortillas. Al amanecer están todos entregados á sus labores, y no se retiran de ellas sino hasta el obscurecer, acostándose muy temprano.

Como el varón no permanece en la casa, tienen que llevarles las mujeres al campo la comida que se compone de dos platos á lo más, pero en abundancia, principalmente las tortillas de maiz que constituyen su principal alimento.

El bello sexo desempeña labores entre ellos muy ajenas á su condición. Las mujeres hilan, dan de comer á los cerdos, llevan al agua las acémilas, algunas veces cuidan en el campo los ganados, pesan los frutos que se destinan al granero ó al mercado, visitan las huertas cuando tienen en ellas á los peones trabajando, y lo que es más, concurren á la Alcaldía á liquidar las contribuciones que causan sus esposos, y todo esto lo hacen sin murmurar, con gusto, porque saben que el marido está en otro lugar trabajando por proporcionar el pan á la familia.

Las mismas mujeres acarrean el agua de beber, dos veces al dia, y son las que tiñen la lana que se va á dedicar á la elaboración de las telas.

Esas buenas costumbres y el empeño que muestran todas aquellas gentes para el trabajo, nos ha hecho desear para el pueblo, digno por muchos títulos de mejor suerte, la afluencia de familias que no sean del lugar, para que los enseñen á aprovechar mejor su tiempo, introduciendo algunas reformas que exijen los cultivos, así como otros procedimientos en la fabricación de sus telas, que guardan un estado rudimentario y cansado. No son dados á las riñas, y de ello pueden ser testigos los Juzgados de 1ª instancia de la Cabecera, que pocas veces tienen que hacer con todas esas gentes.

Su constante afán es encontrar un buen maestro de escuela (á quien pagan $ 40 de sueldo mensual) para ver si logran mayores adelantos en sus hijos. Tienen la noble ambición del saber.

XXVIII.

Conocidos ya el carácter y condición de los habitantes del pueblo de San Salvador Acajete, vamos á pasar á tratar de la calidad de sus tierras, con la advertencia previa de que todas ellas se encuentran situadas por su altura sobre el nivel del mar, en una zona mas bien fria que templada, dando aquí á la palabra zona una significación más reducida de la que realmente le corresponde.

Las tierras que componen el municipio, pueden dividirse en varias categorías, siendo las principales las llanuras, las laderas, las barrancas, las cañadas, los peñascos y el malpaís.

Existen tierras planas en la Joya, formando *las Sabanetas* y *los Rincones*; en Aguazuelos, formando la mesa de *Rancho viejo* con su prolongación hasta la entrada del monte; en el *Plan de Sedeño*, hasta la subida de la cumbre del *Raizal*; en Hoya chica, desde la *Huerta de los lavaderos* hasta *las Sabanetillas* que se unen con los *Rincones*; en Mazatepec, en *las Puentecillas*, desde la casa municipal de la congregación, hasta encontrar los linderos del *Qumado*; en éste, cerca de la casa de D. Víctor Morales; en *Acocota*; en el *Rancho de Palafox* hasta el *Rincón del Guajolote* por un lado, y hasta la *Cuesta del vaquero* por el otro; en el *Plan de los Monfiles*, llano de Actópam y Lagunillas; en Cruz verde, en Teápam y la mesa de Colexta, al oeste del cerro de Ocopila. Todos estos terrenos son de tierra excesivamente delgada, y con excepción de los que corresponden á Cruz verde, Teápam y Sedeño, lindero con tierras de Tlaluelhuayócam, son impropios para el cultivo, produciendo cuando más un pasto raquítico, que aquellas gentes utilizan para el ganado menor.

Entre estas llanuras hay muchas hermosísimas al primer aspecto, y no contienen una sola piedra en toda su extensión, y sin embargo, no son capaces ni aun abonadas de producir nada, pero ni siquiera una mata de maiz, porque se helará antes de

dar fruto. Hay que advertir que están completamente rasas, salpicadas aquí y allá de manchones de escobos y de azumiates, que no logran alcanzar grande altura en razón de la esterilidad del terreno.

Esta circunstancia la han querido hacer valer los dueños de aquellas tierras para que se les considere en el pago del derecho de translación de dominio; no para que se les rebaje el impuesto, sino para que no se les aumenten los valores en que ellos conciertan sus ventas, bajos, como es natural, por tratarse de terrenos improductivos. Una cuartilla de tierra vale en el Plan de los Monfiles diez pesos á lo más, y está bien pagada, y la oficina de rentas de la Banderilla, la cuotiza en cincuenta pesos, precio que guarda en los puntos más cercanos á la Cabecera.

Nosotros creemos que la ignorancia de la calidad de los terrenos, coloca al encargado de la oficina de rentas en una prudente reserva, para no permitir que se defrauden los intereses del fisco; pero ese mal pudiera subsanarse con solo disponer que los *vedores* de *campo*, recorriesen todos aquellos lugares y se formasen concepto perfecto de la calidad de las tierras.

Si tal cosa llegare á suceder, quisiéramos que se enviase á una persona práctica, incapaz de ser engañada por las simples apariencias.

Las laderas, son todas aquellas cuyo desnivel fluctúa entre el 15 y el 30 por ciento. Las hay buenas, regulares y pésimas para el cultivo, contándose entre estas últimas, las inmediatas á las llanuras; pero respecto de las laderas hay que fijarse en su orientación. Toda ladera resguardada de los vientos volcaneros es más fértil y más productiva que la que se encuentra en otras condiciones, y produce maiz ó cebada, según su altura. El valor de una cuartilla en ladera varía según su posición y altitud, pero sin temor de equivocarnos, fluctúa entre $ 10 y $ 30. Las laderas siempre producen más y mejor pasto que los planes, á menos que den su frente á cualquiera de los vientos alisios, que las hacen completamente improductivas.

Se nos ha informado que en otros tiempos la calidad de todas estas tierras era muy superior á la actual, y se explica con solo considerar que los montes han sufrido en estos últimos dias una tala asombrosa.

En el plan de Acocota se notan hasta ahora los vestigios de la existencia, hará cincuenta años ó más, de un monte magnífico. De trecho en trecho se levantan en todo el plan corpulentos encinos-duelas, que por lo menos cuentan quinientos años de existencia. Pero no solo el hombre, sino los animales han contribuido á esa inconveniente tala: el primero, echando abajo los árboles sin ninguna consideración, y los segundos, comiéndose los arbolitos tiernos.

Si aquellas gentes retirasen por un poco de tiempo los ganados de sus tierras, no pasarían muchos años para que vieran formarse un nuevo monte, sin necesidad de que se tomasen la molestia de hacer siembras especiales de árboles. Este hecho lo justificó D. Eugenio Morales hará veinte años poco más ó menos.

Retiró el ganado cabrío y lanar de un pedazo de tierra que no tenía nada sobre su superficie y que se encuentra situado al noroeste de la casa que actualmente habita en Acocota. Al poco tiempo, según el mismo nos lo ha referido, comenzó á llenarse de escobos todo aquel lugar, y debajo de aquéllos nacieron una infinidad de pinillos. Al cabo de dos años, los pinillos tenían la altura de los escobos; á los cinco años, comenzaban á languidecer los escobos y á envarejonarse para alcanzar el tamaño de los pinos, que al fin lograron matar á aquellos que les sirvieron de madrinas en su primera edad protegiéndolos de las inclemencias del tiempo. En la actualidad, todo aquel terreno está cubierto de árboles que tienen veinte años de vida, y que algunos de ellos pueden convertirse en vigas de muy regulares dimensiones.

Cosa semejante pudiera hacerse con los demás terrenos ahora improductivos, pero se oponen á esta operación razones de gran peso que hacen valer aquellas gentes en su abono: la dificultad de encontrar terrenos adecuados para sus ganados y la falta de solares en donde pudieran verificar sus siembras.

Conceptuamos que tan luego como se les haga comprender que la riqueza no depende de la grande extensión de los terrenos, sino de su calidad, ellas sabrán sacar provecho de lo mejor y aun de lo peor, abandonándolo por algún tiempo, para que

pueda cubrirse de árboles y mejorar así las condiciones de la tierras adyacentes.

Esos planes y esas laderas sin vegetación no tienen la más mínima esperanza de mejorarse. El mantillo, tan necesario para hacerlas propias para el cultivo ¿de dónde pueden sacarlo? ¿de qué lugar ha de venir?

Los campesinos saben por experiencia que en los *abiertos* nuevos se dan muy bien los frutos, pero lo atribuyen á que la tierra no está cansada como las otras. Podrá ser esto cierto, pero nosotros creemos que la causa debe buscarse en otra parte.

Un terreno recientemente desmontado tiene una capa de *detritus* vegetal formada de las hojas de los árboles que han caido año por año y que se han pudrido, y todos sabemos que ese mantillo, á falta de otro mejor, aumenta la buena calidad de las tierras.

Oir á esos hombres quejarse de la mala calidad de sus terrenos nos hace lamentar la ausencia entre nosotros de las escuelas de agricultura.

No hace mucho tiempo que D. Eugenio Morales nos llevó á una de sus huertas para hacernos patente una nueva plaga que había caido sobre el terreno. En efecto, nos mostró grandes *manchones* de un zacate que ellos llaman *del becerro* y que se fija en la tierra por medio de una infinidad de raices, tan entrelazadas y tan fuertes, que no pueden ser arrancadas por el arado, y para las cuales el azadón hace más bien el efecto de una maza que de un instrumento cortante. Como se comprenderá ese zacate hace que el costo del laborío resulte más caro, porque nadie quiere hacer una tarea de preparación por el jornal que se paga cuando se trata de tierra limpia.

La existencia de ese zacate prueba sin duda la pobreza del terreno, desde luego que la planta necesita aumentar los medios de absorción, pero ese mal desaparecería si se procurara la formación de montes por todos lados. Tan luego como el zacate se nutriera bien, disminuiría ese *raicero*, que en la actualidad es la pesadilla de aquellos labradores.

La *xaxanaca* es otra planta de muchas raices que se extiende como la verdolaga, y aumenta el gasto de la preparación de las tierras para las siembras, pero eso es por la falta de arbolados,

que además tienen la ventaja, que no debe desatenderse, de proteger las sementeras de los vientos helados y aun de los fuertes calores.

La *magarza* y la *habilla* de Agua dorada, Buena vista, Rincón del Guajolote, Barranquillas y Lagunillas, deben su exis tencia también á la falta de árboles. De todos aquellos soberbios montes que ahí se levantaban no hará más de cincuenta años ¿qué ha quedado? Campos eriales, tristes y sin verdor alguno. Y si la tala sigue, los hijos de San Salvador tendrán, coco la gente de los llanos de la mesa central, que hacer su comida quemando boñiga de vaca, por lo que las autoridades deben convocar á los vecinos, hacerles patente el peligro á que se exponen talando sus montes como lo están haciendo, é invitarlos á que todos, sin excepción, vayan destinando algunos de sus terrenos para la siembra de árboles, seguros de dos resultados igualmente benéficos: el primero, que no carecerán de leña; el segundo, que mejorarán la condición de sus tierras.

En San Salvador el dia de árboles debe ser contínuo, y no limitarse, como en las ciudades, á la siembra de veinte ó treinta troenos en un paseo público.

Antes de terminar este artículo debemos hacer mención de otras laderas de mayor declive, como las de Colexta, que caen al Pixquiac, las cuales no podrán ponerse jamás en condiciones de producir nada y que por lo mismo no tienen valor ninguno. Queremos referirnos á esas laderas que no solamente carecen de tierra vegetal, sino que han perdido el suelo por virtud del lavado constante á que las exponen las fuertes lluvias. Allí no hay esperanza de hacer nada por ahora. Tal vez cuando apriete la necesidad, que será dentro de muchos años, podrán ponerse á costa de grandes sacrificios, en aptitud de producir alguna cosa.

XXIX.

La circunstancia de estar fincado el pueblo de San Salvador Acajete en las inmediaciones del Cofre de Perote, contribuye á que su suelo sea en la mayor parte quebrado, y presente de distancia en distancia profundos barrancos y estribos de segundo y tercer orden, como contrafuertes de los principales, que van á

terminar al pié de la montaña, y sostienen, por decirlo así, la inmensa mole de aquella.

Como no se puede hácer mención de todos y cada uno de estos barrancos, sino de una manera general, porque no ha sido posible al autor de estos artículos precisar el rumbo que sigue cada uno de ellos, ni menos determinar con exactitud sus diversas quiebras y derivaciones, haremos mención de los más notables, apuntando los estribos comprendidos entre ellos.

Un barranco sirve de lindero entre San Salvador y las Vigas, desde las alturas del *Paisano* hasta la cuenca del *Agua de las Bayas*, muriendo á inmediaciones del malpaís, en donde se levanta el cerro del Fortín, que en tiempos no muy lejanos prestó sus servicios á la Patria. Queremos referirnos al cerrito situado más allá del cementerio de la Joya, á un lado del camino de Tloxtlacuayilla, y que se utilizó para sostén de las trincheras construidas á un lado y á otro del camino nacional, cuyos vestigios se notan hasta ahora claramente.

Ahí se quemó más de un cartucho en defensa de las instituciones que nos rigen y de la integridad y honra de la Patria. Todos aquellos lugares están empapados con sangre generosa, desde la guerra de tres años hasta la llamada de intervención.

Hay una barranca paralela á la de las Bayas: la que desemboca en el Rincón de enmedio, llamado de las Peñas, punto cercano al caserío de la Joya. Esta barranca está formada al principio de dos, la de la *Piedra del Chorro*, que viene de la *Angostura* y de la *Agua de la Montaña* y la *Barranca seca*, que comienza á formarse un poco más allá del *Bolsón*. Forman un estribo en donde está situada la congregación de Aguazuelos, y más al Este, el cementerio de la Joya; muriendo al pié de los paredones de la iglesia de este extinguido pueblo. También paralela á la barranca del Rincón de las Peñas, existe la llamada de Pantaleón, nombrada en su comienzo *Aguaguillos*, que desemboca en el Rincón del Sur y forma el gran estribo del Bolsón. Más al Sur corre la barranca de Sedeño, que hace con la anterior un estribo muy ancho, pues que contiene las congregaciones del Encinal, la de Hoya chica y la de Mazatepec; después de esta barranca, hay la del Pixquiac, que se une con la del

Huichilac, formando las dos el estribo de Pueblo Viejo, pero encerrando entre ella y la del Sedeño, toda la congregación de Colexta. Independientemente de estas barrancas principales hay una multitud de secundarias, pero no entra en nuestro propósito hacer enumeración de ellas.

El desnivel de los terrenos de estas barrancas es mayor ó menor según su especial colocación y profundidad de las cuencas, y no se han utilizado para el cultivo, ni creemos que se utilicen porque no prestan la más insignificante comodidad para los laboríos. Sin embargo, aquellas gentes saben sacar gran provecho de todos esos terrenos, porque los dedican con especialidad al entretenimiento del ganado cabrío, que encuentra ahí mucho que comer.

En efecto, fuera de las barrancas más cercanas á la montaña del Cofre, las demás son ricas en pastos, aunque húmedos, pero muy á propósito para el fin á que se destinan. El ganado anda ahí á sus anchas, y como se da el placer de trepar y saltar, engorda en poco tiempo y da más productos al propietario.

Sentimos no poder hacer mención en este artículo de las diferentes clases de pastos que ahí nacen expontáneamente, pero creemos necesario advertir que el ganado cabrío no acostumbra comer bajando la cabeza, de modo que se mantiene de las ramas tiernas de los árboles y arbustos que encuentra al paso, á diferencia del ganado lanar que no *ramea* y que le gusta más vivir en la llanura, en donde le es fácil encontrar grama ó raices suculentas para él, de que hace gran consumo.

Estas diversas maneras de pastar indujeron al Sr. D. Víctor Morales, vecino del Quemado, á hacer una experiencia que le ha dado los más excelentes resultados, y que lo pone al abrigo de los contratiempos á que están expuestos la mayor parte de los ganaderos.

Estando los terrenos de este curioso agricultor compuestos de planicies y de barrancas, tuvo cuidado de mezclar desde pequeños á las dos clases de ganado, haciendo que los borreguitos, una vez abandonados de la madre, pastaran con las cabras, y los chivitos con las borregas. Los pequeñuelos, á ejemplo de los grandes, siguieron su manera de proporcionarse el sustento, y así ha conseguido que las barrancas y los *planes* le sirvan indistintamente para uno y otro ganado.

Es cierto que no todos pueden hacer lo mismo que el Sr. Morales, porque no todos disponen como él de una grande extensión de terreno, pero lo que él imaginó y puso en práctica, puede servir de ejemplo para justificar que no debe dejarse á la naturaleza todo el trabajo, haciendo por nuestra parte lo más que podamos en nuestro favor.

Además de los servicios mencionados, prestan otros las barrancas, que deben tenerse en cuenta: la leña para el consumo de la cocina, la madera para para las construcciones y el agua necesaria para humedecer las tierras, ya por medio de las corrientes que se deslizan en su fondo, ya por medio de los vapores que se desprenden continuamente.

Aquellas gentes creen, y no andan muy desacertadas, que las lluvias se forman dentro de las barrancas.

Hé aquí lo que hay. El más insignificante desequilibrio atmosférico hace que se condensen con más ó menos intensidad los vapores de los arroyos que corren en el fondo de la barranca. Si la temperatura baja, es natural que en cada salto y en los rápidos se desprenda una buena cantidad de vapor de agua que va ascendiendo lentamente. Si se acentúa el desequilibrio, al cabo de pocas horas aquellos vapores han cubierto todo el lecho de la cuenca y comienzan á trepar á las cimas, en donde los aires los riegan por todos lados formando las *nublazones* que no tardarán en convertirse en *nimbus* y por consiguiente en descargar sobre los terrenos adyacentes, regándolos más ó menos fuertemente según sea la densidad de las nubes.

Hablando con los habitantes de esos rumbos sobre este particular, no es raro que le alaben á uno como buenas para las plantas, las lluvias que nacen de una barranca, y condenar como malas las que provienen de otra.

Como la práctica les ha enseñado á hacer esas distinciones, bueno será explicarles que el hecho de que la lluvia venga de determinada barranca no constituye la bondad ó maldad que ellos le atribuyen, consistiendo más bien las buenas ó las malas cosechas, en los vientos que soplan durante el año y en la época de su aparición.

Cuando el año es lluvioso, se *ahilan* las plantas y amarillean en seguida y lo mismo pasa en caso contrario. Esta afirmación

se hace en términos generales, porque hay que tener presente también la situación de los terrenos. En tierras secas y situadas de manera que reciban el sol sin interrupción alguna, claro es que la sequía matará la siembra; pero en tierras húmedas y alumbradas por el sol oblícuamente, las sementeras se mantendrán llenas de verdor y no perderán nada á pesar de un calor continuado.

Cuando la tierra es muy húmeda y da su frente principal al noroeste, está muy expuesta la planta que en ella se siembre, en la época de las lluvias, y si éstas se adelantan y persisten, la pérdida es segura.

Si aquellas buenas gentes se fijaran en todas estas particularidades, además de enriquecer su experiencia con nuevos ensayos, sabrían distinguir las verdaderas causas de los trastornos á que están expuestos sus campos.

De desear es que el Observatorio Meteorológico Central del Estado acabe de instalarse, y que la red en proyecto se establezca, sin limitarse como en años anteriores á las cabeceras de los municipios, sino que se extienda á todas partes, invitando para el efecto á los hacendados y á los grandes y pequeños terratenientes á hacer sus observaciones y á comunicarlas al centro. Dos ventajas se alcanzarían con este proceder: enriquecer con mayores datos la meteorología del Estado y conocer la que se refiere particularmente al lugar que habita el observador.

En la actualidad han caído en desuso las cabañuelas porque ya nadie cree en ellas, pero todavía nos queda como triste recuerdo de otros tiempos, el canto del gallo en la primera noche como indicio de cambio de tiempo; el trueno viejo, que también se conoce por San Salvador; el canto de la perdiz en el peso del dia; el gargageo de las ranas, y otras muchas preocupaciones que si tienen un fondo de verdad, no pasan de ser datos que pueden fallar y que fallan indudablemente, ocupando como intrusos el lugar reservado tan sólo á la ciencia.

En Teziutlán existe la creencia de que tan pronto como el Chignautla se pone la montera, que es lo mismo que decir que se cubre de nubes, el agua viene pronto; pero eso que puede servir de regla á los tezintecos falla en otros lugares, aunque se trate de idénticas estaciones, y de que un cerro inmediato se llene de nubes.

Aquí, por ejemplo, no es regla segura para predecir lluvias, que el Cofre aparezca nublado al amanecer, en vista de que ya ha tomado carta de naturaleza el conocido proloquio, de "*cielo razo, aguacerazo*," y nos hemos mojado muy de lo lindo, sin que el Cofre se ponga el gorro de dormir.

El establecimiento del Observatorio Meteorológico en esta Capital no pudo ser más acertado, y no nos cansaremos de ensalzar al autor de la idea de establecerlo, pero así como está no puede dar los frutos que de él se esperan. Es preciso que se establezca también la red meteorológica, y que á los observatorios dependientes del principal se les dote de regulares instrumentos, entusiasmando, por la conveniencia que les resulta, á los hacendados y pequeños terratenientes para que, todos unidos, puedan llegar á establecer periódicamente pronósticos de tiempo fundados en la ciencia y en la observación.

XXX.

Los diversos contrafuertes principales y secundarios del Cofre de Perote, comprendidos dentro de la jurisdicción de San Salvador Acajete, dan motivo para que haya una multitud de cañadas, cañadillas y cañones.

Las primeras son aquellas que por su anchura se pueden utilizar para los laboríos con grandes ventajas, porque á la vez que están á cubierto de los vientos, contienen una capa de tierra vegetal de más espesor que la de las laderas y de las llanuras.

Todas las cañadas recogen, por decirlo así, los deslaves de las lomas vecinas y aún de las más distantes, que son arrastrados por las corrientes torrenciales, de manera que en ellas se puede sembrar con menos riesgo que en otros lugares, á excepción de aquellas que se extienden más allá de donde mueren los filos de las montañas ó de las laderas.

La barranca de Pantaleón en la Joya forma en sus comienzos una estrechísima cañada, que apenas sirve para dar de comer á una veintena de cabras, pero al abrirse, por decirlo así, en el Rincón del Sur, hace un plan primoroso, en donde se da muy bien el maiz, porque éste, además de tener en su abono una tie-

rra magnífica, queda resguardado de los aires frios del Volcán y del Cofre por medio de la cumbre de Talixco.

Tal cosa puede decirse de la cañada del Rincón de las Peñas, hasta la huerta de *Sopetejocoteco*, de la propiedad de D. Francisco Olivares, y del Rincón del Norte hasta el camino de Toxtlacuayilla, advirtiendo que los demás terrenos adyacentes, como el Papaloquilac, no obstante que en sus linderos pasa el caño de agua de la Joya, las Sabanetas grande y chica, las Sabanetillas y el Potrerillo de D. Miguel Velasco, no podrán servir, en las condiciones en que se encuentran, para la siembra, aunque sí se podrán destinar á potrero, como está sucediendo en la actualidad Y esto acontece, porque todos estos terrenos están muy abiertos, no reciben por ninguna parte el más ligero abono, y poseen por lo mismo una ligera capa vegetal, que va esquilmándose cada dia más, no obstante que no se siembran, y que se dejan en voluntad de producir lo que quieren.

Ya alguna vez dijimos, refiriéndonos á las Sabanetas, que á pesar de tener el más bellísimo aspecto, son impropias para las siembras, y si á ésto se añade su carencia de agua, fácilmente se podrá comprender que no está remoto el dia en que tendrán que abandonarse por completo, si no se dejan descansar por muchos años.

Hay una ligera cañada entre el cementerio de la Joya y el malpaís que se extiende hasta Toxtlacuayilla, al pie del cerro del Fortín, y aunque da sus productos, tiene el inconveniente de tener mucha piedra y ser muy estrecha.

Las cañadas de Aguazuelos y del Agua de las Bayas, son regulares, pero como están muy expuestas al hielo y orientadas de modo que reciben aunque oblícuamente el aire del Volcán y del Cofre, exponen al agricultor á una pérdida segura si el año se presenta muy seco ó muy lluvioso. Además tienen el inconveniente de no recibir muchos residuos vegetales, porque los terrenos contiguos, ó son arcillosos ó pobrísimos en tierra vegetal, no produciendo otra cosa que ilites roñosos, y escobos y acumiates idem.

En lo general las tierras del que fué pueblo de la Joya son malas, y acaso á esa circunstancia muy atendible, se debe que ese pueblito digno de mejor suerte por los eminentes servicios

que tiene prestados á la Patria, haya venido á menos, desde que por virtud de la explotación del Ferrocarril interoceánico, se cerró completamente el tráfico del camino nacional, á orillas del cual se levanta el caserío del mismo pueblito.

Antes de la revolución de tres años era la Joya un pueblo rico y próspero. Ahí se improvisaban capitales sin mucho esfuerzo y el dinero corría, por decirlo así, entre todos sus habitantes. El viajero y el comerciante paraban á sus puertas demandando hospitalidad y negocios, y las recuas y partidas de carros pagaban con oro su paso por aquel lugar. La guerra en primer término que desoló la población y la falta de tráfico después han convertido al pueblo en un hacinamiento de escombros. En efecto, en la actualidad, de aquellas casas espaciosas que por todas partes se levantaban, de aquellos mesones y paraderos de carros que podían contener en sus macheros muchas recuas, y en sus soportales varios vehículos, no quedan más que los paredones ahumados y gastados por el tiempo. Los habitantes llevan una vida macilenta y arrastrándose, permítasenos la palabra, entre los escombros, se contentan, cruzándose de brazos, con llorar el bien perdido, con la convicción íntima de que su agricultura ni les volverá la riqueza perdida, ni los pondrá en condiciones de adquirir una nueva.

Las poquísimas tierras regulares que poseen no bastan ni alcanzan á cubrir sus necesidades, y el maíz único grano que cosechan produce tan poco, que la mayor parte de ellos se ve obligada á comprarlo en otra plaza con dinero que tiene que pedir prestado.

¡Triste condición la de aquellas pobres gentes!

Sin embargo de lo expuesto creemos que la emigración se evitará con sólo quitarles ciertas cargas y hacerles pagar de contribuciones lo menos posible.

En la actualidad como único recurso de salvación se han dedicado á la ordeña de vacas, viniendo á esta Capital á vender la leche que obtienen de unos animales, que no se distinguen mucho por su robustez y tamaños.

¡Pero cuántos ayunos les ha costado hacerse de dos ó tres vacas, y cuántas vigilias para poderlas sostener!

El que escribe estas líneas ha recorrido por espacio de seis

meses no interrumpidos todos aquellos lugares; conoce como el más curioso de sus habitantes el más insignificante rincón del que fué el pueblo de la Joya, y ha tenido ocasión de pulsar las dificultades porque atraviesa el pobre campesino, propietario de una tierra ingrata para proporcionarse su sustento y el de su familia. Parecerá mentira, pero ahí hay hombre que no gana cincuenta pesos al año, y sin embargo, mantiene una familia de cuatro ó cinco personas, guardando algo para poder comprar con el tiempo un pedazo más de terreno, un animal de carga, una vaca ú ocho ó diez borregos.

Un honrado campesino, D. Vidal Olivares, poseedor de tres cuartillas de tierra en el Rincón de las Peñas, nos ha confesado que necesitó trabajar diez años para comprar una vaca, y nos refirió cómo logró hacerse de otros tres animales más, esperan. rando año tras año á que las crías creciesen, para perderlo todo al cabo de veinte años, urgido por la necesidad de atender á su persona, que al fin de tanto trabajar, cayó en el lecho del dolor postrada de aguda enfermedad. Ya no cuenta con los brios de la juventud, pero todavía tiene esperanza de rezarcirse y formar un pequeño caudal para pasar más tranquilo los últimos dias de su vida.

Todo esto que referimos probará que todavia hay muchas gentes entre nosotros que necesitan por parte de los gobiernos más amparo y protección.

Continuando nuestro relato agregaremos que entre la cumbre de Rancho viejo ó los Berros en Hoya chica, la Cuesta amarilla y la Loma de la Pera, hay una preciosa cañada, que produce lozanas plantas y regulares cosechas, en los rincones y demás lugares protegidos de los aires frios, menos en la parte abierta que muere al pie de las cumbres del Carro y de la Hoya chica.

Las cañadas del pueblo de San Salvador, como la de la Piedra grande, que es regular; la del rio de San Salvador hasta el salto del cementerio del pueblo, poco después del cerrito de Tlalmixtepec hasta tropezar con los linderos de San Miguel del Soldado, y parte del cañón que comienza al pie del salto y muere más allá de la Cuesta blanca, son buenas, distinguiéndose como es natural unos lugares más que otros, por la posición y la facilidad que tienen de recoger más detritus vegetales.

Más adelante y rumbo á Mazatepec existe la barranca del Fraile que forma un cañón propio para el cultivo, en su parte más abierta.

La cañada de las Puentecillas aunque de bonito aspecto no sirve para las siembras, porque está muy batida por los vientos.

En el Quemado existe una buena aunque pequeña cañada y su propietario saca de ella todo lo que necesita para el sustento de su familia, habiéndose dado ya el caso de que, cuando sus vecinos han perdido sus siembras hasta el grado de no levantar un solo grano de maiz, él ha cosechado una buena cantidad de este cereal. Débese esta buena calidad del terreno más á la situación que guarda que á otra cosa. Esta cañada recibe el sol desde el amanecer hasta bien entrada la tarde, y esto no obstante, está completamente al abrigo de las tempestades y de los aires helados.

Por todo el rumbo de Colexta hay diversas cañadas y cañadillas, desde la cuenca del Pixquiac hasta Rabelista y el Duraznillo, linderos ya con Tlalnelhuayócam, y á excepción de aquellas que estan cerca del Cerro de Ocopila y de la mesa de la Yerba, todas son buenas, pudiéndose sembrar en muchas hacia el Este, el *tonalmil*, con la seguridad de obtener magníficos resultados.

Las Cañadas del Oeste, más arriba de Acocota y del Encinal, no sirven para los laboríos por ser la tierra muy delgada, privada de abono natural y ellas enteramente desabrigadas. Así, en el Bolsón la cañada que baja hasta la Piedra del Balcón, las cañadas de la Angostura, la del Agua de la montaña, la de la Cueva de la Bruja, la de las Canoas, la de la Cruz del Ocoyolote, la de Rancho viejo y Se leño, la del Rincón del Guajolote, la de las Cuestas del Vaquero, las de Tierra prieta y montaña del Gato, y más abajo las de Buena vista, Patanoles y Barranquillas, no se puede sembrar el maiz, y aun la cebada se pierde la mayor parte de las veces.

Todos esos terrenos sirven á sus propietarios para el entretenimiento del ganado, y careciendo de él, para pagar una contribución anual que no sacan de los pastos, si por casualidad tienen la dicha de poderlos vender.

Las cañaditas son todas aquellas comprendidas entre dos lomas, y parecen más bien pasajes por donde se escurren las

aguas que vienen de las alturas inmediatas. Hay muchas de ellas, tanto que sería imposible enumerarlas.

Como se comprenderá fácilmente, no sirven tales cañaditas para la siembra, porque los torrentes arrancarían y destrozarían la planta, pero como siempre están húmedas y son ricas en detritus vegetales, crían y desarrollan un pasto magnífico en donde el ganado encuentra mucho que comer.

La descrpción que venimos haciendo tiene un principal objeto, además del de dar á conocer á aquellos lugares, el de hacer comprender á los encargados del fisco que no todas las tierras son iguales y que los valores de ellas están en consonancia con su buena ó mala calidad, y que por lo mismo las imposiciones tienen que ser proporcionales.

XXXI.

Las personas que no conozcan prácticamente los diversos contrafuertes de la montaña conocida con el nombre de Cofre de Perote, se han de figurar que todos ellos estan formados de rocas graníticas de larga extensión, y nada más distante de la verdad.

La montaña, en su cima, presenta más cantidad de piedra que todos los estribos juntos, no obstante que hay unos que tienen ocho ó diez leguas de largo, como el que va á morir en Cerro_gacho, límite entre Tlacolúlam y Altotonga, en Cerro_verde, lindero entre Tlacolúlam y Misantla y en el filo que se extiende más allá de Ixhuacán. Todos estos contrafuertes no carecen de piedras aglomeradas en forma de peñascos, pero estas aglomeraciones no son contínuas, sino sembradas, por decirlo así, á largas distancias, y están colocadas precisamente en los lugares en donde se interrumpe bruscamente el nivel, formando hondonadas y cañones de alguna profundidad.

Nadie puede poner en duda que todas las estribaciones de que venimos hablando son de origen plútonico, perro las rocas de esa especie están muy enterradas, formando en todo caso, y no en todos los lugares, la capa impermeable del terreno.

A los alrededores del Cofre de Perote se extienden grandes llanuras, siendo la más principal la que corre hasta las faldas

de la Vigía alta, muy cerca de Tezuitlán, hasta Mixquiápam, lugar próximo á Altotonga, y hasta San Marcos, ya en la mesa central. Se ve por lo expuesto, que la parte más escarpada es la que da al Este y al Sur, para descender al mar.

Sin la intención de dar á conocer todos los terrenos peñascosos de los diversos contrafuertes del Cofre de Perote comprendidos dentro del municipio de San Salvapor Acajete, por ser el trabajo excesivamente laborioso, enumeramos algunos para no dejar incompleta esta labor.

Las Cañadas de la Angostura, Piedra del Chorro y Bolsón, que rematan en el Rincón de las Peñas de la Joya, tienen varias hileras de peñascos formados de una piedra con mezcla de cal y de la misma naturaleza que las *lajas*, propia para las construcciones, pero que se estrella aproximándola al fuego.

Tal cosa puede decirse de la Barranca de Pantaleón: ahí también hay peñascos, pero en reducido número, desapareciendo al aproximarse al valle.

El Cerro de la Joya á pesar de su gran mole, está constituido de una arena negra, y salva la parte que desciende al arroyo de Cruz verde, puede decirse que no presentaría dificultad para tajarlo en todas direcciones y practicar un túnel en su base. La arena de que está formado ú *hormigón negro*, como se le nombra, es la misma que la Empresa del Ferrocarril Interoceánico ha utilizado para formar el piso de su estación en esta Capital.

También hay terrenos peñascosos en la cuenca de Agua_dorada ó nacimiento del Sedeño, extendiéndose por la *Cuesta del vaquero* hasta Buena vista, para descender á la cuenca del Huichilac. Pueblo Viejo, situado como ya lo hemos dicho, entre Huichilac y Pixquiac, está formado de varias rocas superpuestas en forma de bancos, pero no salen á la superficie sino en los flancos y á la extremidad del filo ó filos del estribo.

Para descender de Acocota al Quemado y á las Puentecillas, hay algunos peñascos al descubierto, lo mismo que en toda la cuenca del Sedeño, desde Ocopila hasta la Barranca de los Muertos, lindero ya con los terrenos del pueblo de san Andrés Tlalnelhuayócam.

Al pié del pueblo de San Salvador se notan vestigios de peñascos desde el Salto hasta más allá de la Cuesta blanca, pero

con la particularidad de que estas rocas sólo pueden advertirse en el centro de la barranca por donde corre el arroyo del *Rancho del Tule* que surte de agua al vecindario de Hoya chica, pasa por la *Huerta de las pilas* y viene á engrosar las aguas del arroyo que nace en el mismo lugar donde existió la laguna que sirve de nombre al pueblo.

Desde las últimas casas de éste, al Oriente, hasta cien metros más acá de la *Huerta de los Vázquez*, se nota la presencia de un terreno rocalloso que ha sido motivo bastante para que el camino de Xalapa, llamado del Barro, no haya podido ponerse en buenas condiciones en ese lugar, no obstante la proximidad al caserío de la población.

La gran cuenca del Pixquiac, y todas las que de ella se derivan, después de la junta con el Huichilac, presenta muchas rocas en toda su extensión, pero siempre en la sima de la barranca y raras veces en los bordes.

Todos estos terrenos peñascosos no son tan malos como á primera vista puede suponerse. porque además de no presentar la piedra en una forma compacta, recogen tierra vejetal en las grietas, donde se producen pastos muy á propósito para el entretenimiento del ganado cabrío.

Todos los demás terrenos, buenos ó malos, que forman el municipio de San Saluador Acajete, si tienen piedra es en pequeña cantidad, á excepción de aquellos, como los que se extienden á las faldas del Cerro de la Joya, abundantes en tepetate.

Al hacer la enumeración de todos estos terrenos pedregosos, no podemos menos que recordar lo que alguna vez dijimos respecto de la distinción que se proponía hacer la Empresa del catastro para clasificar las tierras, dividiéndolas en homogéneas, heterogéneas, pedregosas y muy pedregosas. Esa clasificación, para determinar el valor de los terrenos, nos ha parecido y nos sigue pareciendo la más inadecuada é impropia, porque en nuestro humilde entender la feracidad de las tierras no depende de la mayor ó menor cantidad de piedra que puedan contener, sino de su posición, temperatura, abrigo, etc,, etc., á excepción, sea dicho de paso, del malpaís y de los tepetates que son improductivos precisamente por la piedra que contienen, y sin embargo, pueden presentarse grandes espacios de tierra plana, sin ningu-

na piedra, atravesados por corrientes de agua, que no son capaces de producir lo que produce una pequeña extensión de malpaís, que como se sabe, es terreno que está enteramente cubierto de piedra. Ejemplos: las Lagunillas, el Agua del Conejo y el Plan de los Monfiles, terrenos todos pertenecientes á San Salvador Acajete.

Esos terrenos no tienen, por otra parte, esperanzas de mejorar jamás, lo que no debe decirse del malpaís, que puede colocarse en las mismas buenas condiciones que el mejor terreno, como ha sucedido con el inmediato á *Tengonápam*, cerca de Tlacolúlam, que con motivo de los torrentes, ha logrado cubrirse de una gruesa capa de tierra vegetal, rica en jugos, como lo demuestran las excelente cosechas que año por año vienen levantando sus dueños.

Urge, pues, que el Gobierno del Estado se digne fijar su atención en todas estas menudencias, para que llegada la ocasión, dicte sus órdenes á las oficinas exactoras, en el concepto de que las imposiciones deben ser justamente proporcionales á la calidad de los terrenos.

Hay muchos individuos que poseen tres ó cuatro caballerías de tierra, que de buena gana las permutarían por un terreno cien veces más pequeño, pero en condiciones de producir mejor los frutos que en él se siembren. Pues bien, no puede ser de ninguna manera justo y equitativo hacer pagar al primero más que al segundo, y aun podríamos decir, no sería justo igualarlos en las imposiciones, porque de seguro saldría más perjudicado el dueño de la mayor cantidad de tierras, por ser de ínfima calidad.

El pueblo de San Salvador Acajete no tiene grandes espacios de malpaís. Todo éste se reduce á la parte comprendida entre el cerro del cementerio de la Joya hasta el camino de Toxtlacuayilla por un lado y el camino Nacional por el otro, y á la otra fracción, muy angosta por cierto, situada entre el cerro de la Joya y el mismo camino nacional.

La primera fracción, que apenas alcanza un tamaño equivalente á media caballería, está cubierta de árboles en su totalidad, que aunque roñosos y poco esbeltos, producen viguetas, alfajías, horcones, *calehuales* y leña en abundancia. Además,

puede utilizarse para mantener algunas cabras, en razón de que el pasto no escasea, á pesar de que la tierra no se descubre por ningún lugar. Este pasto nace entre las grietas de la capa pedregosa, que han recogido algunos desechos vegetales cual si fueran macetas, y los conservan ahí por mucho tiempo para nutrir bastantes plantitas de aquellas que, para vivir y dar productos, no exigen tanto á la naturaleza, contentándose con lo poco que ésta quiere ó puede proporcionarles.

La segunda fracción no produce árboles, pero la mano del hombre ha hecho de gran parte de ella huertas y solares que pueden servir para el cultivo, derramando sobre la piedra tierra vegetal que ha ido á buscar á otros lugares. Por supuesto que esto lo ha conseguido después de muchos años de trabajo y de paciencia.

Antes de terminar este artículo y para entrar de lleno en la cuestión de agricultura, vamos á hablar de dos curiosidades existentes en el pueblo de San Salvador Acajete, que deben ser estudiadas por los hombres de ciencia.

La primera es una especie de torre maciza, de cuatro á seis metros de altura, formada de cuatro piedras circulares, como de tres metros de diámetro. y un espesor de metro á metro y medio, colocadas la una sobre la otra, que aquellas gentes llaman *las memelitas*. Esta torre está situada muy cerca del caño que construyó D. Bernardo Sayago para conducir á esta Ciudad el agua del Pixquiac, en el punto nombrado Cuesta del vaquero.

La otra curiosidad es una pirámide truncada, hecha de piedra labrada, de tres metros de altura, levantada en la cima del cerrito de San Miguel, inmediato al caserío principal de la congregación de Mazatepec. En la actualidad no se puede distinguir si en sus primeros tiempos la pirámide á que nos referimos fué cuadrangular ó circular, en razón de que los vecinos del rumbo, creyendo que pudiera contener riquezas, se han encargado de irla destruyendo dia á dia. Además, por la circunstancia de tener piedra labrada, vendrá á ser destruida completamente con el tiempo, si antes no hay una persona curiosa que la estudie para ver si puede hacer revelaciones que aclaren ó descubran la historia de los hombres que *in illo tempore* habitaron aquellos lugares.

XXXII.

Lo que llevamos apuntado acerca de las varias especies de terrenos de San Salvador Acajete y su situación respectiva, relativamente á su altura sobre el nivel del mar, que se encuentra comprendida entre dos mil á tres mil metros, nos hará entender con facilidad cuales son las semillas que de preferencia se siembran en aquellos lugares.

Se reducen éstas principalmente á dos, el maíz y la cebada, mereciendo la preferencia la primera, por destinarse para alimento del hombre.

En casi todo el municipio se siembra el *temporal*, pero con diversos resultados, siendo mejores las cosechas en las tierras bajas que en las altas, aun en el caso de que éstas se abonen previamente, porque el peligro no estriba en que no germine el grano y no nazca la planta, sino en el riesgo que corre esta última de perderse por el hielo, si se tiene en cuenta que en las alturas hiela todavía en el mes de Junio, y que el verano es excesivamente corto y tempestuoso.

En San Salvador, como en casi toda la República, precede el barbecho á la siembra, el cual se verifica en Diciembre y cuando muy tarde en Enero, para sembrar inmediatamente.

En los puntos mejores tarda la semilla en asomar las primeras briznas, quince dias; en los regulares de veinte á veinticinco, y un mes, ó poco más, en los más frios.

El maiz necesita *varios fierros* en todos estos terrenos, y de ahí que el costo de una cuartilla de sembradura ó 17,831 metros cuadrados, resulte algo caro, produciendo, cuando el año es bonancible, de cuarenta á cuarenta y ocho costales de mazorca, equivalentes á veinte ó veinticinco cargas.

El barbecho se verifica por tareas de 20×30 metros cuando el suelo es duro, y de 30×30 cuando no se encuentra en estas condiciones; de manera que una cuartilla de tierra barbechada cuesta, calculando á 38 centavos la tarea de 30×30 metros, $ 9 56 centavos.

La siembra, el primer atierre y el primer desyerbe, deben costar otros $ 9 56 centavos, y estas dos últimas operaciones practicadas por segunda vez, la misma cantidad, y cosa de $ 5

el *cruzamiento* para afirmar la mata y darle más vigor, lo que hace un total de $ 33 68 centavos. Agregando á esta cantidad $ 10 por *pixca* y acarreo y $ 10 por el desgrane, tendremos . $ 53 68 centavos, á los cuales hay que añadir lo menos $ 2 de contribuciones por el 5 p§ de utilidades sobre fincas rústicas.

Cuesta pues una cuartilla sembrada de maiz, sin incluir la renta de la tierra, $ 55 68 centavos, y en el supuesto de que produzca veinte cargas por término medio, y que éstas se vendan á razón de $ 7 cada una, tendremos $ 140 de producto, ó sea una utilidad de $ 84 32 centavos libres para el agricultor, por cuartilla de sembradura. Un individuo que logre sembrar diez cuartillas de maiz, puede sacar al año una utilidad de $ 800, siempre que tenga la suerte de que el año le sea próspero.

Las cosechas que bajen de veinte cargas por cuartilla, excediendo de diez, siempre son buenas, pero nada más, es necesario advertirlo, para aquellos que siembren de diez cuartillas en adelante, pues para los pobres que siembran una cuartilla y acaso menos, la utilidad es excesivamente mezquina, si no nula, bien es que estas gentes se contentan con cosechar uno ó dos costales de mazorca, que utilizan en beneficio propio, ó para el *gasto* como ellos dicen.

El procedimiento de barbechar los terrenos como operación previa para las siembras es casi siempre perjudicial; pero dado el atraso general de nuestra agricultura, el completo desconocimiento de los diversos métodos de cultivo y la escasez de fábricas de abono artificial para la formación adecuada de amelgas, no se puede culpar al agricultor que hace lo que hizo su padre y ejecuta el vecino, sin separarse jamás de la rutina.

La rotación de cultivos es una cosa desconocida entre los agricultores de este rumbo. Pocas veces la ponen en planta, y siembran sobre un mismo terreno hasta que las pérdidas de las cosechas los obligan á abandonarlo para que descanse, sin comprender que ese descanso no es necesario y podía llegarse á pasar sin él, con sólo el cuidado de sembrar las plantas esquilmantes después de aquellas que tienen la propiedad de volver á la tierra los jugos que otras le robaron.

Y cuando vemos todo esto y comprendemos la importancia

de la agricultura para devolver al país con creces lo que ha perdido y sigue perdiendo con la depreciación de la plata, lamentamos mucho que no se haya establecido en nuestro Estado siquiera una Escuela local de Agricultura.

Verdad es que la prensa en general trata ahora de los cultivos, y que todos los periódicos, cual más, cual menos, encarecen la necesidad de que los capitales se rieguen en los campos; pero todo eso no pasa de ser buenos deseos que no hemos de ver realizados sino después de muchos años, tan luego como se hayan educado las generaciones futuras en el trabajo y se les haga comprender la necesidad de una lábor constante, para acrecentar nuestras riquezas por otros medios muy distintos de los que empleamos ogaño.

En la actualidad queremos ganar el dinero sin ningún trabajo, y nos place más la profesión del agiotista que la del agricultor.

Mientras el Gobierno no pueda establecer escuelas de agricultura y dotarlas de profesores idóneos, y mientras no se importen á los pueblos personas instruidas en el arte de cultivar, ya que la agricultura allí tiene sus principales adeptos, no habremos adelantado nada, por más que espíritus juiciosos vengan cada dia señalando mejores procedimientos y sistemas más adecuados.

Se ha dicho que el estiércol es un abono insuficiente, y se recomiendan abonos artificiales de mejor calidad para substituir al primero, y hasta se ha indicado la fórmula para fabricar alguno de ellos, pero este noble proceder no se resuelve en hechos prácticos.

En los lugares de que venimos tratando, una carga de diez arrobas de *majada* vale cuando más seis centavos y con ella se pueden abonar de seis á ocho metros cuadrados de terreno; pues bien, ocho arrobas de guano artificial, atenta la escasez y carestía de las substancias que en él entran, lo menos que podría costar la arroba seria cincuenta centavos, de manera que ocho arrobas importarían cuatro pesos.

Se ve por lo expuesto, que aunque se pretenda no pueden hacerse muchas cosas por más fáciles que parezcan, y tenemos que seguir con la rutina hasta que se invente la manera de abonar las tierras con menos trabajos y costo.

El sistema de amelgas y la rotación de cultivos, sin duda que son una cosa excelente, pero no tienen nuestros agricultores idea de la formación conveniente de esas amelgas, ni poseen terrenos á propósito para la rotación que se propone, ni el dinero suficiente para hacer sus ensayos.

Entre la necesidad de proporcionarse recursos para el sustento de la familia y la de mejorar el estado de la agricultura, escoge el campesino la primera, porque es apremiante y no admite dilaciones, máxime cuando la tierra es tan providente que va dando lo que más puede á aquel que le demanda el pan de sus hijos.

Además del maiz *temporal* se siembra en San Salvador el *tonalmil*, que se cosecha por Julio y Agosto. El *tonalmil* sólo puede sembrarse y darse en las partes más bajas, como la cuenca del Pixquiac y toda la parte Este de la congregación de Colexta. En otros lugares más elevados no puede sembrarse el *tonalmil*, porque lo destruirían las fuertes heladas de invierno, cogiéndolo en *gihuite*. Por otra parte, nos informan que en caso de darse, se comería la zorra el elote, porque el aparecimiento de éste coincidería con el nacimiento de los zorros, cuyas madres no tendrían necesidad de ir muy lejos por el alimento de sus hijos, hallándolo á la mano.

Otra de las semillas que se siembra en San Salvador es la cebada, que se da por regla general bien; pero sólo en las alturas se deja hasta la época del engrane. En las partes bajas, con rarísimas excepciones, se corta verde y se utiliza como forraje.

El costo de una carga de sembradura de cebada resulta más barata que el de una cuartilla de sembradura de maiz, pero produce menos.

Una carga de sembradura de cebada mide 5,560 metros cuadrados, y su barbecho cuesta $ 2 70 centavos. La siembra y el paso de la rastra $ 0 40 centavos; el corte $ 2; la trilla y demás operaciones $ 2: total $ 7 10 centavos y produce de ocho á diez cargas, que á $ 3 carga, da un producto de $ 24 á $ 30 y una utilidad de $ 17 á $ 22 por cada carga.

La cebada puede sembrarse en dos épocas distintas del año, pero no en el mismo terreno. A la una le llaman *temporal* y á la otra de invierno.

Otra de las siembras que hacen los agricultores de San Salvador Acajete es la de la papa, con éxito seguro si la tierra está bien abonada y entonces les da un producto casi siempre bueno.

Una carga de papa apenas ocupa una tarea, y en el concepto de que le cueste al cultivador $ 14, que es su precio corriente, puede producir 15 ó 20, que vendidas á los mismos $ 14 dan un producto de $ 200 á $ 300 por cada carga, sin muchos gastos, porque además de que la preparación de la tierra apenas costará un peso, las limpias y el atierre se pueden hacer sin dedicar más de tres pesos.

Esta es una de las siembras que debiera propagarse más entre aquellos cultivadores por ser la que da mayores provechos, pero se ha venido descuidando, no precisamente porque sean desconocidas sus ventajas, sino por la falta de constancia de nuestros campesinos.

Entre nosotros es regla casi segura que un año de poca maiz trae para el otro abundancia, y al contrario.

Cuando el frijol se ha puesto á $ 6 carga en un año, en el otro de seguro ascenderá á $ 18 ó $ 20. Y vamos á dar la razón.

La carestía de un artículo y las privaciones porque necesariamente tienen que pasar los campesinos, los inclinan para el otro año á destinar mayor cantidad de terreno al cultivo de aquella semilla que ha escaseado.

Resulta de aquí, que todos tienen en abundancia la semilla que escaseó el año anterior, y que al proponerla en venta encuentran poca demanda y un precio muy bajo para el artículo. Esta circunstancia desanima á los agricultores para el año venidero, vuelven á sembrar poco, el artículo sube de precio y tornan los apuros; de modo que en estas operaciones adoptan los cultivadores una conducta de *sube y baja*, que redunda en su perjuicio y en el de las demás clases de la sociedad.

Por el año de 1885 recordamos con este motivo, bajó mucho el precio del café, puesto que se puso á cinco pesos el quintal. Este precio no alcanzaba á pagar el beneficio del grano para ponerlo en condiciones de venderse. Pues bien, muchos de los dueños de fincas cafeteras abandonaron sus plantíos, dejándolos que se enyerbaran hasta perderse completamente. Otros,

menos pacientes ó menos reflexivos, echaron abajo todos los cafetos, como si se tratara de una finca que nada les había costado.

El alza que ha experimentado actualmente el café ha hecho que el vecino cantón de Coatepec haya dedicado todos sus terrenos á dicha planta, y para proporcionarse mayor cantidad de tierra, ha derribado un buen número de naranjos, limos, plátanos y jinicuiles, y por esta circunstancia han subido de precio estas frutas, al grado de venderse hoy por diez lo que valió apenas hace diez años, uno ó dos centavos.

XXXIII.

En el Quemado, finca cercana á las Puentecillas, congregación de Mazatepec, y de la propiedad de D. Victor Morales, tuvimos la oportunidad de examinar una especie de papa que no se cultiva en forma, no obstante que es muy sabrosa de comer y que podía dejar buenos rendimientos tan luego como se diera á conocer en el mercado. El tubérculo difiere notablemente en el aspecto del de la papa común, pues en lugar de ser esferoidal es casi cilíndrico, con una longitud variable de diez ó más centímetros, con una pulpa de un color morado muy pronunciado y un sabor agradabilísimo. Aquellas gentes la llaman *papa extranjera*, quizá porque no han hallado otra manera de clasificarla, ó por seguir la arraigada costumbre de llamar *extranjero* á todo aquello que no se parece mucho á lo que estamos acostumbrados á ver diariamente.

En las partes planas de Mazatepec, en las huertas del centro y en casi todo Colexta, se siembra el frijol gordo con éxito, pero su cultivo apenas basta para las necesidades del pueblo, porque es bastante reducido. Ignoramos por qué motivo no se han resuelto aquellos agricultores á dedicar más terreno á la siembra de esta semilla, siendo así que se da muy bien.

Siembran algunas veces la *xaxana* (especie de frijol gordo de varios colores), pero en pequeñísima cantidad, siendo por lo mismo corta la cosecha que hacen.

El frijol enredador, parecido al *yamanqui* de los alrededores de esta Capital, se cultiva en Colexta, dentro de la milpa, pero

como los otros que hemos mencionado, no ha merecido mucha atención por parte de todos aquellos campesinos, y eso tal vez consiste en que esa semilla no constituye para ellos un alimento indispensable, como sucede en otros lugares.

La gente que vive en las alturas jamás come el frijol, y las de más abajo, raras veces, pero eso no obsta para que se cultivase con el objeto de dedicarlo al mercado. Francamente, no hemos podido explicarnos por qué siendo aquellas gentes, como son, tan afectas á buscarse la vida, han visto con desprecio el cultivo de una semilla que en igualdad de medida vale siempre más que el maiz y que tiene segura demanda.

En muchos lugares de Mazatepec se siembra la haba, pero no se deja madurar y se corta tierna para venderla en esta Capital todavía dentro de la vaina. Con el haba alternan la siembra del arverjón, que tampoco dejan madurar, cortándolo igualmente tierno y vendiéndolo en su estado de guisante ó chícharo.

Fuera de estos cultivos, no sabemos que hagan otros, al menos siquiera una decena de sembradores, porque las yerbas de cocina están al cuidado de las mujeres, que las tienen muy cerca de la casa en una huertecita con honores de jardín.

Atendiendo á nuestro consejo, el joven Manuel Fernández y Hernández formó desde el año de 1891 una hortaliza pequeña, en donde ha venido sembrando coles blancas y moradas, lechugas, rábanos grandes y de-bolita, zanahorias, remolachas, alcachofas, nabicoles, nabos y coliflores. Todo se ha dado muy bien, pero particularmente las coliflores, que ha vendido con mucha estimación en esta Capital.

La hortaliza sería un buen negocio en San Salvador, siempre que fuera al pueblo un cultivador entendido, que conociera todos los procedimientos y aprovechara todas las ventajas.

Hasta ahora las semillas empleadas por Fernández han sido todas extranjeras, y la experiencia le ha enseñado que éstas sólo dan producto en una época del año. En cualquiera otra que se siembren, si llegan á germinar, no dan fruto alguno. Este inconveniente no tienen las semillas criollas, pero para su cultivo se necesita arte y muchos años de práctica, porque si se les deja abandonadas á su propia suerte, no producen sino muy poco.

En todo, hasta al tratarse de horticultura, se nota entre nosotros la ausencia de una escuela de agricultura. Ojalá que el Gobierno del Estado, pueda, andando el tiempo, establecer una en cada una de las cabeceras de Cantón más importantes.

La naturaleza se manifiesta próvida con el hombre en casi todos los terrenos de San Salvador Acajete respecto de vejetación expontánea.

En todas las alturas se dan varias especies de pino, desde el blanco, que por ser el más blando, se utiliza en las obras de arte, hasta el colorado, cuya madera fuerte, durable y resisténte, sirve muy bien para obras de construcción. Desgraciadamente no se ha tenido cuidado de la conservación de los arbolados, y hasta los grandes montes han resentido la tala inconsiderada que se ha venido haciendo.

Urge, pues, que las autoridades locales de San Salvador dicten alguna medida á ese respecto, incluyendo en su reglamento de policía la obligación de sembrar un arbolito en compensación del que debe echarse abajo. Basta para esto hacer comprender á los vecinos la conveniencia que les resulta de conservar sus bosques.

La gran demanda que ha tenido desde hace mucho tiempo el *acalocote* ha determinado la extinción completa de este árbol. Sólo quedan ejemplares del acalocote en "Pueblo Viejo" y barranca de "Buena vista." En los demás lugares será raro encontrar un arbolito de esta madera.

El sabino y el oyamel nacen en varios puntos, así como el romerillo y el ciprés, cuya madera se vende aquí con bastante estimación para los trabajos de carpintería.

Además de las coníferas hay muchas especies de árboles en la comprensión del municipio, mereciendo especial mención la duela que alcanza una gran altura, el chicalahuate, el encino, el aguacate y otros varios, propios para construcción y combustible.

El escobo y el ilite, que tan raquíticos se muestran en la llanura, alcanzan grandes proporciones en las barrancas de Colexta, particularmente en la cuenca del Huichilac, en las faldas de Pueblo Viejo y de Buena vista.

En la mesa de la Yerba, poco más acá del Raizal, se da un

arbustito (parecido por su hoja al *guaje*, que produce esas vainitas cuyas simientes comen algunas personas, no obstante su olor nauseabundo) cuya raiz puesta en maceración en agua endulzada se fermenta y hace un *tepache* muy solicitado por los bebedores, para desterrar de su laringe el sabor picante del aguardiente.

Creemos que en otro país y con otras necesidades, la mencionada raiz se utilizaría en otra cosa de más provecho; entre nosotros desde muchos años atrás, no sirve más que para hacer el prosaico tepache.

Existen en San Salvador una infinidad de plantas medicinaes, cuyas propiedades curativas sólo son conocidas de aquellas gentes, excepción de las muy comunes.

Entre las plantas comestibles, además del aromático *quintonile*, existe el *huacte*, el *macuilquelite*, el *chiltoquelite*, la verdolaga, la mostaza, el navillo, la lengua-de-vaca y algunas otras.

Se enumeran varias especies de hongos propios para comer, siendo los principales la *trompa*, que se da debajo del *ocoxale*, en los lugares sembrados de pinos; el *tecomate*, que nace siempre en los montes altos; el *totolcoxcatl* ú hongo de bolita, sabrosísimo y oloroso, que nace por *manchones*, en los lugares en donde se removió tierra, de la grama seca, ocultándose á las miradas de todos; la pechuga, el de majada, el súchil y la preciosa comeinilla que por allá llaman pancita.

Respecto de los árboles frutales silvestres hay el *escolín*, la *acocapa*, el *capulincillo*. Los cultivados son el durazno, la pera, la manzana, la nuez, la guinda y los demás propios de tierra fria.

En la "Mesa de la Yerba" se produce expontáneamente una planta venenosa, muy semejante al café, que es un amago constante para los dueños de ganado.

No ha podido extirparse, ni se extirpará jamás, porque no se cuenta con elementos para destruirla, teniendo además el inconveniente de producirse por rizomas, que se extienden á grandes distancias.

Con relación á los pastos para el ganado ya hemos dicho que hay muchos y buenos, pero con la desventaja en varios lugares de secarse en la época del invierno por el hielo que les cae, y cuando se entablan las sequías.

La planta conocida vulgarmente con el nombre de chayotal no se da, sino en rarísimos lugares de San Salvador, debido á los vientos frios, y las curcúbitas ó calabazas, tampoco, á excepción de las partes bajas en donde producen una multitud de frutos sin ninguna dificultad, llegando á su completa madurez en tres ó cuatro meses.

El *cidracayote*, más resistente al frio, nace en donde se le siembra y produce cada mata una veintena de los conocidos calabazos, que como todo el mundo sabe, sirven para hacer el dulce de su nombre.

La floricultura es trabajo exclusivamente de las mujeres en el pueblo de que venimos tratando, pero hemos podido advertir que no está enteramente descuidada. No faltan, pues, en sus jardines al lado de la manzanilla, el epazote y el perejil, algunos geráneos, rosas habaneras, de castilla y reinas; azaleas, chinos, claveles, clavellinas, adormideras, dahlias, corona-de cristo, espuelas de caballero, jazmines, azucenas, lirios, perritos, campánulas, etc., etc., que cortadas y en graciosos ramilletes, sirven para adornar los altares de las casas y del templo del pueblo.

Hemos trazado á grandes rasgos la flora de aquellos lugares, tanto para no hacer demasiadamente cansados estos apuntes, cuanto porque queremos entrar á describir la fauna y algo de mineralogía de San Salvador, para pasar á tratar de otro de los pueblitos que forman el importante cantón de Xalapa.

XXXIV.

Siendo cortísima la distancia que hay de San Salvador Acaje á las Vigas y situados ambos pueblos á idéntica altura, natural es suponer que la fauna es la misma en los dos municipios, á excepción, sin embargo, de las partes más bajas, limítrofes con las tierras templadas. En ese concepto, no nos detendremos en una enumeración que, además de ser cansada, equivaldría en parte á repetir lo que ya hemos dicho en otro artículo, bastando á nuestro objeto hacer mención de aquellos animales que ó contribuyen al sostenimiento de la industria ó son notables por cualquier motivo.

Apenas hará cuarenta años que en las inmediaciones del Cofre vivía y procreaba el lobo, extendiendo sus correrías hasta el Tlanhuayalápam por el lado de Xico, hasta el Paisano por el lado de San Salvador y hasta Rio frio por el lado de Xalacingo. Los daños que cotidianamente causaba y el establecimiento de ranchitos por todo ese rumbo, determinaron su desaparición, porque todos se dieron cita para perseguirlo y acabar con él. En la actualidad no hay seña de que exista un solo ejemplar de aquella dañina fiera que, según los informes que hemos podido recoger, era de un tamaño mayor que el de un perro de regular alzada, longano, de grandes garras, algo lanudo de la panza y de un color de barro sucio.

Atacaba de noche, de preferencia al ganado menor, siendo muy raras las ocasiones que hacía presa de un becerro, de un asno pequeño ó potro. Con el hombre, aunque lo encontrara solo y desarmado, no se metía de una manera decidida, contentándose con seguirlo de lejos.

Nos ha referido D. Miguel Ramírez, dueño del "Rancho de Buena Vista," terrenos de Xico, que una vez que las sombras de la noche lo sorprendieron en pleno monte, vinieron acosándolo muy de cerca dos animales de esta especie, desde las Tembladeras hasta Ocotepec chico. Que en este último punto, temeroso de un ataque en forma, pernoctó, manteniéndose en vigilia por toda la noche. Que desprovisto de fósforos, pedernal y cerillas, no tuvo modo de hacer lumbre, y que sólo pudo evitar una embestida, moviéndose de un lugar para otro, arrastrando un palo por medio de su banda para llamar la atención de los animales, cuyos ojos se dirigían alternativamente á él y al objeto que arrastraba. La situación, por demás difícil en que se encontraba, duró toda la noche, de modo que al amanecer y cuando los animales se internaron en el bosque dando saltos y lamiéndose los bigotes, el pobre hombre se sintió tan cansado, como si hubiera hecho un largo camino.

Cuando Ramírez se acuerda de esa noche y del susto que pasó, no dejan de pintarse en los rasgos de su semblante las muestras del miedo, no obstante el tiempo que va transcurrido.

Más atrevido que el coyote, el lobo atacaba al ganado en sus corrales sin hacer mucho aprecio de los perros, á los que hacía

tiente y lastimaba cuando se le acercaban mucho. Los corrales de madera no constituían para él obstáculo, porque los botaba, y si los encontraba resistentes, los salvaba al salto, aunque llevara la presa.

Se comprenderá fácilmente que una tal vecindad debía tener muchos enemigos y que al fin y al cabo tenía que acabarse con ella, como sucedió.

El Sr. Coronel D. José María Rodríguez, dueño de San Pedro del Jornillo, jurisdicción de las Vigas, á quien preguntamos alguna vez sobre la existencia del lobo en sus terrenos, nos aseguró que en años anteriores era común y corriente encontrárselo en los más cerrados montes, aun de día; pero que sus ataques eran nocturnos y atrevidos por más de un concepto. Nos aseguró también que la raza estaba por desaparecer (hace diez y seis años de esto), y que apenas quedaría uno que otro ejemplar. Y en efecto, á los pocos dias de nuestra conversación, habiendo salido con él á ver su ganado bovino existente en los montes comprendidos entre el Paisano y las Lagunillas, tuvimos la oportunidad de examinar las huellas de un lobo que en la noche anterior había andado por ahí. A la simple vista la huella del lobo es parecida á la del perro, pero indiscutiblemente de un diámetro doble, si no triple.

Pasando por alto los demás géneros de la sección de los unguiculados, que son los mismos que existen en el municipio de las Vigas, vamos á tratar de los rumiantes, no porque hayamos olvidado que ya hemos hablado de ellos, sino porque con referencia á San Salvador constituyen un elemento de vida y una riqueza en perspectiva para cuando comprenda México sus verdaderos intereses y se dedique patriótica y formalmente á ver por el adelantamiento de su industria.

Y ya que tocamos este punto, creemos que nuestros bondadosos lectores se dignarán perdonarnos una ligera digresión.

Se ha dicho por muchas personas, que la mejor manera de combatir la depreciación de nuestra plata en el extranjero, consistiría en utilizar convenientemente nuestros campos, no dejando ni un palmo de tierra improductivo. Prescindiendo de la consideración de que esto no es posible mientras nuestras leyes no pesen enérgicamente sobre la improducción, dejando de gra-

var la producción, que hace que los propietarios de grandes terrenos se preocupen muy poco de sembrarlos, la falta de conocimientos científicos en agricultura y de bancos agrícolas para protejer á los pequeños propietarios contribuyen y contribuirán por mucho tiempo á que la misma agricultura se arrastre perezosamente como hasta aquí, no dando un resultado satisfactorio, como ha venido sucediendo, á pesar de nuestros deseos y de nuestros sueños.

Se cree que jamás podremos competir con el estranjero en industria, y que estamos obligados y sentenciados á ser sus tributarios en este ramo importante de la actividad humana. No creemos que esta opinión descanse sobre bases firmísimas, y eso creemos, porque no se nos ha puesto en condiciones de evidenciar nuestras aptitudes por medio de una patriótica y decidida protección.

El tejido de lana ha adelantado en México de pocos años á esta parte, no obstante el desprecio conque vemos ese trabajo, porque, dolor da confesarlo, preferimos para nuestro abrigo el casimir francés al mexicano, sin atender á que éste por ser de lana cardada y no molida, puede durar más, para fijarnos exclusivamente en que no es de buen tono llevar sobre el cuerpo un producto nacional.

Los artesanos dia á dia se lamentan de la completa ausencia de protección á sus trabajos por parte de sus compatriotas. El carpintero, por más entendido que sea, no puede aspirar á otra cosa que á remendón y á hacer cajones de muerto, porque respecto de estos últimos artefactos no se les ha ocurrido á los *primos* mandarnos algunos millares, que aprovecharíamos, de seguro, aunque fueran de plebeyo pino, en lugar de comprarlos de cedro ó de caoba fabricados por nuestros nacionales, tan sólo porque los primeros viniendo del extranjero, trajeran en una de sus tablas el nombre de un fabricante inglés, francés ó americano.

Un carro de ferrocarril con una placa en inglés y un letrero que diga: "No smoking," es mejor, así juzgamos nosotros, que otro que lleve el nombre de un constructor mexicano y un letrero que diga: "Está prohibido fumar."

En nuestras casas usamos muebles austriacos, aunque se

desbaraten en un mes, porque es de lujo; muebles mexicanos no, eso equivaldría á evidenciar un mal gusto.

Tan dados somos á lo extranjero, que muchos fabricantes, para dar salida á sus manufacturas, recorren el vocabulario inglés ó francés, para designarlos ó marcarlos. Las palabras *calicot*, *cheviot*, *Pompadour*, etc., etc., lo vienen probando. Entre nosotros la palabra *jaquet* vale más que chaqueta, saco ó levita, porque es de buen tono.

Se nos cuenta que un fabricante de licores en Veracruz había logrado adquirir crédito vendiendo sus compuestos con títulos rimbombantes escritos en inglés ó francés. Cansado de ese subterfugio y próxima la Exposición veracruzana celebrada en Orizaba, mandó á ella los frutos de su industria, descubriendo la incógnita. Obtuvo una mención honorífica, pero al mes cerró su fábrica, por haber tenido la debilidad de confesar que sus licores eran nacionales.

Quiere decir esto que si nos propusiéramos protejer la industria nacional de manera decidida, no comprando á los extranjeros los artefactos similares, podriamos esperar tener industria propia.

Acaso el estado que guarda nuestra plata en el exterior nos empuje á este resultado, que deseamos ardientemente, acordándonos del proloquio vulgar de que "para los grandes males se necesitan grandes remedios."

Sin la guerra continental europea, no se hubiera descubierto que la humilde remolacha no sólo sirve para alimentar caballos, sino para sacar de ella azúcar que, aunque no tan buena como la de caña, puede substituirla siempre.

Y basta de digresión.

La mayor parte de los terrenos de San Salvador Acajete producen regulares pastos que aquellas gentes utilizan, particularmente los de las llanuras, para el entretenimiento del ganado mayor, que si no engorda tanto como en tierra caliente, al menos lo coloca en condiciones de producir una leche espesa y muy nutritiva.

Aquellas gentes han comprendido el mérito de sus pastos y las vacadas van tomando creces cada dia entre ellos, rindiéndoles una ganancia segura la venta de la leche que ordeñan.

Las vacas se encuentran á sus anchas en aquella tierra y una vez *acriolladas* soportan el rigor de la temperatura sin mostrar incomodidad.

Nace ahí y se cria muy bien el ganado bovino, é indudablemente se siente mejor cuando se encuentra libre. Los establos entre nosotros no serían convenientes por la ausencia de prados artificiales y desconocimiento de las reglas de construcción de un buen establo. Una vaca se conserva mejor y da más producto durmiendo á la intemperie y comiendo aquí y allá cuanto encuentra al paso, que encerrada en reducido espacio, aunque se le lleve abundante comida.

Mucha de la leche que se consume en esta Capital viene de San Salvador y es muy solicitada por la gran cantidad de mantequilla que produce, particularmente la que se ordeña de animales que pastan cerca del cerro de la Joya.

Todo el ganado bovino del pueblo de que tratamos no es grande, como el de otros lugares, pero esto no obsta para que proporcione al dueño seguras utilidades.

Por allá no hay novillos, porque no se ha pensado en el engorde del ganado, y los pocos bueyes que tienen son sufridos, trabajadores y originan poco gasto.

Creemos que pudiera destinarse por parte de los hombres de empresa, un poco de dinero en adquirir terrenos en San Salvador para poner una ordeña en forma, con resultados satisfactorios, porque además de ser muy sano aquel temperamento para las vacas, se contaría con una cria cada dos años, regular cantidad de leche para vender, y un capital que produciría sin exageración el 5 ó 10 por ciento mensual para el dueño del establecimiento de la ordeña.

Fíjense en esto aquellas personas que deseen colocar su dinere convenientemente y que sean afectos á trabajar.

XXXV.

Una de las empresas más importantes á que se dedican los vecinos de San Salvador Acajete es á la cria y propagación del ganado lanar, en razón de que hacen mucho consumo de la lana que éste produce, para las telas que emplean en su vestido y para las que venden en los mercados de Xalapa y Coatepec,

constituyendo para ellos esta industria, á la que son aficionados hombres y mujeres, un elemento importante de vida.

Como es de suponerse, dado el atraso general de nuestra industria, particularmente en los centros pequeños, los productos que obtienen se resienten de un elevado precio que sostienen debido á la falta absoluta de maquinaria y á que todos los trabajos se ejecutan á mano, sin economía de tiempo y de brazos.

La trasquila se verifica con lentitud, durando varios dias y semanas enteras cuando la *punta* es de un buen número de cabezas, dedicándose á esta operación varios trasquiladores de oficio, que no obstante su pericia, pierden de 30 á 40 minutos para cada carnero ú oveja.

Cuando el ganado está gordo, da un vellón de 5 á 6 libras de lana sucia por pieza, siendo mejores los vellones que se recogen en verano, en virtud de que los animales, contando con un buen tiempo, no han podido ensuciar mucho la lana.

Terminada la trasquila, pasan los vellones á manos de las mujeres, que se encargan de lavarlos para quitar á la lana las partículas extrañas y la *cerilla* de que está impregnada.

Esta operación es cansada y molesta, porque la lana no se limpia sino después de varias lavadas y exposicianes al sol. Emplean para desgrasarla el amole y el tochamole que, como está probado, son saponáceas inmejorables para limpiar la lana, y cuando consideran que está en buenas condiciones, la enjuagan varias veces y la tienden al sol para que se seque.

Desconocedores absolutamente del uso del batán y de sus ventajas, no sabemos que se hayan preocupado por proporcionarse uno, para golpear la lana, aprovechando las diversas corrientes de agua que tienen, haciendo esto á mano que, como es de suponerse, cansa mucho á las pobres mujeres que se dedican á este oficio.

Una vez seca la lana, pasa á poder de los escogedores, cuya misión se reduce á separar los colores naturales, que por lo regular son el blanco y el café, en montones distintos que entregan á unos cardadores de profesión, que se buscan la vida en ese oficio, por treinta y ocho centavos diarios y la comida, trabajando de seis á seis. El trabajo no es difícil aunque cansado, y se reduce á pasar la lana por unos *cardadores*, de la forma de

una pala con mango pequeño y que presentan por sus caras interiores un cepillo de puas metálicas, más ó menos aproximadas y finas, según vaya siendo el estado de la lana.

Cuando la *cardadura* ha llegado á su última operación, el encargado de hacerla va formando *panes* cuadrados de lana, que coloca uno sobre de otro, para entregarlos en paquetes perfectamente acondicionados, paquetes que pasan á las hilanderas, las cuales con unas ruecas semejantes á las de los tiempos primitivos, girando en el fondo de una tasa de losa corriente, forman los ovillos y carreteles que van á dar al torno para formar el cordoncillo, siendo el torno un aparato sencillísimo que las mismas mujeres manejan con una paciencia y una precisión admirables.

Después de este trabajo, las propias mujeres pasan las madejas á las pailas del color para teñirlas y ponerlas en aptitud de ir á los telares.

Estos no pueden ser más simples ni más rústicos. Se componen de cuatro columnas de madera con un asiento á un lado para el tejedor, con una combinación de sube y baja determinada por dos pedales que el operario mueve á voluntad, encargándose de dirigir la lanzadera á cada movimiento, en la dirección correspondiente.

Con estos elementos veamos lo que han podido hacer aquellas gentes en ramo tan importante de la industria humana; pero antes de entrar en esta enumeración, vamos á detenernos en el examen de algunos trabajos previos que están obligados á realizar para llegar al fin apetecido.

El color negro de la lana se vuelve carmelita con el lavado, y generalmente así se utiliza para formar esas mantas tan usadas por nuestra gente pobre llamadas *poxcas*. Así se nombran también las que se tejen con lana blanca, pero que no son de mucho uso, por estar propensas á ensuciarse por cualquier motivo.

Mezclada la lana blanca con la *xaca* ó negra, en determinada proporción, toma ese color azulejo de que se ha venido haciendo hasta el dia las frazadas de la tropa.

La lana blanca sirve para hacer camisas y calzoncillos de hombre y aun sábanas, que muchos usan para cubrirse durante la noche.

Fuera de estas prendas, no se emplea la lana en su color natural, y es necesario teñirla préviamente.

La raza indígena es muy afecta al *xixiltl* ó colorado, y natural es que en dar este color hayan sobresalido, fijándolo en la lana de una manera permanente por medio del limón y las orinas, que hacen el papel de mordente. Emplean para dar este color la grana y la rosilla, esta última cuando desean obtener el color de rosa bajito.

El azul lo dan con añil, adoptando un procedimiento parecido para el color rojo, y así el amarillo, que lo obtienen de *xacatlascale*, si es que no emplean la corteza de un árbol ó los tallos de una yerba conocida sólo de ellos.

Posteriormente han salido de sus añejas costumbres, adoptando otros procedimientos más modernos, que ha importado entre ellos uno de los tejedores más inteligente y más emprendedor. Queremos referirnos al uso de las anilinas. En efecto, de dos años á esta parte, han entrado en uso las anilinas, aunque los tintoreros no han logrado fijar muy bien los colores, no obstante el empleo del ácido sulfúrico como mordente.

El más entusiasta de los tejedores se llama Genaro Sánchez, que á pesar de su pobreza, ha venido haciendo sacrificios para perfeccionar su industria. A la verdad, los colores que da Sánchez no dejan nada que desear mientras no se lava el lienzo, pero lavado no dejan de correrse las tintas, por más empeño que se haya tomado en su preparación y en la tintura de las telas.

Hechas estas explicaciones y refiriéndonos ya exclusivamente á la fabricación de lienzos, añadiremos: que fuera de los que hemos mencionado, elaboran chales, casimires, zarapes, *plaids* y cortes para vestido de las mujeres, de varios colores y dibujos, algunos de ellos muy bonitos y dignos de llamar la atención.

El más fácil de estos trabajos consiste en la hechura de los lienzos para vestidos de señoras, porque generalmente estos lienzos son de cuadros, cuyo mérito principal estriba en la conveniente distribución de los colores, para que la enagua se vea elegante y hasta cierto punto bonita. Los chales son de un solo color, pero su elaboración es más dificultosa, porque además de que el tejido tiene que ser más fino, la hilaza se prepara con más cuidado.

El trabajo más laborioso y más complicado es el de los zarapes, pues en su hechura debe debe de tenerse presente: los colores que han de emplearse para el fondo, á fin de que se destaquen los de la franja ó cenefa, y el floreado que adorna la bocamanga de la prenda, para formar un escudo, y la guía que se extiende á lo largo de la cenefa.

Estos zarapes son muy bonitos y muy durables, tanto que aquellas gentes con más gusto gastan seis ú ocho pesos en una prenda de esta especie, elaborada por sus compatriotas, que en una de las muchas extranjeras que á precios bajos se venden en nuestros mercados. Y tienen razón, porque los zarapes que ellos fabrican son de lana y lana, y tan compactos, que substituyen ventajosamente á una manga de hule, resistiendo fuertes aguaceros por muchas horas sin pasarse.

Como sus telares son tan imperfectos, es mucho lo que trabajan para dar fin á la hechura de un zarape, sobre todo, si lleva floreados, no pudiendo hacerlo en menos de tres dias; de manera que su valor fluctúa entre seis y ocho pesos por pieza, según sea el número de libras de lana que se empleen.

Creemos que andando el tiempo, todos aquellos industriales han de perfeccionar sus artefactos, tan luego como cuenten con mejores aparatos de fabricación.

Dedícanse también y con empeño á la cria y propagación del ganado cabrío, sacando regulares productos de la leche y de las piezas que logran vender en pié, para el consumo de carnes. Si el dueño del ganado está muy remontado y no puede vender la leche, la convierte en quesos que expende en los mercados de las Vigas y Coatepec, siendo muy rara la vez que los traen á esta Capital, por la mayor distancia.

Las pieles del ganado cabrío les sirven para la hechura de chivarras, que exclusivamente usan ellos, para librarse del rocío de las yerbas del campo. Estas chivarras, de piel completamente cruda, no llevan forros, y por lo general, no afectan una bonita forma.

Los pastores, que viven continuamente al raso, custodiando los ganados, se fabrican de las pieles de chivo una especie de calzas zanconas que se atan á la cintura, y algunos de ellos se forman *chamarras*, que llevan con gusto, porque los preservan

de la humedad y de las lluvias. Cada pastor, con este traje, parece un Robinsón Cruzoe.

Las pieles de los chivos grandes y lanudos, curtidas, sirven para la fabricación de vaquerillos, y en crudo, para enjalmas de las bestias de carga.

Aunque en pequeño, se dedican á la formación de colmenas, y aunque poca, recogen alguna cera para su exclusivo consumo.

Las colmenas no prosperan mucho por aquellos lugares, á lo menos en las partes altas, por la falta de flores en la época de la sequía y del invierno; pero sí creemos que pudiera emprenderse con éxito esa industria en las partes bajas, en donde por razón de la mayor humedad no se secan las plantas y en donde el hielo hace menos estragos.

En los montes del municipio se cria una especie de *bombix* silvestre que produce regular cantidad de seda que, por no contenerse en varios ovillos, sino en uno solo de regular tamaño, se presenta algo enmarañada, siendo difícil su recolección y preparación para el tejido. Esto no obstante, aquellas gentes, que como se ha venido demostrando, son muy industriosas y trabajadoras, la recogen y la hilan, tejiendo con sus filamentos unas bandas que aunque no de muy bella forma, son muy durables y resistentes.

En el próximo artículo trataremos de la mineralogía de aquellos lugares y con él terminaremos los apuntes que hemos podido recoger del interesante pueblito llamado San Salvador Acajete.

XXXVI.

La montaña del "Cofre de Perote" que sirve de límite entre los Cantones de Xalapa, Xalacingo y Coatepec, es una roca plútonica que no presenta en toda su extensión, aun comprendidos sus primeros y más próximos contrafuertes, seña alguna de cráter, de modo que no puede ser, como han creido algunos, un volcán apagado.

En su cima apenas hay indicios de vegetación, reducida ésta á musgos y raquíticos zacatones, no tanto por los aires frios que ahí se mueven en todas direcciones, sino por la falta absoluta de tierra vegetal, puesto que en muchos lugares se presenta la piedra en la desnudez más completa.

El gran Cofre, de piedra maciza, con muchas lajas de diversos tamaños, colocadas unas encima de las otras, es accesible hasta su cara superior, por medio de unas escaleras naturales, que aunque imperfectas, facilitan la ascensión. La cara superior es plana y puede medir de ochenta á cien metros cuadrados. El horizonte que de aquel lugar se percibe, se extiende á grandes distancias por todos los vientos, notándose un airecillo sutil que sopla con fuerza contínuamente, por lo que el observador, si quiere permanecer algunos momentos admirando aquel vasto panorama, tiene que echarse sobre la roca, á efecto de evitar los golpes del aire.

Una de las preciosidades que se admiran muy cerca de la base de la peña cuadrada, rumbo al Sur, es el *Colateral*, roca que lleva ese nombre por el aspecto que tiene, cuando se llena de nieve, muy semejante á los lados de un altar cuajado de bujías y de adornos.

Por la parte Este se extiende el Cofre hasta una hondonada en donde muere completamente la roca plútonica, de manera que sólo la montaña principal es la que puede considerarse como roca no estractificada. Esto no obstante, casi todas las grandes rampas que descienden á la hondonada ó que forman los primeros estribos, están cubiertas de pinos que se agarran á la vida por medio de múltiples raices introducidas entre las grietas de las piedras. La poca savia que absorben, los contínuos vendabales y el peso de la nieve, los conservan en un estado lastimoso, y quizá no hay ninguno que no esté privado de su copa y de sus ramas principales.

En el Cofre no hay nieve siempre, y los dueños de esos lugares que comercian con aquella, tienen el trabajo de recogerla y embodegarla en unas cuevas que se encuentran ahí mismo, construidas por la naturaleza. Ese manto blanco, con el que algunas veces vemos engalanada la montaña, se llama *espumilla*, que es líquida y escurre, aumentando el caudal de las corrientes de los muchos manantiales que brotan muy cerca de allí.

Ninguna particularidad presentan las diversas clases de piedra que forman la montaña, á lo menos en su cima, y se parecen á las de todas las rocas ígneas que ya hemos descrito al tra-

tar de las montañas de Xochitlán. Más adelante, rumbo al Sur, y por el lado de los contrafuertes que descienden hasta las inmediaciones de Xico, existen muchas piedras minerales que no pueden ser explotadas porque contienen metales de poquísimo valor.

La existencia del Cofre parece ser debida á una convulsión geológica, determinando particularmente por el lado Este de la montaña, grandes hundimientos de tierra, que son ahora las cuencas por donde se escapa la gran cantidad de nieve fundida, que periódicamente recoge en sus flancos y en su cima aquel gigante.

En uno de estos flancos nace el Pixquiac, y el Sedeño, el Huichilac, el Huehueyápam, el Tlanhuayalápam y otros más hacia el Sur, son corrientes que toman su origen de las filtraciones del Cofre, circunstancia por la que los vecinos de todos aquellos rumbos llaman á esas aguas *aguas cofreñas*, distinguiéndose por su frialdad entre todas las otras que nacen en las partes bajas y en las llanuras.

En San Salvador Acajete no existen grandes aglomeraciones de rocas no estractificadas, no obstante su proximidad á la montaña.

Las rocas estractificadas son de sedimento y de aluvión. Las primeras se encuentran en mayor cantidad, porque están repartidas en todas la llanuras, las mesas y los flancos de los estribos, y en los *cortes* que se han hecho alguna vez se nota una serie de capas de espesores desiguales, abundando la arcilla, la arena y el cascajo, alternados de dos en dos y de tres en tres, con la única diferencia de que la arcilla se presenta en las capas inferiores más compacta é impermeable.

El Cerro de la Joya, como lo dijimos en uno de nuestros artículos anteriores, es una masa de arena prieta, gruesa y sin asomo alguno de agua, y todos aquellos puntos inmediatos al caserío de la Joya son bastante resecos, de manera que no contienen agua sino á grandes profundidades.

Hé ahí la razón por qué en la Joya falta el líquido elemento, limitándose todo el existente al arroyo que nace en la Barranca de Pantaleón, proveniente del manantial de los Aguajillos, y á los tecajetes del Cerro, cuyas aguas, unidas á las del otro arro-

yo, forman la corriente que por un sarcasmo se llama rio de Teápam, cuya palabra, bastante significativa, quiere decir *rio de piedra*, porque desgraciadamente no es de otra cosa, menos cuando llueve mucho en las alturas, que se llena de una agua sucia de tan gran caudal, que puede arrastrar árboles y provocar inundaciones en las partes bajas.

El rio del Agua de la Montaña se pierde poco después de la afluencia del arroyo de la Piedra del Chorro y Barranca Seca, sin llegar á las Sabanetas de la Joya, á menos que ocurra un ciclón en toda forma y no baste el resumidero á tragar toda el agua que arrastra aquel rio.

El arroyo de las Bayas también se resume antes de llegar á la línea del cementerio de la Joya, y en algunos años se seca completamente.

En la Joya, pues, fuera del agua de la Barranca de Pantaleón, no hay otra, y en las grandes sequías falta el precioso líquido hasta para los usos más indispensables de las familias, no obstante que en la actualidad es reducido el número de éstas en el extinguido municipio.

Estos datos, verídicos hasta en sus menores detalles, pueden servir de base á nuestras autoridades para no permitir, como lo acordó en años anteriores alguna autoridad política del Cantón, que se tome aquella agua para beneficio exclusivo de un particular. En la Joya hay grande escasez de agua y vendrá tiempo en que no haya ni una sola gota, si se sigue sin consideración desmontando Aguajillos y la Barranca de Pantaleón, que son los lugares en donde brota.

Cerca de la Joya y en pleno malpaís, existe un cerro, ya á la mitad, de hormigón colorado, que compró la Empresa del Ferrocarril Interoceánico para *balastrear* la via. Este hormigón parece provenir de la calcinación de la arcilla arenosa de que estuvo formado el cerro antes de la erupción del Volcancillo.

Las tierras de las Sabanetillas, Potrerillo y Rancho de San Antonio, están formadas de una capa de tierra arcillosa seguida cuando más á un metro ó dos de profundidad, de una roca ígnea compacta y difícil de atravesar.

Pudo averiguarse esta circunstancia por virtud de los trabajos de D. Miguel Velasco para abrir un pozo. A metro y medio

de profundidad encontró una capa de piedra, y creyéndola de poco espesor, hizo uso de cohetes para rajar la piedra, profundizó el agujero cosa de seis metros y se desanimó al ver que entre más descendía, estaba más compacta la roca.

En algunos lugares asoma la roca no estractificada, fuera de la superficie del suelo, formando plazoletas, que el Sr. Velasco y otras personas, siguiendo su ejemplo, utilizan para dar sal al ganado, regándosela sobre aquellas piedras.

Semejantes á estos terrenos son casi todos los que descienden por la parte Oeste del cerro de la Joya, siempre privados de agua y, por consiguiente, estériles é inadecuados para los laboríos.

No pasa lo mismo por el lado de la Hoya Chica y Mazatepec. En esos lugares abunda el interesante líquido. En el primer punto corre un arroyito constante que nace en el rancho del Tule, entre los Berros y la cumbre de Tlalixco, y esta es el agua que de años atrás, quiere entubar el Ayuntamiento de San Salvador para traerla al centro, lo que es extremadamente fácil y de poquísimo costo.

Hay mil y pico de metros del pilancón de Hoya Chica á la Plaza de San Salvador y el desnivel es tan grande, que D. Juan Olivares pudo, por medio de un caño practicado en la tierra, apartar unas 40 ó 50 pajas de agua que puso en su casa, situada á 50 metros de la plaza del pueblo, para edificar un nuevo departamento.

Las tierras de Hoya Chica tienen también un subsuelo de piedra y algunas de Mazatepec, estando otras de este último lugar, exentas de tal inconveniente.

En el centro del pueblo aparecen rocas plútonicas en varios lugares, pero sus ramificaciones, si bien largas, no tienen grande anchura, semejando más bien un sistema de venas de piedra.

Las tierras de aluvión, que son muchas, existen en todos los lugares en donde por el brusco cambio de nivel de dos lomas ó dos estribos, se formaron cañadas. En éstas, por regla general, fuera de las capas que hemos venido enumerando, se encuentra una capa gruesa de mantillo, proveniente del lavado que sufren los terrenos vecinos.

Tales son los apuntes que hemos podido formar sobre el animoso y progresista pueblito de San Salvador Acajete.

El autor de estas líneas comprende perfectamente que están muy incompletos los datos que ha venido dando, pero estima que ellos podrán servir para emprender con el tiempo un trabajo mejor. Los elementos con que ha podido contar han sido de poco valor, y al recorrer todos los lugares que ha descrito, no pensó jamás que alguna vez había de ocupar su descripción las hojas de un libro, de modo que, no obstante su espíritu de observación, no se detuvo en inquirir mayores noticias ni en hacer un examen más prolijo de las cosas, limitándose, cuando se lo permitían las ocupaciones á que se dedicaba para proporcionarse la vida, á tomar apuntes ligeros sobre la historia y aspecto de los lugares, más bien para satisfacer una curiosidad, que porque se propusiera escribir más tarde acerca de ellos.

XXXVII.

Fueron dos los nombres con el que designaron los aztecas al astro del dia, *Tonatiuh* y *Tonalli*. El primer nombre significa *el que resplandece al andar*, mientras que el segundo se refiere al Sol considerado como un astro, denotando por extensión también el dia natural, compuesto de un dia y una noche *(Tona* y *Yohualli,)* de modo que la palabra *Tonallán* (así debe escribirse, y no *Tonayán* como de años atrás lo han venido haciendo las oficinas superiores de este Cantón, y á su ejemplo los estadistas y los geógrafos) quiere decir *tierra del sol*, *en donde el sol se ve sin ninguna dificultad*, ó *tierra de luz perenne, siempre encendida.*

Como todas las palabras escogidas por los *méxica* para designar los lugares, no puede ser ésta más propia y adecuada por todas las razones que expondremos á continuación. Basta conocer el pueblito de Tonallán, ó mirarlo desde lejos, para convencerse de esta verdad.

Afecto el que escribe estos artículos, por naturaleza ó inclinación, á observar é investigar todo aquello que de alguna manera se refiera al rico suelo de México, no desperdicia la ocasión de hacerlo cuantas veces se le presenta oportunidad, y confiesa con entera franqueza que experimenta verdadero gusto cuando al entrar á los detalles y ordenarlos como mejor puede, logra ver confirmadas sus sospechas.

Todos los pueblos antiguos de la Tierra, indiscutiblemente más prácticos que los modernos, se han distinguido en la nomenclatura de los lugares, condensando, por decirlo así, en una palabra, sus particularidades más notables, de aquellas que no se modifican ni por el tiempo ni por algunas otras circunstancias, y que retratan al vivo las condiciones más salientes del sitio; pero sin temor de equivocarnos, el pueblo *nahualt*, que tantas pruebas nos ha dejado de su cultura, sobresale por la exactitud y precisión de sus designaciones.

Los pueblos modernos, siguiendo otro camino, se han concretado á inmortalizar ciertos nombres de santos, algunos de simples particulares que no soñaron tal honor, como pasa con el de Perote, dado á un pueblo del vecino Cantón de Xalacingo, y pocos (por descuido ó ingratitud) de aquellos seres, que por su ciencia, virtudes ó valor contribuyeron al progreso de la humanidad.

Que un pueblo se llame San Patricio por casualidad ó por cualquier otro motivo; Charlesville en los Estados Unidos, porque el primero que ahí vivió se llamó Carlos, no tiene para nosotros importancia, porque ni San Patricio ni Carlos nos dicen nada acerca de la topografía del luger. Los nombres de los héroes, de los genios ó de los benefactores de la humanidad, tienen al menos el mérito de evidenciar la gratitud de los que recogieron el beneficio como fruto sabrosísimo del árbol que los primeros sembraron; pero nada más, y querer averiguar la historia de un pueblo por esos nombres, sería tanto como pretender un imposible, desde luego que se reconozca la poca analogía de la designación con las circunstancias especialísimas del lugar.

El pueblo *nahualt* ha dejado, como decíamos, recuerdos imperecederos de su buen juicio de observación, y al legarnos una palabra, solamente una palabra, nos ha brindado ancho campo para nuestras deducciones.

Elástico como pocos el idioma de Moctezuma, tiene la facilidad de contraerse, y sin hacer inharmónico el vocablo puede expresar con reducido número de sonidos en una sola voz, lo que no se puede decir en castelleno con menos de diez, y en alemán, acaso con una, más larga que seis de las nuestras.

El vocablo *Tonallán* va á servirnos, pues, para formar la antigua historia del pueblo de ese nombre, puesto que no hemos podido encontrar un solo dato acerca de él, que haga luz en este asunto.

Procederemos por conjeturas, pero procuraremos precederlas de algunas consideraciones, de manera que si tenemos la desgracia de equivocarnos, no podremos ser tachados de atrevidos, dejando á las personas ilustradas en esta clase de inquisiciones, en el lugar que se han sabido conquistar, para que fijen la verdad y aparten todo lo improbable que pudiera obscurecer el asunto. Lo dijimos desde un principio y lo repetimos ahora, si faltamos inadvertidamente á la verdad, con gusto y humildad nos inclinaremos ante la persona que se digne advertírnoslo.

De todos es sabido que entró en la política de los *méxica*, al extender por medio de conquistas sucesivas su territorio, resguardar las nuevas tierras adquiridas, por medio de plazas fuertes militares, de gente de confianza, que hacia venir de la metrópoli y que no tuviera puntos de contacto ni relaciones de ninguna especie con los conquistados, para poderlos dominar fácilmente en caso de revuelta y no exponerse á perderlas por falta de oportuno auxilio.

Tal cosa nos afirman los ilustrados historiadores de aquellos tiempos, sin que hasta la fecha se haya levantado una voz siquiera para desmentir esas afirmaciones. Pues bien, examinada con prolija atención la topografía de Tonallán, se podrá comprender á primera vista que el lugar donde está fincado fué una de esas plazas. La parte principal del pueblo está situada en la meseta de un cerro y domina todo el contorno, con la particularidad de que sus guardianes se podían comunicar por medio de señales con los indios que guarecían el cerro de Macuiltepec, inmediato á lo que actualmente es Xalapa y con los vigías del cerro de Acatlán y meseta de Naolinco por el Este, cerro de México por el Oeste y las alturas de San Salvador Acajete por el Suroeste, extendiendo su horizonte á más grandes distancias rumbo al Sureste. Además, existía la circunstancia, y hay que tenerla presente, de que debían vigilar á los totonacos de la provincia de Zempoala, entre los cuales, desde que

fueron conquistados por los aztecas, germinaban y se hacían ostensibles algunas señales de descontento en contra de los dominadores, como lo justificó la conducta que observaron á la venida de los españoles, á quienes se entregaron como aliados, engañados por las promesas de éstos, de libertarlos del tirano de México.

En el recinto de la plaza fuerte de Tonallán levantaron sus primeros moradores, sin que nos sea posible determinar la fecha, tres montículos de tierra, de regular altura y parecidos á un cono truncado de ancha base, que se pueden admirar hasta la fecha.

Esos tres montículos, por la disposición especial que guardan y porque constituyen un estorbo más bien que un adorno útil, estuvieron dedicados sin duda para la fácil combinación de señales diurnas ó nocturnas, determinando, el aumento ó disminución de flámulas ó luminarias distribuidas convenientemente, un lenguaje claro que, pudiéndose comunicar á largas distancias, facilitara la rápida comunicación del centro de operaciones á las diversas guarniciones de gente armada regadas en muchos puntos.

En Macuiltepec, no obstante su nombre significativo y la existencia de cuatro prominencias escalonadas fuera de la principal, no existe vestigio alguno de montículos artificiales que se hubieran levantado por el lado que da al Norte para comunicarse con los pueblos del mismo rumbo, si hubiera sido residencia de un jefe de importancia. Estimamos, por lo mismo, que Tonallán desempeñó en *illo tempore*, en el ramo militar, un papel más importante que el de los demás pueblos entonces existentes.

Agréguese á estas reflexiones una muy importante, la de que el camino que conducía de Zempoala á Tenoxtitlán pasaba muy cerca del lugar en donde está fincado el pueblo de que estamos tratando, lo que facilitaba la comunicación entre el jefe supremo del imperio y los diversos jefes subalternos repartidos en todo el trayecto.

Además, el significado de la palabra *Tonallán*, fuera de las consideraciones que llevamos hechas, pudiera contribuir á robustecer esa opinión, si se tiene en cuenta que los indios daban

gran valor á sus palabras y aprovechaban todas las acepciones de las mismas con bastante ingenio y talento.

Tonallán, por su especial situación, recibe el sol durante todas las horas del dia, así en los equinoccios como en los solsticios; pero tiene que sumergirse en las tinieblas durante la noche. Sin embargo, puede creerse que ahí brillaba siempre la luz, y si eso era, ¿por qué no admitir que en su recinto se encendiesen fogatas durante la noche, aprovechando al efecto para la combinación de señales, los tres montículos existentes hasta el dia?

Ahora bien, si ahí era el centro de las operaciones militares, si se tiene en cuenta que los *méxica* estaban en tierra de descontentos, y que los totonacos no miraban con buenos ojos las exigencias del trono azteca, no hay razón para rechazar la hipótesis de la existencia de esas luminarias durante la noche para mantener en vigilia á los celosos soldados del imperio, y que servirían para comunicar órdenes urgentes sin pérdida de tiempo.

Que había lugares que servían de punto de mira, no cabe duda, y sólo puede sentirse que las señales que lo demuestran y que ha respetado el tiempo, no sean estudiadas por personas curiosas y entendidas, subvencionadas por el Gobierno, para que puedan dedicar más tiempo en sus pesquisas.

Midiendo un terreno en el Rincón de las Peñas, congregación del suprimido municipio de la Joya, tropezó el que esto escribe, al atravesar una pequeña eminencia del mismo terreno, con una piedra bastante grande, colocada ahí por la mano del hombre. Llamóle la atención la existencia de aquella grande piedra en la medianía de una altura, cuando en las partes bajas no se notaba la existencia de pedregal alguno, y como era natural, preguntó al dueño de la tierra sobre el objeto que pudiera tener la piedra en aquel lugar y sobre los medios empleados para efectuar su transporte. Contestóle D. José María García Olivares, así se llama el propietario, que la piedra existía ahí desde tiempo inmemorial, que seguramente los *antecesores* la habían colocado con algún objeto, porque se relacionaba con otra situada en el cerro de Loma de Tablas y con un punto del Encinal, y que comparadas todas ellas por la dirección que tenían,

se correspondían en línea recta, formando al Sur un triángulo con el cerro de la Joya y otro al Norte con el pico de la Magdalena. Examinada la cara superior de la piedra, tiene una línea principal en esa dirección y otras más que cortan á la primera, alargándose hasta comunicarse con otras de la cara lateral Oeste, muy borradas ya, por desgracia.

Esta relación fué confirmada pocos días después al trepar á la cima del cerro de Loma de Tablas, de modo que se puede congeturar, sin temor, que entre esos puntos existió una relación que aprovechaban los aborígenes con algún fin absolutamente oculto para nosotros, pero que nos sirve para suponer la existencia de destacamentos ó de puntos militares, para observar los movimientos de los enemigos, ó para poderse transmitir órdenes con más prontitud.

En el próximo artículo trataremos de indicar las ideas que tenemos acerca del cambio que experimentó Tonallán, de punto militar ocupado únicamente por soldados, á lugar habitado ya por familias.

XXXVIII.

La formación del pueblo de Tonallán es de fecha posterior á la conquista, pues hemos podido averiguar que hasta mediados del siglo XVI se les dió posesión á los habitantes de aquel lugar de las tierras que debían constituir el fundo legal del pueblo, siendo el Alcalde de Xalapa, acompañado del escribano D. Joseph Antonio de Carrión, el comisionado para tal objeto.

Se comprenderá fácilmente que Tonallán dejó de ser plaza militar antes del año de 1521, y que sometidos los zempoaltecas á los españoles, la guarnición tuvo también que someterse, yendo á buscar mujeres de los pueblos vecinos para constituir un pueblo, y no quedarse sin hogar, lo que hubiera sucedido probablemente si cuando acaeció el levantamiento en armas de la metrópoli, hubieran acudido los de Tonallán al centro de operaciones.

Es natural en el hombre encariñarse del lugar en donde reside por algún tiempo, y nada tiene de inverosímil que los de Tonallán, queremos decir, los *méxica* destacados ahí, hubieran preferido quedarse, antes que exponerse á una pérdida segura de sus vidas y haciendas.

Ahora bien, ¿de dónde pudieron proporcionarse mujeres aquellos soldados, rodeados como estaban de pueblos totonacos? Es de presumirse que de aquellos, si nos fijamos en el idioma que hablan actualmente los de Tonallán.

En las condiciones en que se encontraban los *méxica* respecto de sus conquistados, hay necesidad de convenir en que para comunicarse con ellos tenían que aprender previamente su idioma, trabajo de todos los conquistadores, porque de otra manera no hubieran sabido el modo de extender sus conquistas, de suerte que los *méxica* destacados en Tonallán debían saber el totonaco, y debían saberlo hasta para haberse podido hacer de mujeres.

Al formar el pueblo, la lengua totonaca debía llevarse la palma, ya porque los habitantes de los pueblos circunvecinos la hablaban, ya porque las madres debieron enseñársela á sus hijos, de modo que puede creerse que á principios del siglo XVII sólo unas cuantas palabras del *nahualt* se pronunciaban en aquellos lugares, palabras que para recordar la influencia y poderío del más floreciente imperio de América, existen hasta el dia, no solamente entre los aborígenes, sino incrustadas en la hermosísima lengua de Cervantes.

No siempre las razas conquistadoras han logrado desterrar por completo de los pueblos conquistados su manera de hablar, contentándose, cuando más, con dejar huellas de su paso por ahí. La dominación sarracénica en España no pudo lograr que los españoles adoptasen la lengua árabe, y la dominación española en México, sólo pudo legar á sus hijos la lengua patria, pero no á los aborígenes, que hasta la fecha hablan el idioma de sus padres.

El pueblo *nahualt* sólo pudo imponerse, en materia de lenguaje, tratándose de los nombres de lugares, dejando una que otra frase que, como dijimos arriba, ha podido tomar carta de naturaleza en el idioma castellano, mereciendo figurar en algunos diccionarios, como lo han pretendido varios lexicógrafos. Tales son los vocablos *tepalcate*, *petate*, *metate*, *zopilote*, etc., etc.

Los indios de Tonallán son de regulares proporciones, activos y trabajadores, de color cobrizo bien pronunciado y lam-

piños la mayor parte. Las indias, pequeñas de cuerpo, usan el *refajo* y el *huipili* y tienen por costumbre adornar su cabellos con unos gruesos cordones de lana, de un color *chillón* generalmente. Hombres y mujeres andan descalzos, distinguiéndose en esto de los individuos de mezcla española, que usan zapatos.

En Tonallán las prácticas religiosas católicas están en todo su apogeo, porque desde tiempo inmemorial el pueblo es cabecera de curato y han tenido siempre al sacerdote entre ellos, lo que basta á suponer que en ese particular están bastante influenciados.

Los varones usan calzoncillo y camisa de manta blanca, cubierta ésta con un pequeño cotón de lana, con bocamanga, como se advierte en la mayor parte de los indígenas de la República. Una *poxca* y un sombrero de palma completan el atavío con que se presentan generalmente. Cuando vienen á la Ciudad á prestar sus servicios como criados, truecan ese traje por otro más pasable y luego que se ven con pantalones, camisa de pechera y puños, y zapatos, no se resuelven á volverse á vestir como antes. Las mujeres, sí no cambian su refajo de lana azul y su huipile de *calicó*, adornado con flores bordadas, por ningún motivo, rehusándose á servir en las ciudades.

El hijo de Tonallán es robusto y trabajador, pero afecto á embriagarse cada ocho dias, cuando para expender sus frutos sale de su pueblo á cualquiera de los caseríos ó ciudades vecinas. Esta mala costumbre es general en todos los individuos de la raza antigua mexicana.

Las hembras son laboriosas, y fuera de las rudas faenas á que se etregan en el hogar (lavar, moler y cocinar) dedican los ratos de sus ocios á bordar sus huipiles y *confeccionarse* unas camisolas, cuyo adorno principal consiste en encarrujarlas de una manera graciosa y especial.

Tanto los varones como las hembras distan mucho de ser hermosos ó de facciones regularmente pasables. La depresión de las sienes, la nariz roma, los pómulos salientes y los labios gruesos, les dan una expresión de fiereza más bien que de simpatía.

Los criollos son más pasaderos y hay algunos ejemplares entre ellos de facciones más perfectas y suaves.

La costumbre que tienen de hablar frecuente el totonaco, hace que pronuncien muy mal el castellano y que hagan unas construcciones sintácticas especiales.

La *u* para ellos es de tan difícil pronunciación, que optan por el sonido de la *o* substituyéndola en todas las frases que la traen, y como en su idioma no existe el futuro conjuntivo, al explicarse en español emplean el futuro de indicativo, mezclando en su conversación muchas palabras de su idioma, que lo hacen ininteligible para todas aquellas personas poco avezadas en el trato con ellos.

Hace cosa de cuarenta años que todavía se acostumbraba entre ellos encerrar durante las noches, en una galera inmediata á las casas consistoriales, á todos los varones de catorce años en adelante, siendo solteros, para evitar que fueran á inquietar á las doncellas, porque fueron siempre enemigos de las uniones ilegítimas y de los hijos naturales. Actualmente ha caido en desuso esa costumbre, por impedirlo la ley terminantemente; pero eso no obstante, son raras las seducciones y las faltas contra la moral, llevadas á cabo, casi siempre, por personas que tienen en sus venas sangre española, pero muy pocas veces por los naturales.

Profesan más respeto al cura que á las autoridades, y éstas, para hacerse obedecer, recurren á la influencia del sacerdote. Parecen pacíficos, y si lo son, más bien es por la fuerza de las circunstancias que de buena voluntad, y en sus cuestiones con Chapultepec y Atesquilápam, por terrenos, han dado muestras de ser testarudos y enérgicos.

El pueblo está situado en una gran meseta, de modo que por todos vientos se tiene que descender para aproximarse á los pueblos vecinos. Su iglesia, de regulares dimensiones, sirve de albergue á una imagen de San Pedro, al que tienen gran devoción. El templo es de calicanto, lo mismo que las casas consistoriales, (en donde se encuentra la escuela) el curato y otras cuantas habitaciones más. Las otras casas son de madera, regularmente abrigadas, algunas con pisos de tablones y muchas con pavimento de tierra. El mobiliario de las habitaciones no es muy rico ni muy variado, tratándose de los indios, y se compone generalmente de un lecho de tablas, unas cuantas sillas, una

mesa que sirve de altar á los santos de la familia, el fogón á un lado, formado en el suelo, rodeado de los consabidos *tenamaxtles*, el *comale*, el *metate* y unas cuantas ollas de barro.

El padre ejerce una autoridad que nadie le disputa, y castiga corporalmente lo mismo á los hijos que á la esposa, cuando dan lugar á ello, según el criterio del mismo padre.

Los varones trabajan en el campo todo el dia, gustando muchos de ellos al terminar la labor por la tarde, de congregarse en la plaza pública al obscurecer, para comunicarse mútuamente sus impresiones y acordar lo que debe hacerse en beneficio de la población.

Las mujeres no salen de sus hogares sino para lavar, acarrear el agua y la leña é ir á misa, estándoles prohibido por sus padres, hermanos ó esposo, entrar en conversación con personas que no sean de su sexo.

Los hijos de Tonallán se casan muy jóvenes, habiendo matrimonios en que el varón cuenta diez y seis años y la mujer trece. Por regla general, no son padres de muchos hijos, y la hembra tiene la obligación de cargar al suyo cuando es pequeño, á la espalda, suspendido por el rebozo ó chal, cuyas extremidades sujetan del cuello por medio de un nudo. Muchas veces tienen que estar así dentro del hogar, para *moler* sin temor de que el niño interrumpa la labor, si hubiera de dejársele en otro lugar abandonado á sí mismo como hacen muchas madres.

A pesar de la rudeza natural del esposo, se nota que ama á la esposa y la procura, y cuida de sus hijos con cariño hasta la edad en que éstos necesitan de mayores cuidados. Cuando el muchacho ha cumplido ocho años, tiene que ayudar á la madre, primeramente proveyéndola de leña y agua, y luego al padre en las durísimas labores del campo.

Aquellas gentes son poco comunicativas en el hogar, limitándose cuando más todo lo que hablan á transmitirse órdenes que se cumplen fielmente. A la hora de comer nadie habla, y mientras almuerza el padre, que lo hace sin compañía alguna, los muchachos y las muchachas están en la puerta del jacal con un chirrión espantando los perros para que no entren á interrumpir en su comida al *tata*. Cuando éste ha terminado y eructa con fuerza, lo que prueba que ya está satisfecho, sale de la casa, y

entonces entra el resto de la familia á hacer su colación. La pobre madre es la que come al último, ó lo verifica por intermitencias para atender al servicio de los demás miembros de la familia. El padre come sentado en un taburete ó en una silla, pero coloca su plato en el suelo, sin ningún mantel, de modo que tiene que estar contínuamente inclinado. Los demás comen sentados en el suelo, á excepción de la madre, que lo hace de pié, teniendo el plato con la mano izquierda, la tortilla debajo del plato y se lleva los manjares á la boca con la mano derecha.

Tal es á grandes rasgos la vida que hacen los hijos de Tonallán.

En nuestro próximo artículo trataremos de describir la botánica del pueblo y los procedimientos de su agricultura, reducida, por desgracia, á pocos laboríos.

XXXIX.

El pueblo de Tonallán, tal como ahora está constituido, se compone del caserío central y de la congregación de Monterreal, con un censo poco más ó menos de mil habitantes, pertenecientes casi todos á la raza indígena.

Las tierras de laborío de que disponen los vecinos son medianamente regulares para el cultivo del maiz, de la cebada y del frijol, siendo el rico é indispensable cereal, el que ocupa mayor cantidad de terreno.

La situación topográfica del pueblito, que como se dijo antes, es bastante accidentada, contribuye mucho á que los cultivos ni puedan extenderse, ni mejorarse, y actualmente menos que nunca, porque las tierras están muy cansadas, y para producir necesitan de abono que cuesta á los terratenientes mucho trabajo conseguir, por la ausencia de suficiente número de bestias caballares y de ganado menor que lo produzcan.

Esa carencia de abono para mejorar las tierras expone á los cultivadores á peligros. como son, la pérdida de los plantios por falta de jugo, ó á cosechas escasas cuyos rendimientos no bastan ni corresponden á las exigencias de la familia del sembrador, que como se sabe, destina el producto de su cosecha á la manutención de aquella por todo el año.

No obstante esto que decimos, no se crea que Tonallán está en el caso de no poder producir maiz, pero entiéndase que no lo podrá hacer hasta el grado de exportar grandes sobrantes, lo que implica para el pueblo una seria dificultad para salir del estado de postración en que se halla. No acusa mucho, pero ni poco progreso comercial, vender cada ocho dias un centenar de pesos de gallinas, huevos y quesos, que es lo único que expenden aquellas pobres gentes, y lo único con que cuentan para comprar la manta que emplean en sus vestidos y la sal y chile seco con que sazonan sus manjares.

Existe entre nuestros campesinos una preocupación que ha contribuido mucho á mantener nuestra agricultura en un *statu quo* lamentable. Todas esas gentes creen que fuera de la siembra del maiz no hay prosperidad posible, y por eso vemos que gastan todas sus fuerzas en el laborío de este cereal, reputándose felices y satisfechos con recoger un buen número de costales de mazorca.

Convenimos con ellos en que el maiz es un artículo de primera y urgentísima necesidad, y que debe sembrarse á toda costa para atender á la manutención del pueblo mexicano, pero sí creemos que hay muchos terrenos que pudieran utilizarse mejor, sembrando otra planta de mayor rendimiento.

Desgraciadamente no se hace esto en Tonallán y en otros muchos lugares. Por nada de esta vida dejarán de sembrar el maiz, por más que se les diga lo contrario, mostrándoles otro camino más fácil de proporcionarse los elementos de subsistencia.

Está probado que el maiz es una de las plantas más esquilmantes y que agota los jugos de la tierra en un tiempo más ó menos largo, y esto no obstante, nuestros campesinos no abandonan su siembra, aun con la probabilidad de perder su tiempo y dinero, cuando depositan la simiente en un terreno ingrato que desde años atrás les viene diciendo con la elocuencia de las pésimas cosechas, que ya no está en aptitud de poder producir. Ellos se atienen á la Providencia más bien que á la razón y á los hechos.

Solares hay que han trabajado sin interrupción por veinte años ó más, y es natural suponer que cada siembra viene pro-

duciendo menos. Cuando las pérdidas se acentúan por uno ó dos años, es cuando abandonan el terreno para que descanse, pero como la necesidad de tener maiz es imperiosa, vuelven á ocupar el terreno acaso con más pésimos resultados. Entonces es cuando maldicen de su suerte y achacan su desgracia al tiempo ó á los impuestos fiscales.

En el estado de atraso en que nos encontramos respecto de los mejores procedimientos en agricultura, la rotación de cultivos es una utopía entre nuestros cultivadores. Ni tienen práctica en esos trabajos, ni terreno en determinada cantidad para la rotación, ni bastarían los productos de lo poco que sembraran para sostener el consumo que hace la familia.

Muchas de éstas hay compuestas de cuatro ó seis personas que hacen un gasto de una cuartilla diaria, ó una carga por semana y, no son raros los peones que se comen un cuartillo de almud de maiz convertido en tortillas, de una sola sentada. También es la verdad, para que no se crea que exageramos, que solamente es maiz lo que comen.

Indudablemente que el padre de familia que tiene tal gasto y que apenas posee una cuartilla de tierra, no va á pensar en la rotación de cultivos, lo mismo que el que posee mayor cantidad de terreno, pues se contenta con entrojar determinado número de cargas para mostrarse satisfecho y no pensar en los nuevos procedimientos de campo.

Y si la escasez viene y tienen que comprar el maiz, lo que constituye para ellos una gran desgracia, sólo piensan en satisfacer la necesidad del momento, esperando que el año venidero no será igual.

Se ve por lo expuesto que no tienen más ambición que recoger maiz y que teniéndolo creen poseer todo, absolutamente todo.

Con campesinos que se contentan con tan poco es imposible prosperar, porque para prosperar y llevar á cabo la más ligera innovación en los cultivos, sería preciso entrar en guerra abierta con ellos, que no están por aceptar nada que contradiga los procedimimientos de sus abuelos.

Tonallán posee tierras que si están cansadas para producir maiz, no lo están ni pueden estarlo para dar en abundancia muchos de los frutos de tierra fria.

Nosotros creemos que ahí pudiera aclimatarse el nogal, la manzana, el capulín, la guinda, el membrillo, acaso la pera, la ciruela, la avellana y el aguacate pequeño.

Una cuartilla de tierra en Tonallán, sembrada de maiz, pro duce por término medio (suponiendo que el terreno se encuentre en buenas condiciones) de treinta á cuarenta costales de mazorca equivalentes á veinte cargas de grano, que vendidas á siete pesos, dan un provecho de ciento cuarenta pesos; si de esta cantidad deducimos treinta pesos que cuesta el laborío, tendremos un excedente de ciento diez pesos en beneficio del agricultor. Pues bien, si en ese terreno sembramos ciento cincuenta nogales, tendremos á los siete años una cosecha de 75,000 nueces, calculando á quinientas nueces por árbol, y un producto de setenta y cinco pesos, vendiendo el millar á peso. A los ocho años la cosecha es doble y el producto ascenderá á ciento cincuenta pesos, pudiendo asegurar, sin temor de equivocarnos, que á los doce años, cuando la planta ha adquirido su completo desarrollo, la cosecha ascenderá á 500.000 nueces, de modo que dará un producto anual de $ 500 sin mucho trabajo para el propietario. Sembrando maiz en ese terreno por espacio de 12 años y suponiendo que en ninguno se pierda ni mengüe la cosecha, tendremos un rendimiento de $ 1,320, cantidad que no llega á $ 1,625, producto obtenido en cinco años, ocupado el terreno por nogales, y con la ventaja bastante atendible de que en los primeros tres años de sembrado el nogal puede ocuparse el terreno con maiz, y obtener regulares cosechas de este grano, lo que constituye inmensa superioridad entre una y otra siembra, con la ventaja de que una huerta de nogales se puede reputar una finca y representar una riqueza en madera de bastante consideración.

Pues bien, estas ventajas no llaman la atención de muchos campesinos. Lo que ellos no quieren es comprar el maiz, sin detenerse á pensar que más vale comprarlo cuando se tiene dinero para hacerlo, que esperar resignados á que los elementos y la tierra quieran ó no quieran contribuir al mayor rendimiento en la cosecha.

Cuando se habla al campesino de estas ventajas, se limita á escuchar lo que se le dice, parece convencerse pero no se anima

á emprender ningún trabajo que ponga de manifiesto su deseo de abandonar sus antiguas costumbres, y si se le pregunta la causa de tal conducta se limita á levantar los hombros en señal de duda, acabando por decir que seguiría nuestro consejo siempre que otros de sus vecinos dieran el ejemplo.

Las tierras de Tonallán, como todas las de clima frio, son delgadas, y con excepción de los terrenos de las cuencas y cañadas que recogen mayor cantidad de detritus vegetales que las de las laderas y lomas, las demás se pueden considerar como muy medianas.

Los cultivadores de Tonallán, si es que este nombre puede darse á personas que apenas saben sembrar y beneficiar el maiz, acostumbran, como todos los demás del Cantón, el barbecho para hacer sus sembrados, y miran la milpa desde pequeñita con los mismos cuidados á que nos hemos referido en algunos de nuestros artículos anteriores, al tratar de otros pueblos de la misma ó idéntica condición.

Solamente siembran el temporal, aunque en Monterreal, por estar en mejor situación, suele darse el tonalmil; pero de cualquiera manera, sus terrenos no pueden aguantar dos siembras en el año.

La cebada la siembran en pequeña cantidad, como planta forrajera que cortan verde, con la cual *empanzan* más bien que engordan, á sus bestias caballares, tan conocidas de todos nosotros por su humilde figura, áspero pelaje y abdomen pronunciado.

Cultivan el frijol, que se da bien, principalmente el *gordo*, pero también en pequeña escala, que apenas bastará á cubrir sus necesidades.

Cuando vemos todo ésto y comprendemos que el remedio está muy lejano y que por muchos años hemos de seguir así, nos desalentamos y quisiéramos que nuestros Gobiernos se colocaran en condiciones de poder impartir á la agricultura mucha más protección de la que ahora dedican á esa importante rama de la riqueza nacional.

No lo veremos nosotros, pero dia vendrá, así lo tenemos creido, en que todos esos campos ahora incultos ó dedicados á producir poco, serán ricos veneros de donde brotará á raudales la

riqueza pública, llevando á México al lugar que justamente se merece por sus antecedentes, por la proverbial inteligencia de muchos de sus hijos, por sus vastos y feraces campos, por sus innumerables corrientes de agua, por sus variados climas y por su límpido cielo.

Que sea cuanto antes.

XL.

Con gusto proseguimos la tarea que nos hemos impuesto, y con mayor razón, cuando nos forjamos la ilusión de que las descripciones que hemos venido haciendo podrán ser algún dia provechosas para nuestro suelo, ávido, cual pocos, de encontrar quienes sepan sacar de él rendimientos, que hoy no dan, por falta de inteligencia en las personas que se han dedicado á explotarlo.

Los terrenos de la zona fria, como los de la templada y caliente, son susceptibles de producir, y producir mucho, cuando el cultivador es instruido, perseverante y laborioso.

Comparando las llanuras de Perote, áridas al parecer, sin brizna de yerba en su superficie en cierta época del año, con los campos de Misantla, llenos siempre de una vegetación expontánea y exuberante, podía creerse *a priori*, que las primeras no son capaces de dar rendimiento alguno, y que los últimos harán la felicidad del propietario en pocos años.

Nada tan distante de la verdad. Las tierras de Perote, tan delgadas, de polvillo y faltas de agua, hace cuatrocientos años que sin interrupción vienen produciendo maiz, trigo, cebada, arverjón, haba, en tan gran cantidad, que han podido corresponder á los sacrificios y afanes de sus propietarios, enriqueciéndolos con el tiempo. Ahí no se da el café, la vainilla, el chile, el arroz, es cierto, pero el trigo brota lozano, y el hijo de la tierra caliente no se desdeña de tomar el pan que ese trigo produce. Ahí, no se puede establecer una finca permanente, pero las semillas que se producen pueden durar en la troje por muchos años sin picarse ni descomponerse, y aun en el mismo campo, á la intemperie, como pasa con la paja y cebada, cuyos lamiares resisten por varios años las inclemencias del tiempo.

Convengamos en que todos los terrenos tienen sus ventajas y que se puede ser rico lo mismo en tierra fria que en la caliente; todo el *quid* estriba en saber aprovechar las circunstancias del lugar.

En Misantla, por ejemplo, el maiz produce á los cuatro meses de sembrado, dando una mazorca cinco ó seis veces más grande que la de tierra fria, pero el maiz desgranado se pica á los tres meses, y apenas dura seis en su ráquiz y resguardado por el totomoxtle de la mazorca. En Misantla, refiriéndonos al maiz, se vive de presente y no hay que pensar en entrojar más grano del que pueda consumirse.

El maiz que se cosecha en tierra fria está once meses sobre el campo, la milpa no levanta del suelo arriba de un metro, la panoja apenas mide diez centímetros de largo, el grano afecta la forma de un diente canino humano; pero fuera de su ráquiz ó incrustado en él, dura por lo menos ocho años en la troje sin descomponerse. ¿No constituye eso una inmensa ventaja?

Por otra parte, hay que tener en consideración algunas otras circunstancias.

La preparación de la tierra se hace con más facilidad en los climas frios que en los calientes, los jornales son más baratos en aquellos que en éstos, y las tareas de trabajo son mayores en los primeros que en los segundos, porque el peon hace menos gasto de fuerza en una temperatura fria que en una ardiente.

Es la verdad que ahí no se produce el café, que hoy por hoy constituye una finca de gran porvenir; pero se da el trigo que por su bondad intrínseca y por ser artículo de primera necesidad, no está expuesto á fluctuaciones, y rinde siempre lo mismo, por unidad de peso.

La vida en los climas frios es más barata, y la ración diaria por persona, más reducida, si se tiene en cuenta el poco desperdicio que experimenta el cuerpo durante las 24 horas del dia.

Hablando francamente, no hay motivo para despreciar un terreno y ensalzar al otro. Todos tienen sus ventajas, y como deciamos al principio, el hombre laborioso se hace rico lo mismo sembrando cebada, que arroz; lo mismo papas, que algodón.

Pues todavía hay algo más en favor de los terrenos situados

en zona fria: la carencia absoluta de sabandijas perniciosas y el poco número de entermedades peligrosas, de modo que se puede asegurar que existen más probabilidades de vida en unos lugares que en otros, lo que constituye una inmensa ventaja.

No se crea, por lo que acabamos de exponer, que nos pronunciamos más por unos terrenos que por los otros; lo que queremos demostrar es, que tanto de unos como de otros, se pueden sacar ventajas, conociendo la manera de cultivarlos convenientemente. Y no queremos extendernos más sobre este particular, convencidos como estamos, de que nuestros lectores, quizá mejor que nosotros, sabrán apreciar las diferencias, y al llegar á las comparaciones, establecer consonancias que pongan de manifiesto la bondad en general de nuestras tierras de laboríos, situadas bajo un cielo limpio y puro, que igualmente cobija á todos, y cuida de nuestros sembrados y de nuestros campos con desinteresada solicitud.

El pueblo de Tonallán goza de una temperatura entre templada y fria. Debe estar situado á cosa de 1,800 á 1,900 metros sobre el nivel del mar y el promedio de su temperatura en el año, acaso no baje de 10° bajo cero, de modo que en su comprensión pueden darse todos los frutos de la tierra fria y uno que otro de la templada.

Respecto de árboles frutales crece allí el capulín, nacido expontáneamente, porque nuestros agricultores son tan curiosos, que fuera del maiz, el frijol y demás semillas de primera necesidad que no pueden dejar de sembrar, jamás se han preocupado de plantar un aguacate, un durazno ó cualquiera otro arbolito.

Los árboles frutales que encontramos en la casa del indígena, nacen ahí por casualidad, crecen y rinden sus productos, sin que jamás se les imparta el más mínimo cuidado. Al contrario, cuántas veces los privan de su fruto á palos y á pedradas, estropeándolos sin consideración.

Además del capulín, se encuentra en Tonallán el aguacate pequeño, el durazno y uno que otro manzano. Y ese ramo de la agricultura que pudiera proporcionarles regulares utilidades, no merece para ellos ninguna atención.

Siempre hemos creido que tenemos en el Cantón terrenos á propósito para la siembra del membrillo, el albaricoque, la guinda, la pera, la manzana, la avellana, la castaña y la ciruela, y sólo sentimos, y lo sentimos de todas veras, que por nadie se haya emprendido en este negocio, que es seguro, atenta la gran demanda que van teniendo nuestras frutas en los Estados Unidos.

Algún curioso llevó á Zacapoaxtla, distrito de Puebla, y de una temperatura parecida á la de Tonallán, algunas semillas españolas de ciruela, que nacieron muy bien, produjeron árboles lozanos y esbeltos y dieron fruto en su oportunidad. De Zacapoaxtla llevaron semillas á Teziutlán y otros lugares, de modo que por allá es común y corriente encontrarse en los patios de las casas con estos arbolitos cargados de frutos.

La avellana debe darse en Tonallán, así como la castaña, y nos mueve á suponerlo la circunstancia de que en San Salvador Acajete, que se encuentra en las condiciones de Tonallán, hay un avellano con fruto, (no obstante que se le ha visto con la mayor indiferencia,) y de que el castaño se parece mucho al *chicalahuate*, que nace y crece con mucha lozanía en todos aquellos lugares.

¡Cómo deseamos que entre nosotros vengan agricultores más entusiastas que los que tenemos! Contentarse con poco, sembrar siempre lo mismo, sin modificar siquiera los procedimientos, y atenerse á la Providencia para obtener buenas cosechas, eso es lo que han venido haciendo la mayoría de nuestros cultivadores, ya sean terratenientes al por mayor, ó propietarios al por menor.

La nuez, que como ya lo hemos demostrado, es negocio seguro, jamás ha llamado la atención del hijo de Tonallán, de modo que serán muy raros los árboles que de esa fruta existan en el pueblo.

Las hojas de nogal son utilizables en medicina para ciertas enfermedades, la madera es una de las más apreciadas en ebanistería, la fruta tierna es un bocado exquisito preparado en vinagre, el pericarpo de la fruta recia es un excelente abono, y la semilla, además de poder utilizarse en la industria extrayéndole el mucho aceite que contiene, es un manjar delicioso tomado fresco ó seco.

Sin embargo, nadie se ha preocupado por sembrar siquiera un árbol de esta clase.

Tonallán queda distante de Xalapa y de la estación de la Banderilla del Ferrocarril Interoceánico, apenas cuatro leguas de camino regularmente transitable. Podía prosperar mucho, porque tiene buenas tierras, agua corriente y un clima benigno. ¿Por qué no adelanta? Porque los terrenos están en posesión de gente que no piensa con seriedad en el porvenir, y que se contenta con comer mal y dormir peor.

Cuando los hombres de empresa sepan que muy cerca de Xalapa tenemos terrenos como los de la Joya, San Salvador, Tonallán, San Pablo Coapa y Atexquilápam, capaces de producir mucho con poco costo y en un tiempo no muy largo, y vengan á ellos, saldrán todos esos pueblos del estado de miseria en que se encuentran.

Los gobiernos por más que quieran y hagan, no pueden hacer de las aldeas ciudades. Eso corresponde á la iniciativa y trabajo de los particulares, siempre que sean instruidos, constantes y amantes verdaderos del suelo mexicano. Mientras eso no se consiga, tendremos la pena de contemplar en nuestras excursiones, ó campos improductivos ó terrenos cultivados de la más mala manera, de modo que no pueden rendir mucho ni bueno.

XLI.

Fuera de los árboles frutales que expontáneamente nacen en Tonallán y que son pocos, como lo hemos dicho ya, se producen algunos cuya manera se emplea en las obras de construcción, en la carpintería y en la ebanistería.

Como maderas de construcción existen el pino, el oyamel, el sabino, el romerillo, el ciprés, el ilite, el chicalahuate y algún otro, pudiendo utilizarse muchas de éstas para la formación de muebles, entre ellas el ciprés, que no obstante ser quebradizo y muy propenso á *ventearse*, es inmejorable para ciertos muebles y muy solicitado para la hechura de puertas y ventanas.

Al ciprés llaman en México los carpinteros, cedro, quizá porque difiere poco del árbol del Líbano, conocido con ese nombre. Tiene la ventaja de no picarse y, resguardado de la humedad, dura muchos siglos.

En Monterreal y cerca de los Pontones, de que hemos hablado ya en otro lugar, nacen muchos más árboles que en las inmediaciones del pueblito, y no obstante su abundancia, los dueños de esos montes no han cortado hasta ahora la madera con objeto de explotarla y sacar de ella un producto pecuniario, lo que prueba que se preocupan muy poco del porvenir.

En Tonallán pudiera darse regularmente bien la hortaliza, sin que nadie hasta la fecha haya intentado formar siquiera una pequeña huerta.

Convenimos en que para ser horticultor se necesitan muchos conocimientos, porque la mayor parte de las hortalizas requieren bastantes cuidados para su propagación y crecimiento; pero para sembrar lechugas, rábanos y coles, no es preciso poseer ni mucha ciencia ni mucha práctica.

Carecemos de semillas criollas y por eso recurrimos á las extranjeras, que sólo producen cuando se siembran en Diciembre ó Enero, á excepción de las lechugas, col y rábano, que con ligeras diferencias, dan en todas las estaciones del año; pues bien, los de Tonallán no han querido dedicarse á ese género de cultivo.

Las verduras silvestres, si es que así pueden llamarse los *quelites* y las verdolagas, no escasean en los terrenos inmediatos á las habitaciones y en los solares dedicados á los laboríos. Aquellas gentes, como todos los indígenas, comen esas yerbas con agrado, constituyendo para ellos uno de sus principales alimentos.

Las plantas medicinales y de cocina abundan por todas partes, siendo muchas de las primeras enteramente silvestres, á excepción del romero, de la espinosilla y de muchas otras que tienen que sembrarse.

La floricultura no tiene entre los hijos de Tonallán ningún partidario.

Las mujeres suelen sembrar algunas matas de ciento-en-una, amapolas, azucenas, flor de clavo, etc., etc., cuyas flores emplean para adornar los altares de la iglesia y los sepulcros de su cementerio.

En los lugares como Tonallán produce mucho la rosa de Castilla, tan empleada en la farmacia, pero de esta planta no

hay ninguna siembra en forma, no obstante que venden la flor en esta Capital con alguna estimación.

En las tierras frías se da muy bien la dahalia y la hortensia, y al temperamento de Tonallán se debe que esas flores prosperen tanto en sus huertas; sin embargo, tampoco han querido dedicarse á su cultivo, á pesar de que ven la gran demanda que tienen en esta Capital las flores y lo que obtienen de ellas los hijos de San Salvador Acajete y San Miguel del Soldado, que de pocos años á esta parte se han dedicado á su siembra y á su venta.

La fauna del pueblito es semejante á la de los otros pueblos de la tierra fria, de que ya hemos hablado, de modo que no podemos agregar ni una palabra más á lo que tenemos dicho, limitándonos á manifestar que la cria y propagación del ganado cabrío y lanar, que en épocas no remotas alcanzó gran estima y constituyó los principales capitales del pueblo, ha bajado en importancia considerablemente, quedando reducido á cuatro ó cinco puntas de pequeño número de cabezas. Esto consiste no tanto en la falta de pastos, sino en que la propiedad se ha repartido, y ya no cuentan los ganaderos con extensos terrenos como antaño.

Antes del repartimiento de los terrenos de comunidad, las personas ricas hacían gran negocio, y las pobres no eran otra cosa que esclavas de las primeras, para quienes trabajaban en recompensa de un mezquino salario. Actualmente que la mayor parte son propietarios, todos se afanan por cuidar de su propiedad, y el rico tiene que luchar con serios inconvenientes hasta para proporcionarse brazos que lo ayuden, de manera que ha podido establecerse la competencia y el salario ha subido.

Lo que pasaba en las poblaciones pequeñas, apenas hará veinte años, parecería increible á todo aquel á quien se lo dijéramos, siempre que no tuviera idea de los cacicazgos y de las injusticias por ellos cometidas.

Desde hace mucho tiempo que ha desaparecido el *topile*, que era uno de tantos desheredados que la autoridad municipal ponía por un tiempo fijo al servicio del cura ó al de las oficinas públicas, sin salario alguno, ni aun para proporcionarse el coti-

diano sustento, y que, sin embargo, tenía que obedecer y cumplir sin replicar las órdenes de un amo altanero y desconsiderado que, si notaba tibieza en el cumplimiento de sus mandatos, podía azotar ó mandar al *cepo* al pobre *topile* delincuente.

Todavía hasta la fecha nos quedan recuerdos de aquella época de obscurantismo y de injusticias. No hay *topiles*, es cierto, pero la autoridad (nos referimos á la de los pueblos) abusa de su poder, deteniendo en la calle á un pobre labriego y obligándolo á llevar la petaca del señor cura, con menoscabo de los intereses del obligado.

Esto lo ignoran las autoridades cantonales, porque sus subalternas (la de los pueblos) se cuidan mucho de violar la ley tan descaradamente en su presencia, pero el hecho existe, y á hacerlo desaparecer tiende una iniciativa reciente del Ejecutivo del Estado, suprimiendo las faenas periódicas que de tiempo inmemorial acostumbran en las poblaciones pequeñas.

Si la paz se prolonga por más tiempo en el país, como es de creerse y de esperarse, estamos seguros de que todas estas malas costumbres han de desaparecer como atentorias á los derechos del hombre.

Muchos de esos correos que vemos llegar á los oficinas con pliegos procedentes de los pueblos, hacen un servicio gratuito, y pierden un dia de trabajo con toda resignación, antes que exponerse á las iras de la autoridad de su pueblo, que no les perdonaría jamás su falta de obediencia.

A nadie acusamos particularmente; señalamos una infracción de ley que debe castigarse con todo rigor. Toca, pues, á los señores Alcaldes evitar para lo sucesivo esos abusos de fuerza, que pueden tener para ellos desagradables consecuencias, para cuando los pueblos despierten y les hagan comprender que si tenemos obligaciones que cumplir, también tenemos derechos que ejercitar y defender.

Felizmente para el Estado de Veracruz, las autoridades superiores velan porque la ley sea respetada, de modo que á la menor queja de parte del ofendido, irá el castigo en pos para el culpable.

Como deciamos en uno de nuestros artículos anteriores, Tonallán posee tierras fértiles y en regulares condiciones.

Las de las mesas, aunque delgadas, pueden dar buenos rendimientos, abonándolas. Las de las cañadas son buenas en lo general.

Sólo las de las laderas se encuentran en malas condiciones porque son muy propensas á lavarse.

En la comprensión del municipio de Tonallán, las capas de las rocas que forman la corteza terrestre son regularmente homogéneas en las faldas y en la cima de los cerros, y no creemos aventurado afirmar que, en lo general, se componen de una delgada capa de humus, un suelo en que entra la arcilla arenosa, un subsuelo en que la arcilla sola hace el principal papel, de modo que no podrán sembrarse plantas cuyas raíces no sean resistentes á la humedad, que debe depositarse en gran cantidad entre el subsuelo y la capa impermeable. Esto no acontece en los terrenos en que el subsuelo es arenoso ó formado de cascajo. A diferencia de las primeras tierras, éstas son demasiado secas y agostan al poco tiempo la planta que nace entre ellas, por falta de jugos nutritivos para las raices.

En las cañadas la cosa es distinta, se conservan húmedas, pero el agua subterránea corre con facilidad y además se encuentra á profundidades diversas. Por otra parte la capa de humus es necesariamente más gruesa.

Los terrenos de tepetate son malos en lo general y su vegetación mezquina, porque las plantas no tienen jugos que absorber.

Los terrenos pedregosos varían en calidad según la disposición que tiene la piedra. Cuando la roca es compacta y asoma fuera de la superficie, nulifica el terreno. Si está profunda, no lo perjudica en nada. Cuando la piedra se halla regada y mezclada con el humus contribuye á mantener la humedad.

En Tonallán existen todas estas especies de terrenos, pero son más los buenos que los malos, por lo que debe suponerse que el pueblito está colocado en mejores condiciones que otros del Cantón, y que, por consiguiente, puede prosperar.

Cuenta el pueblo con varias corrientes de agua pura y cristalina de color, que nace en los flancos de las montañas inmediatas, y cuyos manantiales no corren el riesgo de agotarse ni aun en las más grandes sequías. En tiempo de lluvias, aumen-

tan de caudal estas fuentes, particularmente cuando la lluvia procede del Noroeste, que es á lo que los campesinos del Cantón llaman Norte de arriba, para diferenciarlo del viento Sur ó el del Levante.

XLII.

No todos los estribos de la montaña del Cofre de Perote se extienden á largas distancias, ni mucho menos mueren descendiendo sin bruscos desniveles hasta las planicies. Muchos de ellos hay que se interrumpen en un lugar dado, y cortados á pico por la mano de la naturaleza, á causa sin duda de una convulsión geológica, presentan la particularidad de dar origen á dos climas diversos, con una distancia muy pequeña entre los terrenos de la parte alta y los lugares de la parte baja.

Tal cosa puede observarse en el paso del camino de Naolinco, llamado Sosocola. Arriba pueden notarse, tratándose de la flora, ejemplares de las plantas que se desarrollan en las tierras templadas. Abajo, la caña de azúcar y la ciruela, nos indican que hemos descendido á la tierra caliente. Naolinco y toda la meseta sobre la cual está fincada la pintoresca villa, tiene un temperamento frio más bien que templado, y el Espinal, que se encuentra abajo, es caliente, lo mismo que Tenampa y lugares circunvecinos. La temperatura de Chiltoyac, que se halla en la cañada llamada de Actópam, no es la misma que la del cerro que se encuentra á sus inmediaciones y que se comunica con las tierras de Xalapa sin gran cambio de nivel. Y lo mismo podemos decir de la mesa de Mastatlán comparada con el malpaís de la cañada, y de los Altos del frente en paralelismo con la propia cañada. Sin ir muy lejos, tenemos un cambio muy brusco entre Jilotepec y las alturas de Vista-hermosa, y entre los lugares por donde pasa el Ferrocarril Interoceánico, cerca del único túnel que tiene más allá de la Banderilla, y la congregación de "Piedra-de-agua."

Lo que acontece respecto de los estribos del Cofre de Perote pasa con todos los que sostienen el espinazo de la Sierra Madre oriental. Muy cerca de Zacapoaxtla hay parajes que reducidos al plano horizontal presentan á la distancia de doscientos metros á lo sumo, una diferencia notable en la temperatura. En

las partes de arriba, las rocas peladas, el zacatón, los ilites raquíticos y las coníferas nos dicen que aquel clima es extremadamente frio, y allá abajo, muy abajo, las corpulentas hayas, los cedros colorados, la *chaca* ó palo mulato, la anona y los zapotes, así como las guacamayas, las chachalacas y los papanes, el zumbido de los moscos y esa algarabía que sostienen durante el día todo un mundo de aves y de insectos, proclaman la tierra caliente en todo su esplendor, con la particularidad de que desde las alturas puede oirse lo que pasa abajo, y contemplar, tiritando de frio, aquel variado y hermoso panorama.

Esa disposición natural de las tierras comprendidas dentro y á inmediaciones de la Sierra Madre oriental, del sur y occidental, hace de México un preciosísimo país digno de gran porvenir.

¿Qué son todos estos sitios comparados con la Mesa central? Esas vastas llanuras en tiempo de invierno, sin una yerba sobre su superficie, entristecen el ánimo, y aun en verano, porque se comprende por la uniformidad de los sembrados, que la mano del hombre, menos feliz que la de la naturaleza, ha tratado de hermosear el paisaje. En esas grandes extensiones de terreno, apenas adornadas con montículos de poca elevación, cubiertos de tunales ó de *tuyas* roñosas y de ridícula forma, no se recrea la vista, porque el horizonte es el mismo, y convida al sueño más que á la meditación.

Pero salgamos de allí y trasladémonos al flanco de cualquiera montaña.

¡Qué panorama tan diferente! A cualquier lado á donde se dirijan las miradas, el espectador tiene motivos sobrados de sentirse contento y de admirar los caprichos de la natnraleza, y con mayor razón, cuando contempla paisajes como el que describimos más arriba, en donde se encuentran en el mismo lugar dos climas diversos, y seres y plantas cuya vida y hábitos son completamente distintos.

Nuestros lectores saben ya cual es la situación geográfica y topográfica del pueblo de las Vigas, y no ignoran que goza del clima más frio del Cantón, y aun de los limítrofes, porque en Perote, perteneciente al de Xalacingo, no baja tanto el termómetro como en las Vigas.

Pues bien, al norte de este pueblo y á pocos kilómetros de distancia, el terreno se quiebra bruscamente y comienza á descender de una manera rápida, produciendo acentuadas pendientes.

Desde el Manzanillo, punto situado en el antiguo camino nacional, sobre la cumbre de donde se dominan los terrenos de Barranca honda, ó desde los altos de Rio frio, puede notarse esa gran quiebra y contemplar la negra silueta de la montaña, doblándose en un sentido vertical.

En una de esas pendientes, menos pronunciada, y que forma una especie de mesa más ó menos irregular, se levanta el pueblito de Tatatila, del que nos vamos á ocupar desde este artículo.

No hemos podido averiguar el significativo del vocoblo Tatatila, proveniente del idioma *nahualt*, y sólo sabemos que el pueblo fué formado por individuos de la raza totonaca y mexicana, como puede notarse hasta nuestros dias por la manera de hablar de aquellos habitantes. Una gran parte de ellos se entienden en mexicano y la otra en totonaco, y esto dentro del mismo pueblo y entre habitaciones contiguas.

Los indios de Tatatila poco se diferencian en sus trajes y costumbres de sus congéneres de los demás pueblos del Cantón. Son sufridos, callados, asíduos en el trabajo y desconfiados, pero tienen los mismos defectos é idénticas preocupaciones.

Enterrados, por decirlo así, dentro de las montañas que los circundan, sus ambiciones son todavía más reducidas que el cielo que miran desde sus hogares, y se contentan, como todos los de su raza, con tener un solar sembrado de maiz y un jacal desabrigado y estrecho.

Para descender al pueblo se tiene que bajar una cuesta pendiente, en donde las cabalgaduras resbalan á cada paso por el fuerte declive del camino.

Esa cuesta está en malísimas condiciones, sin que se haya tratado de reponer ó construir el camino por otro lado más conveniente, motivo por lo que se lo recomendamos á la Jefatura política del Cantón. En tiempo de lluvias se pone intransitable y hay un paso, entre todos, malísimo aun en el buen tiempo.

No se necesita descender mucho para ver las casas del pueblo

asentadas en el fondo de la barranca, distribuidas acá y allá sin mucho orden que digamos, y la vista que se percibe desde la parte media de la cuesta es admirable, aunque de horizontes reducidos.

Tatatila posee un templo de cal y canto, las casas consistoriales y otras cuantas habitaciones de material. Las demás son jacales techados de tejamanil y cercados de rajas ó de tablas, con pavimento de madera ó de tierra, según las condiciones pecuniarias del poseedor.

La circunstancia de estar Tatatila tan alejado del centro y en la situación en que se encuentra, ha contribuido á que sus habitantes tengan pocos relaciones comerciales con la cabecera, limitándose cuando más á ir á expender sus frutos á las Vigas que, como es de suponerse, no puede hacerles regular consumo.

La vía férrea, que despierta en las comarcas por donde atraviesa nuevas industrias y nuevas necesidades, no ha podido cambiar la situación de Tatatila, que arrastra una vida lánguida y triste.

Tatatila posee un clima medianamente templado, y en su comprensión se da con mucho éxito el maiz y el frijol, distinguiéndose sobre todo por sus frutas, pues ahí se produce con mucha expontaniedad el manzano, el peral y demás árboles frutales de tierra fria.

Con otros habitantes más entusiastas y progresistas, Tatatila con sólo esos renglones, sería una mina de oro, bien que también habría de necesitar un camino mejor para sacar sus productos.

Entre nosotros se han venido notando dos cosas que se oponen al progreso de las localidades. Una indolencia característica de la raza, y la falta de las buenas vias de comunicación.

Los primeros habitantes de México practicaron caminos por todas partes, pero preocupándose por acortar las distancias, no pensaron jamás en las comodidades; por eso la mayor parte de esos caminos, nos referimos á los practicados en terrenos montañosos, parecen más bien veredas para cabras, que vias por donde puedan andar hombres.

Y esa manía de acortar las distancias, existe todavia entre los aborígenes y los que no lo son.

Recorramos cualquier camino, y de seguro que tropezaremos á cada paso con veredas ó desechos que abrevian la jornada; pero que cansan y fatigan demasiado por lo empinado de sus pendientes.

Los caminos construidos por los indios se mantienen hasta el dia, como pasa con el de las cuestas de San Juan, Chiconquiaco, Espinazo del Diablo, Santa Rita, Cuesta de la yegua y otros que conducen á Misantla y que han contribuido á que aquel Cantón, digno de mejor suerte, haya permanecido por siglos sin acción é improductivo.

Mientras que las vias de comunicación no se mejoren y se coloquen en condiciones de favorecer el tráfico, menguando el precio de los fletes, las comarcas, por más ricas que sean, no producirán nada y se verán expuestas á la deshabitación completa por parte de los que se desesperan de una vida sedentaria y triste.

Ya lo decimos, Tatatila sería rico con un regular camino, porque tiene elementos con que prosperar. Con sus peras, manzanas, duraznos, albaricoques, membrillos, capulines, guindas, tejocotes y aguacates pequeños, le bastaría para mantener activo comercio con la Mesa central y el exterior, ahora que nuestras frutas van tomando tanto crédito en los Estados Unidos, amén de las industrias que pudieran nacer al calor de los negocios á que daría origen la venta de frutas. Queremos referirnos á la fabricación de vinos, como el de manzana, que tanto se estima por los buenos catadores, cuando está hecho con todas las reglas del arte.

Si andando el tiempo no se consigue reponer el camino que conduce á Tatatila, si no desaparece el pueblito, á lo menos no prosperará absolutamente.

XLIII.

Ocioso sería entrar en detalles sobre la flora y la fauna de San Pedro Tatatila, porque como habrán podido suponerlo nuestros apreciables lectores, ambas no pueden diferir de las del pueblo de las Vigas, de las cuales nos hemos ocupado en otro artículo, con alguna extensión. Perdónesenos, pues, que

pasemos por alto esta descripción, con el objeto de dar preferencia á los datos que hemos podido recoger sobre la mineralogía del lugar.

Situado Tatatila en la misma zona metalífera de Zomelahuacan, tiene en su comprensión algunas rocas minerales que no se han explotado convenientemente, unas veces por falta de capitales, las más por falta de constancia en los trabajos.

Es entre nosotros muy común emprender en todo, sin contar con los elementos necesarios. Cada día se publican proyectos encaminados á explotar tal ó cual renglón de la agricultura ó de la minería, se celebran juntas, se distribuyen comisiones, se aprueban las bases, se le da á ganar algo á los impresores, y el proyecto aborta casi siempre.

¿En qué puede estribar ese mal resultado, siendo así que parecen ponerse todos los medios, y cuando son personas sensatas, entusiastas é instruidas las que entran en el proyecto?

En una cosa por demás sencilla: en que todo se tiene presente menos el elemento dinero, sin el cual desgraciadamente nada se puede llevar á la práctica, cuando el negocio demanda gastos de más ó de menos consideración.

Por la falta de dinero hemos visto morir algunos proyectos de colonización y no pocos de explotación de minas, siendo así que al principio las cosas se han tomado con tanto calor y entusiasmo, que parece todo la pura verdad.

Estos chascos frecuentes, á los cuales estamos acostumbrados por desgracia, dan lugar á que los hombres verdaderamente prácticos y emprendedores desconfíen del éxito de una empresa y tilden á los proyectistas de meros soñadores. ¡Cuántos de éstos han aceptado y aceptan con resignación este sarcástico calificativo, por olvidar que sin el elemento dinero nada puede hacerse!

Por otra parte, y es necesario tenerlo presente en esta ocasión, entre nosotros es casi nulo el espíritu de empresa. Nosotros quisiéramos que todo nos cayera del cielo ó que los extranjeros, como está sucediendo, sean los que se encarguen de explotar nuestras comarcas y gozar de nuestras riquezas.

Como dice muy bien Carlos Gris, más nos preocupamos del mérito de una obra literaria, más de las costumbres de Esparta

y de la historia de Roma, que de emprender en algo serio y provechoso, que á la vez que pueda labrar nuestra felicidad y la de nuestros hijos, pueda también contribuir álevantar el nombre y el crédito del país.

No entra en nuestro ánimo inferir una ofensa á nuestros compatriotas, poniendo de relieve uno de sus más grandes defectos, debido solamente á su genial falta de previsión; nuestro objeto es otro, el de aconsejar más parquedad para los proyectos, á fin de no iniciarlos sino hasta contar con los recursos que su realización pudiera demandar.

En Chiconquiaco, pueblo perteneciente al Cantón de Xalapa, han logrado descubrirse algunas vetas auríferas, se han denunciado ya algunas pertenencias mineras, y hasta ahora, que sepamos, no se ha hecho mucho en el sentido de explotarlas. La demora puede consistir en lo despacio con que se lleva la tramitación de estos negocios, y á las esperas que previene la ley para garantir la propiedad de las minas, y si eso es, esperamos que una vez que los denunciantes tomen posesión de las pertenencias denunciadas, se pongan á trabajar con ahinco, no descansando sino hasta ver realizados sus deseos. Chiconquiaco, según pública opinión, es rico en metal aurífero, y puede recompensar con creces los desembolsos y los afanes de los que van á explotar sus regiones, si tienen la ventura de tropezar con un filón abundante del metal codiciado.

En San Pedro Tatatila parece que no hay oro, pero sus minas contienen plata, cobre y plomo, como lo aseguran los mismos denunciantes, y si bien es cierto que estos metales no rinden mucho provecho, quizá podrán explotarse á poco costo, única ventaja que deben ambicionar las empresas respectivas, para poder salir regularmente bien libradas en sus empeños.

La circunstancia de poseer Tatatila en su comprensión muchos terrenos metalíferos, casi todos formados en rocas ígneas ó plútonicas, contribuye mucho á que el pueblito carezca de suficientes tierras para los laboríos. Esto no obstante, las que se encuentran fuera de estas condiciones, aun en proximidad con las tierras metalíferas, son buenas para las siembras, distinguiéndose, como es de suponerse, las que forman cañada ó laderas de poco declive.

Aunque no se han practicado cortes *ad hoc* para hacer un estudio de la estructura especial de los terrenos, puede asegurarse sin aventurar mucho, que las tierras de Tatatila, destinadas á los laboríos, se componen de una delgada corteza de tierra vegetal, un suelo cuyo espesor varía entre 25 centímetros y un metro, una capa de transición también variable en su espesor, y la roca plutónica, como capa impermeable; de modo que no pueden prosperar en sus entrañas árboles de gran corpulencia, que necesitan profundizar sus raíces para sostener el peso de su tronco y su ramaje. Sólo los pinos son los únicos árboles que viven en los terrenos pobres, porque saben acomodarse á todo, agarrándose con sus raíces de cuanto encuentran al paso, bien que están expuestos á caer al primer viento fuerte que llegue á soplar.

Entre nosotros no existe la benéfica costumbre de plantar árboles, olvido que no nos cansaremos de lamentar, por los perjuicios que trae á la salubridad pública; pero para cuando se comprenda la necesidad de formar arbolados, bueno es tener presente que no en todas partes pueden hacerse, porque no todas las tierras dan garantías, ni están en disposición de contribuir á la prosperidad de la planta.

La siembra del cafeto ha tomado en México auge, y cuenta con muchos partidarios, y si bien es cierto que este arbusto se planta en terrenos que en la generalidad no tienen el inconveniente que acabamos de señalar, porque en casi todos ellos no existe ni el más ligero vestigio de la presencia de rocas plútonicas, bueno será advertir que pueden tener un subsuelo arcilloso é impermeable, que mantenga grande humedad á pocos centímetros de la superficie, y que, por consiguiente, ataque y pudra cuando jóvenes las raíces de la planta, originando la pérdida de la sementera.

Muchos plantadores de café se quejan de la pérdida de los plantíos por la pudrición que sufren las raíces, y lo atribuyen á otras causas entre las cuales no figura la real y verdadera. Para salvar esto inconveniente practican agujeros que llenan de majada, creyendo que el mal resultado se debe á la pobreza del terreno, cuando, como se ve por lo que llevamos dicho, estriba en la gran humedad que se deposita á pocos centímetros de la superficie de las tierras.

Bueno sería, por lo mismo, que antes de emprender en una plantación de cafetos, se estudie el terreno practicando cortes, para asegurarse de las condiciones del suelo y de la calidad y hondura de la capa impermeable. El poco trabajo y dinero que demandarían estos cortes, serían recompensados con el buen éxito que necesariamente habría de obtenerse.

Tatatila tiene un cielo ligeramente brumoso, en razón de la gran humedad que se deposita en las barrancas y que se levanta en forma de vapor, tan luego como comienza á calentar el sol, y si es la verdad que no puede negarse, que en todos los lugares bajos, por la disposición topográfica del pueblo, no soplan con fuerza los vientos alisios, no por eso deja de sufrir los efectos de las tormentas, cualquiera que sea su fuerza é intensidad.

En las cumbres sopla constantemente un aire helado que abrasa todo cuanto encuentra, de modo que en esos sitios la vegetación se muestra bastante triste, y la agricultura no lleva trazas de prosperar mucho.

Cuenta Tatatila con varias corrientes de agua pura y cristalina de que se surten los habitantes para todos los usos domésticos, pero ninguna de esas corrientes está en aptitud de utilizarse como motor, ni mucho menos.

Con lo expuesto creemos haber dicho bastante acerca del pintoresco pueblo de San Pedro Tatatila, que parece haber sido fundado en terrenos de Tlacolúlam, sin que pueda precisarse la fecha de su fundación.

Los totonacos y sus descendientes, que forman parte del censo de Tatatila, vinieron de Tlacolúlam, y los mexicanos sin duda salieron de alguno de los caseríos de la Sierra de Puebla. Todos ellos constituyen actualmente una sola familia, cuyos miembros, aunque separados por el lenguaje, persiguen los mismos ideales, si es que los tienen, y observan idénticas costumbres.

Como dijimos en nuestro artículo anterior, Tatatila puede progresar mucho, si cuenta con la protección de las gentes progresistas, que se resuelvan á dar impulso á sus riquezas naturales explotándolas convenientemente, sabiendo como se sabe, que tienen terrenos á propósito para ciertos laboríos de mucho porvenir.

Además del centro, tiene las congregaciones de Piedra Parada, una de las más importantes, San Juan Pilhuatepec, Concordia y Tenepanoya, habitadas muchas de ellas por gente española, más inclinada á convencerse y á emprender en todo aquello que pueda beneficiarla y mejorar su condición.

Esperamos, pues, que andando el tiempo salga, Tatatila de la triste situación en que se encuentra, y contribuya, por medio de su agricultura y de su industria, á la prosperidad del Cantón.

En el próximo número nos ocuparemos del pueblo de Jilotepec, uno de los más antiguos y no menos importante de estos rumbos.

XLIV.

Siguiendo en nuestro propósito de dar á conocer á nuestros lectores los diversos pueblos de este Cantón, desde el presente artículo vamos á ocuparnos de Jilotepec, uno de los más interesantes de estos rumbos por su antigüedad é importancia, relativamente á los terrenos situados dentro de su comprensión, cuya mayor parte es inmejorable para los cultivos de mejor rendimiento, como lo justifica la existencia de las haciendas de caña denominadas "La Concepción" y Paso de San Juan", esta última cerca de Chiltoyac.

Jilotepec, voz nahualt, es un compuesto de otras tres, *Xilotetepetl-co* que quiere decir "lugar de un jilote en el cerro", ó "cerro del jilote", y está fincado en una hondonada, dos leguas y media al Noroeste de esta Capital, y á cosa de tres kilómetros de la Banderilla.

A la venida de los españoles al país, ya existía el pueblito, pero hay vehementes sospechas de que estaba fincado en las faldas del cerro llamado Coajilote ó *Coatljilote*, ó sea "culebra en el jilote", situado á legua y cuarto al Oeste del pueblo actual, como dejan anivinarlo los vestigios y ruinas existentes hasta el dia en aquel lugar.

En efecto, por las señas de cimientos y empedrados hechos con piedras labradas, algunas en forma de columnas, y por la existencia de varios montículos de piedra de forma piramidal, puede creerse que aquello fué el asiento de la tribu, que andando el tiempo se enseñoreó de todo el territorio, aunque

nada se diga de esto en las historias, ni se conserve la más insignificante tradición.

De sentirse es, y mucho, que nuestros abuelos sólo hayan podido preocuparse de hacer dinero y de extorsionar á los indios, y que hubieran hecho poco caso, salvas rarísimas excepciones, de recoger datos sobre todos los pueblos que formaron el rico, poderoso y floreciente imperio azteca, para conocimiento de las generaciones que habían de venir después.

Así es que cuando deseamos averiguar algo sobre la historia antigua de las localidades de última ó menor importancia, tropezamos con la falta de datos, que es tanto como andar en tinieblas, sin esperanza de encontrar ni un rayo de luz en el trayecto, que pudiera iluminarnos en nuestras investigaciones.

Con excepción de las ciudades y pueblos populosos, residencia de caciques ó de *teteuscois*, cuya historia pudo escribirse por su especial posición política ó militar, los pueblos de segundo orden no tienen historia, y el que se atreva á hablar de ellos, no podrá hacer más que nosotros, es decir, conjeturar con más ó menos probabilidad de acercarse á la verdad.

En nuestro concepto urge ya, en estos tiempos de calma y de verdadero progreso, que nuestros gobiernos, inspirándose en el más acendrado amor á la patria, inicien y realicen exploraciones, por medio de estudios y de investigaciones científicas, á todos aquellos lugares que por su aspecto actual den á entender que pueden ser guardadores de una revelación que conviene hacer pública.

Los indios han dejado por todas partes huellas marcadas de su paso, de modo que conceptuamos fácil, aunque laboriosa, la tarea de descubrir por medio de los indicios y rastros que han quedado, parte de la historia de aquellos pueblos, que fueron hace cuatrocientos años, quizá algo más de lo que son ahora.

El pueblo de Jilotepec tiene 3,600 habitantes distribuidos en el centro y las congregaciones de "Piedra de Agua", cerca de la cual pasa el Interoceánico, "Linderos", "El Esquilón", "La Galera", "La Concepción", "Paso de San Juan", "La Laguna", "Chirimoyo", "Sosocola" y el "Pueblito", estando levantados dentro de su comprensión territorial, el pueblo de la Banderilla, con sus congregaciones de "Lucas Martín" y "Las Piletas",

y el pueblo de "San Miguel del Soldado", con su congregación de "Teápam." Linda, pues, con Tlacolúlam, Tlalnelhuayócam, Xalapa y con terrenos del antiguo y ya extinguido Santiago Xochitlán.

El idioma que hablan los indígenas del pueblo es el totonaco, y el español todos aquellos que después han venido avecindándose.

Los indígenas varones son de regular presencia; de cuerpo bajo generalmente, doblados y membrudos, escasos de barba, cabellos negros y lacios, ojos también negros sombreados de espesas pestañas, cejas regulares, nariz grande y roma en la extremidad, pómulos salientes, boca grande, formada de labios gruesos y con una dentadura fuerte y siempre blanca. Antiguamente usaban un cotón azul obscuro de lana con mangas, atado á la cintura por medio de un cinturón de *peal* poblano, y calzón de pana azul que les llegaba un poco más abajo de la rodilla, el resto de la pierna, desnudo, *huarachis* para los piés, y sombrero de palma. Este traje ha sido substituido, aunque no por la generalidad, por otro, compuesto de sombrero de palma, camisa con faldas, de manta ó *calicot*, pantalón de cordoncillo y zapatos corrientes ó huarachis, según la posición social y pecuniaria del individuo.

Las hembras usan el *huipile* de calicot ó manta, especie de camisola de mangas perdidas, y el refajo de lana azul con que se enlían de medio cuerpo á abajo, atándoselo á la cintura con una faja también de lana y del mismo color, no llevan ni *huarachis* ni zapatos en los piés. Este traje tan sencillo como parece, y tan incómodo, por otra parte, les cuesta de $8 á $9, y aunque con esa cantidad pudieran comprarse dos, compuestos de camisa, saco, enaguas blancas y enaguas de color, no se han resuelto á abandonarlo hasta ahora.

El pueblito, como dijimos al principio, está fincado en una hondonada, teniendo á uno y otro lado altos cerros que lo protegen de los golpes del aire huracanado, menos por la parte que mira al Este y al Oeste, que es por donde abre la gran cañada llamada de Actópam.

El pueblito es pintoresco y se compone de varias calles que, como todas las de las poblaciones en cuyo levantamiento tuvie-

ron parte los españoles, no se distinguen por lo rectas y uniformes. Posee un templo de regulares dimensiones, dedicado al culto católico, construido de cal y canto, esbelto elegante, y quizá uno de los mejores del Cantón, exceptuando la catedral de Xalapa y alguna otra parroquia.

Las casas en su mayoría son de material, cubiertas de teja; pero hay muchas, y eso casi dentro de la línea de las aceras, que son de rajas, techadas de madera, con pocas habitaciones y pavimento de tierra.

Jilotepec es la residencia de las autoridades municipales, y cuenta con dos escuelas, una para niños y la otra para niñas, servidas por maestros habilitados como tales, por carecer de suficientes recursos para sostener profesores titulados. Es cabe cera eclesiástica y vive ahí un cura de almas que da domínica en la Banderilla.

Los hijos de Jilotepec han prestado importantes servicios á la patria, y no se sabe se hayan rehusado jamás al llamamiento de ésta cuando se ha sentido en peligro. Desde la guerra de tres años, han combatido del lado de la buena causa, mereciendo los soldados ahí improvisados el aprecio de sus jefes por su arrojo, constancia y valentía. En íntimo consorcio con los tlacolulenses, han militado á las órdenes de aquéllos, y en sus terrenos son temibles y atrevidos, por el conocimiento que tienen de todos sus vericuetos y buenas posiciones militares.

Mantienen activo comercio con Xalapa y la Banderilla, pero desgraciadamente no han sabido aprovecharse de la buena calidad de sus tierras.

Tienen excelentes terrenos cafeteros, que han vendido á vil precio, como cosa inservible, quedándose con lo menos bueno, que dedican á la siembra del maiz y de ciertas hortalizas.

De lamentarse es que hayamos sido tan afectos á las luchas intestinas, hacia las cuales nos empujaron siempre individuos que no persiguieron otro fin que el de beneficiarse á sí propios, que si eso no hubiera sucedido y hubiéramos conseguido lo que al fin se logró en 1876, otro aspecto tuvieran muchos de nuestros pueblos.

Los pronunciamientos y las guerras que éstos originaban, contirbuyeron á que por mucho tiempo no tuviéramos administra-

ción pública, á que las casas destinadas á escuelas se hubieran convertido en cuarteles ú hospitales de sangre, á que nuestras tierras hubieran permanecido por mucho tiempo eriales é improductivas, y á que no hubiéramos tenido una siquiera regular educación social. De ese estado de cosas nacieron los cacicazgos en los pueblos, las expoliaciones y los robos públicos: el indio no fué otra cosa que carne de cañón, y sus hijos unos ignorantes llenos de preocupaciones é inhábiles para el progreso. Cada pueblo era un cuartel, y los más grandes hacían de los pequeños lo que les venía en gana, cometiendo algunos crímenes de aquellos que se vieron en la luctuosa época del feudalismo en Europa.

Felizmente para México, todo ha ido cambiando, pero lo que se puede sentir es lo despacio que va ese cambio.

Todavía tenemos entre nosotros la esclavitud del trabajo, que está bajo la férula del capital, y añejas costumbres perjudiciales al progreso. Todavía el indio no ha podido dejar de ser cosa, para tornarse en hombre; todavía tenemos señores y criados, y este estado de cosas no desaparecerá sino hasta el dia que sea un hecho la instrucción popular difundida en las pequeñas poblaciones, y no como ahora sólo dentro de las populosas ciudades.

La división y reparto de las tierras pertenecientes á las extinguidas comunidades de indígenas, perjudicó más que benefició á los indios. Cuando éstos, de la noche á la mañana, se vieron propietarios de una porción de tierra, sin útiles de labranza ni elementos pecuniarios para proporcionárselos, sin conocimientos agrícolas y sin tener persona que pudiera desinteresada y caritativamente enseñarles el mejor medio de utilizar aquellos terrenos, se cruzaron de brazos, resolviéndose, cuando más, á cultivar un pedazo de tierra, para sembrar lo que necesitaban del momento: el maiz. Vino después la guerra, el indio fué arrebatado de su hogar para convertirse en soldado, y como era natural, aquel terreno, quizá rico y productivo, tuvo que venderse á especuladores sin conciencia que se hicieron de muchas fincas por un puñado de pesos.

Actualmente ya pasa otra cosa. Las familias que lograron conservar su lote, le han cogido amor al terruño, se han hecho

agricultores á costa de muchos sacrificios, saben la manera de sacar ventajas de su propiedad, y no la venden, si no es para comprar con su producto otra cosa mejor.

Como se ve, hemos adelantado mucho, pero es necesario convenir que es apenas muy poco para considerarnos verdaderamente dueños de la situación.

XLV.

Situados casi todos los terrenos del pueblo de Jilotepec en una zona templada, dando aquí á la palabra zona un significado más reducida del que le asigna el vocabulario de la lengua, y teniendo presente que las tierras templadas son las más adecuadas para las siembras y labores cafeteras, renglón de agricultura que ha tomado entre nosotros, desde que comenzó á indicarse la depreciación del metal blanco, tantos vuelos, se comprenderá fácilmente qué ventajas reportará cualquier propietario de aquellos rumbos, si logra hacerse de unos cuantos millares de cafetos en producción.

En la actualidad existen en el municipio varios *ranchos* sembrados del precioso grano, que aunque no de la calidad del de Jico y Teocelo, tiene segura demanda en el mercado, pagándose á los mismos elevados precios que el de mejor clase.

Todas las siembras de café en Jilotepec datan de pocos años á estas fechas, debido al alza que ha alcanzado el grano. Antes, todos los terrenos sembrados hoy de café, se dedicaban al cultivo del maiz ó no se utilizaban en nada.

La cuartilla de terreno en Jilotepec, compuesta de una extensión de 25,000 varas cuadradas, ó sean 1 hectárea, 78 áreas y 31 centiáreas, puede valer de $200 á $300, segun sea el lugar en que se encuentre colocada, y se pueden plantar en ella con toda comodidad y á la distancia de cuatro metros cada uno, un millar de cafetos, que de tres horquetas ó guías, no costarán, sacados directamente del almácigo, más de diez pesos.

Ahora bien, si dividimos la cuartilla de tierra, para proceder á la *roza*, en 26 tareas de 66×10, pagadas á razón de cincuenta centavos la tarea, podrá costarnos el desmonte de $13 á $15; agreguemos otros $15 por quema y limpia, $5 más por la siembra, y en el supuesto de que hayamos comprado á $300 cuarti-

lla, tendremos un costo total de $335 por cada mil arbolitos de café, que no resultarán caros, si se tiene en cuenta que en Jilotepec, desde los cuatro años en adelante, y por término medio, se pueden cosechar 3,000 libras de grano en seco, ó lo que es lo mismo, 30 quintales de café, que á $20 de utilidad por quintal, proporcionarán al propietario una renta anual de $600 por cada cuartilla de mil cafetos.

Jilotepec pudo haber prosperado mucho y ser en la actualidad un municipio populoso y rico, poseyendo, como posee, tan buenos terrenos; pero no ha sido así, desgraciadamente, por el descuido con que se han mirado siempre entre nosotros las empresas agrícolas.

La razón por la cual no sea un pueblo cafetero, se debe primeramente á la indolencia de sus hijos, pero indudablemente mucho más á la falta de capital y de perseverancia.

El café en México no ha sido siempre una planta productiva. En 1885 (se verá que la fecha no está lejos) se puso el café á $6 quintal, y como no pagaba ni siquiera los gastos que se hacían en su cuidado, corte y recolección, las dueños de solares y huertas del rico grano, con muy raras excepciones, mandaron destruir los arbolitos para dedicar los terrenos á otra siembra más productiva.

Esa criminal tala tuvo lugar en muchos puntos de nuestro Estado, y en donde no se rozaron lo sembrados de café, se abandonaron á su suerte, como planta inservible, dejando que la yerba hubiese cubierto los cafetos, como aconteció en Misantla, en donde hasta el dia existen varios terrenos cubiertos del arbusto, ya envarejonado y sin esperanzas de volver á su primitivo estado, aunque se procediese á una limpia en regla.

Nosotros los mexicanos vivimos de presente, nos preocupamos poco del porvenir y nos contentamos con tener de momento lo que necesitamos. Si el negocio que emprendemos es de aquellos que tardan en dar su producto, no merecerá por nuestra parte ni mucha dedicación, ni mucho empeño.

Hasta ahora es cuando las cosas van tomando distinta dirección, y ello porque hemos comprendido que para sostener nuestro crédito y no vernos sumidos en la pobreza, necesitamos sacar el mayor producto de nuestros campos, para comprar con

él al extranjero cuanto necesitamos para nuestra comodidad y nuestras industrias.

Además del café se da muy bien en Jilotepec la caña de azúcar, como lo justifica la existencia de importantes haciendas en donde se elaboran aguardiente de superior calidad, piloncillo y azúcar. Entre las fincas de caña podemos enumerar "El Esquilón", situado á media legua de la plaza principal del pueblito, "La Concepción" y Paso de San Juan", cuyos propietarios no tienen motivo hasta ahora de quejarse de la bondad de la tierra, qué año por año aporta á sus cajas muy regulares entradas.

Dos siembras de maiz se recogen al año en Jilotepec, la del *tonalmil* y la del temporal, y en las partes más bajas, se puede sembrar el llamado *alcacer*, como planta forrajera.

Respecto de la siembra del maiz, será bueno advertir que es más barata y de mejores resultados, mientras más bajo sea el terreno, quiere decir, mientras menor sea su altura sobre el nivel del mar.

En la tierra fria tiene el maiz muchos enemigos, contándose en primer término, la inclemencia del clima, que le hace tanto mal y que lo cría roñoso. En los lugares calientes, ni se necesitan muchos fierros ni muchos preparativos para hacer la siembra. En Misantla, por ejemplo, el cultivador se limita á hacer el abierto, quemar en seguida, y sembrar luego que enfría el terreno. A los tres meses hace su cosecha y entroja, sin tomarse más mortificaciones; bien es que todas estas ventajas y economías se tornan en desventajas, si se considera que el maiz de tierra fría, entrojado sin *totomoxtle*, dura como mínimum dos años, y que el de tierra caliente, apilado, conservando el totomoxtle, para darle más duración, se pica á los tres meses, y si se abandona, antes de los seis meses es un montón de basura y de *olotes*, que es el nombre vulgar del ráquiz que forma el corazón de la panoja.

Por eso hemos dicho ya en alguno de nuestros anteriores artículos, que respecto del maiz, los terracalentanos tienen que vivir al dia, y no sembrar más de lo que puedan necesitar, si no cuentan con buenas vias de comunición para exportar el sobrante.

Fuera del maiz se da en Jilotepec con mucho éxito el frijol

mateado, en terrenos que se preparan para esta siembra, pero en tan reducida escala, que las cosechas apenas alcanzan para satisfacer las necesidades de la población, siendo así que esa leguminosa tiene gran demanda en todo el país, como artículo de primera necesidad.

Entre nosotros, lo mismo en la casa del rico, como en la del pobre, nunca falta en la mesa un plato de frijoles, que es el que se come antes de los postres. Pásese la vista por el *menu* de la mesa más aristocrática y de seguro que se leerá al final de la lista de los manjares, la palabra "frijoles".

Los frijoles constituyen, después del maiz, el alimento más generalizado: todos hacemos consumo de ellos, y, sin embargo, no nos hemos resuelto, los que tenemos terrenos á propósito, á sembrar en mayor escala la indispensable leguminosa. De ahí que un artículo que debiera estar al alcance de todas las fortunas, se haya puesto, hace apenas un año, á razón de treinta pesos carga de 14 arrobas.

Esta falta de previsión pone de manifiesto nuestro carácter confiado y nada afecto á los rendimientos de poca monta. Ya lo hemos dicho alguna vez. Cuando el frijol sube en un año, al otro bajará indefectiblemente, porque la alza y la baja están siempre determinadas por la escasez ó abundancia del artículo. Si se sembrara siempre la misma cantidad, y si cuando se sembrara más se exportara inmediatamente el sobrante, se conseguiría mantenerlo en un precio que no estaría sujeto á ningunas fluctuaciones.

También se da en aquellos terrenos el frijol enredador que se siembra con el maiz, depositando con él la semilla, pero nunca es tan sabroso como el mateado, y si es negro, generalmente se destiñe en la cocción, produciendo un caldo azulado.

El frijol tiene varios enemigos: la rosquilla y la palomilla (larva y animal perfecto de una especie de lepidóptero), y tanto una como otra hacen grandes estragos en las sementeras, comiendose los retoños, las flores y hasta las habichuelitas cuando están tiernas, pero no es frecuente que se *achahuixtle*, como pasa en las tierras frias.

El frijol gordo y la llamada *xaxana* prosperan en Jilotepec, pero hasta ahora su siembra se ha visto con mucha indiferen-

cia por parte de aquellos habitantes, que creen sacar más de la cal, de las coles y de las yerbas de cocina.

En el Zacatal y Tejocotal, puntos situados en la parte más alta del municipio, pudiera sembrarse, sin duda con mucho éxito, el trigo, pero hasta ahora no sabemos que nadie haya emprendido en semejante laborío, quizá por que es más económico comer maiz convertido en tortillas ó comprar la harina que nos vende el cantón de Xalacingo.

Ya dijimos que Jilotepec podría ser un municipio más rico de lo que es actualmente, si se hubiera tenido cuidado de dar á sus terrenos un buen destino. La siembra del maiz apenas basta para satisfacer la necesidades del momento, y es raro que contribuya á la formación de un buen capital, ni aun entre aquellos que siembran mucho y se privan de todo, hasta de comer regularmente, antes de levantar la cosecha.

Para adelantar en agricultura, fuera de los conocimientos que se necesitan, es indispensable contar buenos caminos vecinales, entroncados con uno de mayor importancia. Los que posee Jilotepec apenas merecen ese nombre, porque son veredas, que comunican el centro con Tlacolúlam, Cuacuazintla, Naolinco, Xalapa y la Banderilla, á donde van á expender aquellos labradores los muy pocos frutos que cosechan.

Jilotepec tiene ahora la via férrea á tres kilómetros de distancia, que es lo que habrá del pueblo á la estación de la Banderilla, por Vista Hermosa ó por el antiguo camino del Boquerón, pero no teniendo, como no tiene, bastantes frutos de exportación, se comprenderá fácilmente que no ha reportado muchas ventajas con el mencionado ferrocarril

En nuestro próximo artículo seguiremos enumerando los demás productos agrícolas del pueblito, para tratar en seguida de su flora, que, como se podrá suponer, es rica y variada, y susceptible de expoltarla en beneficio de sus habitantes, que, como todos los de la raza mexicana ó mezclada, no ven con empeño aquello que pudiera brindarles comodidades y provecho.

XLVI.

Antes de proseguir en nuestra tarea, emprendida con el mejor deseo de dar á conocer á propios y extraños las bondades de

los terrenos del Cantón y la variedad de climas en él existentes, conceptuamos como un sagrado deber hacer presente á los bondadosos lectores de estos mal escritos apuntes que, no obstante que hemos trabajado por recoger los mayores datos, no creemos poseer todos, porque ni hemos tenido tiempo para ello, ni medios para impender un trabajo que no es la obra de un dia.

Estos apuntes los hemos recogido al paso, robando á las labores á que nos vimos dedicados años atrás para proporcionarnos el sustento, los momentos que pudieron dedicarse al descanso y á la reparación de fuerzas gastadas durante muchas horas de un trabajo continuo y pesado. En este concepto, los que quieran encontrar en nuestros artículos todo, habrán de contentarse con sólo una parte, porque no es posible que en poco tiempo y sin estar á ello expresamente dedicados, se pueda hacer más de lo que nosotros hemos hecho, impulsados tanto por el cariño que tenemos al suelo que nos vió nacer, cuanto por dar satisfación á nuestro espíritu siempre investigador.

La flora mexicana está poco estudiada, y muchos de los libros que sobre ella se han escrito, han sido formados en la soledad de los gabinetes ó cuando más en los jardines ó lugares próximos á las poblaciones. Pocos son los botánicos que han descendido á las barrancas á estudiar una planta, y si algunos lo han hecho, no han podido averiguar sino parte de la vida íntima y propiedades de aquélla, porque no han tenido ocasión de verla sino en determinada época, y si hablan de la manera cómo efectúa su crecimiento ó su desarrollo, ignoran en que meses florece y en qué condiciones está en aptitud de germinar la semilla. Para poder hacer un estudio completo de una planta, sería necesario tomarla desde el momento en que nace, é irla examinando dia á dia, para ver como florece y cuándo; si es dehiscente ó nó; monopétala ó polipétala y otras mil particularidades que no pueden saberse en un momento dado, sin apuntes y estudios previos, y con una buena dosis de conocimientos botánicos.

El que esto escribe se encontró en su expedición dentro de la barranca del Huichilac, lindero de Pueblo Viejo, en San Salvador Acajete, con una flor que hubo de llamarle la atención. La planta que la produce es una yerba más bien que un arbusto, que levanta del suelo dos metros ó más. El tallo, que no puede

llamarse más que tallo, porque ni siquiera puede clasificarse como una cánula, es fibroso en su parte media, envuelto en una corteza gruesa de débil consistencia y lleno de unos pelos que no punzan ni oponen la menor resistencia á los dedos; las hojas alternas internas nacen unas después de otras como á la distancia de veinte centímetros y afectan la forma de un corazón, midiendo veinte centímetros de largo con todo y pedículo y sobre quince en la parte más ancha; el pedículo es excesivamente corto, ancho de base y lleno de vellos como las hojas, que son de un verde muy pronunciado; las flores, en capítulo, nacen de un pedúnculo que se desprende de la axila de las hojas y tienen la forma de un floripondio de diez centímetros de largo, comprendiendo el cáliz que es polisépalo; el color de la flor es amarillo yema de huevo, menos en el centro que es de un azul obscuro muy pronunciado; cáliz y corola están cubiertos de vello tan compacto como sedoso. Esta planta no es acuática, pero necesita vivir al pié del agua, ostentándose más lozana mientras más golpes recibe de ella, siempre que no pasen de ciertos límites, porque es débil y sus raices no disfrutan de mucho campo en donde fijarse.

Para poderla estudiar con más detenimiento la trajimos á esta Ciudad y la plantamos joven en una maceta, teniendo cuidado de bañarla frecuentemente. Al principio todo fué bien, pero cuando creíamos haber conseguido nuestro objeto, empezó á languidecer y al fin murió, sin proporcionarnos el placer de conocerla íntimamente.

Por lo expuesto se verá que no es tan fácil detallar la variedad de las plantas que forman nuestra flora, y que nosotros nos limitaremos á describir algunas de ellas.

Una respetable Comisión, sostenida por el Gobierno Federal, nos habla en una de sus memorias del *caxanil*, diciéndonos que lo encontró en las inmediaciones de San Miguel del Soldado, y que no se le reconoce uso alguno.

El *caxanil* se da en todo el Cantón, naciendo expontáneamente y tiene grandes propiedades curativas como febrífugo y sudorífico, y es la misma planta que nosotros hemos recomendado para combatir la *influenza*.

La respetable Comisión á que nos referimos sufrió, pues, un

error al localizar la procedencia del *caxanil* y al negarle el uso á que generalmente se destina, y si eso aconteció en una Corporación compuesta de claras inteligencias y dedicada á ese género de especulaciones, ¿qué podrá suceder con nosotros, que siempre nos hemos confesado ignorantes, y que por otra parte, no hemos podido disfrutar de tiempo y de medios para hacer nuestras observaciones?

Por todas estas consideraciones esperamos que nuestros lectores disculparán que no hayamos podido presentarles un cuadro completo, y que callemos muchas cosas que desconocemos ó que no hemos podido estudiar, por habérnoslo impedido nuestra falta de tiempo y de recursos.

Ahora sí, ya podemos proseguir nuestra interrumpida tarea.

La cebada necesita de un temperamento frío para engranar. En los terrenos de los alrededores de esta Capital se da muy bien; pero sólo puede utilizarse como planta forrajera, porque jamás cuaja la semilla en la espiga. Tal cosa acontece en Jilotepec con este cereal, cuando llega á sembrarse. Sin embargo, nosotros creemos que en el Zacatal y el Tejocotal, puntos más altos del municipio, pudiera sembrarse con mucho éxito, y si no se ha hecho, habrá sido sin duda por apatía ó por tener las tierras en perenne descanso.

Uno de los cultivos que ha tenido aficionados en Jilotepec ha sido el del tabaco, pero no ha logrado popularizarse mucho, por las continuas fluctuaciones que tiene en el mercado dicho artículo; más por las noticias que hemos podido recoger y las observaciones que hemos hecho, es un renglón que normalizándose habría de dejar pingües utilidades á los cultivadores.

Entre las tuberculosas se dan de buen tamaño la jícama, el camote, la yuca, el sagú y el cacahuate, pero hasta ahora, que sepamos, nadie se ha dedicado en serio á cultivarlas. La única que sí siembran, pero eso cuando más una mata por familia, es el chayote, que produce los sabrosísimos *chayotextles* (raíz de chayote), no obstante que este tubérculo, como muy pocos, contiene gran cantidad de almidón.

Como árboles frutales tenemos en Jilotepec el *jinicuil*, que como se sabe puede considerarse, á pesar de la forma de la flor, como una de las leguminosas más corpulentas; la naranja, la

lima, el durazno, el chirimoyo, el zapote blanco, el domingo y algún otro. De los árboles de estipo, existen el plátano largo, el de manila, el guineo, tan de buena calidad como el de Coatepec y Teocelo, el manzano y el enano. En la congregación del Espinal se dá la ciruela, pero nunca tan dulce ni tan grande como la de Jalcomulco. En fin, en Jilotepec se podrían formar, con la mayor certeza de ganar mucho dinero, bonitas huertas de árboles frutales, que si no existen ya, ha sido por la apatía de sus habitantes que, como todos los campesinos, se contentan con vivir al dia, prefiriendo un mezquino jornal antes que arriesgarse en cualquiera empresa que exija ó demande alguna dedicación y no menos trabajo por parte del dueño.

La posición especial de Jilotepec contribuye mucho á que en la comprensión del municipio se produzcan diversas especies de árboles para la construcción y para la ebanistería, desde el pino. que nace en los lugares altos, hasta la corpulenta haya en los más bajos. Sin embargo, nadie se ha preocupado por la planta ción de árboles, y los bosques cada dia van presentando claros más grandes, porque la tala desconsiderada ha sido un hecho ahí como en los demás municipios del Cantón, tala tanto más perjudicial por los males que origina á la agricultura, cuanto porque ha hecho encarecer extraordinariamente la leña de que hacen uso aquellas gentes para sus necesidades domésticas.

Pudiéramos enumerar muchas plantas medicinales de que hacen uso en el pueblo para la curación de sus enfermedades, pero nos abstenemos de esto, por haber hecho ya mención de ellas en uno de nuestros anteriores artículos. Muchas de estas plantas nacen expontáneamente y otras necesitan cultivarse.

La floricultura, de pocos dias acá, viene prosperando en el pueblito de que nos ocupamos, y aun ya comienza á rendir sus productos á los que se dedican á ella, pero no al grado de que merezca que entremos en largos detalles sobre el particular, porque además de que no se han dedicado á esto mucha aten. ción ni regulares extensiones de terreno, los noveles cultivadores apenas se han resuelto á sembrar flores vulgares y han descuidado hacerlo con aquellas que por su delicadeza y dulces aromas, necesitan muchos cuidados y demandan mayores gastos.

Los terrenos de Jilotepec son bastante á propósito para la horticultura, y sin duda que se darían muy bien todas las hortalizas, pero aquellas gentes, demasiado rutinarias y poco faectas á proporcionarse comodidades si éstas tienen que venir mediante alguna innovación á lo acostumbrado, no se han resuelto á emprender otra siembra que no sea la de coles, que venden los domingos en el mercado de esta Capital.

El maiz, la cal y las coles son los tres únicos renglones que constituyen la exportación de Jilotepec. El primero en muy pequeñas cantidades, limitándose los más de los cultivadores á sembrar tan sólo el que necesitan para el uso de sus respectivas casas. El segundo, con más abundancia, pero no de manera que les proporcione regulares utilidades, porque la piedra tienen que comprarla á Tlacolúlam, como la leña, de modo que ganarán cuando más, y eso en poca cantidad, el monto de los fletes por el acarreo. El tercero, por el reducido valor del artículo, estamos seguros de que no ha de producir muchas ganancias.

Respecto del café y del tabaco, como está en poder de capitalistas que no viven en el pueblo, y es además reciente su cultivo, conceptuamos que no significarán por mucho tiempo un progreso material para el pueblito.

Todo cuanto hemos venido exponiendo en esta serie de artículos prueba elocuentemente que poseemos buenos terrenos, buenos climas, excelentes frutos de exportación, una riqueza completa, y que sin embargo de todo esto, seguimos una vida de indolencia y de inactividad, sin espíritu de empresa ni nada que pueda sacarnos, por el momento, de ese estado lamentable.

Toca á los Gobiernos, á los municipios y á los hombres de buena voluntad, recoger todas esas fuerzas dispersas y encaminarlas á un fin de adelanto y de prosperidad.

XLVII.

Varias son las corrientes de agua que bañan las tierras comprendidas dentro del municipio de Jilotepec, pero ninguna de importancia tal que pueda utilizarse como motor barato, no obstante que en este sentido prestan sus servicios, aunque costando caro. Las aguas de estas corrientes se utilizan también para los usos domésticos y para el consumo.

Como dijimos en uno de nuestros artículos anteriores. Jilotepec está situado en una hondonada, especie de cañón, por donde corrió la lava del *Volcancillo*, hoy inerte y mudo testigo de los grandes estragos que causó. El terreno de la cañada es pedregoso ó está cubierto enteramente de piedra; pero con excepción del malpaís, es excelente para el cultivo de muchos frutos de gran porvenir, contando por añadidura con una temperatura no siempre declinable y un cielo límpido y sereno. Sirva para dar más fuerza á lo expuesto, la consideración de que sólo una pequeña parte del municipio es pedregosa, sin llegar en ningún lugar al 50 p.≋, y que el malpaís no ocupa sino una fracción bastante pequeña, en relación con la cantidad superficial que representa el resto del terreno del Municipio.

Dijimos que la posición geográfica y topográfica del municipio de Jilotepec se presta para los cultivos de mayor rendimiento. Además del café, el tabaco y la caña de azúcar, nos quedan renglones de bastante importancia, como el arroz, la yuca, el sagú, el maiz; y entre las frutas, la naranja, la lima el limón, la chirimoya, el plátano y otras varias que sería prolijo enumerar, pero cuyo consumo es innegable y seguro.

Cierto es que los terrenos, por ser de propiedad particular, no se pueden conseguir á precios bajos, como acontece en Tlacolúlam y particularmente en Misantla, en donde es fácil comprar *estajo* (10,000 varas cuadradas) en 4 ó 5 pesos; pero téngase entendido que el precio por cuartilla (17,831 metros cuadrados) no alcanza, no obstante su proximidad al Ferrocarril Interoceánico, los elevadísimos precios de Coatepec, en donde vale hoy de 800 á 1,000 pesos en despoblado y una exageración dentro de poblado, ó á inmediaciones de éste. En Jilotepec, se puede conseguir en plena zona cafetera, á razón de 100 pesos cuando más la cuartilla, y á menos en las partes altas, en donde por razón de la temperatura, no puede producirse aquel fruto.

Bien considerado, si Jilotepec hubiera tenido hijos educados de otra manera, y amantes verdaderos de su suelo, en la actualidad nada tendría que envidiar á Xico y á Teocelo, y sería tan rico como aquellos pueblos, porque como hemos dicho, cuenta con lo principal, que son terrenos á propósito para el cultivo de los más productivos renglones de agricultura.

Esta consideración, sin duda importante, nos mueve á suponer que andando el tiempo, los que ahora son campos medianamente productivos ó improductivos del todo, se convertirán en fincas valiosas sembradas del aromático grano, que tendrán á tres kilómetros de distancia una via férrea, y á quince kilómetros (Xalapa) un centro de acción para celebrar sus transacciones con todas las poblaciones de la República y del extranjero.

De lamentarse es, y mucho, que viviendo en el país de la plata, no la tengamos á mano para la explotación de nuestros terrenos. Aquí un peso cuesta mucho trabajo conseguirlo, y cuando viene á nuestras manos, es después de muchas dificultades y bajo condiciones sumamente perjudiciales.

La usura se ostenta con todas sus desnudeces, y el que facilita cien pesos para cualquier negocio, lo hace con un interés crecido y con tendencias á alzarse con un inmueble de un valor diez veces mayor. He ahí la causa porque nadie quiere arriesgarse en una empresa, y por la cual nuestros campos permanecen mucho tiempo cubiertos de maleza. El que posee una porción cualquiera de terreno no se resuelve á pedir prestado dinero, limitándose cuando más y eso no siempre, á ir sembrando poco á poco su propiedad, y viviendo, como es consiguiente, con la mayor economía y acaso en la miseria.

Tal cosa pasó cuando se hizo el reparto de los terrenos. Muchos de los que recibieron su lote, lo vendieron al primero que intentó comprárselo por lo que quiso dar, si no es que se hizo de él de otra manera que nos abstenemos de calificar. Basta por ahora saber que hay terratenientes en los pueblos que se hicieron dueños de una huerta de dos cuartillas ó más de sembradura, por un costal de mazorcas, por unas botellas de aguardiente, ó por unas velas de cera, qué facilitaron al dueño con cualquier motivo; y cuyo valor después cobraron, arrebatándole el terreno que tuvieron cuidado de gravar préviamente con una hipoteca. Pero puesto que ya esto no tiene remedio, y que la mayoría de los agraciados en aquel repartimiento se ven obligados ahora á poner sus brazos y sus fuerzas á salario para proporcionarse la subsistencia, debemos ambicionar solamente que las cosas cambien entre nosotros, para que la tierra produzca lo necesario á nuestra comodidad, riqueza y crédito, este último, entre propios y extraños.

Volviendo, pues, á nuestra interrumpida tarea de dar á conocer el pueblo de Jilotepec en la mayor parte de sus detalles, agregaremos que cuenta con potreros en donde puede mantenerse una buena cantidad de ganado bovino. El Sr. D. Luis Aparicio ha emprendido en ese negocio, y según nuestras noticias, tiene una regular partida de cabezas en su rancho del Esquilón. A su ejemplo, otros terratenientes del rumbo van formando sus potreros y dedicándose á ese ramo importante de campo.

Las *puntas* de borregos sólo existen en los lugares altos del municipio, en donde encuentran un buen pasto y un clima á propósito. El ganado cabrío no tiene por aquellos rumbos mucho crédito, de modo que son pocos los que se dedican á su explotación, y eso en reducidísima escala.

Respecto de la cria de aves, las mujeres son las encargadas de los gallineros, pero no de manera que se pueda estimar como negocio.

Con referencia á los demas animales, podemos añadir que existen en el municipio, domesticados, el perro *escuintle*, el gato, el caballo, el mulo y el asno, pero respecto de los tres últimos nadie se dedica á su cria y propagación. El cerdo, que como se sabe se adapta á todas las temperaturas, no es motivo actualmente de empresa en Jilotepec. El mal rojo que tanto daño ha hecho en las pocilgas, vaciándolas completamente en pocos dias, ha desanimado á los emprendedores; de modo que nadie se atreve á arriesgar su dinero en semejante negocio.

Con relación á los cuadrúpedos silvestres, existen en Jilotepec el conejo, la ardilla, el murciélago, la zorra, el *tepechichi*, el coyote, la onza, la comadreja, el tochi, el *temazate*, venado de corta alzado y de pelaje rojizo y el *tlacuachi*.

Refiriéndonos á las aves se enumeran diversas especies. Entre las rapaces, el milano, la lechuza; el tecolote, el tapa camino, el zopilote (buitre), el aura, el quebrantahuesos y el lili. Entre las trepadoras, el carpintero y algún otro. Entre las gallináceas, el guajolote, el gallo, la paloma, y el pichón. Entre las palmípedas, el ánsar y el pato común. Entre las zancudas, el correcamino y una que otra garza. Entre los pájaros, el cuervo, el jilguero, el tzentzontle, la calandria, la primavera, el gorrión, el canario, la chicharrita, el *istictic*, etc., etc.

Con relación á los reptiles, contamos: quelonios: ninguno ó acaso tortugas pequeñas de agua dulce en las tierras más bajas; saurios: lagartijas y tlaconetes; ofidios: crótalos, coralillos, mazacuates y culebras de agua. Como en todos los lugares templados, abundan los batracios, en sus especies de sapos y ranas. Peces, no hay.

Entre los anillados hay una infinidad de familias y de especies. La industriosa abeja que rinde sus productos en los pocos colmenares que existen, el jicote, la avispa dorada, la de corselete negro, la abejita sin aguijón, fabricante de la cera llamada puerca, el tábano en los lugares más calientes, el zancudo, el rodador y el jegén, estos tres últimos no en tanta cantidad como en Misantla ó Nautla.

Las demás variedades de anillados y muchas especies de moluscos abundan como en todos los lugares de temperatura semejante, pero no se entienda por esto que la vida es incómoda y que no se puede permanecer en el campo ni en las habitaciones. Muchos de esos animales son inofensivos y los otros huyen de las miradas del hombre, ocultándose donde éste no pueda verlos.

Respecto de la estructura de la tierra se comprenderá fácilmente, que dando tantos y tan variados frutos, es porque es buena y contiene una gruesa y excelente capa vegetal, que no necesita de abono y que puede resistir por muchos años cosechas tras de cosechas, aun de las plantas llamadas esquilmantes, sin cansarse nunca.

Tales son los datos que hemos podido recoger de Jilotepec, de ese pueblito que ha vivido pobre por mucho tiempo, porque ha querido, ó porque no ha hallado una mano benefactora que lo hubiera levantado de su postración.

Felizmente comienza ahora á despertar del letargo en que ha vivido. Los nuevos vecinos que se ha conquistado por la bondad de sus tierras y de su temperatura, se aprestan al trabajo y, aunque en pequeño, ya se empiezan á notar los efectos de ese cambio.

Comienzan á cultivarse los campos con más dedicación; las huertas de café y los plantíos de tabaco ya no son tan raros; el precio del jornal ha subido, y ya se nota más animación que en épocas de tiempos atrás.

Si la paz no se altera en nuestro país por muchos años; si ya no se vuelve á arrebatar al labriego del surco para convertirlo en soldado; si se sigue mirando por la instrucción popular con el mismo empeño que hasta ahora; si se dictan leyes verdaderamente protectoras de la agricultura, y se realiza la formación de un banco agrícola, Jilotepec subirá mucho dentro de pocos años, y lo que ahora es pueblo de 3,000 almas, llegará á ser una populosa ciudad rica y próspera.

El entrañable cariño que profesamos á Jilotepec, nos impulsa á dar un consejo á sus habitantes. Demos de mano á las preocupaciones; abandonemos todas aquellas empresas que consumen nuestras fuerzas sin darnos comodidades; introduzcamos en nuestros cultivos los procedimientos modernos; exijamos á la tierra nos dé cuanto pueda dar, sin mucho sacrificio de nuestra parte; eduquemos á nuestros hijos de una manera conveniente, desterrando de la escuela los antiguos métodos; amemos á nuestro suelo como se lo merece, traducido nuestro amor en hechos prácticos, y conseguiremos ver á nuestros pueblos felices y ricos.

XLVIII.

El pueblo de San Miguel del Soldado fué fincado hará apenas unos 250 años por familias españolas, dentro del territorio de Jilotepec, como lo tenemos dicho en uno de nuestros artículos anteriores.

Está situado á orillas del antiguo camino nacional, un poco más allá del paraje llamado "Las Piletas" y antes de San Salvador Acajete y la primera muralla de la cuesta que hay que salvar para llegar á la Joya.

Su nombre, notoriamente castellano, lo debe, según los datos que hemos podido recoger, y de cuya verdad no salimos garantes, á un soldado del rey que estableció allí el primero su choza, trayendo un San Miguel que hasta la fecha existe en la capilla del pueblo. A su ejemplo, muchas otras personas vinieron é establecerse en aquel lugar, quedando formado con el tiempo el pueblito, que fué de importancia hasta que se abrió el tráfico del Ferrocarril Mexicano.

En la actualidad está ruinoso y pobre, y sin esperanza alguna de salir de ese tan triste estado.

Cerca de San Miguel del Soldado quedan los lugares llamados "Botijillas", "Soateopa" y "Teápam", pero no se conserva reminiscencia de que al principio San Miguel hubiera llevado cualquiera de esos nombres, lo que prueba que fueron exclusivamente españoles los que lo fundaron.

No hará cincuenta años que San Miguel del Soldado era el centro de un activo comercio, como lo justifican las ruinas de los edificios de piedra existentes hasta el dia. Ahí se detenían las grandes recuas que transitaban el camino nacional desde Veracruz á Puebla y México, conduciendo las mercancías que del extranjero venian al país, y no pocas veces pernoctaron dentro de los muros de sus casas las valiosas conductas de dinero que bajaban al vecino puerto.

El dinero circulaba ahí en gran cantidad y no era raro ver monedas de oro de gran valor en manos de pobres jornaleros. Ahora es otra cosa. La animación acabó para siempre, y la ruina cada vez mayor amenaza terminar con el pueblo.

Los hijos de San Miguel del Soldado fueron traficantes más que agricultores, de modo que con la desaparición del tráfico, ha venido la desaparición de la riqueza y del trabajo.

El Ferrocarril Interoceánico, no obstante que estableció á orillas del pueblo una estación, no ha sido bastante á levantarlo del estado de miseria en que yace, y si la suerte no cambia para él, pronto tendremos que lamentar su completa desaparición. Sus buenos hijos emigran para otros lugares en busca de un porvenir que no pueden encontrar allí Poco más de un año hará que la última familia netamente española de San Miguel del Soldado, la del Sr. D. Manuel Zorrilla, abandonó el pueblo para ir á establecerse á Coatepec.

Muerto el tráfico, todos los habitantes se dedicaron á la agricultura, tal como ha sido entendida por nosotros; pero el poco maiz que se cosecha, único renglón agrícola explotable, apenas básta para sus necesidades, de manera que por ese medio no han de poder avanzar mucho en el camino de la prosperidad.

Se dedican también á la fabricación de sillas de llite tierno, con asiento de tule (espadaña), pero sus manufacturas de siste-

ma muy primitivo, no pueden dejarles mucho que digamos, y con mayor razon ahora que, por falta de arbolados, tienen que comprar el ilite y la espadaña.

Para la fabricación de sus sillas emplean un procedimiento vulgarísimo. Vanse al monte á cortar las ramas tiernas de los ilites, las dividen en trozos de longitud determinada, con una mala sierra, y con una cuchilla de carpintero más mala aún ó con una moruna, les quitan la corteza, en seguida ponen todos aquellos trozos al horno para que se sequen y enjuten, arman las sillas practicando previamente groseros taladros y luego tejen el asiento sin esperar á que la espadaña se seque, con el fin de conservarle su elasticidad. Con tierra colorada disuelta en agua de cola las pintan, les figuran unos adornos que no tienen el más mínimo gusto, y las llevan al mercado para su venta.

Es cierto que estas sillas tienen gran demanda en Xalapa y en la mayor parte de los pueblos de la sierra de Puebla, pero no creemos que puedan sacar de ahogos á los fabricantes, que viven, como se puede observar, con las mayores estrecheces, por no decir en la miseria.

A otro género de trabajo se dedican también los hijos de San Miguel del Soldado: al acarreo de tablas, vigas, viguetas, alfajías y *calehuales* de los montes de Las Vigas, por medio de sus carretillas de dos ruedas, sin caja ni depósito alguno. Tampoco este trabajo les puede proporcionar muchas utilidades, y lo prueba el aspecto miserable y pobre de los carreteros.

Ultimamente, queriendo aprovechar la bondad de los pastos de su terreno, se han dedicado á formar ordeñas, vendiendo sus productos en esta Capital, pero en tan reducida escala, que por ahora no conceptuamos que sea negocio para los empresarios. Quizá esta empresa pudiera ser buena, atenta la gran demanda que en esta población tiene la leche, pero para eso se necesitaría dinero en primer lugar, muy escaso en San Miguel del Soldado, y después terreno en grandes extensiones para la formación de potreros, lo cual es difícil, porque San Miguel del Soldado ni es muy grande, ni tiene tierras disponibles, ni cuenta con agua para los abrevaderos. Considérese que desde el camino de Tlacolúlam que lo separa de San Salvador, hasta los linderos con Jilotepec, es decir, cosa de un sitio de ganado ma-

yor, no tiene más arroyo que el Teápam, seco la mayor parte del año, y que no desmiente su nombre. Teápam quiere decir *arroyo de piedras.*

El agua que se toma en San Miguel del Soldado viene de San Salvador Acajete, en caño descubierto que facilita á los salvadorenses convertirlo en lavaderos. ¡Júzguese de la calidad del agua!

Cuando nuestro fino y buen amigo Lic. Miguel Morales y Suárez, tuvo á su cargo la Jefatura política del Cantón, trató de remediar ese mal. En efecto, en los primeros días de su administración salió de esta Capital con el Sr. Adams, empleado de importancia de la Empresa del Ferrocarril Interoceánico, —nosotros los acompañamos— para ver si se podía entubar el agua. El Lic. Morales recorrió parte del caño, llegó al manantial y convino en que solamente una cañería podía remediar el mal de que se quejaban los hijos de San Miguel del Soldado. Hasta la fecha continúa el caño en el mismo estado, lo que prueba que no ha vuelto á hablarse del asunto, y como el Ayuntamiento de San Miguel del Soldado no tiene recursos para emprender por su cuenta la mejora, es de presumirse que aquellos desgraciados habitantes seguirán tomando agua no muy pura, y expuestos á las enfermedades consiguientes.

Desde que se puso en explotación el Ferrocarril Interoceánico las mujeres de San Miguel del Soldado se han dedicado á la floricultura. Han formado jardincitos y siembran sus flores, la mayor parte de aquellas que no tienen gran demanda. A la bajada y subida de los trenes de pasajeros, se acercan á los coches, sucias y harapientas, ofreciendo sus sencillos ramilletes por un precio ínfimo.

El temperamento de San Miguel del Soldado es frío, y respecto de sus producciones expontáneas no tiene más que las que hemos enumerado al referirnos á San Salvador Acajete y á las Vigas, á excepción de dos plantas que no se encuentran en aquellos pueblos: el *equimite,* y el *izote* ó *xtuc* que, utilizan sus habitantes como plantas vivas para la formación de sus cercados. Del primero cogen las flores, llamadas pitos, para comerlas, y del segundo el racimo de flores que brota en su parte superior, igualmente para comerlas, pero no se preocupan ni llevan tra-

zas de preocuparse de extraer y beneficiar la fibra del *izote* ó *xtuc* que según nuestras noticias tiene alguna demanda en el extranjero.

Respecto de los animales domésticos y silvestres que se crian en el municipio, nada decimos, porque son los mismos que existen en San Salvador, con supresión de algunos que necesitan vivir en los montes altos, de los cuales carece San Miguel del Soldado, las palomas morunas, por ejemplo.

Los terrenos del pueblo son delgados. El maiz se da, siempre que se abone préviamente la tierra, lo mismo que la cebada, pero en tan poca cantidad que, como decimos al principio, no merecen estos cultivos la pena de ocuparse de ellos con mucho detenimiento.

No nos queda ya que decir más del pueblo de San Miguel del Soldado, y en nuestro próximo artículo hablaremos de la Banderilla; pero antes de terminar por ahora, llamamos respetuosamente la atención de las autoridades de San Miguel para que, posesionándose del deber en que están de ver por su pueblo, promuevan ante las superiores las mejoras que reclama urgentemente la población. El camino nacional, en la parte que se puede reputar como calle, está desempedrado, como todas las demás, y muy particularmente la que conduce á la estación. Las casas están exteriormente desaseadas y todo lo que se relaciona con la policía, desatendido.

En cuanto á la declarada pobreza proveniente de falta de recursos agrícolas y comerciales, para combatirla, no hay remedio; pero si lo hay para corregir el desaseo y la incuria.

Quizá sea tiempo de que San Miguel del Soldado recobre, si no todo, parte de su antiguo esplendor, pero para conseguir semejante transformación es preciso trabajar y hacer algo que revele que nos amamos á nosotros mismos y que amamos el lugar en que nos tocó en suerte nacer. No hay que desmayar, si queremos volver por el honor de nuestra raza.

XLIX.

Como ofrecimos en nuestro artículo anterior, en este vamos á tratar del precioso pueblo de la Banderilla, por otro nombre

el pueblo de las camelias, fincado dentro de los terrenos de Jilotepec, á orillas del antiguo camino nacional.

Apenas contará la Banderilla 250 años de existencia, y la sola calle de que se compone está formada de casas, la mayor parte de calicanto, entre las cuales hay muchas de precioso aspecto. Los jardines cuajados, por decirlo así, de aromosas y delicadas flores, embellecen aquel lugar en donde no escasean las mujeres de interesantes formas y de una educación esmerada.

La Banderilla fué formado por familias españolas que escogieron aquel sitio para sus habitaciones por lo pintoresco, por lo saludable y porque les proporcionaba medios de ganarse la subsistencia si mayor trabajo, dando albergue al caminante y con el albergue, alimentos y descanso. Al principio, el pueblo fué una de tantas ventas ó parajes donde se detenían los arrieros y las recuas que hacían el trayecto entre Xalapa y Puebla ó México. De ahí la necesidad de formar los grandes macheros y caballerizas que existen hasta el dia, algunos de la importancia del que fué construido á orillas del Sedeño, cerca de la tranca de la hacienda de "Lucas Martín".

Como era natural, hemos tratado de averiguar el origen del nombre que lleva el pueblo, y en la inteligencia de que no nos hacemos responsables de la verdad de nuestras indagaciones, vamos á decir lo que sobre el particular hemos adquirido.

La Banderilla está fincado dentro de un cañón estrecho que cierran, al Sur, el cerro de la Martinica, y al Norte, la cordillera de cerros, no muy elevados, que desde las Piletas se extienden con sensibles sinuosidades hasta el boquerón del camino de Tlacolúlam, el cerro de Xicotencatl hasta el boquerón del camino de Jilotepec y las lomas de Vista Hermosa, en cuyas faldas se encuentra levantada la estación del Ferrocarril Interoceánico.

Desde la cumbre más elevada del cerro de la Martinica se percibe un vasto panorama. Casi al Este se ve el cerro de Macuiltepec, guardián constante de Xalapa; al Noreste, las cumbres de Chiconquiaco; al Norte, la cordillera de Tlacolúlam, descollando entre tantos picos el de la Magdalena; al Noroeste, las cumbres de la Joya; al Oeste, los grandes flancos del Cofre de Perote; al Suroeste, el Pico de Orizaba; al Sur, la cordillera de

montañas de Ixhuacán y Cosautlán; y al Sureste, allá muy lejos y entre la bruma, las montañas de Los Tuxtlas. Pues bien desde ahí y dentro de un horizonte más reducido, se domina el camino nacional hasta muy cerca de Xalapa y más acá de las Piletas, de modo que se pueden percibir á distancia las personas que transitan por la via pública.

Hubo un tiempo en que por la ausencia de habitaciones en el antiquísimo camino real y por la falta de seguridad en él como en los otros, las travesías tenían que hacerse con infinitas precauciones, porque los ladrones abundaban y los robos eran muy frecuentes en los caminos públicos.

Testigos mudos de esos asaltos y esos crímenes fueron los puntos conocidos por la cumbre de la Lagunilla, un kilómetro antes de llegar á la calzada de Lucas Martín, el Sedeño, las Piletas, las Murallas, Cruz Verde, la Joya, las Trincheras, Toxtlacuaya, Paraje de carros, el Manzanillo, Rio firo, Cruz Blanca, Pino solo, San Antonio, el Pizarro, el Pueblito etc., etc.

La persona que salía con bien de la Lagunilla, acaso no llegaba á la Banderilla sano y salvo de un asalto, de modo que para atravesar el camino había necesidad de ir armado hasta los dientes y en compañía de otras personas, en el mismo pié de guerra, permítasenos la frase.

Esos asaltos y robos fueron frecuentes durante el régimen colonial y después desde principios del siglo, con motivo de las guerras de la insurgencia y demás luchas intestinas que desolaron el país.

El robo constituía para algunos un oficio lucrativo, y los ladrones se entendían á largas distancias, llegando su desfachatez hasta verificar robos en poblado, de día y con sol, como aconteció en Xalacingo cierta ocasión. A las doce del dia se presentaron unos cuarenta ó cincuenta hombres disfrazados de aduaneros, y penetraron á las casas de comercio con el pretexto de sorprender contrabandos de tabaco (el tabaco estaba estancado). La misión que dijeron llevar les facilitó la entrada á las bodegas y á las habitaciones. Una vez en ellas, comenzó el robo más descarado, y el botín se cargó en la plaza pública, en mulas llevadas al efecto, en presencia de las personas robadas y del pueblo consternado por semejante golpe de mano. Una se-

ñora de las casas asaltadas, cuyo nombre callamos por no interesar para nada al fin que nos proponemos, disparó un tiro sobre uno de los ladrones, que fué conducido por sus compañeros más muerto que vivo al lugar de su procedencia. A los pocos dias en uno de los pueblos circunvecinos moría de una manera misteriosa uno de los más acaudalados de la localidad, lo que prueba que el aire corrompido del latrocinio se respiraba hasta por los individuos más respetables de los pueblos.

Esas épocas de atraso y de crímenes que ya pasaron para no volver jamás, nos dieron fama en el extranjero de salvajes, y paises hay todavía en la tierra que nos creen de carcaj y vestidos de pluma. Y no queremos ir muy lejos. Pérez Escrich en una de sus novelas, después de poner á Puebla como ciudad marítima, habla de un inglés que en compañía de su mujer y parapetados ambos dentro de un coche de hierro en movimiento y con claraboyas á cierta altura para poder disparar, dió caza y acabó de *motu proprio* con una tribu de salvajes que tenian asolado el camino que va de Puebla á México, motivo por el cual el Presidente de la República lo colmó de honores y le adjudicó una medalla en premio de su noble acción.

Si eso lo hubiera escrito un patán, nada tendría de extraño, pero adviértase que lo dijo Enrique Pérez Escrich, poeta, novelista y dramaturgo......

Volvamos á nuestra relación.

Nos cuentan que en las inmediaciones del pueblo que hoy se llama Banderilla, existía la guarida de una partida de bandoleros, cuyos componentes se distribuían á un lado y á otro del cerro de la Martinica en espera de los caminantes, pero de manera que pudieran ver la seña que les hacía con una banderola el vigía que colocado en la parte más prominente del cerro, podía advertir á más grande distancia que los destinados al asalto, lo que pasara en el camino.

Nada tiene de inverosímil la historia que se nos ha referido y que nosotros damos á conocer á nuestros bondadosos lectores, para que la acepten ó la desechen, como les viniere en gana.

La vecindad de la Banderilla con Xalapa, la circunstancia de estar formado el pueblo en su totalidad de familias de españo-

las, las costumbres refinadas y la cultura de sus habitantes, han contribuido mucho á su prosperidad.

La persona que sale de la sociedad xalapeña para frecuentar la de la Banderilla, no hallará mucha diferencia. Acaso más sencillez en las costumbres, más comunicación y menos indiferencia.

Lástima grande que la Banderilla no pueda extenderse en latitud como lo ha hecho en longitud. Se lo impiden, de un lado, el cerro de la Martinica, y del otro, todos los que hemos mencionado al principio, de modo que sólo presenta una larga calle, que cada dia que pasa se alarga más.

No tiene plaza pública que merezca ese nombre, y la microscópica capilla dedicada al culto católico con que cuenta, no es ni será nunca un edificio arquitectónico que merezca los honores de la descripción.

Sus casas consistoriales amplias y aseadas, se encuentran bastante cerca de la capilla, y en uno de sus departamentos está situada la escuela de niños. La de niñas se encuentra casi enfrente de la primera, en una casa particular, según los datos que hemos recogido.

El comercio es una de las ocupaciones á que de preferencia se dedican los habitantes, abundando las tiendas, algunas de bastante importancia, que surten á los pueblos circunvecinos de las cosas más necesarias para la vida.

Las artes y las industrias tienen también sus partidarios. Los artesanos son competentes en su oficio y sus artefactos lucen en cualquiera parte, por lo bien acabados y por los materiales que emplean.

En el año de la construcción del Ferrocarril Interoceánico hubo en la Banderilla mucho movimiento comercial y pudieron improvisarse algunos capitales en poco tiempo. Desde esa fecha data la erección y ensanche de la fábrica de cerveza del Sr. Fornaguera, quien, por la bondad de la elaboración del artículo, ha podido formarse un capital de consideración.

De Xalapa á la Banderilla hay cosa de diez kilómetros de distancia por el amplio camino nacional, que con frecuencia salvan las familias de la primera población, á pié, para ir á pasar un dia de campo en el pintoresco pueblito, en donde siempre

15

han hallado y hallan la más franca y cordial hospitalidad, las mismas costumbres y las propias aspiraciones.

Unidas las dos sociedades por vínculos de parentesco y de amistad sincera, natural es suponer que se entiendan y que los hijos de Xalapa estén como en su casa en la Banderilla, y que los habitantes de ésta alternen con las principales familias de Xalapa.

La Banderilla ha tenido su parte de fatiga en los luchas intestinas del país.

En la época de la reacción fué derrotado el 4 de caballería en las Piletas, por los valientes soldados de la libertad, que se resguardaban dentro de los muros naturales de la heróica Tlacolúlam. Entre estos valientes se contaron no pocos banderillenses, fervientes partidarios de las ideas nuevas, sufridos y perseverantes.

Recientemente, en la época de Tuxtepec, el 1º de Abril de 1876, las fuerzas del Gobierno de D. Sebastián Lerdo de Tejada tuvieron que tocar retirada al pié de las faldas del cerro de Xicotencatl, defendido por un puñado de xalapeños y tlacolulenses.

El 17 de Mayo del mismo año, el General López atacó el mismo cerro, logrando tomarlo después de varias horas de combate; y por último, el 15 de Octubre del propio 76, el General Ibarra defendió la plaza del ataque que emprendió contra ella el coronel D. Manuel García, á cuyas órdenes militaban xalapeños, tlacolulenses, jilotepecos y misantecos. Esa acción, que duró desde las seis de la mañana hasta la una de la tarde, terminó con la retirada de las fuerzas asaltantes, habiéndose quemado por entrambas fuerzas contendientes sobre 50,000 cartuchos de fusil y cosa de 70 de cañón.

Enemigos de los estragos de la guerra, no deseamos que vuelvan á repetirse esas escenas de desolación y de muerte.

L.

Como deciamos en nuestro artículo anterior, la Banderilla ha prestado sus servicios á la patria y ha peleado siempre en favor de la causa del progreso.

En la época de la malhadada intervención francesa, sufrió

mucho el pueblo, por haber sido el necesario pasaje de las fuerzas contendientes y el punto á donde venian con frecuencia los soldados de la República, encerrados dentro de los muros de Tlacolúlam, á hacer sus *toritos*, por distracción ó necesidad, tiroteando á las fuerzas imperialistas.

Esas escaramuzas fueron causa de muchos crímenes cometidos por los traidores á la sombra del imperio. Las calles de la Banderilla están tintas en sangre, derramada en aras de la libertad y de la independencia nacional, por manos de mexicanos infames que se vendieron, por ignorancia ó por cálculo, al invasor.

A nuestra memoria se agolpan muchos de esos hechos vandálicos, que nos abstenemos de referir, porque todavía viven algunos de los actores y no queremos despertar recuerdos que duermen desde hace tiempo.

Después, cuando el triunfo de la República, ahí en la Banderilla estuvo el cuartel general de las fuerzas que pusieron sitio á Xalapa y penetraron á ella el 11 de Noviembre de 1866. Ahí estuvo el General D. Ignacio R. Alatorre, al frente de los hijos de la Sierra de Puebla y de la gente veracruzana que volvió á la pelea, tan pronto como apareció el soldado que los había de conducir á la victoria.

Entre los hijos de la Banderilla hay muchos héroes ignorados que hoy arrastran una vida pobre. No han recibido ningún premio por sus servicios, pero ellos se sienten contentos, por haber contribuido al triunfo de la buena causa, bastándoles con eso.

El municipio de la Banderilla no cuenta con bastante extensión ni con bastantes tierras, de modo que no se puede decir mucho de su agricultura, que no tiene campo en donde extenderse. Se siembra el maiz, el frijol, el haba, el arverjón, las hortalizas y las legumbres, pero en pequeña escala, bastante á las exigencias de la localidad, nunca como negocio.

Muchos de sus terrenos están convertidos en potreros, en donde se mantiene un regular número de cabezas de ganado vacuno, que se entregan al cuchillo una vez cebados. Hay establecidas varias ordeñas, y como los pastos son buenos, se ob-

tiene una leche excelente, que se vende en la misma población, ó que se trae á esta Ciudad con el mismo objeto.

Los mejores potreros de engorda son los de Lucas Martín. En esos potreros se detiene generalmente todo el ganado que se consume en esta Capital, para que no se rebaje y pueda irse matando, de conformidad con las exigencias del mercado.

Lucas Martín es una fábrica de hilados y tejidos de algodón, que mantiene un buen número de familias que trabajan en ella. Está movida por las aguas del Sedeño, y como éstas no menguan ni aun en la época del calor, no sufre las interrupciones á que están frecuentemente expuestas las tres fábricas, también de hilados y tejidos, existentes en las afueras de esta Capital.

Lucas Martín está fincado en una bonita planicie llena de arbolados naturales, y se comunica con el camino nacional, más allá de la Lagunilla, por medio de una calzada espaciosa, con una hilera de árboles á cada lado. En tiempo de su Alteza Serenísima fué siempre el lugar que escogió para comer ó pernoctar, cuando por algún motivo tenía que recorrer el camino de la Capital á su hacienda del Encero, pues, como se recordará, jamás quiso detenerse en su suelo natal, no obstante las invitaciones de sus partidarios. La vez que permaneció en Xalapa, por unos pocos de dias, y eso en la cárcel, fué cuando lo hicieron prisionero á inmediaciones de Xico para ser conducido al castillo de Perote.

La Banderilla posee excelente agua potable, proveniente de un lugar inmediato á "Piedra de agua" y conducida al pueblo por una cañería de atenores, mejorada últimamente por la Empresa del Ferrocarril Interoceánico, debido á las obras de terracería que tuvo que practicar á inmediaciones de la toma del agua.

Uno de los quehaceres á que se han dedicado desde hace algún tiempo los banderilleneses, pero particularmente las señoras, es á la floricultura, esmerándose en el cultivo de las camelias, de las azaleas y otras flores exquisitas, que venden con bastante estimación, particularmente las camelias blancas, que alcanzan por ejemplar hasta el valor de un peso, precio alto, si se atiende á que nosotros vivimos en el país de las flores y

las encontramos en los cercados de los caminos, en el monte y en todas partes. Las camelias rojas valen mucho menos que las blancas, y las rellenas más que las sencillas Otras de las flores exquisitas que cultivan son los claveles camelias, las magnolias y las rosas. Cada casa de la Banderilla es un jardín primoroso, y matas hay de gardenias que dan por término medio, trescientas ó cuatrocientas flores por año, alcanzando la planta un tamaño que sobrepuja á las naturales y conocidas.

La mujer de la Banderilla no se parece á las mujeres de los otros pueblos. A su esmerado aseo, á sus costumbres sencillas, á su educación exquisita, reune otra cualidad que no tienen muchas de su sexo.

En la Banderilla recibe la mujer una educación práctica. Al matrimonio no aporta nada más hermosura y amor, lleva otra cosa: el conocimiento de las dificultades de la existencia y el trabajo en todas sus manifestaciones. Quien se casa con una hija de la Banderilla, no llevará á su lado solamente una belleza para lucirla en estrados y paseos, sino una compañera de trabajo, otro yo, que velará por aumentar los intereses de la sociedad matrimonial, y que cuidará de esos intereses sabia y religiosamente.

La mujer de la Banderilla, nos referimos á la de la clase más elevada, no se dedica á trabajos groseros, no va al campo á alternar con los peones, ni se ensucia las manos manejando cosas que están distantes de su condición y sexo; pero en cambio, dedica el tiempo que le dejan libres los cuidados domésticos, á la fabricación de flores de pluma y lienzo, con una perfección admirable, formando unas coronas fúnebres que se han podido vender á cuarenta ó cincuenta pesos el ejemplar.

Como la pluma no se puede pintar, y en caso de lograrlo podría descomponerse, aquellas damas curiosas tienen el trabajo de ir coleccionando las plumas que van á necesitar para sus obras, distribuyéndolas y clasificándolas por colores y por matices. Las plumas de los pericos, de las cotorras y de los loros, les sirven para hacer las hojas; las de las garzas blancas para las flores de ese color; las color de rosa, las amarillas y las rojas de los loros, las de las calandrias, las de las guacamayas, las de los cardenales, para las demás flores como rosas, dalia.

llas, gardenias, claveles etc., etc. El trabajo que gastan las señoritas en todo esto es grande, pero no molesto, porque las que á él se dedican, más que fatigarse ó maltratarse, se distraen bastante en todas las menudencias que preceden á la confección de las flores.

Alguna vez se dedicaron á la fabricación de flores de cuerno, que mandaron á varias exposiciones nacionales, obteniendo por otra parte seguras ganancias.

Por eso decíamos al principio que son trabajadoras y laboriosas, y que, para ayudar á sus padres y á sus esposos, han sabido escoger labores que no las obligan á salir de las condiciones de su sexo.

Cuando la fabricación de flores las deja tranquilas, se van á sus jardines, donde pasan horas enteras podando sus plantas y cortando las flores que dedican á la venta.

Se decía antes en la Sierra de Puebla. "Si queréis ser felices, ¡id á tierra caliente á formaros un capital, venid á Teziutlán á buscar mujer, é idos en seguida á México á disfrutar del fruto de vuestro trabajo".

Nosotros decimos que "el xalapeño que quiera ser dichoso en este valle de lágrimas, debe ir á Coatepec á formarse un capital sembrando café, pasar después á la Banderilla á buscar la compañera, y volver después á Xalapa á gozar de la benignidad de su clima, de su culta sociedad y de los placeres inocentes que proporciona".

No haremos aquí especial mención de la fauna del municipio de la Banderilla, porque es la misma que la de Jilotepec, ni de la flora, porque fuera de las plantas que se cultivan, lás demás son las mismas que las de aquel pueblo.

La Banderilla cuenta con algunos arbolados, y la leña que consume, la compra en los municipios vecinos, así como el carbón.

El cielo es el mismo que el de Xalapa, y fuera de la temporada de lluvias, se disfruta de un tiempo magnífico en todo el resto del año.

Desde hace algún tiempo que las familias xalapeñas han pensado formar de la Banderilla el lugar obligado de sus tertulias y reuniones, y algunas hay que se han transladado allá, tanto

para respirar un aire más puro y embalsamado, cuanto para menguar los gastos de vida, porque los artículos de primera necesidad y las rentas de las casas son más bajos que en esta Capital.

Lo que ha impedido hasta ahora la realización de tales ideas, es la falta de una comunicación violenta que pudiera llevar y traer á uno durante todas las horas del dia. Hay un carro, llamado de la cerveza, que se encarga de conducir personas, pero por lo regular hace un solo viaje en un dia, y eso con pasos de plomo. (1)

El tren del Interoceánico sale de Xalapa á las seis de la mañano y vuelve á las siete de la noche, no sirviendo, en ese caso, para que el vecino de la Banderilla pueda venir á evacuar á esta Capital sus negocios y volver á comer ó á dormir al lugar de su residencia.

LI.

Uno de los más ricos, populosos é importantes pueblos de estos rumbos, en los tiempos en que aun no podía pensar Colón en la existencia del continente americano, fué sin duda *Tlacolúlam* (donde primeramente se escribe), residencia de un cacique en relaciones constantes con el señorío de Tepeaca, y los cacicazgos de Zempoala é Ixhuacán, de tanta significación en la historia antigua de México.

Aunque la población de Tlacolúlam era en su mayor parte totonaca y perteneciente, por consecuencia, á una raza que el astuto, hábil y valiente méxica unció al carro de sus triunfos, no por eso dejó, una vez subyugada, de ser fiel á la metrópoli y guardián celosa de los intereses de ésta, la cual, por su parte, tuvo buen cuidado de conceder á los tlacolulenses toda clase de prerrogativas y privilegios, permitiéndoles, por aquel entonces, ensanchar sus dominios, cuyas fronteras se extendían á larguísimas distancias, contra la política establecida por los emperadores aztecas que monopolizaron todo y todo lo llevaron al centro, dejando á las provincias en el mayor aislamiento, convertidas en colonias militares, para poderlas dominar

(1) Ya no existe este vehículo, de modo que ahora las comunicaciones sólo pueden hacerse á caballo.

Missing Page

por el Poniente, el cerro de Piedras Blancas. Por supuesto que no son éstos los únicos cerros que cercan el pueblo: atrás de los anteriores hay otros y otros más que forman un nucleo de montañas que van á morir, particularmente las del Norte, hasta muy cerca de Misantla y Altotonga.

Tlacolúlam es una plaza fuerte formada por la naturaleza. Bien defendido y con hombres prácticos y conocedores del terreno es inexpugnable. Un gran cuerpo de ejército no lograría tomar todas sus posiciones militares, y en caso de lograrlo, tendría que abandonar, quizá en vergonzosa fuga, cuanto hubiera ganado á costa de mucha sangre y no pocos sacrificios, porque hay que advertir que para los defensores del pueblo, el abandono de un punto supone la ocupación, por parte de ellos, de otro mejor, que domina el abandonado.

Durante la guerra llamada de tres años, un general reaccionario (cuyo nombre nos reservamos, porque aun vive) logró sorprender á la guarnición, penetrando con tres mil hombres por la puerta de Tengonapa, hasta la mitad de la calzada que conduce al cerro de la Virgen, cuando fué advertido. La alarma cundió al momento; y el jefe del punto, que lo era D. José María Rodríguez, llamó á sus soldados, diez y siete por junto, y distribuyéndolos entre el cerro de Salamanca y faldas del San Juan pudo detener la columna, que se vió obligada á retrogradar y á salir por donde había entrado. Rodríguez, al frente de sus diez y siete soldados, logró hacerse del cerro de Tengonapa, muralla de granito, trinchera inexpugnable, y desde sus rocas batió al enemigo que tuvo que retirarse, dejando algunos cadáveres en el campo. En esa escaramuza, perdió el jefe reaccionario la mula que montaba, la cual quedó muerta al pié de una cruz que existía allí y que existe hasta el dia, como un recuerdo. La bala que mató la mula y que sin duda fué dirijida al jinete, partió de la escopeta de uno de aquellos soldados improvisados que vive aún, y que responde al nombre de Justo Cruz Rodríguez.

Posteriormente, en las otras guerras intestinas y aun con el extranjero, que han desolado el país, ha sido ocupado Tlacolúlam por las fuerzas que la han sitiado, pero casi siempre ha sido abandonada á las dos horas de ser tomada, por ser insoste-

nible su posesión, con sólo que queden coronados los cerros circunvecinos de algunos de los soldados sitiados, porque pueden estar haciendo sus tiros sobre la plaza, sin riesgo de ninguna especie por parte de ellos.

Recuérdese con este motivo lo que pasó en la época de Gálvez, Jefe imperialista, y en el año de 1876, al general Topete, al frente de las fuerzas de D. Sebastián Lerdo de Tejada.

Tlacolúlam ha sido siempre un pueblo patriota y sus hijos han sabido sacrificarse en aras de la libertad y de la causa del progreso.

Desde el plan de Ayutla ha venido sufriendo mucho Tlacolúlam. Ahí se han encerrado los patriotas, convirtiendo las casas en cuarteles, la iglesia en hospital de sangre y todo el pueblo en una fortaleza. En su cementerio y en algunos de sus cerros están enterrados muchos de los ameritados mexicanos que murieron heróicamente por darnos libertad y patria.

Ha sido reconstruido por varias ocasiones, ocurriendo en el año de 77 la última reconstrucción, porque en el anterior, por efecto del espantoso ciclón del 22 de Agosto, se inutilizaron muchas casas, y luego las fuerzas porfiristas se encargaron de quemar los restos para calentarse. El que escribe estos renglones tuvo su parte en ese destrozo.

Desde 77 á la fecha, que el país ha podido disfrutar de paz, se ha acentuado el progreso del pueblito, que en la actualidad cuenta con un palacio de dos pisos, imitación en miniatura del de Xalapa, un departamento para la escuela municipal, un jardín que está para terminarse y bonitas casas de material, que dan un bello aspecto al pueblo.

Sus gentes son trabajadoras y se dedican la mayor parte á la agricultura, y con mucho más entusiasmo hoy que se han propuesto explotar sus terrenos de tierra caliente, en donde se dan con mucho éxito todos los frutos tropicales.

La tierra caliente de Tlacolúlam contiene varios caseríos de importancia, entre los cuales pueden enumerarse en primer término El Colorado, El Camarón, La Cañada y Santa Inés.

Como de Tlacolúlam debemos escribir algunos artículos, desde el venidero comenzaremos á tratar de su división territorial, dando los mayores datos acerca de sus tierras y de sus riquezas.

LII.

No hace mucho tiempo que leimos en un periódico del Estado, cuyo nombre no hemos podido recordar, la hipótesis de que Tlacolúlam está asentado sobre el cráter de un volcán.

Ignoramos los fundamentos en que se apoya esa opinión, pero en nuestro afán de estudiar los lugares que tenemos ocasión de visitar, cuantas veces hemos ido últimamente á la tierra de Chichilotzin, nos hemos detenido á examinar, hasta donde nos ha sido posible, la estructura de los terrenos, y francamente no hemos encontrado motivo para creer que todo aquello haya sido un cráter, ni mucho menos.

Hemos dicho ya que Tlacolúlam está en una hondonada, pero eso no quiere decir que el espacio que ésta abraza sea un cráter, porque ni el aspecto de las tierras, ni las especies de rocas que constituyen los cerros, son diferentes á las demás de ese rumbo. El cerro del Divisorio, que hemos recorrido por tres de sus lados, para trepar á su cima, se compone de rocas ígneas mezcladas con rocas neptunianas, abundando más estas últimas; pero no hay un solo sitio que descubra una sola roca constituida de escorias ó de residuos de otras que se hayan fundido recientemente á la acción de un calor anormal; por el contrario, las diversas clases de piedra existentes en dicho cerro son como todas las demás, denotando su grano y más ó menos consistencia, según las substancias que entran en su composición, que son el resultado lento pero seguro de muchos siglos de elaboroción·

El cerro de México tiene rocas ígneas, pero estas van desapareciendo á medida que va uno aproximándose á la cumbre, de modo que las capas de la cima son pura y simplemente de tierra vejetal.

El cerro que tiene más piedra en su base y en sus flancos es el de "Piedras Blancas", (todas ellas de cal) pero en su cima desaparece por completo, dando lugar á las capas plutónicas que formadas de arcilla y residuos vejetales, hacen de la cumbre un campo cubierto siempre de árboles y de verdor.

Al pié del malpaís está el cerro de Tengonapa que se enlaza por uno de sus flancos con el de San Juan, y si es cierto que ambos tienen mucha piedra, particularmente el primero, que es

una aglomeración de rocas ígneas, esto no es motivo para creer en la existencia del cráter de un volcán cerca de allí. Si tal cosa hubiera de aceptarse, habríamos necesariamente de suponer que Jilotepec, que se halla en parecidas condiciones á Tlacolúlam, fué también la boca de un volcán ya apagado.

En el camino que conduce de Tlacolúlam á las Vigas hay varios pozos naturales, profundos, con paredes de piedra; pero no son respiraderos, sino más bien desagües por donde se escapa la mucha agua que en tiempo de lluvias se desprende de todos los cerros circunvecinos. En tiempo de secas, esos pozos se llenan de vegetación, y en ningún tiempo del año humean ó dan á entender que en su fondo, completamente desconocido, se elabora fuego ó se desarrollan gases de ninguna naturaleza. El vapor de agua que despiden en ciertas ocasiones, servirá para señalar un desequilibrio atmosférico, pero nunca para demostrar que sean los tubos de un cráter ni cosa que se les parezca.

Nosotros creemos que en Tlacolúlam no hubo nunca volcán y que la hondonada en que está fincado, es como todas las hondonadas: un espacio de tierra, rico en detritus vegetales, rodeada de alturas y con más ó menos extensión.

La disposición topográfica de Tlacolúlam la ha tenido expuesta y la tiene á una inundación y á perderse completamente, durante un huracán que traiga mucha lluvia. Hasta ahora se ha podido evitar esta desgracia por medio de una muralla que se construyó desde las faldas del cerro de "Piedras Blancas", hacia el Sur, para derivar las corrientes del gran río que se forma, y echarlas del lado del cerro del cementerio, por la cañada que pasa del otro lado del cerro de la Virgen, entre este cerro y el de San Juan. Si no hubiera sido por esa muralla mucho tiempo haría que hubiera desaparecido Tlacolúlam.

Una lluvia fuerte, si proviene del Noroeste y dura por lo menos diez horas, como pasa en los ciclones, forma por el rumbo de los Atalpas, camino para las Vigas, una corriente de agua que alcanza de 200 á 300 metros de ancho por 3 ó 4 de profundidad, interrumpiendo la comunicación del pueblo por ese lado con el de las Vigas, y como la corriente se detiene ante los flancos de Tengonapa y se arroja al malpaís, impide la comunicación con la Banderilla, Jilotepec y Xalapa, de modo que un

temporal cualquiera, que dure por lo menos dos dias, aisla completamente á Tlacolúlam de los demás pueblos, cortándole toda comunicación con ellos.

Esas grandes corrientes han elevado muchos espacios de tierra, descubriendo una capa de *tepetate* (aztequismo con que se denomina un conglomerado margoso) que, como se comprenderá, inhabilita á los terrenos para todo cultivo. Por desgracia el tepetate es abundante en todo el municipio y no hay medio de destruirlo ni de reducirlo.

Para que se vea que no exageramos el peligro que puede correr Tlacolúlam en uno de esos ciclones tan comunes en estas latitudes, diremos á nuestros bondadosos lectores, que el 22 de Agosto de 1876, que muchos pueblos del Estado recuerdan con espanto, porque en ese dia se desató la más furiosa tempestad que hemos podido ver por estos rumbos, las corrientes que se formaron en la cañada del Rincón y de los reventones del cerro del Divisorio, cubrieron de piedra tepetatosa y lodo todas las casas de la parte Oeste del pueblo hasta la altura de vara y media, tapando las puertas y dejándolas en forma de claraboyas, de modo que el que penetraba á las habitaciones, tenía que mantenerse encorvado para no pegar á las vigas del zarzo con la cabeza. Fué aquella tempestad una cosa horrorosa; muchos cerros se rajaron, por decirlo así, para dar salida al agua que se depositó en sus entrañas, y muchos otros, más afortunados por más resistentes, sufrieron algunos *rasgones*, que presentan hasta el dia, sin que haya vuelto á aparecer la vegetación.

Después del más insignificante aguacero que caiga por aquellos lugares, es imposible atravesar las calles del pueblo, porque todas son ríos que se extienden de acera á acera, durando la corriente por varios dias, al principio de aguas turbias y después de cristalinas y diáfanas, que permiten ver el fondo de la corriente en sus más insignificantes detalles.

Para quitar á Tlacolúlam todo peligro de inundación, sería preciso formar una grande atarjea que recibiera las aguas de la cañada del Rincón y de las vertientes del cerro del Divisorio y reforzar la muralla que detiene las aguas que vienen de los Atalpas, porque francamente, no está ésta en condiciones de poder resistir el empuje de una corriente de bastante fuerza.

Las corrientes de que hemos venido hablando no solamente incomunican el pueblo de los demás de los contornos; la incomunicación puede presentarse entre casa y casa, si están en aceras opuestas, y siempre ha existido y sigue existiendo entre el caserío y el cementerio, de modo que si una familia, como ya ha sucedido, tiene la desgracia de perder uno de sus deudos durante una tempestad, no podrá inhumar el cadáver por varios dias, por serle imposible de todo punto llegar al cementerio, ni á caballo, ni en lancha, ni de ninguna manera.

El Ayuntamiento de Tlacolúlam ha pesado ya este inconveniente, pero como no puede dar otra dirección á las aguas provenientes de los Atalpas, y la construcción de un puente exigiría grandes gastos, ha pensado ya alguna vez en transladar la cripta mortuoria á otro lugar, lo que en nuestro concepto tendrá que hacer tarde ó temprano, para salvar la dificultad que hasta ahora se le ha venido presentando.

Antes de tratar de la división territorial del Municipio, como lo ofrecimos en nuestro artículo anterior, hemos creido prudente hacer mención de otras particularidades del pueblo dignas de ser conocidas.

Parece que Tlacolúlam fué la residencia de una orden monástica, quizá de franciscanos, en relación con los que estuvieron radicados en esta Capital, los cuales levantaron un convento que la Municipalidad ha añadido al palacio, convirtiendo sus celdas en departamentos para oficinas. Ultimamente ha construido sobre la planta baja del edificio un salón que destinó para la escuela de varones, y algunas otras piezas, que están para terminarse, con frente á la plaza de armas, que dedica para los Juzgados de paz y el del Registro Civil.

El frente de palacio, hacia el Sur, da al jardín que aun no se concluye, pero que ofrece ser un lugar de recreo, bonito y agradable.

La Iglesia parroquial es de construcción antigua, amplia y de regulares dimensiones aunque humilde en su ornamentación, no obstante que tiene buenas entradas de dinero, por los muchos bautismos y matrimonios que se verifican en su recinto.

Posteriormente el cura del lugar, de acuerdo con el vecindario, emprendió en la construcción del frontispicio del templo,

encomendando el trabajo á un alarife que debió no preocuparse por la estética, y que gastó su inteligencia en algo que parece un adefesio. La parroquia está orientada convenientemente, teniendo al Este su altar mayor.

A cien pasos de la iglesia está la casa cural, residencia de un párroco sin vicario, y con la obligación de atender no solamente á Tlacolúlam, que es demasiado grande, sino San Salvador, lo que contribuye á que no pueda cuidar de ninguna de las dos localidades como es debido.

Posee Tlacolúlam excelente agua potable, que nunca puede faltarle, y que surte á toda la población. De pocos años á esta parte, además de las fuentes públicas, se han construido otras en las casas, pero son muy pocas, quizá porque le basta con el líquido que recoge de las primeras.

La temperatura de Tlacolúlam es más fria que caliente, y el sol no alumbra al pueblo sino un poco más tarde que en otros lugares, por impedírselo la gran mole del cerro de México, y se oculta más temprano de lo regular, por la situación del cerro de "Piedras Blancas", y esto no obstante, se respira ahí salud por medio de un aire aromatizado con el perfume que despiden los árboles resinosos, y que corre libremente á lo largo de la población.

LIII.

En los primeros dias de la conquista y cuando Cortés pudo hacerse cargo del país que acababa de ganar para aumento del gran prestigio de la corona española, hubo de trabar conocimientos con Chichilotzin, príncipe de sangre real y *teteaxca* de la vasta colonia de *Tlacuilolam.*

Entró en la política del audaz conquistador del Anáhuac no deponer á los caciques que se sometían de grado al nuevo régimen, y dejarlos en posesión de sus títulos y prerrogativas, tanto para hacerse de aliados, cuanto para imponerse de una manera segura sobre los conquistados, sin que pudieran sentir de pronto el peso de su infortunio.

Chichilotzin se inclinó respetuoso ante el conquistador, juró obediencia y sumisión al monarca español y solicitó y obtuvo que no se le desposeyera de sus dominios, en donde ejercía un

mando absoluto sobre las personas y las cosas, pues que los caciques eran dueños del territorio y de los hombres que vivían dentro de él, recibiendo, poco tiempo después y en señal de obediencia, el bautismo, sin duda en la gran Tenochtitlán, y el nombre cristiano de José Antonio de Mendoza. Esta particularidad nos hace suponer que tardó algunos años en resolverse á aceptar la nueva religión.

Una vez *cristianizado* se dirigió á su natural señor y amo D. Felipe II, rey de España, pidiéndole confirmase los derechos que Hernán Cortés, primero, y D. José Antonio de Mendoza, después, le habían reconocido.

Chichilótzin quería que se le tuviese como señor del territorio de Tlacolúlam, el cual debía pasar á sus descendientes por herencia, con los mismos derechos que á él podían pertenecer.

El Rey acordó de conformidad á la solicitud y al poco tiempo recibía el Virrey el rescripto real, por el cual se le ordenaba, que en nombre y en representación del monarca, diera posesión á Chichilótzin y á los suyos de las tierras que reclamaba, fijando en cincuenta sitios de ganado mayor la extensión de las mismas.

Las atenciones de que entonces estaba rodeado el Virrey le impidieron cumplir personalmente con el ordenamiento real, pero delegó sus facultades en Mateo Juárez, Procurador de indios de Tepeaca, para que éste diera la posesión.

En eso concepto, Mateo Juárez se transladó á Tlacuilólam acompañado de varios indios de representación, por la primavera del año de 1545, y en unión de Chichilótzin y demás indígenas del lugar, recorrió toda la línea limítrofe del pueblo, dejando al cacique y súbditos en plena posesión de sus tierras.

Los límites del pueblo de Tlacolúlam llegaban hasta la iglesia de Santa María Misantla, por el Norte; pero posteriormente se han retirado seis leguas más al Sur, en virtud del convenio celebrado en 1878, con el mismo Misantla.

Parece que Tlacolúlam aceptó este convenio, respetando una cesión que en tiempos atrás hicieron los descendientes del cacique á varios de los tlacolulenses, que prefirieron aquellas tierras para el establecimiento de sus jacales y sus ranchos, y de ahí la razón de que por ese rumbo quedaran fijados como pun-

tos de límite, el Nacimiento del Quilate, el Cerro de Culebras, la cumbre de Santa Inés, cerro Verde y Picachos. Por el lado de Altotonga, aun no está fijada la línea divisoria, porque los tlacolulenses, ateniéndose á sus escrituras, creen que éstos deben estar comprendidos dentro de la línea que debe tirarse desde el Nacimiento del Quilate, pasando por "Cerro Gacho" hasta la mohonera de Cruz Blanca, de modo que entran dentro de su territorio muchas de las congregaciones de Altotonga. Actualmente está en tela de discusión este negocio. Tlacolúlam ya no cuenta con los cincuenta sitios de ganado mayor que tuvo al principio, porque una gran parte de ellos han pasado á dominio ajeno, en propiedad, nueve sitios, poco más ó menos, á San Salvador Acajete, y, por jurisdicción, quince ó veinte á los pueblos de las Vigas y Cuacuazintla.

El municipio, cuya historia hacemos, es sin duda uno de los más importantes del Cantón de Xalapa, y aun reducido en extensión territorial como ha quedado, cuenta con todos los climas, desde el frio hasta el caliente, de modo que es susceptible de producir muchos de los frutos de la flora mexicana.

La circunstancia de ser Tlacolúlam tan extenso ha impedido que haya podido repartir todas sus tierras, de modo que todavía posee terrenos concejiles, que ha estado adjudicando en estos últimos dias, de los situados en tierra caliente, que no repartió á su tiempo por el pleito que tuvo que sostener con Misantla, cuyas pretensiones llegaban hasta más acá del Colorado, congregación colindante con la cañada de San Miguel, la cual llega á las faldas del Sur de Cerro Gacho.

Los gastos que en esa vez tuvo que hacer Tlacolúlam para ponerse en paz con Misantla, los está recogiendo ahora con los productos de las adjudicaciones que está haciendo, y que le dejan una cantidad más que regular para sostener los gastos de su administración que, como es natural, son de alguna importancia, si se tiene presente la categoría del municipio.

Cuenta Tlacolúlam con cerca de seis mil habitantes repartidos en el centro y las congregaciones del Duraznal, Tengonapa, Etlantepec, Cerro Gacho, Arellano, Xoxotla. Omeapa, Seboyana, Atalpa chico, Huichila, San José y Tlacolúlam el Viejo, á lasque van agregados algunos caseríos, que impropiamente

han dado en llamar aquellas autoridades Jefaturas de manzana, para no tener en ellos más que una sola persona con cargo concejil, y evitar de esa manera que el vecindario tenga que ocuparse mucho en servicios meramente gratuitos.

Esos Jefes de manzana están á las órdenes del Subregidor de la congregación inmediata y tiene á su disposición un ayudante de policía rural, que á su vez está sujeto al Ministro de policía más cercano.

Aunque bueno en la apariencia ese cargo de Jefe de manzana en plena montaña, que nunca se ha dividido en manzanas, tiene el inconveniente de no estar comprendido en ninguna de las prevenciones de la ley orgánica municipal ó la orgánica de administración interior del Estado, y pudiera dar mañana ó pasado lugar á un conflicto, por la falta de legalidad en el nombrado para ejercer jurisdicción.

Antes de entrar en la descripción de los productos naturales y artificiales que se obtienen en Tlacolúlam, creemos conveniente pintar al habitante indígena del pueblo, para que tenga idea el bondadoso lector de las gentes con quienes va á tratar en estos artículos.

La vecindad de Tlacolúlam con las Vigas, de la que dista poco más de dos leguas, y el trato frecuente de los dos pueblos y aun el de la Joya, ya extinguido, ha dado origen á una raza que participa de la europea y de la totonaca, cuyos rasgos salientes consisten en el prurito de mandar, trabajar lo menos posible y obtener lo más que se pueda. No es nuestro ánimo retratar á estas gentes.

Los indios del pueblo que constituyen la mayor parte de los habitantes, son de estatura regular, más bien bajos que altos, fornidos y musculosos. El rostro en los hombres, privado de barbas, no se distingue por la suavidad de las líneas, hay dureza en el gesto, y la mirada es desconfiada y penetrante, y como no se peinan sus cabellos lacios y negros como el azabache, que por otra parte, nunca se dejan crecer, y el color de su piel es de un cobrizo tostado, se comprenderá que el indio de Tlacolúlam infunde respeto desde luego.

A diferencia de todos los de su raza, es comunicativo, alegre, decidor y afecto á los dichos picantes ó sentenciosos que ha

aprendido en el campamento, porque hay que advertir que ha sido soldado, y ha quemado más de un cartucho en defensa de las instituciones y de la patria.

El tlacolulense camina marcialmente y pocos son los que no sacan el pié izquierdo al ponerse en movimiento. Sus cantos son guerreros, y aun en medio de sus abruptas montañas gustan hacer oir los toques de ordenanza, improvisando un clarín con una caña hueca ú otro objeto por el estilo, de modo que el que atraviesa aquellos lugares, puede creerse, en un momento dado, dentro de un campamento.

Al hablar el indio de Tlacolúlam con el caminante que lo encuentra al paso, se cuadra, y al despedirse lo hace de una manera marcial. Todos ellos están armados, y rara vez salen al campo sin llevar la escopeta.

Su traje no es uniforme, pero en lo general, usan calzoncillo, remangado hasta la rodilla, huarachi, camisa de manta, chamarra, poxca enrollada y terciada y sombrero de palma, echado hacia un lado. Raros son los que no fuman cigarros con envoltura de totomoxte y son muy dados á las libaciones de aguardiente,

El totonaco, que es su idioma primitivo, lo hablan sólo entre ellos; delante de un criollo se expresan en castellano, que conocen regularmente, y en su conversación dejan traslucir que no siempre han vivido en las montañas, siendo muy afectos á las hipérboles y á las fanfarronadas; pero, no obstante esto, son sumisos, obedientes y trabajadores y se prestan á todas las fatigas que les exige el bien de su pueblo, de buena voluntad, sin murmurar y por varios dias seguidos.

Como prueba de esto último, baste saber que en 78, cuando se trató de tirar la línea de Misantla, se pusieron á las órdenes de las autoridades, cosa de trescientss hombres armados, que se turnaban en el servicio por mitad, mientras que la otra mitad iba al pueblo y á los ranchos en busca de alimentos, costeados por los mismos soldados. Las autoridades proporcionaron sólo el aguardiente. La línea divisoria se tiró en tres meses, y durante ese tiempo, aquel batallón improvisado y en pié de guerra, prestó servicios de zapa, avanzadas, etc., etc, sin que hubieran

escaseado los toques de clarín y todo lo que se relaciona con las prácticas marciales.

Las mujeres, pequeñas de cuerpo y agraciadas, se han acostumbrado por índole al género de vida de sus maridos y sin salirse de su sexo, trabajan más, cuando el esposo anda en esa clase de faenas, para que no le falte que comer, y pueda tener las fuerzas que demanda la ruda condición del soldado.

Tales son los habitantes aborígenes del rico pueblo de Tlacolúlam.

LIV.

El maiz, que es el cereal de que hacen más uso los habitantes de la República para la fabricación de las tortillas que, como se sabe, es el principal y acaso el único alimento de la clase pobre del campo, se da muy bien en los terrenos de Tlacolúlam, exceptuándose los muy elevados, en donde la nieve, los aires fríos y particularmente el hielo, destruyen las sementeras en cualquier estado que las encuentren, no permitiendo que se levante la caña, ni menos que produzca el fruto apetecido. Fuera de esos puntos, impropios para todo cultivo, todos los demás, como decimos al principio, son á propósito para la *milpa*, siendo mayores los rendimientos que ésta puede ofrecer, mientras más bajo esté el terreno y tenga más abono natural ó artificial, factor importante que no conviene echar en olvido.

Según los datos que hemos podido recoger y por nuestras propias observaciones, las cañadas son las que dan mayor producto en unidad de superficie, debido á su disposición especial, que las tiene colocadas en condición de recoger todos los detritus que se desprenden de las alturas próximas, por la acción de las corrientes en las grandes lluvias, y porque además, son susceptibles de conservar, aun en el tiempo de secas, mayor humedad relativamente que las laderas.

Las lomas no se hallan en estas circunstancias, siendo de advertir que las más pronunciadas en inclinación son las menos aptas para el cultivo, por la pérdida que de tierra vegetal sufren continuamente, ya por los lavados ó por las grandes corrientes de aire que azotan su superficie.

Esas grandes corrientes de agua, de que hicimos mención en nuestro artículo anterior, han contribuido mucho á modificar la

buena ó mala calidad del terreno. Lugares que en otro tiempo producían mucho maiz, están ahora abandonados por inservibles y destinados á potreros para la manutención del ganado menor; por el contrario, otros que no ofrecían esperanzas de producir jamás nada, en la actualidad pueden reputarse como los mejores del municipio, situados en clima frio. Tal cosa puede decirse del malpaís, á inmediaciones de Tengonapa.

En 1876, cuando el que escribe estos artículos estuvo en Tlacolúlam por primera vez, los puntos inmediatos á Tengonapa eran un malpaís sin el más pequeño ojo de tierra. Posteriormente, los grandes aluviones han arrastrado tanta cantidad de lodo y de residuos vegetales, y depositádolos en aquellos lugares que, aunque han elevado el piso considerablemente, han conseguido formar de esos sitios un buen espacio de terreno, en donde el maiz se produce con un éxito y una lozanía admirables. Sin temor de exagerar, de esos terrenos de nueva creación se saca más producto que de cualesquiera de los otros reputados como buenos, lo que ha contribuido á que el dueño del malpaís haya visto como providenciales esos huracanes que, por regla general, todos los agricultores miran con tanto temor.

En los lugares frios sólo una cosecha se hace al año, permaneciendo la planta por once meses en el campo hasta la cosecha; pero esa estancia de la milpa en la sementera va disminuyendo, según va descendiendo el terreno, hasta reducirse á tres meses, desde la siembra á la recolección, como acontece en Santa Inés, el Colorado y el Camarón; bien que debe tenerse presente, para la mejor inteligencia de las cosas, que la duración del grano en la troje está en razón directa del mayor ó menor tiempo que tarda en levantarse del campo; así, mientras que en los terrenos de clima frio puede durar el maiz sin picarse tres ó cuatro años, en la tierra caliente no dilata en buen estado arriba de seis meses.

El grano de maiz de tierra fría es pequeño, como diente de perro, duro y resistente; el de tierra caliente es grande, plano y fofo.

Tlacolúlam es uno de los municipios del Cantón que produce maiz, no sólo para el consumo que hacen sus habitantes, sino para el de esta Capital y municipios circunvecinos, y sin duda

que podría dar más si sembrase todos sus terrenos disponibles; pero se lo impide la falta de dinero barato para emprender el negocio en grande.

Si entre nosotros fuera posible la creación de un Banco Agrícola que adelantara á los cultivadores dinero para sus empresas, el Cantón de Xalapa, como los demás del Estado, no sólo no sentiría la escasez nunca, sino que progresarían en poco tiempo admirablemente, porque tienen elementos bastantes los unos más que los otros para lograrlo, poniéndolos á contribución.

Desgraciadamente no ha sonado para la República, con dolor de los optimistas, la hora ansiada de la redención, y todavía vamos uncidos al carro de los imposibles, cuando no al de las dificultades reputadas como insuperables. Mientras el agricultor no tenga dinero y mientras nuestros caminos guarden el mal estado que guardan, excepción sea hecha de los de fierro, de nada puede servirnos que tengamos buenas tierras y deseos de dedicar todas nuestras fuerzas al trabajo y á las empresas.

Uno de los frutos de gran porvenir en Tlacolúlam es el frijol mateado, que se produce con mucha exuberancia. El de la barranca de Xoxotla es acaso uno de los mejores del Cantón, no teniendo en sabor, en cocimiento, ni en tamaño, nada que envidiar al de la misma clase que se produce en las huertas de Xalacingo.

Este frijol, tan sabroso y tan delicado, es conocido en Xalapa por reducido número de personas, á quienes se ha hecho el obsequio de algunos almudes, porque hasta ahora no se trae á vender á esta Capital, reduciéndose los cultivadores á sembrar solamente el que necesitan para su consumo particular.

No pasa lo mismo con el frijol enredador, que como el mateado, se da muy bien en todos aquellos terrenos. Es semilla que exportan y que venden generalmente en esta plaza con el mismo éxito que los rancheros de los Altos venden el suyo, aunque no tiene, ni puede tener, el mismo mérito del mateado.

Cuando atravesamos una época de carestía y compramos á peso de oro los artículos de primera necesidad, teniendo tan cerca las tierras que los producen en gran cantidad, se siente tristeza, porque nos convencemos de que nuestros capitalistas

no abundan en ideas que tiendan de alguna manera á proteger los intereses agrícolas. Entre nosotros, la agricultura, fuente de toda riqueza para la prosperidad de los países, está abandonada en manos inexpertas y en personas pobres que apenas ganan la subsistencia y apenas pueden sostenerse.

Fuera del maiz y del frijol, se cultiva en Tlacolúlam el chile verde de tierra fría y el de igual clase de tierra caliente, ambos en reducida cantidad.

El primero se come fresco, cuando está verde ó en sazón, que es cuando se pone rojo, sin que hasta la fecha se les haya ocurrido á los cultivadores ahumarlo para sacar el llamado chile. seco, que siempre ha tenido gran demanda en todos los mercados del país, por ser el principal condimento de que hacemos uso en muchas de nuestras comidas.

El chile de tierra fria es de pericarpo delgado, hueco y de poco peso, á diferencia del de tierra caliente que, además de ser más grande, es carnoso y pesado. Los que siembran este último, alguna vez han preparado con él el chile-seco, desvenándolo previamente para utilizar la semilla. Este chile-seco es semejante al afamado de Misantla, que siempre se ha vendido con bastante estimación.

En los puntos frios se cultiva además la cebada, el haba, el arverjón, pero únicamente para los usos del pueblo, porque raras veces exportan esos frutos, siendo así que la cebada pudiera proporcionarles seguras utilidades, por tener siempre gran demanda en Xalapa y en la vecina ciudad de Coatepec.

Como nuestro objeto es tratar desde luego de los productos de la tierra caliente del municipio de que nos venimos ocupando, vamos á terminar la enumeración de los frutos de tierra fría, debidos al trabajo del hombre, en el concepto de que ya volveremos sobre nuestros pasos cuando tengamos que ocupar, nos de los productos naturales, que son ricos y variados y que acusan que el pueblo de Tlacolúlam está llamado con el tiempo, por solo ese motivo, á desempeñar importante papel entre todos los que forman el Estado de Veracruz.

En reducidísima escala, porque no se ha comprendido el mérito de la planta y las ventajas que pudiera sacar el cultivador, se siembra el *chayote* en Tlacolúlam, que prende perfectamente

bien y que rinde por cada mata un regular número de frutos, los cuales, por ser de consumo diario, se venden con mucha estimación en todos los mercados.

El *chayotal* es una planta que además de dar el fruto, elabora dentro de la tierra unas raíces llamadas *chayotextles*, de las que puede extraerse gran cantidad de almidón de superior calidad. Hasta ahora nadie, que sepamos, se ha dedicado á esa industria; que sería productiva en manos empeñosas y trabajadoras, y que daría al cultivador muy seguras ganancias. Vender la raiz para los usos del arte culinario, ofrece poca cuenta, porque no se le puede dar el valor que realmente representa. Quisiéramos, pues, que en vez de sembrar una mata por familia, como se ha venido haciendo, se hiciera un plantio en forma, y con mayor razón, cuando es fruto que demanda poco trabajo al cultivador. Basta sembrar el fruto al pié de un árbol ó de una enramada formada exprofeso y echar sobre la mata algunas paladas de majada, para que se levante y ofrezca á la mano una abundante cosecha, siempre vendible por sus cualidades nutritivas.

A los dos años de sembrada la mata, se pueden extraer los chayotextles, y si se tiene cuidado de no estropear las raíces, ni arrancar los tubérculos madres, volverá aquélla á retoñar y á dar nuevos frutos por 15 ó 20 años, sin mostrar agotamiento ó cansancio. Ya se verá que es conveniente ver con más atención este cultivo tan descuidado, por no decir desconocido de nuestros campesinos.

Otro de los cultivos que se hace en Tlacolúlam, sin duda en mayores proporciones que los del chayote, es el de las calabazas. El fruto de esta planta de guía es bueno para comer, tierno ó recio, pero contiene poquísima cantidad de substancias alimenticias.

Hay calabazas de varias clases, conocidas con los nombres de castilla, texcucanas, tamalayotas, que se dan muy bien en aquellos terrenos y que se venden con tanta estimación como los chayotes.

Se cultiva igualmente el *cidracayote*, que es una especie de calabaza silvestre parecida á la sandía, pero aunque se comen sus frutos tiernos, se reservan generalmente para alimento de

los cerdos, cuando recios, si es que no se han podido vender en las dulcerías para el dulce conocido con ese nombre.

Tales son los principales cultivos que se hacen en los terrenos frios de Tlacolúlam.

LV.

La cuestión de límites entre Tlacolúlam y Misantla impidió por mucho tiempo que se conocieran las excelentes cualidades de los terrenos situados al Norte del primer pueblo, en plena tierra caliente; bien que por otra parte, las guerras que por tantos años desolaron al país, contribuyeron muy mucho á que los tlacolulenses no pararan mientes en explotar el magnífico filón de oro que tuvieron relegado al olvido hasta el año de 1878, en que consiguieron que se determinara la línea divisoria con Misantla.

Desde ese año datan los comienzos de prosperidad de Tlacolúlam, que ha seguido en creciente, por el aumento de su agricultura y la explotación de los frutos más valiosos en los mercados del mundo.

Los terrenos en cuestión, en donde se han levantado los caseríos conocidos con los nombres de Cañada, Trojillas, Santa Inés, Colorado y Camarón, son de una tierra fuerte, cargada de humus vegetal y de suficiente humedad y con una altitud, por término medio, de 600 metros sobre el nivel del mar; de modo que es susceptible de producir, como produce, tabaco, arroz, caña de azúcar y café, frutos que de preferencia han venido explotándose.

La estructura de aquellos terrenos difiere poco de un lugar á otro, pero por regla general, puede decirse que se forman (los terrenos) de una capa de suelo de uno ó dos metros de espesor, y medio metro por lo menos de despojos vegetales sobre el suelo, que le dan una fuerza considerable para la producción. Raros son los sitios en que el suelo esté substituido por un sub suelo ó un capa impermeable, formadas de arcilla, que impidan á las plantas no extender profundamente sus raices, ó por lo menos, contribuir á que se pudran prontamente por estar sumergidas en agua, que no pueda ser absorbida, por oponerse á ello el grueso de la capa impermeable, de modo que en casi to-

dos aquellos sitios prospera el cafeto, rindiendo productos que parecerán exagerados para todos aquellos que no hayan tenido oportunidad de palpar los hechos y de ver los resultados.

Ni la seriedad de estos artículos, ni nuestros propósitos sanos y desprovistos de toda mentira, permiten que exageremos y que asentemos hechos que no sean reales, de manera que nuestros bondadosos lectores pueden creer que no decimos más de lo que hemos visto.

Hasta estos últimos tiempos se ha despertado el entusiasmo por explotar todas aquellas tierras, verificando en ellas siembras de café, pero en lo poco que hemos podido ver no es cosa rara sacar de una sola mata seis libras de grano en seco, por cosecha, habiendo habido algunas que han producido, cuando el año ha sido próspero, diez y hasta doce libras, que es, en nuestro concepto, el máximum de la producción.

En Teocelo y Jico, del Cantón de Coatepec, no se ha visto cosa semejante, y se considera como una verdadera rareza que una mata dé seis libras, porque lo común y corriente es que produzca de dos á tres libras por cosecha.

Y no se crea que por lo que llevamos expuesto la producción esté en razón inversa de la calidad del grano, porque, por los informes que hemos podido recoger, el grano es tan compacto y el café tan aromático como el de cualquier otro lugor cafetero de la República.

No obstante la bondad de todos estos terrenos, si no han producido lo que debieran y si han permanecido en su mayor parte improductivos, culpa ha sido, y acaso la mayor, de la falta de un buen camino para sacar los frutos.

Para venir del Colorado ó del Camarón á Tlacolúlam, es preciso salvar dos cuestas, á cual más difícil, la de la Yegua y la de la Zorra, de triste renombre ambas, porque sus malísimos *pasos* han ocasionado la muerte de muchos animales de carga, que se han desbarrancado con todo y ésta.

Para salir de los puntos mencionados por Misantla para esta Capital, tiene que salvarse, primero, el mal paso del rio, aun en tiempo de secas, y después las *famosas* cuestas de San Juan ó Chiconquiaco ó el Espinazo del Diablo, tan malas y tan peligrosas, que es preciso recorrerlas para posesionarse de

lo aventurado que es andar por ellas. El pésimo estado de estos caminos encarece los fletes, á grado tal, que nadie quiere arriesgarse á emprender en una siembra en forma, para no exponerse á ver pudrirse el fruto de sus afanes y desvelos, porque hay que advertir que, las más de las veces, ni á peso de oro se encuentran arrieros que se resuelvan á conducir de un lugar á otro las semillas; por el justo temor que abrigan de no salir airosos en sus empeños, y con mayor razón, cuando el tiempo no se muestra favorable, y crecen los rios, y las *sartenejas* se ponen en peores condiciones.

Pudiera objetársenos que la salida es fácil por Nautla para aprovechar en último resultado la via de mar, pero esto, además de que aumenta el costo del transporte, no evita que tengan que salvarse al principio lugares en donde las bestias se entierran hasta los *encuentros*, sin poder librarse de esos contratiempos que son la pesadilla y el martirio de los pobres arrieros.

Hé ahí la razón por qué cuantas veces hemos podido, hemos abogado por la construcción de un camino que nos ponga en fácil comunicación con Misautla y los puntos principales de la tierra caliente de Tlacolúlam.

De nada sirve que á diez ó doce leguas de Xalapa tengamos tierras capaces de producir mucho y de aumentar la riqueza pública con el aumento de la riqueza particular, si carecemos de lo principal, de un camino que nos abra las puertas de la prosperidad y nos coloque en situación de emplear el dinero convenientemente y con fundadas esperanzas de multiplicarlo en pocos años de trabajo.

Mientras el camino no se construya, las empresas y los agricultores que deseen la explotación de aquellas comarcas, no harán más que desearlo, porque en la actualidad es casi imposible realizar tan noble y levantado propósito.

Además del café, que es renglón de gran porvenir para las comarcas que venimos describiendo, hay otro no menos importante, la caña de azúcar, que se desarrolla bien, y prontamente, pues que á los ocho meses de sembrada está lista para el corte y la molienda.

No obstante la bondad de las tierras, no hay los cañales que debiera haber, ni las fincas de caña, relativamente á sus acce-

soriós, merecen el nombre de regulares, porque la explotación no se puede hacer en grande, ni los productos que se obtienen son suficientes para emprender en la compra de una maquinaria medianamente servible, para atender á un pedido de alguna consideración y para evitar el desperdicio que se está haciendo ahora.

Los trapiches se componen de tres troncos de árbol, desprovistos de la corteza y con cuñas de madera colocadas de trecho en trecho, fijados los tres, en dos atravesaños, uno superior y otro inferior, que descansan sobre soportes verticales, á metro y medio de distancia, de modo que los cilindros tienen igualmente una posición vertical. El de enmedio sobresale por arriba cosa de cincuenta centímetros y agarra un brazo en posición horizontal, de cuyas extremidades pende una cuerda que sirve para atar los mulos que dan movimiento á la *máquina*. La presión que sobre la caña ejerce cada uno de aquellos rodillos es tan incompleta, que se desperdicia gran cantidad de caldo, además del que se riega, porque la posición del improvisado trapiche no da lugar más que para colocar en la parte de abajo un cazo destinado á recoger la miel, la cual tiene que irse sacando con un jarro á medida qua se va llenando el cazo, para vaciarlo sobre una canal de madera, formada igualmente de un árbol, y que va á dar á las tinas (unos barriles ó unos troncos huecos de haya) en donde se verifica la fermentación. Terminada ésta, pasa el tepache á un alambique de cobre, de serpentina, que por sus especiales condiciones, se calienta más de lo regular, no bastando el baño de agua fria, que continuamente está recibiendo en la parte alta de la bóveda, para evitar que salga caliente el líquido y que el aguardiente aparezca más alto de grado de fuerza del que realmente tiene. Por supuesto que las casas de las oficinas corren parejas con los aparatos descriptos, de modo que ya se podrá juzgar del aspecto de todos aquellos *ingenios*. El bondadoso lector creerá, como nosotros, que todo eso dejará de ser tan pronto como haya camino, pues el motivo de no llevar hasta allí un trapiche de fierro, consiste en que no ha habido persona que se haya atrevido á cargar ni un solo cilindro, que por lo menos, pesa treinta arrobas,

Otro de los renglones que se explotan en aquellos lugares es el tabaco, que aunque tiene grandes y poderosos enemigos entre los insectos y sus orugas, se produce muy bien, y es susceptible de dar grandes rendimientos al agricultor, pero no se explota como es debido, ni se beneficia convenientemente, de modo que se puede decir que su cultivo en forma, ni se inicia siquiera.

El arroz se siembra también por allá, pero en reducida cantidad, bastante cuando más para las exigencias del vecindario.

Tal es el estado que guarda la agricultura en la tierra caliente de Tlacolúlam; apenas está en embrión, puede decirse, y sólo aguarda para salir de esa lamentable situación, que se abra el camino que ha de ponerla en contacto con las plazas principales del país.

Cuando eso sea, y ¡ojalá sea pronto! todas aquellas tierras, ricas hasta la exageración, rendirán su tributo de prosperidad al Estado de Veracruz, porque todas ellas producirán y producirán mucho.

Conocemos muchos lugares de clima cálido, pero entre todos ellos nos parecen mejores los de Tlacolúlam y Misautla. En Trojillas tuvimos ocasión de ver una mata de calabaza melón, joven todavía y con una guía de diez metros de largo, que sustentaba veintisiete frutos, ya desarrollados y de diversos tamaños según su edad ¿Puede darse mayor exuberancia?

No hace mucho tiempo D. Luis Pérez Milicua, que estuvo en Santa Inés, trajo dos ramas de cafeto, tan cargadas de capulín, que á pesar de medir menos de un metro de largo, podrían conener de 250 á 300 bayas del aromático grano, cada una.

En el artículo próximo trataremos de los productos naturales de tierra caliente y de tierra fria á la vez, para no alargar más estos apuntes.

LVI.

La variedad de terrenos con que cuenta el municipio de Tlacolúlam, y los diversos climas á que da lugar la mayor ó menor altitud de aquellos sobre el nivel del mar, hará sospechar, aun á las personas poco afectas á la observación, que en el municipio de que hemos venido hablando, la flora se encuentra perfectamente bien representada.

Refiriéndonos á los lugares frios primeramente, podremos enumerar entre los árboles frutales, el durazno en sus varieda. des de prisco y melocotón, la pera, la manzana, el capulín, el tejocote, la guinda y el aguacate pequeño, que nacen expontáneamente y que rinden sus productos sin cultivo alguno. Entre los árboles cuya madera se utiliza para la construcción, se cuenta el pino, del cual hay ocho ó diez clases, desde el más duro al más blando, desde el más corpulento, cuyo tronco principal mide treinta y cinco ó cuarenta metros de largo, hasta el más pequeño, roñoso y torcido, que nace en el malpaís y que sólo sirve como combustible; el oyamel, el encino, el roble, la duela, el xicalahuate, el ilite, la marangola, el trompillo, el ciprés, el sabino, el romerillo, la tuya, el aguacatillo, el moral, y otras muchas clases más que no es posible especificar, distinguiéndose entre todos el acalocote, que por la bondad de su madera y su uso en ebanistería es muy solicitado, y tiene que dejar, andando el tiempo, mucho dinero á Tlacolúlam, porque hay que advertir que de él existen pocos ejemplares en los demás municipios de tierra fría del Cantón, por haber sido siempre de mucha estimación en el mercado.

En los montes de San Salvador Acajete y las Vigas hubo antes regular número de acalocotes. En las Vigss es raro encontrar hoy árboles de esta clase, y el que los posee, los cuida y los conserva como una cosa preciosa; respecto de San Salvador, todavía hay algunos, pero cuesta mucho trabajo sacarlos después de labrados, porque generalmente están en las barrancas más profundas é inaccesibles, á donde han ido á guarecerse, por decirlo así, para escapar de la saña del hombre, que no respeta nada cuando el lucro le ofrece oro que atesorar ó comodidades de que disfrutar, aunqua sea á costa de la desaparición de un animal ó de una planta útil, como ha pasado, por desgracia, con el castor en muchos lugares de la América inglesa.

En donde existen más acalocotes, según lo hemos podido ver, es en las grandes barrancas formadas entre el cerro del Quemado y el de los Laureles, pero en la actualidad es casi imposible sacarlos de ahí por la falta de camino, y más vale así, porque permaneciendo un poco más de tiempo sobre el terreno, esparcen su semilla y están contribuyendo á aumentar

el número de ejemplares de la codiciada madera, como pudimos advertirlo meses atrás, notando que no escasean los árboles pequeñitos.

La abundancia de ciertas maderas en nuestros bosques, y el poco cariño que hemos tenido á lo que pródigamente nos ha brindado la naturaleza, ha sido causa de que los arbolados se hayan casi terminado, sin dar á los dueños el producto que era de esperarse. Un acalocote de 40 metros de alto se ha vendido en pié por $1, siendo así que ha rendido seis troncos de 5 varas de largo, ó lo que es lo mismo, sesenta tablas, por término medio, de 1 pulgada de grueso por 18 pulgadas de ancho, que vendidas á $1.25, han dado $75, amén del valor de la vigueta de la punta, que por lo menos puede venderse en $5 ó $6.

Actualmente han subido de valor estos árboles, pero sin duda que pueden conseguirse por $4 ó $5.

Pasando á la enumeración de los árboles de tierra caliente, hay tanta variedad, que no nos va á ser dable darla ni siquiera aproximada. Intentaremos, sin embargo, apuntar las especies más principales, como son: el cedro, la caoba, el chicozapote, el rosadillo, el quiebra-hacha, el guayabito, la higuerilla, el palo gateado, el aguacate, el palo misanteco, la haya, etc., etc., todos de bastante demanda y de gran valor en el mercado.

En los abiertos abunda el jonote, el encino, el escalán, y otros muchos que no por ser de menos clase, dejan de tener su valor para la industria y la construcción.

Entre los árboles frutales que nacen sin cultivo, tenemos el naranjo, el limón, la guayaba, el aguacate, el escalán, ya mencionado más antes, el mamey, el chinine, el chalahuite, el jinicuil, el tepetomate, cuyo fruto es delicado y de un sabor agradabilísimo, la papayita, el níspero ó zapote chico, el caxixín y algún otro que de pronto no recordamos.

Se ve, por lo expuesto, que las tierras de Tlacolúlam abundan en arbolados y que en ellos tiene fincada una verdadera riqueza, y que tendrá que ser con el tiempo el abastecedor de leña para esta Capital y sus alrededores, en razón de ser el único municipio que ha podido conservar sus montes, no tanto por cálculo, sino porque le ha sido difícil, por la falta de caminos, destruirlos, como han hecho otros muchos pueblos del Cantón.

En los diversos viajes que hemos hecho á los terrenos de la tierra caliente de Tlacolúlam, hemos podido notar que los árboles de madera fina son menos esbeltos, por regla general, que los otros de madera corriente. El rosadillo, por ejemplo, es poco corpulento, y el diámetro de su tronco apenas llega á cincuenta centímetros en su parte más gruesa. Tal cosa no pasa con el haya, la duela, la pagua y la higuerilla. Arboles hay de estas dos últimas clases, que con todas sus raices aéreas y en forma de arcadas ó galerías, miden 8 ó 10 metros de diámetro en su base y se levantan á 45 ó 50 metros de altura. El haya también es corpulenta, sus raíces salen á la superficie á la altura de un metro, formando tabiques, que cerrados en sus extremos de dos en dos, por medio de un cercado, facilitan la construcción de chiqueros, donde aquellas gentes ceban sus cerdos, utilizando la parte hueca del tronco como granero, que les sirve para guardar calabazas, chayotes, y algunas veces pilas de mazorcas de maiz.

Esos troncos de hayas prestan también el servicio de toneles ó depósitos de semillas, suficientemente capaces para contener una buena cantidad de maiz ó de frijol. Al efecto, echando abajo el árbol, se cortan trozos de un metro ó más de largo, que vienen á ser unos cilindros huecos de un metro ó metro y medio de diámetro, se les adapta una tapa y se colocan sobre polines, dejando la boca por la parte superior, para dar entrada á las semillas.

El jonote es un árbol que presta importantes servicios á los rancheros de aquellos rumbos, ya por su corteza, que les sirve para ensartar tabaco y que venden en Misantla y demás lugares del rumbo á tres centavos el rollo, ya porque los troncos son muy á propósito para los *calehuales* y morillos de sus jacales, y porque se presta á la raja, para la construcción de tejamanil, que por lo menos dura dos años á la intemperie. El jonote no sirve para combustible, y presenta la particularidad de no nacer en pleno monte, sino en los abiertos, ocupándolos en toda su extensión, si se le deja en libertad de reproducirse. Esta particularidad puede servir de regla al observador, para saber si en años anteriores los bosques de ahora fueron campos destinados al cultivo y trabajados por la mano del hombre.

Suelen encontrarse en aquellos puntos, particularmente cerca del nacimiento del Quilate, algunos *manchones* de carrizo, que hasta ahora no han llamado la atención de aquellos labriegos para cercar sus habitaciones ó para la formación de sus dormitorios.

Antes de terminar con la flora de Tlacolúlam, en la inteligencia de que falta mucho por decir, queremos hablar de un chayote *cimarrón* que se cría en aquellos montes, amargo como la hiel, y que convierte á los chayotes dulces en amargos también, si se pone en contacto con ellos, pero que á la vez se *amansa* si se le siembra cerca de las habitaciones en medio de dos dulces.

No hemos hablado de la vainilla porque no la hay silvestre ni cultivada, siendo así que los terrenos son los más adecuados para su propagación.

Pasando á la fauna, nada añadiremos á la que corresponde á los terrenos frios, porque en todos ellos es la misma. Respecto de la de la tierra caliente podremos hacer mención de la existencia del tejón solitario y de manada, del jabalí, de la cuautusa, del venado, del jaguar y del leopardo, entre los cuadrúpedos; del águila, entre las aves; del nauyatl, mazacoatl, metlapile, coralillo, crótalo, y chirrionera entre los reptiles; del bobo, anguila, *guapote* y mojarra entre los peces; de la *nasa* entre los crustáceos, y algunas otras especies que no nos es dable recordar.

Desde tiempo inmemorial existe en Tlacolúlam un género de caza muy productivo, pero á la vez muy original, motivo por el cual vamos á ocuparnos de él para solaz de nuestros lectores.

Cuando se aproxima Agosto y se tienden sobre las cimas de las montañas esas neblinas compactas que impiden ver á diez metros de distancia, y el *mixquiahuite* (menudísima lluvia, aún más que el chipichipi) empapa los vestidos, y se cuelga, permítasenos la palabra, en microscópicas gotas, de la punta de las pestañas y de los vellos de los bigotes, muchas son las personas de Tlacolúlam que con una canasta al dorso trepan á las montañas para esperar la llegada de la noche brumosa, en los filos de aquéllas, escogiendo los que se prestan más al paso de las corrientes de un aire frio y helado que congela la sangre en las venas, amorata las carnes y hace tiritar y estremecer al más robusto de los hombres.

Los cazadores recogen leña y breñas en gran cantidad y en todo el filo encienden hogueras que se encandilan violentamente, y que con sus resplandores atraen á una infinidad de aves, esta es la palabra, que caen ofuscadas cerca de las lumbradas y que los cazadores rematan con una rama de árbol de que están previamente provistos, y no obstante que son muchos los que van á esa faena, no hay ninguno que no coja durante la noche tres ó cuatro canastos de pájaros, llamados *pichichis* y *totolillos,* que al dia siguiente venden en Tlacolúlam y caseríos circunvecinos, á razón de veinte ejemplares de los primeros por seis centavos, y uno ó dos de los segundos por la propia cantidad.

Esas aves son muy sabrosas de comer y con ellas se condimentan varios guisos que aquellas gentes saborean con deleite.

Cuando el cielo está despejado no hay caza posible, lo mismo que en cualquiera de los otros meses que no sean Julio ó Agosto.

LVII.

Si no fuera porque se trata de meros apuntes sobre nuestro rico y hermoso Cantón, apuntes que podrán servir más tarde, así lo creemos y esperamos, para escribir un libro útil al comercio y á la agricultura, pero que por hoy sólo sirven para señalar un camino recorrido por pocos, no nos atreveriamos á dar á la estampa nada que se relacionara con la mineralogía de Tlacolúlam, no precisamente por el temor de incurrir en un error, porque nuestra insuficiencia nos hace cautos y reservados, sino porque no podremos tratar este asunto con la debida extensión.

Demasiadamente saben nuestros bondadosos lectores, porque hemos tenido cuidado de decírselo varias veces, que todas nuestras observaciones han sido hechas al paso, á la ligera, robando á las horas de descanso algunos minutos, y sin podernos detener bastante en nuestras pesquisas, ya por falta de tiempo, ó por falta de medios, puesto que la más insignificante excavación ó el tajo más sencillo, requieren tiempo y particularmente dinero para pagar los jornales de los trabajadores, del cual carecimos siempre, porque apenas hemos podido proporcionarnos el mezquino sustento de la familia, y no ha llegado

nunca nuestro patriotismo hasta el grado de dejar á nuestros hijos sin pan, por averiguar si en determinado lugar el subsuelo es de granito ó simplemente de arcilla.

Lo dicho nos servirá de excusa para que, al juzgarnos nuestros bondadosos lectores, lo hagan teniendo presente que apuntamos lo poco que hemos visto y que, por razón natural, debe faltar mucho en nuestra exposición, vacío que algún día se llenará, cuando el Gobierno esté en aptitud de pagar el gasto que originen trabajos de la importancia de estos, que tienen por objeto dar á conocer á propios y á extraños la calidad de los terrenos con que contamos para las diversas y variadas explotaciones agrícolas, y los elementos que pueden ofrecer para la industria, la construcción y la metalurgia.

Entremos en materia.

Como este libro va tal vez á manos de personas que en lo general no han tenido tiempo de preocuparse en el estudio de ciertas ciencias, juzgamos indispensable hacer la debida distinción entre la *mineralogía* y la *geología*, para que se comprenda fácilmente en qué estriba la labor que debemos presentar. La primera trata del estudio particular de cada una de las substancias inorgánicas que entran en la composición de las rocas; y la segunda, del estudio de las rocas mismas, consideradas bajo el punto de vista de su origen, de sus mutuas relaciones y del papel que cada una de ellas juega en la constitución del globo.

Por *roca* se entiende, no precisamente una cosa sólida y dura, sino toda materia mineral reunida en masa, aunque esta materia sea dura, blanda ó polvosa; de modo que llamaremos roca lo mismo á una aglomeración compacta de substancias graníticas, que á una capa de blanda y movediza arena, sin cohesión ni resistencia alguna.

La experiencia nos tiene demostrado con hechos tangibles y que no pueden escapar á la penetración de nadie, que las muchas y diversas rocas que forman la corteza terrestre no ofrecen siempre la misma disposición. Unas están dispuestas en masas irregulares, cortadas por otras en variadas direcciones, y formadas de minerales agregados sin ninguna simetría. Otras, por lo contrario, afectan la forma de capas regulares y paralelas, en un sentido horizontal y algunas veces oblícuo, compues-

tas, cada capa, de substancias homogéneas, y separadas una de otra, de manera que se advierte perfectamente bien la línea de distinción. Esta especial disposición de las rocas en capas paralelas, es lo que llaman los naturalistas *estractificación*, y de aquí la división de las rocas, en rocas no estractificadas y rocas estractificadas.

Refiriéndonos al municipio de Tlacolúlam, vamos á hacer enumeración de los sitios principales en que se advierten las primeras rocas, por ser las más notables y más conocidas; ofreciendo ir tratando de las segundas, cuando fuere oportuno.

Dejando á un lado el malpaís,, que no podemos clasificar en ninguna de estas dos clases de rocas, porque, como se sabe, no es más que una torta de escorias y de lava, formada sobre una gran extensión de tierra, que acaso fué vegetal antes de que sobre ella se extendiera tanta cantidad de materia mineral en estado incandescente, y que ha hecho de aquel vasto país un campo erizado de picos y de obstáculos, para que la planta del hombre pueda recorrer con seguridad todos aquellos sitios, cuya desolación es manifiesta, no obstante que permite que, entre las grietas de las escorias, nazcan algunos pinos y no pocos ilites roñosos, se nos ocurre tratar inmediatamente del punto nombrado Tengonapa, que como hemos dicho en uno de nuestros artículos anteriores, está unido el cerro de "San Juan", y es el contrafuerte de más importancia que tiene esta eminencia.

Tengonapa es uno de los guardianes avanzados que tiene Tlacolúlam en el camino de Xalapa, y es una gran masa de rocas no estractificadas, dispuestas en formas irregulares, compuestas de minerales cristalizados, entre los cuales el sílice juega el principal papel, ígneos en un principio, y que después se han enfriado con la acción del tiempo.

Todas estas rocas, según hemos podido notar, no constituyen una masa compacta, al contrario, están formadas de muchos trozos de aspecto y dimensiones desiguales, colocados los unos sobre los otros, y sobresaliendo varios como torreones, ó simplemente como agujas, sin orden ni concierto alguno.

Todas las rocas que forman el estribo de Tengonapa se relacionan directamente con las que constituyen la gran mole del cerro de San Juan, que por su gran volumen y por la desigual-

dad de su superficie, permite á trechos la existencia de rocas estractificadas, oblícuas la mayor parte, y que se interrumpen para dar paso á aglomeraciones de rocas ígneas ó plutónicas, que asoman sus crestas peladas de vegetación, algunas á regulares alturas, en una dirección muy parecida á la vertical y rematando en puntas más ó menos agudas é inaccesibles.

Tengonapa, así como el cerro de "San Juan", revelan á primera vista que son el resultado de un sacudimiento brusco en algunas de las convulsiones que sufrió el globo terráqueo, y decimos sacudimiento brusco, porque si no hubiera sido así, al levantarse las rocas ígneas hubieran levantado consigo las demás capas superpuestas, formando conos ó prominencias más ó menos regulares, cuyo centro estuviese constituido por la roca no estractificada, como puede advertirse en el cerro de la Magdalena cuyo corazón, por decirlo así, es de roca plutónica.

Las rocas de esta naturaleza que constituyen la masa principal del contrafuerte de Tengonapa y cerro de "San Juan", se extienden hasta las partes bajas, y de ahí es que se vean grandes espacios de piedra compacta sobresalir en la calzada que parte de Tengonapa al cerro de la Virgen, y aun enfrente del mismo Tengonapa, antes de salvar la puerta de entrada. Estas manchas de roca plutónica, con alguna mezcla de calcio y arena, propiamente tal, están formadas de una piedra dura y resistente, y difieren mucho de la contextura del conglomerado margoso, llamado en nahuatl *tepetate*, de que hay grande abundancia en otros lugares, particularmente en el filo que se extiende desde el Epazote hasta el Sesteadero, pero con especialidad, en el punto dasignado con el nombre de Brinco del Diablo, del que trataremos en su oportunidad.

Al Este de Tengonapa, camino de Cuacuazintla, y en el remate de un estribo de uno de los contrafuertes secundarios del pico de la Magdalena, hay una aglomeración de rocas llamada "La Librería", que por su especial aspecto merece que digamos algunas palabras acerca de ella.

La roca está tajada á pico por la mano de la naturaleza y remeda un gran estante con sus respectivos compartimentos horizontales, de una anchura de metro á metro y medio, repletos de bloks de piedra de cal que semejan grandes libros, coloca-

dos ahí con simetría los más, pero con gran descuido del bibliotecario los menos.

Los vecinos de Tlacolúlam han respetado aquel pintoresco sitio, no tanto por conservarlo, sino porque no han tenido necesidad de tocarlo todavía para extraer la piedra y utilizarla, después de quemada, en la construcción de sus edificios, ó para venderla en esta Ciudad y poblaciones circunvecinas, en razón de que todos los estribos de la montaña que rematan cerca del malpaís están constituidas de rocas en que la cal, sin mezcla alguna, forma el núcleo principal y ellos la tienen á la mano.

Hemos podido advertir que sobre esas rocas se levantan en capas paralelas muchas otras, coronadas en su cima de una capa puramente vegetal, cargada de árboles y de otros vegetales

Las rocas de cal no avanzan mucho hacia el corazón de los estribos, limitándose á formar una costra superficial para dar lugar á otras rocas más consistentes, en las cuales el sílice va substituyendo á la cal.

La mayor parte de esas estribaciones, que simulan los dedos de una descomunal garra, cuyo núcleo principal se une á otro mayor, y éste á su vez á otro más grande, tienen su centro constituido de roca granítica, cubierta regularmente de capas paralelas superpuestas, aunque en planos alabeados, cuya costra viene á ser una delgada corteza de tierra vegetal, vestida de árboles, de yerbas y aun de plantas cultivadas.

Esta disposición nos hace suponer que los cerros fronteros al de Tengonapa y el "San Juan" no se formaron en la misma época y que las convulsiones bruscas que determinaron la formación de estos últimos, fueron menos fuertes en el levantamiento de los primeros, puesto que con rarísimas excepciones, no llegaron en éstos las rocas plutónicas á asomar sus cabezas de granito, desalojando á las estractificadas ó neptunianas, que cambiaron de forma en conjunto, como tenía que suceder, sin modificar su estructura ó desaparecer completamente.

En esta condición se encuentra el cerro de México, á lo menos en el flanco que está frente al cerro de "San Juan"; pero como este cerro se une al del Divisorio y ambos vienen á formar el principio de uno de los mayores contrafuertes del pico de la Magdalena, dejaremos su examen para otro artículo, después

de decir algunas palabras sobre el cerro de "Piedras blancas", estribo también que viene á sostener otro contrafuerte, que es uno de los más grandes de los que soportan la inmensa mole del Cofre de Perote.

LVIII.

Prosiguiendo nuestra tarea, y en cumplimiento de lo ofrecido, vamos á hablar en primer término del cerro de "Piedras Blancas".

Se levanta esta eminencia al Oeste del campanario del pueblo, formada de una gran roca compuesta en su totalidad de una piedra blanca, parecida por su textura al mármol. La roca está cubierta de otras coronadas de una capa de tierra vegetal, que produce árboles, arbustos y yerbas. Todo ese filo, y los demás que se levantan al Oeste, tienen un corazón de roca plutónica bien marcada, en las que el sílice hace el principal papel. Más adelante, en Atalpa grande, existe un punto llamado "La Tinaja" en donde abunda el mármol blanco que, aunque no de un ojo fino, puede explotarse y utilizarse en las construcciones,

Todos esos filos, en intrincado laberinto, y sosteniéndose los unos á los otros, van á dar á la Seboyana, en donde existe una roca de un mármol color de rosa. En la barranca de Xoxotla hay otra gran roca de mármol con vetas azules. Todas estas minas no se explotan como es debido, y sólo esperan la pica de un hombre verdaderamente trabajador para producir dinero y dar nacimiento á industrias todavía desconocidas entre nosotros.

Los pocos datos que hemos podido recoger, y que con gusto damos á conocer á nuestros lectores, evidencian que Tlacolúlam cuenta con muchos elementos de subsistencia y de progreso.

Si la paz no se altera en el país y seguimos tal como vamos, amparados por un gobierno protector, es racional esperar que los capitales, saliendo de los estrechos límites en que hoy se manifiestan, se vayan al campo y exploten todos esos filones de oro que por tanto tiempo hemos tenido abandonados.

Las especies de mármol que hemos enumerado, no son de lo más fino, es la verdad, pero débese tener presente que se trata de rocas que salen fuera de la superficie de la tierra, y no se

conoce la calidad de la piedra que forma el núcleo de la roca. Sin duda que profundizándose la cata, tiene que encontrarse piedra de ojo más fino y mármol de mejor clase.

Se nos informa que en la mina llamada "La Tinaja" se han encontrado bloks de una piedra fina, digna de equipararse con el mejor mármol conocido en el país.

Deciamos en nuestro artículo anterior que el cerro de México se une con el del Divisorio, y ofrecimos tratar de esta majestuosa mole que se alza al Norte del campanario principal de Tlacolúlam, á trescientos metros, poco más ó menos, de la plaza de armas, y en una línea oblícua levantada á 50° cuando más de la horizontal. Esta gran eminencia, que viene á constituir un estribo de uno de los más grandes contrafuertes de La Magdalena, que se extiende desde su cumbre más alta, sosteniendo el cerro del Arellano y el filo del Carrizal, La Perilla, El Mal Abrigo y La Papilla, hasta los flancos de la propia Magdalena, esta constituido de una roca plutónica que asoma por muchas partes sus crestas peladas ó cubiertas de ligerísima capa vegetal. El Cerro del Divisorio tiene muchos estribos, pero todos se parecen en su estructura á la mole principal, de la cual son sostenes que se avanzan en declive hasta tocar las partes bajas.

Cuando se entabla un *norte*, de esos de que hemos hablado en artículos anteriores, y se forman esas grandes corrientes que amenazan inundar á la población, se desprenden del Divisorio muchos trozos de lignita que se riegan por las calles del pueblo, y que algunas personas de ahí recogen para aumentar el combustible en el hogar.

La presencia de esa lignita indica que en el Divisorio hay una mina de ese combustible, ignorándose el lugar donde pueda existir, hasta por las personas que han recorrido el cerro en todas direcciones.

El que escribe estos renglones lo ha subido por tres partes distintas, siendo la más larga la que se sigue por el Rincón, y aunque fué recorriendo todos los rincones formados por los estribos hasta encumbrar á la Ermita, no vió señales en todos aquellos escondrijos de la existencia del carbón de piedra.

Los hijos de Tlacolúlan son muy afectos á recorrer los montes y á deslizarse por los precipicios en busca de caza, á la que

son muy dados, y no obstante eso, no conocen perfectamente y con exactitud lugares que tienen al frente de sus habitaciones. ¿Qué podrá decirse de todos aquellos sitios distantes de los lugares habitados y más difíciles de recorrer por los obstáculos naturales que presentan? Baste saber, para formarse una idea de alguno de ellos, que se puede encerrar á un hombre en una hondonada que mida cuando más una hectárea, sin que le sea dado salir de ahí, si no se le indica la puerta de escape. Estas hondonadas se llaman encerraderos y justifican su nombre. Se utilizan para guardar ganado por todo el tiempo que se quiera, sin necesidad de pastor.

En la congregación de Etlantepec existe un lugar llamado "El Compás", en donde hay una mina de lignita, muy abundante de este combustible, que pertenece á un particular, y que según noticias, ni se ha explotado ni se explota.

En Huichila hay otra mina de lignita, en un punto llamado "La Malinche".

Todas estas minas contienen, además, turba y hulla, y se cree que puedan encerrar algunas capas de antracita.

Por lo expuesto se comprenderá cuál puede ser con el tiempo la riqueza de Tlacolúlam. Falta solamente lo que tantas veces hemos dicho, que entre nosotros se robustezca el espíritu de empresa, y que nuestros ricos se resuelvan á dejar de colocar su dinero al tanto por ciento, para dedicarlo á otros negocios, sin duda más lucrativos y beneficiosos á la gente trabajadora.

Existen otras minas de carbón, de las que hablaremos en su oportunidad, continuando con la descripción del terreno, á contar desde el pico de la Magdalena rumbo al Quemado y al filo de los Pontones hasta Picachos.

Hemos dicho que la roca no estractificada no se alza hasta el vértice de la Magdalena. En efecto, se detiene á la mitad de la altura de esa eminencia, y desde ahí comienzan las rocas neptunianas, que están cubiertas en su cima de una ligera costra vegetal, siempre llena de árboles y de arbustos. Desde la Magdalena hasta las Magdalenillas, se nota la existencia, á lo largo del filo, de rocas plutónicas que, de trecho en trecho, van sacando sus crestas fuera de la superficie del suelo hasta hacer

sobresalir verdaderos crestones que se levantan, como pasa en las Magdalenillas, á grande altura, sin presentar camino para ascender á las mesetas de aquellas cabezas de gigante.

Por lo que hemos podido notar, todo ese filo, que en las Magdalenillas se bifurca al NE. y NO., está constituído de eslabones de roca granítica, compacta y no interrumpida, desde el Divisorio y cerro de México hasta Cerro Gacho, por un lado, y hasta el Pozón, cerca de Misantla, por el otro, porque si es cierto que en algunos lugares parecen interrumpirse los eslabones, la verdad del caso es que más adelante vuelve á asomar sus cabezas de granito la roca no estractificada para indicar que constituye la base y el corazón de todas esas montañas.

En donde la roca granítica se manifiesta en todo su esplendor y magnitud es en el filo frontero al del Quemado, El Amolarcillo, filo de la Piedra del Agua, filo del Chibo y Zompantal.

Lugares hay en todo ese filo en donde la roca plutónica se levanta del suelo en corte vertical sesenta ú ochenta metros, semejando un gran muro, cuya altura espanta y obliga al espíritu á entrar en consideraciones sobre la terrible sacudida que debió haber sufrido el globo, para levantar tamañas moles de piedra y dejar entre unas y otras simas profundísimas, en algunas de las cuales jamás penetran los rayos del sol.

El filo del Quemado presenta casi idéntica estructura. La roca granítica forma el corazón de todo el espinazo, pero por una anomalía inexplicable contiene, inmediatos á los lugares en que la roca no estractificada da más señales de su existencia, sitios cubiertos de tierra vegetal que descansan sobre rocas estractificadas, en plano horizontal, y como si estuvieran á larguísima distancia de aquellos puntos en donde las sacudidas geológicas debieron ser terriblemente bruscas.

Al Oeste del Saucal, punto de donde comienzan á nacer las faldas del Quemado, allá en una hondonada, se levanta el cerro del Cuervo, perteneciente al caserío de Misantla el Viejo, en donde se ha descubierto una mina de carbón de piedra que no se explota y que se tiene abandonada como cosa inservible.

El Amolarcillo es un estribo del gran espinazo que remata con la soberbia peña del Zompantle. Tiene un corazón de roca plutónica, pero ya en su cima cambia completamente de aspec-

to, á diferencia de otro estribo llamado "Filo de la Piedra del Agua", que es un crestón de piedra que desciende al abismo, causando calosfríos su solo examen aun á los hombres más fuertes de cabeza. El que escribe estos artículos estuvo ahí sobre la roca, al borde del abismo, y salvó aquella eminencia deslizándose por la peña, sin encontrar durante su descenso una sola breña de donde asirse, hasta caer á diez metros poco más ó menos más abajo, para poder llegar, rodeando la montaña, hasta el otro filo llamado del Chibo, que bruscamente se precipita hacia un punto nombrado "Los Nichos", muy inmediato á la Piedra del Zompantle, que queda muy abajo de la gran peña del mismo nombre, y que parece indicar, por ese rumbo, el término de la zona de los sacudimientos bruscos, pues que desde ahí, con excepción del filo de San Miguel, que se extiende hasta la Cañada, las rocas estractificadas van recobrando poco á poco el lugar que les arrebató la roca plutónica.

LIX.

Del punto llamado el "Zompantal" se desprenden dos estribos, el uno nombrado de San Miguel, que va á morir muy cerca de la "Cañada", y el otro que se enlaza con Cerro Gacho, mole inmensa, de roca granítica en su totalidad, que contiene una de las minas más grandes de piedra de carbón existentes en Tlacolúlam, conocida con el nombre de la "Cueva del Chorro".

Desde el rincón de San Miguel hasta el punto llamado el "Gallinero", se levanta un contrafuerte de Cerro Gacho, cuyo corazón está constituido de roca plutónica, que en más de un lugar asoma sus crestas peladas de toda vegetación, no obstante que permite lo existencia de rocas extractificadas, cubiertas de árboles corpulentos que forman una hermosísima selva.

Desde el Gallinero hasta el cerro del "Divisorio", mole dislocada de la de Cerro Gacho y que tiene un contrafuerte que se alarga mucho hacia el Oriente, llamado el "Filo del Zapote", la roca ígnea no deja de manifestarse, aunque menos compacta y en blocks, separados, á lo menos, en las partes bajas, aunque no de un modo regular; de tal suerte que no es raro encontrar cerca de las partes planas peñascos cortados á pico, é inaccesibles, constituidos de roca plutónica aislada de cualquiera otra, como

puede notarse en el flanco oriental del cerro por donde está trazada la inandable "Cuesta de la Yegua", que se compone de un ascenso y un descenso de los más difíciles y peligrosos.

Desde el Divisorio comienza á bajar el terreno de un modo rápido, ya rumbo á las "Trojillas" y á "Santa Inés", ya con dirección al "Colorado", pero en el espacio que lo separa de este último lugar se levantan el cerro de la "Media Luna", de poca altura y formado de rocas estractificadas y el "Cerro de la Cal", soberbia mole, cuyo núcleo es de roca granítica, que por diversos puntos sobresale, dando origen á no pocos precipicios y peñascos que se alzan á regulares alturas, haciendo difícil el pasaje por sus flancos y casi imposible por sus cimas.

En Trojillas y Santa Inés, excepción hecha de los lugares próximos á las faldas del "Cerro Blanco" y contrafuertes respectivos, el aspecto de las rocas es diverso al de las anteriores, pues que siendo todas de naturaleza neptuniana, hacen que todo aquel rumbo sea muy adecuado para las labores agrícolas.

Hemos podido notar, sin embargo, que existen muchas manchas de piedra de cal y algunos crestones de piedra de sílice, en combinación, que se levantan en varios lugares, formando notable contraste con los terrenos que los rodean, constituidos de rocas neptunianas estractiformes, sin el menor género de duda.

La mole del Cerro Blanco está constituida de una piedra blanquisca, pero no se entienda por esto que es completamente de cal, sino mezclada con arena y con una substancia muy parecida á la arcilla, que forma además el lecho del Arroyo Blanco y el subsuelo de la mayor parte del terreno de Santa Inés. Más allá, con rumbo al Norte, está el Cerro Verde, que contrasta notablemente con el Blanco, por el color y las rocas de que aquél está formado, puesto que no obstante su mole, la roca granítica se debe encontrar muy profundizada, como se ha podido notar por los derrumbes á que está expuesto el cerro, por ser de una tierra arenosa y de poca consistencia. Al NO. de Cerro Verde se alza majestuoso el Cerro de Culebras que en parte pertenece á Tlacolúlam y cuyas faldas están llenas de una vegetación exuberante.

El lecho del rio del Chorro, confluente del arroyo Blanco, y á cuyas aguas se reunen las del Quilate, que para nosotros quie-

re decir *piedra de hoja*, por las grandes lajas que contiene, es de pura piedra, y se encuentra á una gran profundidad, haciendo imposible el pasaje á lo largo de él, aun para los más avezados á recorrer aquellos precipicios.

Aquí debiéramos terminar con la descripción de los terrenos de Tlacolúlam, pero no lo haremos sin agregar unas cuantas palabras más sobre los comprendidos dentro de la zona caliente del propio pueblo, que tantos admiradores tienen en estos momentos.

Las tierras de Santa Inés tienen la forma de un segmento de círculo, cuya cuerda está formada por la línea que parte del nacimiento del Quilate, hacia el vértice mayor del cerro de Culebras, y de ahí hasta la mohonera de la Cumbre, frente á Picacachos, quedando constituida la línea curva por la corriente de Arroyo Blanco hasta el mismo nacimiento del Quilate, sin olvidar la confluencia con el rio del Chorro que nace en Cerro Gacho.

Todos los terrenos cercanos al Arroyo Blanco, por ser los más bajos, tienen un suelo de poco espesor y un subsuelo arcilloso é impermeable, de modo que en nuestro humilde concepto, todos ellos no dan seguras garantías para la prosperidad de las fincas de café, si se tiene en cuenta que la excesiva humedad del subsuelo puede pudrir y sin duda que pudre las raíces de los árboles y arbustos que ahí se siembren ó nazcan espontáneamente, y la naturaleza se ha encargado de demostrarlo, no concediendo la vida en todos aquellos lugares, sino á las plantas que necesitan mantener sus raíces dentro del agua para crecer y prosperar.

Lo contrario debe pasar y pasa con los lugares altos de Santa Inés. Ahí si tienen los árboles un suelo y un subsuelo de regular espesor para profundizar convenientemente sus raíces, sin el peligro de que se puedan pudrir, puesto que la capa impermeable se encuentra muy baja, quizá á una profundidad á donde no llegan las raíces de los árboles más corpulentos.

Lo que decimos de los terrenos de Santa Inés, próximos al Arroyo Blanco, afirmamos de los de las Trojillas, que se encuentran en tales condiciones; no van á resultar muy buenos para la siembra del café y en caso de que se levanten los cafe-

tos, no han de producir un grano maciso, ni ellos han de durar mucho.

Bien comprendemos que las personas que se han hecho de todos esos terrenos van á juzgar aventuradas nuestras apreciaciones, pero el tiempo los desengañará de que tenemos razón.

La capa impermeable se encuentra á flor de tierra, y tan es cierto, que no deja penetrar el agua más allá del plano que ella forma; que el agujero que hace la pata de un caballo, por ejemplo, una vez lleno de agua, ésta no desaparece de ahí hasta que es evaporada por el calor solar.

Se comprenderá fácilmente, aun por el menos observador y el menos entendido en achaques de agricultura, que un terreno semejante apenas podrá servir para la siembra del arroz, pero nunca para los plantíos de café, cuyas raíces necesitan extenderse dentro de una tierra fofa, que conserve una humedad relativa, pero no agua en abundancia, dañosa, cuando es mucha, tanto como la sequedad constante.

Todos esos terrenos, según lo hemos podido comprobar, formados de un lodo pegajoso, cuando no están encharcados, es decir, en tiempo de secas, presentan de trecho en trecho grietas y cuarteaduras y una consistencia tal que no permiten la germinación de ninguna semilla, de manera que están privados de vegetación.

En las partes altas de Santa Inés y de Trojillas, es otra cosa, y todas las personas que hayan logrado hacerse de terrenos allí situados, tienen la seguridad de progresar tan luego como los pongan en explotación.

Al igual de los terrenos cercanos al Arroyo Blanco, creemos que los situados al Oeste de Cerro Blanco no son muy adecuados para el cultivo, y que ahí los cafetos han de prosperar poco ó casi nada. Esas piedras blanquiscas que han servido para dar nombre al Cerro, constituyen el subsuelo, el cual, por su impermeabilidad, remeda un inmenso cazo lleno de agua en los tiempos de lluvia, y seco hasta la exageración en los meses calurosos del año. Los árboles corpulentos cuyas raíces conservan proporción con su tallo y ramas gigantes, pueden penetrar aquella capa dura de arcilla, yendo á buscar más profundamente la vida que les niega el subsuelo por su especial condición; pero

eso mismo no se puede decir del café, cuyas raíces ni tienen el largo de las de los gigantes de los bosques, ni la fuerza para romper aquella roca compacta y dura, particularmente cuando está seca, que tal parece una plancha de hierro ó de plomo.

Para mejorar estos terrenos no hallamos más remedio que cambiar el subsuelo por otro, ó combinar la arcilla que lo constituye con gran cantidad de arena ó de tierra vegetal, siempre con riesgo de formar una argamasa ó una pasta propia para la fabricación de ladrillos.

En el Colorado y el Camarón hay terrenos semejantes, y es fácil distinguirlos, porque generalmente están privados de vegetación.

Las sangrías, si se pueden practicar, no son el remedio que reclaman esos terrenos, porque la sequedad que se produciría así, los colocaría en peores condiciones.

Hemos creido de nuestro deber hacer todas estas explicaciones, para que los propietarios de todos esos terrenos, que no han tenido tiempo de estudiarlos, no se guien por las simples apariencias y se arriesguen en especulaciones que pueden abortar é infundir la alarma entre los demás terratenientes, que son dueños de tierras riquísimas capaces de dar los más grandes productos.

Para terminar, diremos que Tlacolúlam posee en casi todo su territorio excelente agua potable, con excepción de Santa Inés que, aunque rica en corrientes del líquido elemento, es por lo general salobre, sucia, con un marcadísimo sabor á cal, impropia para el lavado porque corta el jabón, é inservible para las diversas operaciones del arte culinario, circunstancia por la que la mayor parte de los vecinos de aquella comarca andan enfermos del estómago, no obstante que acostumbran tomar aguardiente antes de sorber un vaso de agua.

Este inconveniente puede subsanarse con el uso de un filtro, ó trayendo el agua de Trojillas por medio de una cañería, lo que sin duda se hará más tarde, cuando la agricultura sea un hecho por todos aquellos rumbos y las fincas de caña de azúcar y de café nazcan á impulsos de la gran demanda que se espera, tan pronto como se abra al tráfico el camino cuyo trazo y nivelación

se comienzan en estos momentos bajo el amparo y la protección oficial. Para entonces también se podrán descubrir y explotar las varias minas de plata y de oro, de cuya existencia se tienen seguros indicios.

LX.

Los reducidos horizontes de nuestras aspiraciones; las luchas intestinas que han desolado últimamente el país; las tendencias del gobierno colonial, al principio, de circunscribir á pequeño círculo nuestras relaciones sociales y mercantiles, y nuestra conformidad en contentarnos con poco, cuando eso puede bastar á cubrir nuestras necesidades, han sido motivo bastante, que se debe tener en cuenta, para que los pueblos de escaso vecindario hayan permanecido por mucho tiempo en un completo estado de atraso.

Poblaciones hemos conocido y conocemes, cuyas calles carecen de embanquetados, porque, según el sentir de los vecinos, pueden ser substituidos ventajosamente con una capa de tierra que, si se entanga en los dias de lluvia, obliga por lo menos, y esto es una ventaja para el vecindario, á no salir de casa, á ahorrar el calzado y á vivir continuamente dentro del hogar.

Visítese cualesquiera de los pueblos de este Cantón, y muy contados serán aquellos que no tengan un *atascadero* al frente de la iglesia ó de la casa municipal, sin que las autoridades den á entender que aquello les llama la atención: tan acostumbrados están á verlo.

La apatía que se nota en las poblaciones pequeñas por todo aquello que significa una comodidad, es efecto, más bien que del egoismo, de la educación social que han recibido, y de la constitución física de los hombres y de las mujeres que allí viven.

Los hombres de campo, acostumbrados á los malos abrigos y á soportar resignadamente las inclemencias del tiempo, sólo ambicionan el calor del hogar, al que se retiran después de un dia de duras faenas, para tomar el sustento cerca de la lumbre y luego echarse á dormir al pié de la misma, á fin de sentir menos frio durante la noche. La cama blanda, las sábanas y demás comodidades solicitadas y encontradas por la gente de ciu-

dad, son cosas desconocidas entre ellos. Trabajar, comer y dormir, he ahí todo el círculo de sus ambiciones; pero es cierto que trabajan mucho, comen mal, y duermen en condiciones semejantes á los animales que tienen á su servicio.

Que á esos hombres les falta educación civil y social, salta á la vista; pero no debe culparseles, si se tiene presente que hasta ahora se les ha visto con la mayor indiferencia, exigiéndoles únicamente que contribuyan á los gastos públicos, y que cumplan deberes que están muy lejos de conocer.

Sin duda que la guerra que por tanto tiempo sentó sus reales entre nosotros, consumiendo todas nuestras fuerzas y constituyendo todos nuestros temores y esperanzas, ha tenido gran participio en realizar este estado de cosas. Las luchas continuas fijaron el patrón que ha servido de guía para la construcción de nuestras habitaciones y la forma de nuestros pueblos pequeños. Las casas, más que casas, remedan tiendas de campaña; las poblaciones parecen un vivac.

Cada quien levantó su casa donde pudo y quiso, de modo que con el tiempo, las calles resultaron quebradas y las manzanas mal distribuidas. La irregularidad de las calles, que se advierte hasta el dia en algunas de nuestras ciudades, reconocen ese origen. Se comprende que nuestros abuelos no se preocuparon mucho por la estética.

Esta costumbre sigue aun en auge. Hemos tenido ocasión de advertirlo por lo que pasa con los caminos.

Cuando los Ayuntamientos se olvidan de componer los malos pasos, los transeuntes no se detienen á reponerlos, optando por abrir una vereda á un lado ó á otro del camino. de modo que si persiste el mal paso, la via queda completamente abandonada y substituida por la vereda, que llega á abandonarse también, cuando se descompone por el tráfico continuo.

En todo nos inclinamos por lo más fácil, por lo que cuesta menos trabajo y no porque seamos avaros de nuestras fuerzas físicas que gastamos contentos en favor de la colectividad, lo que prueba que si no tenemos muchas cosas buenas, es porque no se nos hace comprender la utilidad de tenerlas.

Basta que alguna vez se indique al ranchero la conveniencia de tal ó cual mejora, para que ofrezca sus servicios perso

nales y su dinero en pro de aquélla, y trabaje con ahinco hasta realizarla; pero como es indolente y apático, si llega á desaparecer la mejora, pronto se acostumbra á pasarse sin ella.

Creemos que para conseguir el progreso material de nuestros pueblos, las autoridades cantonales no deben darse tregua ni descanso hasta realizarlo, y laborar cotidianamente en la tarea de obligar á nuestros campesinos á hermosear sus respectivas poblaciones. por todos los medios que estén á su alcance; creando, por otra parte, entre ellos, otras necesidades de que no tienen ahora noticia.

Hásenos ocurrido todas estas consideraciones, en vista de lo que pasa con el pueblo de Cuacuazintla, del que nos vamos á ocupar desde el presente artículo.

Cuacuazintla es un bonito pueblo, está habitado en su mayoría por gente que procede de las Vigas, tiene elementos de bienestar y de progreso, terrenos á propósito para los trabajos agrícolas de regular rendimiento, un clima saludable, agua magnífica, y sin embargo, no ha podido progresar como era de esperarse.

Sus cálles carecen de empedrados, las banquetas no se conocen y el alumbrado público está todavía por nacer.

¿De qué se origina semejante estado de cosas? Cuacuazintla no está muy alejado de esta Capital, es el necesario pasaje de Naolinco á las Vigas, está habitado por individuos de la raza española, y lo natural era que estuviese en condiciones mejores de habitabilidad, á lo menos, para las gentes que se estiman un poco.

Urge, pues, como decimos más arriba, que los Jefes políticos visiten con alguna frecuencia los municipios de su dependencia, y dentro de sus facultades, pero con gran acopio de patriotismo, promuevan mejoras que reclama la cultura de que hacemos tanta gala. El Jefe político, que tal cosa haga, se conquistará la estimación de sus gobernados y podrá corresponder lealmente á la confianza que en él se ha depositado. De seguir como hasta aquí, protegiendo los grandes centros, sin acordarse de los pequeños, porque no llaman la atención, de seguro que no obraremos cuerdamente ni contribuiremos al adelanto general del país, que es lo que necesitamos para entrar de lleno en la senda del verdadero progreso.

Cuacuazintla está situado á dos leguas, poco más ó menos, de Tlacolúlam, con rumbo al Este, dentro de las tierras que pertenecieron á este último pueblo, y está dividido en seis congregaciones, fuera de la cabecera, llamadas Tlachinola y Pueblo Viejo, que le pertenecían desde un principio, y los extinguidos pueblos de Chapultepec (cerro del Grillo), con sus congregaciones de Tepozontipe y Ciprés, y Paxtepec (cerro del Paxte) reducido pocos años ha á congregación, por su falta de censo.

Hemos tratado de averiguar el significado del vocablo Cuacuazintla, y á pesar de nuestras investigaciones, no hemos encontrado persona que nos haya podido sacar de la duda. En vista de tal dificultad, conceptuamos como prudente pasar por alto dicho significado, pero últimamente se nos ha referido algo que nos puede dar alguna luz en el asunto.

Hablando con un vecino del pueblo sobre la fauna del municipio, nos dijo, que existían en los abiertos, acahuales ó escobales, dos clases de culebras (llamadas *torillos*) que, aunque de distinta forma, acostumbraban vivir en vecindad ó apareadas. Creímos que se trataba de ofidios de la misma familia, pero con determinadas diferencias entre los individuos de diverso sexo, y por analogía, sin responsabilidad alguna de nuestra parte, porque lo decimos como lo hemos imaginado, sin afirmarlo absolutamente, esa circunstancia, al parecer baladí, nos puede dar el hilo para llegar á conocer el significado de la palabra objeto de nuestras investigaciones. En este supuesto, Cuacuazintla, descompuesta así: Coatl-Coatl-zintla, puede decir muy bien "Culebra que anda debajo de otra culebra". El lector, si es curioso, puede averiguar lo que haya de cierto en realidad, y aceptar ó rechazar, como consecuncia de sus estudios, nuestra desautorizada opinión, de la cual, repetimos, no salimos garantes por conocer muy poco del nahuatl y no poseer en esta ocasión una segura base de que partir.

Cuacuazintla fué fundado después de la conquista, y á su erección concurrieron individuos de los pueblos vecinos, en su mayor parte totonacos, pero con ellos, sin duda, algunos españoles ó hijos de éstos.

El indio de Cuacuazintla se parece mucho al de Tlacolúlam, en sus costumbres, color, estatura, traje é idioma. El blanco ó

criollo, no difiere bastante del de las ciudades populosas, aunque se le parece poco en los modales, que acusan desde luego falta de cultura.

El pueblo está fincado regularmente, sus calles no son muy rectas y, aunque posee varias casas de material, éstas se resienten de la falta de comodidades, componiéndose de una sala grande que se utiliza como granero, dormitorio y pieza de recibo, y de una ó más piezas pequeñas, según las necesidades y proporción del propietario, con pavimento de ladrillo ó madera y cielo de tablas, que constituyen el suelo del zarzo ó tapanco, en donde se depositan los frutos de la cosecha.

Posee el pueblo una bonita iglesia, y casas consistoriales capaces de contener las oficinas y la escuela da varones.

Las autoridades del municipio son: un Alcalde, un Síndico, dos Regidores y un Juez de paz, que hace veces de Juez del Registro civil, cuando no hay persona que se resuelva á cargar con las responsabilidades de ese delicado puesto. Los empleados se reducen al Secretario del Ayuntamiento, que lo es á la vez del Juzgado de paz y que hace de Tesorero, al Maestro de escuela y al Ministro de vara. La policía está á cargo de cinco ó seis Ministros conservadores, secundados por veinte ó veinticuatro Ayudantes. En las congregaciones, las autoridades son un Subregidor y un Teniente de Justicia, en cada una, electos para ese encargo por el voto público.

Los hijos de Cuacuazintla son trabajadores pero inquietos, y afectos entre ellos á las disputas judiciales. En las épocas aciagas de las revoluciones han prestado sus servicios á la buena causa.

LXI.

Situado el pueblo de Cuacuazintla entre los de Tlacolúlam, Jilotepec y San Pablo Coápam, puede decirse de sus tierras y de sus productos lo que hemos escrito sobre las tierras y sobre los productos de aquellos municipios, de modo que no nos extenderemos mucho en el particular.

Cuacuazintla cuenta con algunos arbolados, constituidos en todos los lugares frios, de pinos, ilites, encinos y xicalahuates, cuya madera emplean los habitantes en sus construcciones y utilizan como combustible.

Poseen terrenos laborables de excelente calidad, y siembran el maiz preferentemente á otra planta, del que sacan regulares rendimientos.

Desde hace mucho tiempo tienen las tierros de Cuacuazintla fama de buenas para el cultivo, y á eso se debe que vecinos de las Vigas y San Salvador arrienden año por año solares en ese municipio para hacer sus siembras, por el convencimiento práctico que tienen de que no les puede ir mal en sus empresas, como no les va en efecto, aunque el año no sea de los bonancibles.

El maiz no es sólo el único renglón agrícola que explotan, dedicándose también á la siembra de la cebada y del frijol, aunque no en cantidad tal, que el producto sirva para sus necesidades y además para la exportación.

Pese á los optimistas, que todo lo ven por el lado mejor, nuestros pequeños pueblos, aun los poseedores de tierras ricas, no están en aptitud de producir mucho, en razón de que siembran poco, porque para hacerlo en mayor proporción necesitan dinero, y ese no lo hay, ni se le encuentra con mucha facilidad. Verdad es que tenemos capitales improductivos, y que podrían emplearse en explotaciones agrícolas con buen éxito, pero no es tiempo todavía de que tal cosa se vea en la práctica, porque, por desgracia que no nos cansaremos de lamentar, nuestros capitalistas desconfían del tiempo, de las personas y de las cosas, y juzgan mas hacedero y fácil colocar su dinero a préstamos y a tipos exagerados, que meterse a favorecer a los campesinos que, por otra parte, no son una segura garantía, si se tiene presente que la formalidad y la asiduidad en el trabajo no son virtudes que los adornan constantemente, ni se prestan mucho á que los favorezcan.

Hemos conocido á un capitalista que soñó por mucho tiempo en protejer á un campesino digno y honrado, y se echo a buscarlo con ahinco.

Parecerá extraño á nuestros bondadosos lectores que haya habido un hombre de semejantes intenciones, ahora que cada cual tira de la manta como mejor cuadra á sus intereses y conveniencias; pero el hecho es cierto, existió ese hombre que, como habrá de suponerse, no pretendió favorecer simple y sen-

cillamente, sino que intentó ver si obtenía algunas ventajas para sí, aplicándose en parte la sentencia vulgar aquella de que *charitas benè intelecta incipit à semetipso.*

Una vez que la persona de que venimos hablando y el que escribe estos renglones, paseaban por las afueras de esta Capital, hubieron de tropezar con un terreno situado al Oriente de la misma, compuesto en su totalidad de una gruesa capa de arcilla, en condiciones tales, que podía utilizarse, sin tener la necesidad de combinarla con ninguna otra substancia, en la fabricación de ladrillos y de teja.

Nuestro acompañante, hombre práctico y conocedor, comprendió desde luego que aquello era negocio, entró en cálculos sobre gastos y rendimientos, y nos encomendó la tarea de buscar al dueño del terreno.

Este encargo quedó cumplido á los pocos dias, y el benefactor, en vez de proponer al dueño del solar que se lo vendiese, le indicó que de él podía sacar una fortuna si se resolvía á prestarlo por un poco de tiempo para ciertas operaciones, que no le dijo, ofreciéndole tomarlo á su servicio, darle un sueldo mensual que no bajaría de $30 y además $500 el dia que le devolviera el terreno, fijando, al efecto, dos años de plazo. El campesino, azorado al oir semejantes proposiciones, pidió un plazo de ocho dias para resolver, y se separó de nosotros más que de prisa.

Solos nosotros ya, nuestro amigo nos expuso clara y concisamente lo que pretendía hacer. Nos mostró un catálogo de una fábrica norte-americana, de maquinaria, que traía el modelo de una máquina para hacer ladrillos, de los cuales podía preparar 4 ó 5,000 por dia. Nos habló del horno de cochura y de cuanto más tenía que hacerse para poner los ladrillos al mercado. Nosotros no nos ilusionamos mucho con los números, y esto no obstante, tuvimos que convenir con nuestro interlocutor en que aquello era un gran negocio, y que podía dejar en dos años 4 ó $5,000 de utilidad, siempre que las cosas se hicieran como él lo decía.

Llegó el plazo de los ocho dias y el propietario no acudió á la cita, lo buscamos, y hallándole al fin, nos dió una respuesta absolutamente negativa.

El negocio se vino al suelo sin estrépito, y nuestro amigo se ausentó de esta Capital para no volver jamás.

Extrañándonos la negativa del campesino, solicitamos una entrevista con él, para averiguar las causas que lo habían inducido á proceder de semejante manera, á todas luces perjudicial á sus intereses. No nos contestó de una manera franca, contentándose con decirnos que no le gustaba esa clase de negocios, y que si se le había ofrecido tanto dinero, era porque su terreno tenía algo que lo valiera.

Informados después por otras personas, llegamos á saber que aquel pobre hombre, desde el dia en que le hicimos la proposición, recorría á menudo todos los lugares del solar, y se entregaba con frecuencia á medicaciones profundas. Pasado algún tiempo, lo vendió en $100 por causa de enfermedad, muriendo pocos dias después, sin haber podido averiguar el lugar en donde estaba enterrado el tesoro que él se suponía.

Pues bien, como este campesino hay muchos á quienes no se puede favorecer sin grave riesgo de perder el dinero, porque, aunque cueste dolor decirlo, entre nosotros hay ahora en casi todos los negocios, desconfianza y mala fé.

Si damos dinero á un labrador para que aumente sus explotaciones, y no le exigimos en cambio como garantía las tierras que posee, de seguro, y será muy raro el que no lo haga, se resolverá á vivir un poco de tiempo á nuestra costa, poniendo previamente á buen recaudo sus propiedades para poderlas salvar en el momento de la bancarrota.

Son tan complexas las causas que han determinado todas estas cosas, que no nos detendremos á hacer un estudio circunstanciado de ellas; baste saber que entre el capital y los brazos no se ha podido establecer confianza, de modo que entrambos existe una lucha que acaba por destruir en germen muchos de nuestros propósitos y justas ambiciones, manteniendo *in statu quo* la agricultura, hoy por hoy, la gran esperanza de nuestra patria.

Como decíamos al principio, posee Cuacuazintla muy buenas tierras, un clima benigno, está próximo al Ferrocarril Interoceánico, pero no progresa, ni progresará, mientras la instrucción popular no se difunda de una manera conveniente.

Los gobiernos, pues, deben de preferencia atender la escuela, y trabajar sin descanso porque todos nuestros campesinos se instruyan, pero muy particularmente en aquello que redunde en su inmediato beneficio, en todo aquello que sea práctico y de utilidad indisputable. Edúqueseles para la vida y no para la escuela, como se ha hecho hasta ahora, á fin de que sus conocimientos se conviertan en dinero, tan pronto como los pongan á contribución. De ahí la necesidad de enviar á los pueblos maestros verdaderamente ilustrados que eduquen á sus discípulos dentro de sus necesidades futuras, para que sepan salvarlas, y sacar provecho hasta de lo más insignificante.

Y para terminar con Cuacuazintla diremos, que sus terrenos son muy semejantes á los de Tlacolúlam y Jilotepec, con todas las ventajas y desventajas de los paises quebrados.

Las partes planas son las mejores, las laderas regulares, y sólo los desfiladeros son los que se prestan menos al cultivo.

El pueblo está en condiciones de mantener un buen número de cabezas de ganado menor, y, en efecto, se sostienen ahí varias puntas que, ademas de abonar las tierras, producen leche, quesos y lana en regular cantidad.

Se halla el pueblo bañado por varias corrientes de agua que, aunque no de consideración, prestan importantes servicios al vecindario y mejoran notablemente las tierras.

La fauna y la flora son las mismas que las de Tlacolúlam y Jilotepec; pero antes de terminar con este artículo, queremos hablar de una especie de hongo que se da ahí, en los flancos de las montañas, que aquellas gentes tienen en alta estima. No es un alimento ni mucho menos: se emplea para otra cosa más seria, motivo por el cual le llaman *hongo de adivinar.*

Cuando alguien quiere penetrar un secreto ó aclarar un misterio, toma cuatro ó cinco ejemplares de ese hongo y los machaca para formar una píldora que se traga bonitamente. A los pocos momentos entra en un desvarío convulsivo y se desata hablando incoherentemente. Los asistentes recogen todas sus palabras para analizarlas después en compañía del adivino, que termina su delirio cayendo en un sopor que dura una ó dos horas.

D. Félix Zayas, respetable vecino de Tlacolúlam, nos ha referido esto que, como se comprenderá, es una de las preocupa-

ciones que tienen aquellas gentes, acaso de las más peligrosas; y él mismo nos refirió que cuando estuvo en Orizaba, con su carácter de Diputado al Congreso del Estado, llevó á aquella Ciudad unos cuantos *hongos de adivinar*, para que fueran estudiados por la ciencia. Nada se resolvió sobre el particular; pero nosotros creemos que se trata de una planta narcótica que no tiene que ver absolutamente con las adivinaciones.

LXII.

A legua y media de Xalapa, rumbo al Oeste, en una eminencia perceptible desde muchos puntos de esta última población, se levanta un campanario, siempre pintado de blanco y rodeado de cuatro ó cinco casas, que es la cabecera del pueblo de Tlalnelhuayócam, vocablo nahualt que según nuestro leal entender se traduce al castellano por "entre las raíces".

Tlalnelhuayócam fué fundado antes de la venida de los españoles, por colonos venidos de los pueblos cercanos á la metrópoli, quiere decir, por verdaderos *méxica*, que hasta nuestros dias no ha podido olvidar ni su lenguaje, ni sus costumbres, conservando por consecuencia parte del odio que sus progenitores tuvieron á los españoles y á los que vinieron después de ellos, por razón de origen.

La vecindad del pueblo con esta Capital, el frecuente trato que tenemos con los *sanandreses*, como les decimos, para distinguirlos de los habitantes de los demás pueblos circunvecinos, no ha sido motivo bastante para grangearnos sus simpatías; nos ven de reojo, con mucha desconfianza, y todavía no se ha dado caso de que hayan solicitado mezclarse con los blancos, de modo que podemos considerarlos indios de pura raza.

A primera vista parecen sumisos y resignados, pero no hay tal cosa, su soberbia y su despecho estallan cuando están fuera del alcance de las miradas de los individuos procedentes de raza ibera, y sus gestos son amenazantes y su conversación exaltada, que sostienen siempre en el lenguaje de sus abuelos, por más que hablen el castellano con mediana perfección, aunque se resiente mucho del acento azteca y de la falta de algunas vocales no existentes en este idioma, como la *u*, por ejemplo.

En el hogar y dentro de los límites de su pueblo jamas profieren una sola palabra del castellano y los niños apenas co-

mienzan á conocerlo á los diez años, siendo las niñas las que más tardan en aprenderlo.

Cuando celebran sus reuniones en la casa municipal, reuniones que siempre tienen el mayor concurso, porque á ellas son llamados los *padres* del pueblo para ilustrar las opiniones del concejo municipal, hablan el mexicano, y al secretario del Ayuntamiento solo le comunican parte de las resoluciones que han tomado, callando el resto, de modo que si este empleado no sabe nada del idioma nahualt, se queda en ayunas de toda la discusión, que la mayoría de las veces es acalorada.

En la compreusión del pueblo sólo hay dos individuos de raza blanca, el secretario del Ayuntamiento y el maestro de escuela, pero este último sí tiene la obligación de aprender algo del mexicano, porque de otra manera no podría hacerse entender de sus discípulos.

El maestro actual, D. Guillermo Acosta, viejo profesor que ha encanecido en los pueblos, enseñando á los hijos de éstos las primeras letras, nos manifestaba dias pasados que ya habia aprendido algo del mexicano, y que ya podia entenderse con sus alumnos. Nos dijo ademas, que es tal la costumbre que tienen de que se les hable en su idioma, que no obedecen un mandato, ni aceptan una explicación, si se les hace en castellano, aunque comprendan lo que se les esta diciendo.

Pero lo que sí debe llamar la atencion, que no obstante esta estudiada costumbre, sin duda aconsejada por los padres, aprenden á leer y escribir el español, siendo reducido el número de habitantes masculinos que no tienen estos conocimientos.

Las familias viven diseminadas en los sitios mas agrestes y solitarios, comunicados por veredas con el centro, para poder llegar á él fácilmente de dia ó de noche, á la menor señal ó al menor toque de alarma.

Cuando atraviesa uno solo ó acompañado alguna parte del territorio de Tlalnelhuayocam, no es raro ver aparecer á un hombre de entre las malezas, sin hacer el menor ruido y como si hubiera brotado de la tierra, que mira con ojos recelosos al transeunte, sin dirigirle la menor palabra, pero indicando por su aspecto, que se admira de que sin su permiso se transiten aquellos lugares.

Las veredas que han practicado para comunicarse entre sí, más parecen la huella de un reptil que el pasaje de hombres, y algunas hay, particularmente las que descienden á las barrancas, que infunden respeto y desaniman al más esforzado para atravesarlas, sin tomar previamente en la mano una arma ofensiva. Y no se crea que exageramos.

Sin embargo de todo lo expuesto, el indio de Tlalnelhuayócam no es provocativo ni pendenciero, mira con recelo á las gentes que no son de su raza, pero nada más. Si se le dirige la palabra, contesta al que le habla, y cuando comprende que está de más, emprende su camino al trote, que es la manera que tiene de andar.

El habitante masculino del pueblo que vamos describiendo, viste por lo general camisa de manta, cotón ó *poxca*, calzoncillos también de manta, huarachis y sombrero de palma. Los más acomodados usan pantalón de cordoncillo y zapatos de vaqueta.

Las mujeres usan huipil de lana, refajo de lo mismo, ceñido á la cintura por una banda tejida de algodón, unos gruesos cordones trenzados con el pelo y andan por lo general descalzas. Cargan á sus pequeñuelos á la espalda ó á un lado, por medio de un chal de lana, adoptando esta última postura, cuando quieren que aquéllos mamen sin que ellas interrumpan su camino. Visten á su hijo con una gruesa manta de lana, le cubren la cabeza con un gorro de raso adornado con flores de lienzo, y no olvidan nunca atarles en el cabello que nace cerca de la frente, una pluma de gallina, pintada de colorado, para preservarlo del *mal aire.* Ese gorro de raso fué regalo del padrino el dia del bautizo, y el muchacho lo usa hasta que se le cae á pedazos.

Las mujeres trabajan tanto como los varones y no se rehusan á representar el papel de bestias de carga, echándose un tercio de leña á las espaldas y al hijo por delante, y emprender así una caminata de muchas leguas, cubriéndose de los rayos del sol con algunas hojas de calábaza ó de árbol, que se colocan encima de la cabeza. Los chicuelos duermen durante todo el trayecto y se mortifican poco del calor ó del frio, acostumbrándose á soportar desde tempranísima edad las inclemencias del tiempo, sin dar muestras de impaciencia ó de incomodidad.

Los hombrss son amorosos de sus tierras, y para evitar dificultades con los pueblos vecinos por cuestión de límites, tienen acotado el municipio por medio de una zanja, que limpian frecuentemente para que no se destruya ó desaparezca. Tienen poca comunicación con los hijos de los pueblos limítrofes, y como no se separan de la regla de conducta que se han trazado de antemano, no dan guerra á las autoridades superiores, ni á las de las poblaciones de que están rodeados.

Si vienen á la Ciudad procuran juntarse con sus compatriotas, únicos con quienes hablan, porque son poco comunicativos, y se vuelven á su pueblo el mismo dia, siendo verdadera casualidad que pernocten fuera de los límites de su municipio.

Son muy dados á la embriaguez, y aunque de suyo circunspectos, ebrios son muy escandalosos y provocativos, bien que las riñas sólo las sostienen entre sí, interviniendo también las mujeres, de modo que forman un pelotón y una algarabía infernal, entendida solamente de ellos. En estas riñas, que por lo regular se ocasionan los domingos en los tendajones situados en los caminos que conducen á sus ranchos, corre la sangre de las narices, porque los contendientes se recetan sendas bofetadas que, como van disparadas á diestra y siniestra, muchas veces van á dar en narices cuyos propietarios han intervenido cuando más á separar á los boxeadores, y que sintiéndose lastimados, se apresuran á conjugar el verbo por activa, lo que constituye el aumento del desorden y la confusión.

Las campañas terminan regularmente con la caida de la mayoría de los que en ellas toman participio, tan luego como el alcohol llega á enervar sus facultades físicas, y los *cadáveres* quedan uno aquí, otro allá, á lo largo del camino, roncando la *turca* y vigilados por los miembros de la familia de cada cual, hasta que vuelven en sí y pueden llegar por sus piés á sus respectivos jacales. Al otro dia se levantan á buena hora para entregarse á sus labores, sin manifestar indisposición alguna por la fatiga anterior, ni tratar de buscar á los contrarios para saldar cuentas, lo que prueba que los disgustos entre ellos son momentáneos y sin que el odio intervenga, porque son efectos naturales de la excitación alcohólica.

Sin duda que no se puede decir de todos los hombres lo mismo, pero nosotros creemos, á lo menos, respecto de los sanan-

dreses que, en caso de un homicidio, éste puede cometerse sin grave culpa del que lo lleve á cabo, y que nuestras leyes deberían tener presente esta consideración para no reputar la embriaguez siempre como una circunstancia agravante.

El indio de Tlalnelhuayócam más que pacífico es pusilánime, huye las disputas de obra, jamás provoca á nadie, y sólo se torna valeroso cuando está á *medios chiles*, como suele decirse, sin que sea posible apartarlo de tomar el aguardiente, única distracción que tiene cada ocho días, después de una semana de rudos trabajos, y francamente, parece injusto castigarlo con severidad en el caso de delincuencia, si se tiene presente, por otra parte, que no está prohibida la venta de licores embriagantes.

En el Estado de Puebla, la embriagrez se considera más como circunstancia atenuante que agravante; ¿podrá suceder lo mismo algún dia en el nuestro, cuando se reformen los códigos?

Dos son los caminos que conducen á Tlalnelhuayócam y que transitan sus habitantes continuamente, el del Barro, que tiene su salida por el Molino de Pedreguera y que lleva al transeunte directamente al pueblo, y el de Santiago, por la represa del Carmen, que lo dirige á Calihuayán y demás caseríos y ranchitos del rumbo.

En los dias de trabajo, pero más en los de fiesta ó domingos, esas dos vias traen y llevan gente de San Andrés, por las mañanas, en su cabal juicio, cargando algo que vienen á vender á esta Capital, y por la tarde, algo trastornados del cerebro, con rumbo á sus jacales.

LXIII.

Sin temor de incurrir en la exageración, podemos afirmar que los indios de Tlanelhuayócan son incansables en el trabajo y que no se dan tregua ni reposo en las diversas y variadas labores á que se dedican.

Dignos descendientes de los que fincaron la hermosa y antigua Tenochtitlán sobre las aguas, rodeados de inmensas dificultades y sin más elementos al principio que su fé y perseverancia inquebrantables, los habitantes del pueblo que venimos describiendo, sacan recursos de vida de allí de donde otros no

los sacarían tal vez, azuzados por la imperiosa necesidad de ver por su subsistencia, sin contar con terrenos á propósito, ni con la ayuda la más insignificante.

Gran parte de ellos se dedica á la venta de leche en esta Capitol, pero como son pocos los que poseen vacas ó cabras, tienen la necesidad de levantarse bien temprano é irla á buscar á los ranchos de San Salvador Acajete, á algunas leguas de su pueblo, y desandar una gran parte del camino, para estar en Xalapa á las nueve ó las diez del dia, con buen ó mal tiempo, sin dar muestras de fastidio ó de cansancio, siendo así que cotidianamente salvan á pie y cargados una distancia que no baja de seis á ocho leguas, contando la vuelta.

Los que poseen sus vacas, más felices que los otros, trabajan menos y aprovechan más, porque los que tienen que comprar la leche, apenas ganan el valor de la diferencia en los precios que aquélla tiene en los mismos lugares de la ordeña, que cuando más representa el 20 p.%; de modo que, cuando la leche está en San Salvador á cinco cuartillos por veinticinco centavos, en Xalapa se vende á razón de cuatro cuartillos por la misma cantidad, y como un cántaro de leche mide cuarenta cuartillos, sólo ganan el importe de ocho, ó sean cincuenta centavos, y eso teniendo que sacar previamente dinero para efectuar la compra, y correr bañados en sudor algunas leguas, para que el líquido llegue á la Ciudad en condiciones de no agriarse ni *cortarse*.

Los que no tienen fuerzas ni medios para correr dia con dia con un cántaro de leche en las espaldas, empapados. sudorosos ó llenos de rocío ó de lodo, se dedican al corte en sus bosques, de horcones, calehuales, morillos, alfagías, vigetas, que, en bultos de cinco ó de seis arrobas, traen personalmente á esta Capital para venderlos á precios ínfimos, que apenas les dá un jornal diario de veinticinco centavos. Otros, cuyos arbolados no están en condiciones de producir esa clase de adminículos para la fabricación de jacales, se ocupan en hacer carbón, el más malo, por cierto, del rumbo, de un árbol muy común en sus tierras llamado *pipinque*. Cuando no pueden fabricar carbón, arreglan *garrochas*, que son esos palos largos y delgados con una horqueta en una de sus extremidades, que nuestras mujeres utilizan para mantener á cierta altura los tendidos de ropa que se ponen

á secar al sol, y, pásmense nuestros bondadosos lectores, esas garrochas, no obstante tener cosa de cuatro varas de largo y ser muchas de ellas de encino, no valen más de tres centavos el ejemplar. Un hombre apenas carga doce garrochas, de modo que sólo utiliza treinta y seis centavos, sin contar el valor de la madera.

Si las garrochas no tienen gran demanda en el mercado, se dedican al corte y al acarreo del *pie_en_junto*, que son unas varas delgadas de dos varas de largo, lo más derechas posible, que sirven para hacer cercados y que venden á razón de siete centavos la docena. Por más robusto que sea un hombre, apenas puede cargar seis docenas, utilizando cuarenta y dos centavos, comprendido el corte, el acarreo y el valor de las varas puestas en el terreno de donde se extraen.

Además del pie_en_junto, traen á la Ciudad, siempre al lomo, sendas cargas de leña delgada que venden á razón de diez palos por un centavo. En esto faena entran también las mujeres y los muchachos y muchachas de doce años en adelante, pero de todas maneras se comprenderá que es muy poco lo que en ese género de trabajo puede ganar una familia, aunque esté compuesta del padre, de la madre y de dos hijos en disposición de trabajar.

En la época de milpas recias, es decir, cuando ya pueden ser despuntadas, acarrean el zacate á esta población para forraje de los caballos, pero sin ganar también gran cosa, porque por más caro que esté el artículo, un tercio de cinco arrobas no puede pasar de treinta y un centavos.

Estas pobres gentes cargan todo á las espaldas, sostenido por dos *mecapales*, uno que se apoya en la frente y otro en el pecho, y como cargan desde la más temprana edad, puede advertirse que el roce del mecapal de la frente les va tirando poco á poco el cabello de la parte anterior de la cabeza, encalveciéndoles prematuramente.

Existe en sus terrenos una especie de cánula ó mimbre de la que construyen canastas, unas chatas para los panaderos, y las otras hondas para guardar semillas ó granos las que venden con estimación.

Y no paran en eso las manifestaciones de su actividad, con tal de proporcionarse el sustento. Cuando todas las puertas pa-

recen cerrarse á sus explotaciones, van á las barrancas del Pixquiac á buscar una especie de yerva que tiene el sabor del *cilantro* y que se llama *nacaxhuío* y la traen á vender á nuestros mercados, conduciendo en canastos diversas especies de parásitas, que bajan de los árboles corpulentos y añosos, con peligro de su vida, y que las familias de Xalapa les compran á precios ínfimos, para adornar los corredores de sus casas. Entre estas parásitas merecen especial mención los *tecuanes* (fieras), porque la flor tiene la forma de una cabeza de toro, las *canelitas*, los *manuelitos* y otras más, todas ellas de aroma exquisito y embriagante.

Acarrean también granadas de China, chayotes, calabazas, canastos de xaxana (especie de frijol gordo), legumbres silvestres, hongos de milpa (cornezuelo de maiz), *cayuyos*, especie de uva de cáscara gruesa, guajes (leguminosa de árbol, de olor nauseabundo), *chalahuites* pequeños (leguminosas también de árbol, dulces y parecidas á los jinicuiles), tierra de monte para las macetas, tierra colorada, que van á buscar al camino del Barro, helechos, begonáceas, planta viva para cercados, *pitos* (flor del equimite, leguminosa también de árbol), cáscara de xicalahuate para las tenerías, y huevos, gallinas, guajolotes y cuanto más encuentran digno de venderse, por más que sepan que tienen que darlo sumamente barato. Son gentes que no paran ni descansan, y trepan y bajan por los desfiladeros de sus montañas en busca de algo que pueda representar siquiera el valor de un centavo.

Las dificultades con que luchan para ganarse la vida es causa de que le tengan gran amor al dinero y que no se resuelvan á gastarlo sino con mucha economía, y después de cerciorarse de su buen empleo, á excepción de los centavos que desperdician en aguardiente, y aun en esto son económicos, comprándolo al por mayor, es decir, por medias botellas ó por botellas enteras, que se hacen servir en un vaso grande, y que va pasando de mano en mano hasta que toma toda la concurrencia, inclusas las mujeres, con la única diferencia de que éstas vuelven las espaldas á los circunstantes á la hora de sorber su trago.

Jamás compran la más mínima cosa sin regatear, y recorren muchas casas antes de tomarla y desatar el bolsillo, con esta

19

particularidad, que si por una mercancía se les pide intencionalmente la décima parte de su valor, siempre ofrecen un centavo menos, y si se les pide un centavo, entonces solicitan que se la regalen.

Cuando entregan su pié-en-junto, su leña ó cualquier otro objeto, no se contentan con recibir nada más el precio concertado, y demandan un centavo más, una tortilla ó un pan, é insisten hasta lograr que se los den. Por supuesto que esta solicitud la hacen con voz respetuosa y suplicante, y si no consiguen su objeto, se retiran sin mostrar enojo ó despecho.

No pueden comer carne sino cada ocho dias, los lunes generalmente, y dada su pobreza, se fijan en la más barata, siendo por lo regular el *libro* del toro que, como saben nuestros lectores, es uno de los estómagos de los cuatro que tienen los rumiantes, especie de bolsa de paredes exteriores gruesas, dividido en un sin número de tabiques delgados, que encierran los alimentos del animal en via de ser completamente digeridos, y que aquellas pobres gentes comen cocido en una salsa picante y aguada, preparada con chile seco, sin quitar la película de pepsina que cubre los tales tabiques por sus dos caras, de modo que el caldo sale de un color indefinido y con un olor que, grato á sus narices, acaso no lo será para los olfatos menos escrupulosos.

Para terminar la pintura del indio de Tlalnelhuayócam, agregaremos que es fiel obediente de la ley y tiene gran respeto á las autoridades, á quienes supone con poder omnímodo, como los guardianes del reino, nombre con que designan al país de sus antepasados.

En materia de religión no muestran ser fervientes partidarios de las prácticas religiosas propias del catolicismo, pero no por eso dejan de seguirlas con mansitud, y de ceñirse á los deberes que aquéllas les imponen, dentro de sus facultades intelectuales que, aunque capaces de toda comprensión, permanecen como aletargadas y quietas.

Al estudiar al indio de Tlalnelhuayócam, fijándose en todas sus virtudes á la vez que en todos sus defectos, se viene en conocimiento de la razón que tuvo doña Isabel la Católica, declarando en un momento solemne, al referirse á las razas conquis-

tadas, que "estas gentes necesitan un cuidado y una legislación especial".

Compárese al indio azteca ó procedente de él, con el totonaco, por ejemplo, y las diferencias saltarán á la vista. El primero es hermoso, hasta cierto punto, principalmente las mujeres, sumiso, pusilánime, respetuoso, de mirar lánguido, de facciones más ó menos suaves; mientras que el segundo es de rostro algunas veces repulsivo y adusto, altivo, valiente, altanero, de mirar fijo y amenazante, y de rasgos fisonómicos demasiadamente pronunciados. Al primero se le domina con la palabra; mientras que al segundo no le intimidan las balas ni el estruendo del combate; díganlo si no los franceses que pelearon en las llanuras de Puebla el 5 de Mayo de 1862, con los *cuahutecomacos*, procedentes de Zacopoaxtla, los de levita sin mangas, cuando oían á sus espaldas en los momentos de la fuga estas ó parecidas palabras: *no lo corras zuave, toma to solferino.*

En virtud de su pacífico carácter, los indios de Tlalnelhuayócam no han tomado participio en las guerras intestinas ó extranjeras, que ha sufrido México hasta el año de 1876.

LXIV.

Si por cabecera de municipalidad se entiende un lugar en donde se levantan una capilla destinada al culto religioso; una plaza más ó menos espaciosa; una casa consistorial con tres departamentos, el destinado para la escuela, el que sirve para cárcel, raras veces habitada, y el que utiliza el Ayuntamiento para celebrar cada ocho dias sus sesiones, y una casucha de madera en donde vive una familia que cuida de todos aquellos edificios, entonces podremos decir que Tlalnelhuayócam tiene cabecera municipal, allí donde se iergue el templo dedicado á San Andrés, por más que solamente esté habitado el lugar por la familia que acabamos de mencionar, el secretario del Ayuntamiento, el maestro de escuela y á ciertas horas los muchachos que concurren á aprender lo que buenamente puede y quiere enseñarles el *dómine.* Los domingos y dias de fiesta queda la cabecera susodicha sin una persona en todo su recinto, porque desde bien temprano sus poquísimos habitantes han tomado rumbo

hacia Xalapa, los unos para pasar el dia con sus familias, y los otros para expender sus mercancías, de modo que si á alguien se le ocurre ir á visitar el pueblo en tal ocasión, cuando más tropezará con algún can que se quedó á cuidarlo, y que ladra para avisar á los vecinos más cercanos, que hay un atrevido que osa interrumpir el silencio que contribuía á que su sueño fuera más profundo.

Los habitantes de Tlalnelhuayócam, que pasan de mil y pico, viven diseminados por las barrancas, agrupándose en caseríos compuestos de 10 ó 20 familias, como el de "Los Pinos", en una hondonada, á la orilla del camino del Barro, San Antonio, Calihuayán y la Yerba-buena.

Oficialmente se considera dividido el municipio en dos comarcas: el Centro, que ya vemos lo habitado que está, y la congregación de la Yerba_buena; pero la verdad, esa división no está bien hecha, porque como hemos dicho, los caseríos son varios, y todos están separados y á largas distancias.

Posee el municipio tierras excelentes para el cultivo al oriente del campanario del pueblo, pero todas ellas, salvo raras excepciones, están en poder de personas extrañas á la población, que las han comprado después del reparto, al principio, á precios ínfimos, y después, un poco más caras.

Por regla general los habitantes del pueblito se han quedado con las tierras malas, situadas al Norte, Oeste y Sur del Centro.

Tlalnelhuayócam linda por el Occidente con San Salvador Acajete, desde el Pixquiac, pasando por el Duraznillo y Rabelista hasta el puente del Sedeño, poco distante del lugar de donde se desprende el buey de agua que don Bernardo Sayago tomó del Pixquiac, más allá del Llano de Actópam, uno de los puntos más altos del pueblo de San Salvador Acajete.

Por considerarlo de interés vamos á explicar de qué modo el señor Sayago pudo traer esa agua hasta el Molino de Pedreguera, antigua fábrica de hilados y tejidos que fué de su propiedad y que hoy pertenece al señor don Benito Gómez Farías, hijo del ilustre constituyente don Valentín del propio apellido.

El Pixquiac es un arroyo de consideración que nace cerca de la montaña del Cofre de Perote, y se desliza por una hondona-

da de la cañada de Actópam (1) sirviendo de límite al Ingenio del Rosario de la propiedad de don Santiago Galván, en terrenos de Xico, punto situado frontero á la montaña del Gato, de San Salvador Acajete, para servir en seguida de límite á Pueblo Viejo con los Miradores, (tierras de San Salvador) primero, y luego con la Orduña (tierras de Coatepec), hasta la Junta con el Huichilac, siguiendo después la cuenca que desemboca en Soncuantla, (precisamente por donde se quiso trazar hace trece ó catorce años el Ferrocarril Interoceánico y se construyeron dos ó tres kilómetros de via herrada), hasta confluir con el Sochiápam, cerca de Coatepec, sobre cuya confluencia está levantado el puente de piedra que tanto dinero costó al Cantón del mismo Coatepec, soberbio monumento, alto de diez metros poco más ó menos y de varios ojos, que utilizó la empresa del ferrocarril de tracción animal, para tender los rieles que unen á Xalapa con la preciosa ciudad de los cafetos. Pues bien, el señor Sayago tomó de ese arroyo, no á mucha distancia de su nacimiento, un buey de agua y lo sacó por medio de un caño de material hasta la cuesta del Vaquero. Como en ese lugar el terreno se quiebra de una manera brusca y desciende rápidamenente, para formar la cuenca de Huichilac y la llamada de Buena Vista, el señor Sayago tuvo cuidado de buscar esta última y por allí, lugar cercano á las Memelitas, despeñó el agua que había tomado y que desciende, como es de suponerse, como una avalancha y con gran estrépito. Sigue después esa cuenca, que los naturales llaman el caño del Pixquiac, hasta los límites del Quemado, cerca del Cerro de Ocopila, recogiendo á su paso el caudal del arroyo de la Ermita, para confluir con el Sedeño, hasta el Plan del mismo nombre, inmediato á Rabelista por donde se despeña, uniéndose después al Poblano para venir á mover la fábrica del Molino de Pedreguera; de ahí toma otro nombre, se llama "El Paso", y es la corriente de agua que pasa cerca del Rastro de esta Ciudad, limita en parte á la casa de Campo, cayendo en la represa del Dique. Más allá de este último lugar, por medio de un caño que va desembocar al Pixquiac, vuelve el buey de agua tomado en la altura, pasando por la cuenca de la cuesta del Muerto, al rio de donde fué cortado.

(1) No es la cañada llamada así, en la cual existe fincado el pueblo de Actópam.

Volviendo á San Andrés Tlalnelhuayócam, desde el punto de que hicimos mención más arriba, linda, el Sedeño de por medio, con San Miguel del Soldado, desde la Barranca de los Muertos hasta encontrar el lindero de Jilotepec, luego con Xalapa, pasando por la Yerba_buena, y después con los terrenos de Coatepec.

La parte norte tiene la forma de un espinazo cuyas vértebras extienden más ó menos sus apéndices, determinando, en algunos lugares, descensos rápidos y profundidades de alguna consideración, como puede verse frente á Rabelista, en el lugar del barro, donde desciende el terreno en plano casi vertical á una profundidad por lo menos de 300 metros, formando la cuenca por donde se desliza el agua traida desde el Pixquiac. Al Sur de Rabelista se forma otra cuenca, justamente en el Duraznillo, y como por ese rumbo el terreno es bastante quebrado, por todos lados se forman cañadillas que estrechándose ó uniéndose, dan nacimiento á verdaderos cañones por donde generalmente corre una poca de agua. Un cañón de esos, viene á ser el origen de la cuenca por donde suavemente se arrastran las aguas del Río Sordo, arroyo de algún caudal; y más acá, atravesando el camino de San Antonio, el arroyito de los Tepalcates que, como ninguno del rumbo, contiene en sus aguas gran cantidad de sanguijuelas.

Como fácilmente se comprenderá, todos esos terrenos cuya pendiente se aproxima á 35° de la vertical, no pueden servir para los laboríos, y como aquellas pobres gentes no tienen ganado, sólo se contentan con la mezquina y raquítica leña que producen, dándose por muy satisfechos si en el fondo de la barranca hay algunos pedazos de tierra plana ó menos inclinada para sembrar en ellos unos cuantos granos de maiz.

En términos generales, puede decirse que los terrenos de San Andrés Tlalnelhuayócam, en poder de los indígenas del pueblo, guardan las mismas condiciones, y que por lo mismo no podrán estos dentro de su territorio ser agricultores en forma, bien que como pocos de los habitantes del Cantón, saben y pueden sacar provecho de todo, hasta de lo más despreciable.

San Antonio es un precioso punto, al Sur de la Iglesia, casi plano, con tierras ricas, corrientes de agua en las inmediacio-

ñes, y á propósito para constituir con el tiempo una finca de importancia. Pertenece en propiedad á un comerciante de esta Capital.

Los solares inmediatos á Xalapa, además de ser planos, disfrutan de una agradable temperatura, y pudieran servir con el tiempo para la siembra del café.

Tal es á grandes rasgos el pueblo de San Andrés Tlalnelhuayócan y tales sus habitantes.

Todos estos, como se ha visto, llevan una vida trabajosa y difícil, de modo que no vemos trazas de que con el tiempo puedan progresar, si no se resuelven á salir de sus terrenos é ir en busca de otros lugares menos ingratos, que les proporcionen la manera de salir de ese estado lamentable.

En Coatepec, rico Cantón, en donde la agricultura, particularmente en el ramo del café, está en todo su esplendor, faltan brazos para las faenas del campo. Si los hijos de Tlalnelhuayócan se resolvieran á abandonar su lugar, siquiera periódicamente, ahí encontrarían ancho campo de vida y de subsistencia; pero para que tal cosa se realizase, sería preciso que la autoridad interviniera en el asunto, porque de otro modo no se conseguiría nada.

Los propietarios de fincas de café no aceptan peones para las labores de sus campos, si no están garantizados de honradez, para no exponerse á ser robados, ahora que el café ha alcanzado un precio alto y tiene por todas partes pronto y seguro expendio.

El indio de Tlalnelhuayócan, por su humilde traje, no se recomienda mucho, y no sería extraño que se le negase el trabajo creyéndolo á primera vista más bien un mendigo que un hombre de trabajo.

Excitamos, pues, á las autoridades de Tlalnelhuayócan á que hagan algo en favor de su pueblo. Creemos que si se ponen de acuerdo con las de Coatepec, Teocelo, Xico y Cosautlán, podrían conseguir que sus compatriotas tuvieran en ciertas épocas del año seguro trabajo y un producto mayor, que si siguen, como hasta ahora, en el acarreo de sus garrochas y de su pié-en-junto.

El Jefe político de Xalapa ha venido dando pruebas del gran amor que profesa al Cantón y á sus hijos trabajadores, y no dudamos, de que si se le hiciera por parte de Tlalnelhuayócam la menor indicación en este sentido, él sería el primero en recomendar á los peones que aquel municipio mandara á los de Coatepec, para el corte y acarreo del rico grano que tanto crédito va adquiriendo dia á día y que tantas fortunas viene improvisando.

LXV.

Toca su turno á Xalapa, la pintoresca ciudad asentada en las faldas del Macuiltepec, de la que tanto se ha escrito, y siempre bien, por propios y extraños, y de la que nos vamos á ocupar de diverso modo como lo han hecho los poetas.

No abrigamos la pretensión de escribir sobre Xalapa nada que no se haya dicho por personas de nota, que á su reconocida ilustración han añadido la ventaja de poder consultar algunos pergaminos, con noticias más ó menos circunstanciadas del origen de la bella ciudad en donde nos tocó en suerte nacer, ni de aquellas que han estudiado su configuración, su clima y sus bellezas con cierto detenimiento; y esto no obstante, si en esta vez emprendemos un trabajo superior á nuestras fuerzas y muy por encima de nuestros reducidos conocimientos, es porque no queremos dejar un vacío en estos apuntes, destinados á dar á conocer todas las poblaciones de esta parte importante del Estado de Veracruz.

Ahora más que nunca necesitamos ser cautos, y por lo mismo no aventuraremos palabra que no hayamos meditado, para no incurrir en un error, á lo menos con pleno conocimiento de él.

Al tratar del origen de la Ciudad, no vamos á separarnos de las noticias más dignas de crédito que han circulado de tiempos atrás, y con placer nos confesaremos extraviados en nuestras apreciaciones, si personas mejor informadas que nosotros, nos hacen ver la equivocación ó equivocaciones en que desgraciadamente incurramos.

Formulada esta franca explicación, entramos en materia.

Xalapa, á pesar de la importancia que ha tenido y tiene, y de haber llegado á ser la Capital del Estado, fué allá en sus comienzos, antes de la venida de los españoles, que ya la encontraron regularmente constituida, como lo diremos más adelante, algo ménos que el humildísimo pueblo de Tlalnelhuayócam, porque no contaba con territorio, ni tenía suyo el más insignificante palmo de tierra, siendo más bien un caserío dependiente de este pueblo.

El pueblo de *Chiltocián*, (donde nace el chile), hoy Chiltoyac, se extendía hasta lindar con Tlalnelhuayócam por todo el rumbo de la Yerba-buena y dentro de los límites de estos dos pueblos, se cree que al Suroeste de la iglesia actual del Calvario, existieron los jacales de los primeros habitantes de Xalapa, procedente sin duda de Tlalnelhuayócam, é hijos de los *méxica* que fundaron aquel pueblo.

Al Sur del primitivo Xalápam, otras familias del mismo origen, y precisamente en donde ahora existe el barrio de Santiago, formaron otro caserío llamado *Tlalmecápam* y es de suponerse que familias procedentes de Chiltocián fincaron otro por el rumbo de San José, nombrado *Texacápam*, del manantial que nacía al pié de sus linderos. Los habitantes de estos tres pueblitos eran de procedencia mexicana y hablaban por consiguiente el idioma de sus abuelos, aunque no escaseaban algunos totonacos provenientes de Jilotepec.

Al llegar los españoles al país y al trabar conocimiento con los hijos de estos tres caseríos, sin duda que se fijaron más en el de Xalapa, porque debió ser numeroso en habitantes y por su proximidad al Macuiltepec, que lo colocaba en condiciones de comunicarse fácilmente con los pueblos del Norte, y hé ahí la razón por la que se conservó el nombre de Xalapa para todo el territorio que comprendió el fundo, y ninguno de los otros dos, por más que no se hayan olvidado hasta la fecha.

Los españoles buscaron y encontraron un lugar, desde donde pudieran estar á la mira de los indios, y se congregaron en el punto que hoy ocupan el Palacio del Estado, la Catedral y el Parque Juárez, en donde se levantaba no hace muchos años la soberbia fortaleza y templo de San Francisco, terminada el

año de 1555, durante el reinado del austero monarca D. Felipe II.

Desde las azoteas de esta fortaleza podían los españoles dominar con la vista, hacia el Sur, los pueblos de Xicochimalco y *Teocelotl;* al Oeste, Pueblo Viejo, Tlalnelhuayócam y Tlalmecápam; al Norte, Xalápam y el cerro de Macuiltepec, y al Este Texacápam.

El transcurso de los años y las necesidades sociales hicieron que los tres caseríos de Xalápam, Tlalmecápam y Texacápam, bautizados por los españoles con los nombres respectivamente de Santa María de la Concepción, Santiago y San José de la Laguna, se fueran aproximando al centro constituido por el templo de San Francisco, para formar un solo pueblo bajo la denominación de Santa María de la Concepción Xalápam.

La topografía de Xalapa pone de manifiesto la verdad de lo que acabamos de apuntar El barrio del Calvario se encuentra separado del de San José por la cuenca de Jalitic (vientre de arena), hoy perfectamente poblada, que termina á la entrada del monte de Pacho, y por el arroyito de Texacápam, confluente del Jalitic, en cuyas inmediaciones (de Texacápam) existió en *illo tempore* un pequeño rancho de beneficio con sus campos sembrados de caña. La cuenca formada por el manantial de los Tecajetes, confluente del arroyo del Paso, cerca de la antigua fábrica de hilados de Santiago, y en parte, el mismo arroyo del Paso, separaron á Xalápam de Tlalmecápam, cuyo vocablo, según nuestro leal entender, quiere decir "rio de los bejucos."

Cuando el pueblo de Xalapa comenzó á adquirir alguna importancia, hubo de llamar la atención de los criollos de Naolinco, hijos de españoles, motivo por el cual se transladaron de aquel lugar varias familias, que fueron el verdadero núcleo de la raza española en esta Capital.

Siempre ha carecido Xalapa de tierras, pero las pocas que poseyó desde un principio, han sido inmejorables para el cultivo, dándose en las huertas pocas que tiene, el café con mucha lozanía y el maiz, siendo el único lugar del Cantón en donde se pueden comer los elotes, (panojas tiernas) durante todos los dias del año, porque por la circunstancia de no helar en su territo-

río, el maiz se siembra en cualquier mes, sin el temor de perder la sementera.

En un mismo solar se pueden hacer en el año dos siembras de maiz, el temporal y el tonalmil y en distintos, tres, sembrando el alcacer en los meses próximos al Invierno.

Dividido un terreno en doce lotes, se puede sembrar el maiz cada mes, y escalonar de esta manera las cosechas, para tener elotes durante todo el año.

Entre los árboles, arbustos y plantas frutales, nace y crece hasta su completo desarrollo, el chirimoyo, que produce el mejor fruto del Cantón, el jinicuil, el guayabo, el naranjo, la lima, el limón, el limón-pera, la lima-naranja, la naranja-lima, el lima-limón, la naranja agria, el aguacate chico y grande, el chinini, la granada de Tehuacán, la granada de China, el mango, la poma-rosa, el plátano enano, de Manila, largo, macho, el manzano, de la India, morado y amarillo, la piña, el zapote blanco, el durazno, el capulín agrio, la piña-anona, la higuera, la breva y otros que no recordamos.

Entre los árboles de construcción y de adorno se cuentan la duela, el encino, el liquidambar, el ilite, el pipinque, la axocopa, el raiján, la rama de tinaja, el troeno, el fresno, la araucaria, el eucaliptus, etc.

Se da muy bien el chayote, desde el más grande hasta el pequeño de maceta, la calabaza en sus diversas variedades, el cidracayote, el guaje, la uva silvestre, la mora de árbol y de enredadera, el xaxaltompi, el gitomate, el tomate de cáscara, el xaltomate, el camote de jícama, el cacahuate, llamado por los españoles "castaña de Indias", la yuca, el almidón y otras muchas plantas.

Entre las hortalizas se enumeran todas las conocidas, sobresaliendo el nabicol, la coliflor, el nabo, el rábano, la lechuga, la col, el espárrago, el salsifí, etc., etc.

Antes de ahora se cultivaba la caña de azúcar, pero desde el instante en que el aumento de la población exigió que todo los solares se fueran convirtiendo en sitios para la construcción de habitaciones, todos aquellos cultivos han desaparecido para no volver jamás.

En los terrenos de las afueras de la población se siembra el frijol con mucho éxito, lo mismo que el arverjón y la haba, pero

en cantidad tal, que apenas alcanza para el consumo de la población.

Xalapa cuenta con algunas corrientes ó manantiales de agua, y éstas son: el Chorro de San Pedro, Tecajetes, el Chorro Poblano, el Ojo de agua azul, cerca de la casa de Rastro, Jalitic, Techacapa, Los Berros, El Chorrito, al pié del Dique, y el Ojo de agua del Paseo de Coatepec.

Las corrientes de mayor consideración están muy lejos de la Ciudad y son el Sedeño, Rio Sordo y el Paso, pero los habitantes han sabido remediar ese mal construyendo pozos en los patios de las casas, de los cuales el más hondo es el de la Garita de México, con una profundidad de poco más de cien metros, y los ménos bajos, los de Santiago, Cantarranas y Berros. En el fondo del pozo de la Garita de México, corre un rio, cuyo murmullo se oye distintamente en la boca del propio pozo.

Xalapa se encuentra dividido en cuatro comarcas, el centro, distribuído eclesiásticamente en dos parroquias, la de Santa María de la Concepción y la de San José; El Castillo; El Molino de Pedreguera y el pueblo de Chiltoyac, últimamente convertido en congregación y anexado al Municipio.

Es residencia de las autoridades superiores del Estado, Cabecera de su Cantón y de su Municipio, con magníficos edificios públicos y particulares. Igualmente es asiento de la Sede Episcopal de Veracruz y centro intelectual del Estado, con la Escuela Normal, un Colegio de estudios preparatorios, un Seminario, la Escuela Cantonal y tres escuelas municipales para niñas, amén de varias particulares sostenidas por los padres de familia.

En nuestro próximo artículo prometemos hablar más extensamente de algunas otras particularidades de la Ciudad, siempre entre los límites que nos propusimos al emprender en la publicación de estos apuntes, escritos á vuela pluma y sin ánimo de que llegaran á ser leídos por nuestros compatriotas.

LXVI.

Alguna vez hemos dicho que los primitivos habitantes de México siempre tuvieron un excelente golpe de vista para apreciar las cualidades y particularidades más salientes de un lu-

gar, y poderle aplicar un nombre que las condensase en reducido número de sílabas.

Cuando nuestros gobiernos, ahora que la paz les brinda ancho campo para ver por la felicidad y el progreso de los pueblos, se resuelvan definitivamente á nombrar comisiones idóneas que se encarguen de averiguar el verdadero significado de esos nombres, atentas las condiciones de cada localidad y estudiadas con toda calma y detenimiento, acaso se puedan recoger importantes datos para completar la historia de nuestro país.

Son tan significativas esas denominaciones, y por otra parte tan bien aplicadas y generalmente circunscriptas (hay sus excepciones) á hechos ó cosas que se relacionan con la topografía del terreno, que por su misma naturaleza permanecen inalterables por miles de años, á no ser que un cataclismo las destruya, que un ojo observador y entendido puede encontrar desde luego las causas que produjeron aquellas denominaciones.

Pero no debe detenerse hasta ahí la observación. Las deducciones se desprenden como por encanto, y es bastante fácil llegar de deducción en deducción á salvar los hechos puramente topográficos y pasar á otros que se codeen con la sociología y origen de los hombres que formaron aquellos pueblos, y poder tratar, con apoyo de seguras bases, de las costumbres, religión y lenguaje de los habitantes.

Hé ahí la causa que nos impulsa á desear que nuestros gobiernos se fijen en esta clase de especulaciones, y que no descuiden por más tiempo tan importante y útil trabajo, ya que nuestros abuelos, cegados por la ambición de las riquezas, poco se preocuparon de coleccionar datos y de dejarnos una herencia que nos hiciera conocer la historia exacta del país que nos vió nacer.

Xalapa tuvo la suerte de haber sido escogida por los españoles como punto de observación, y de haber correspondido á los deseos del conquistador, no tanto como centro militar, sino como lugar de delicias, en donde la vida se deslizaba tranquila y felizmente, rodeada de los encantos de la naturaleza que por donde quiera derramaba la dicha, la paz y el placer. Su limpio cielo, sus espesos arbolados, sus campos esmaltados de flores,

su templada temperatura, sus arroyos de aguas cristalinas, sus diversos, variados y sabrosos frutos, sus noches tranquilas y hermosas, todo, todo contribuyó á que aquellos guerreros, á que aquellos hombres ambiciosos de goces y de voluptuosidad, la marcaron con el sello dulcísimo del amor, y á que la convirtieran en el edén florido del descanso y de los venturosos deleites. refugio y nido de amores castos y apasionados.

Pero de la Historia de Xalapa apenas sabemos la que se refiere al pueblo habitado por españoles, y nada, absolutamente nada con relación á la época en que fué fundada por los mexica, tribus que la constituyeron, causas de su fundación, motivos porque carecía de territorio, relaciones de sus habitantes con los caseríos de Tlalnelhuayócam y Chiltocián, dimnastía de sus *teteaxcas* y el nombre por lo menos del que gobernaba la tribu á la llegada de los españoles, la parte que tomaron en la defensa del territorlo, si recibieron bien ó mal á los hijos de la península ibérica, y otras cosas que sería necesario averiguar, para formarse idea de aquellas gentes que, no obstante la influencia y la sangre europea, todavía tienen descendientes, y muy dignos aunque pobres, entre los xalapeños.

Una prueba de que Xalapa fué un edén, (porque es necesario advertir que en la actualidad es muy discutible el epíteto), lo prueba el escudo de armas que le concedió el rey de España.

El caduceo de Mercurio, vara delgada, lisa y cilíndrica, rodeada de dos culebras, es el signo de la paz octaviana que se disfrutaba en el recinto de la población.

El otro atributo de Mercurio indica el género de ocupaciones á que se dedicaban los habitantes, es decir, al comercio, único recurso con que cuenta la Ciudad.

El cuerno de la abundancia henchido y derramando flores, indica la exuberancia del terreno, afecto á producir flores aun en los sitios más agrestes y menos bañados de la luz solar.

Las cinco panojas, demuestran el cultivo de los cereales que tan bién se producen en nuestros campos, á excepción del trigo y la cebada que no engranan.

El campo azul, un cielo del mismo color, que convida á pensar y á amar.

La estrella solitaria, que Xalapa, como hermosa, es la única en su género.

Y, en fin, los cinco cerritos, que está asentada muelle y perezosamente á las faldas del Macuiltepec.

Ahora bien, los conquistadores no pudieron inventar nada de esto, porque las bellezas naturales no se inventan, existian desde antes que Colón naciera y pudiera pensar en otro mundo, y es lástima que nada sepamos de los hombres felices que dieron con tal edén, y fincaron en él sus primeras habitaciones.

El nombre de Xalápam cuadra perfectamente á la población, por lo menos en toda su parte alta.

Por todo ese rumbo, á contar desde la línea formada por la llamada cuesta de Alfaro hasta la paralela del manantial de los Tecajetes, que es sin duda el arroyo que sirvió de origen al nombre de la Ciudad, la arena constituye el subsuelo del terreno, á profundidad variable de cinco á diez metros, como se puede ver en la cuenca del Chorro Poblano, en la de Xalitic y en la del Chorro de San Pedro.

Esta circunstancia, no desconocida por los propietarios de las fincas del antiguo Xalápam, hoy barrio del Calvario y Santa María, les ha valido el modo de evitar para las construcciones, la compra de arena. Desde el instante en que se resuelven á levantar una casa, abren primeramente el pozo, ya para proporcionarse agua, ya para tener á la mano, sin necesidad del acarreo, la arena que deben de necesitar.

En las partes bajas, tal vez desde la línea formada por la calle de Juárez hasta el Dique, el subsuelo es granítico y asoma sus crestas en muchos lugares, como acontece en la calle de la Amargura, por ejemplo.

El Arroyo de los Tecajetes, engrosado con las aguas del manantial del Chorro de San Pedro, hasta su desembocadura en el arroyo del Paso, corre sobre un lecho de arena, y de ahí el nombre de Xalapa dado al pueblo que se fundó en sus inmediaciones.

Es la verdad, y debemos hacerlo notar aquí, que hay muchos lugares de los comprendidos en la zona del subsuelo de arena, que tienen roca plutónica y que ésta sobresale en la superficie, como acontece en la segunda calle del Ganado, frente al Cuartelito, pero esto no es en lo general.

Volviendo á la cuestión que indicamos al principio de este artículo, sobre la manera con que recibieron los indígenas de Xalapa la dominación española, hay vehementes sospechas de que no se prestaron á ella dócilmente, como pretende justificarlo el camino subterráneo que existía y existe aún entre el manantial de "San Francisco," que se nos había olvidado mencionar y que alimenta de agua á la fuente de San Cristóbal, y un punto no conocido de las alturas de la Ciudad; aunque pudiera objetársenos que ese camino no fué más que un cañón natural formado por las aguas, ó acaso una cuenca que hubo necesidad de cubrir para ampliar la población, no obstante que esto último parece poco admisible, en vista de que no se advierte que las paredes del cañón subterráneo, de que venimos hablando, sean obra humana.

Tal cosa no sucede con la antigua cuenca del Xalitic, la cual pasa por el patio en donde remata la calle Nueva y que da su frente á la plazuela de Lagos, siguiendo el callejón de Bárcena hasta confluir con el Texacápam y deslizarse después por el callejón de la Acequia, hasta desembocar en el puente del Obispo. Esta cuenca, profunda por cierto, se niveló por medio de una atarjea, cuyas bóvedas son visibles á primera vista, particularmente en el callejón de la Acequia, y que sirven de embanquetado á la acera Oeste de la via.

Una vez hechos los españoles del país y cuando definitivamente se dedicaron á explotar el filón de oro que la suerte y su valor les habían proporcionado, comenzaron á levantar el templo de San Francisco, pero con tan mal éxito, que se les vino abajo apenas concluído, á consecuencia de un terremoto. Sobre sus escombros alzaron el edificio majestuoso que conocimos y lo terminaron en 1555, como ya dijimos, no empleando la cal en su construcción en mucha cantidad, seguramente porque no se la pudieron proporcionar en abundancia. La argamasa que emplearon estuvo formada de cal (poca), arena y arcilla, y como la piedra que tuvieron á mano no era muy grande, hubieron de dar á los muros un espesor más que regular. Lo que admira es que, no obstante todos estos defectos de construcción, hubiera podido resistir el edificio, trescientos años sin cuartearse, hasta que hubo necesidad de echarlo á abajo porque amenazaba ruina.

Ese edificio fué notable, no tanto porque fué residencia de una orden eclesiástica de mucho crédito, sino porque su recinto sirvió para fundar el actual Colegio Preparatorio y después el Seminario Conciliar Tridentino.

En el lugar que hoy ocupa el Palacio de Gobierno, existieron hasta 1852, 53 ó 54 las casas consistoriales, precisamente en el lugar que ocupa la Tesorería General; lo que ahora es Palacio Cantonal, fué la cárcel; el salón principal de la Secretaría de la H. Legislatura estuvo ocupado por la iglesia y hospital de San Juan de Dios, y lo que ahora es cárcel, fué una especie de cuartel en donde se congregaba la Guardia Nacional.

En 54 y 55 comenzaron á colocarse los cimientos del Palacio del Estado, debido al empeño patriótico del ilustre jurisconsulto don Antonio María de Rivera.

LXVII.

La distribución de las calles de la ciudad de Xalapa, que con rarísimas excepciones no siguen la línea recta, dan á entender que todas ellas fueron al principio veredas que convergían al centro, y que fueron poblándose de casas, muchas alineadas al gusto del propietario, de modo que las manzanas afectan una especie cuadrangular, romboidal, trapeciodal ó trapezoidad y hay varias que tienen una forma triangular, siendo unas más grandes que otras, y todas en un gracioso desorden, que á la vez que le dan á la ciudad un aspecto caprichoso, la convierten en una población de encrucijadas.

Las calles, situadas de Norte á Sur, son verdaderas cuestas, siendo las más largas, aunque bastante quebradas, la que comienza en la Garita de México y remata en la garita de Coatepec, formando dos cuestas muy pronunciadas, la de la 1ª calle de Clavijero, y la del Toronjo; la que principia en el lugar llamado el Fortín y termina en la extremidad de la calle de San Cristóbal, dando lugar á una cuesta larga que se acentúa más en la calle de la Amargura, hoy de Hernández y Hernández y en la de San Cristóbal; la que nace en el camino nacional, pasa por la cuesta de Alfaro, rematando en Cantarranas y determina la cuesta del Hospital civil; y por último, la que toma ori-

gen en el mismo camino nacional, pasa al frente del Cementerio y acaba en el Paseo de los Berros. Esta calle es la menos pronunciada, y las demás que le son paralelas y que no hemos apuntado, no tienen la longitud de las primeras, siendo más ó menos difíciles de salvar, según su proximidad á las cuencas naturales de la ciudad.

Las vias que podemos considerar como avenidas y que corren de Este á Oeste, no son tan empinadas como las anteriores, á lo menos en la parte céntrica, siendo la más larga la que principia en la garita de Veracruz y finaliza en la represa del Carmen, pero en línea tan sinuosa, que solamente en la Avenida de Colón, el horizonte puede extenderse á cuatrocientos metros de distancia. Esta última avenida por su forma particular y porque en unas partes es más ancha que en otras, se parece á un intestino, irregularmente lleno, motivo por el cual se le ha llamado por el vulgo y se le sigue llamando "calle de la tripa".

Xalapa posee varios paseos, siendo los principales el de Coatepec, ya abandonado y por lo mismo poco frecuentado; el del Dique, extenso y precioso llano de donde puede admirarse la mejor vista de Xalapa, situada al Norte y en alto, como nido de golondrinas ó como nacimiento de Noche buena, con sus edificios unos sobre los otros, siempre vestidos de limpio y sus arbolados dentro del caserío que le dan el más poético aspecto; el de la Alameda que ya no es visitado por nadie por estar muy distante y convertido en potrero de ganado vacuno; el de los Berros, recientemente compuesto á iniciativa del General Enríquez, y el Cerro de Macuiltepec, de donde se percibe el más vasto panorama, pero que no es frecuentado por estar á larga distancia del centro.

Cuenta Xalapa con edificios de mérito, entre ellos el Palacio del Estado, risidencia de los Poderes del mismo y con los departamentos necesarios para que estén con comodidad todas las oficinas superiores; el Hospital civil, la Escuela Normal, la Plaza del Mercado y el Palacio Cantonal. El Teatro no tiene nada de particular y el Colegio Preparatorio le falta mucho para merecer ser visitado. La Catedral y las demás iglesias, por su especial arquitectura, no merecen que las coloquemos en el número de las construcciones notables.

Además de la Plaza del Mercado, cuenta la ciudad con el Parque Juárez, antes Plaza de San Francisco, con el Parque Lerdo, antes Plaza de Armas, y con las plazuelas del Carbón, de donde se desprende la más empinada de las cuestas de la población, la de Gorozpe, la de Caraza, la de Gomila y la de Vista hermosa. Las casas particulares del centro son de elegante construcción y algunas de bello frontispicio, siendo la calle de Enríquez la única que, con excepción de una sola, tiene todas sus casas de altos. Las casas de las demás calles, altas ó bajas, se resienten interiormente de poca uniformidad, debido á que la mayor parte de ellas fueron construidas á retazos, haciendo hoy de la caballeriza cocina, y mañana de la cocina recámara. Casi todas las casas, al estilo andaluz, tienen portón, que es esa segunda puerta de entrada que conduce directamente al corredor.

En Xalapa no dan garantía los techos de azoteas y por ese motivo, las casas están cubiertas de teja acanalada, teniendo casi todas alero, que sobresale un metro poco más de la línea de la calle.

La particular disposición de la ciudad contribuye á su aseo. Un aguacero es bastante para lavar los patios de las casas y las calles, que quedan enteramente limpias. Generalmente las lluvias determinan la mayor salubridad de la población.

La montaña del Cofre de Perote queda al Oeste de la ciudad, á cosa de quince kilómetros de distancia por el aire, y como aquella se levanta á bastante altura respecto del caserío, el sol se oculta más temprano que en otras localidades, contribuyendo á que los crepúsculos vespertinos sean de más larga duración que en otra cualquiera parte.

La temperatura de Xalapa es bastante agradable, aunque se ha modificado mucho, á consecuencia de la tala inconsiderada de los bosques. En la actualidad el frio y el calor son extremosos, lo que no sucedía antes. El termómetro no baja mucho, ni en los más grandes frios, y si se siente mucho el frio es porque siempre viene mezclado de demasiada humedad. De ahí que Xalapa sea tan poco á propósito para la curación del reumatismo y de las enfermedades del pecho.

El barrio más sano es el del Calvario y los más enfermizos los de Santiago y Cantarranas, sin duda porque ellos recojen

las impurezas de la parte elevada, particularmente el último. Cuando en el primero de los puntos nombrados, se dan casos de viruela ó de alguna otra de las enfermedades contagiosas, es casi seguro que en las partes bajas las defunciones ocurren con mucha frecuencia.

La necrópolis está situada al Noreste de la Ciudad, y constituiría un peligro para el vecindario, al soplar el alisio de ese rumbo. si no fuera por estar demasiado alto, respecto del caserío, y pasar las corrientes arriba de los más elevados edificios.

Los vientos frecuentes son el alisio del Noroeste y el contraalisio del Sureste, soplando no pocas veces el Levante, que por regla general trae agua, pero sin durar más de cuarenta horas. El alisio del Noroeste dilataba antes quince ó veinte dias y durante ese tiempo no se le veía la cara al sol. Ahora es ya otra cosa, apenas tarda 36 ó 48 horas, causando la desesperación del vecindario, que no se puede acostumbrar á esos dias de verdadera tristeza.

Por la proximidad de Xalapa al Cofre, suelen formarse en su atmósfera trombas impetuosas que se resuelven por la caida de nieve ó de granizo en la montaña, con notable baja en la temperatura normal. El desequilibrio atmosférico originado por esas trombas ocasiona que sobre la ciudad se desprendan las cataratas del cielo en aguaceros torrenciales y en pedrizcos más ó menos fuertes, que no dejan de hacer sus perjuicios en la población.

El *chipichipi* ha dejado de visitarnos, y cuando viene se hace insoportable, porque parece que trae los constipados consigo. Ya no merece que se le llame la salud del pueblo.

Xalapa tiene dos épocas en que la vida se hace agradable en su recinto: la primavera y el otoño hasta principios del invierno. Durante la primavera, la temprana salida del sol obliga á los xalapeños á dejar la cama á buena hora, y á los paseos matinales, para respirar el aire embalsamado de los campos. En esa temporada la ciudad huele á esencias y el aroma de sus flores se percibe á largas distancias. Durante el Otoño, las tardes apacibles convidan á recorrer los callejones de las afueras de la población y como los campos están igualmente esmaltados de flores, parece como que los pulmones reciben nueva vida hin-

chándose con un aire perfumado y lleno de oxígeno. La época del verano es generalmente lluviosa, y aunque es cierto que el ambiente huele á tierra fresca, también es verdad que los paseos están proscritos, por temor de recibir un aguacero fuera de poblado.

Durante la época de la Primavera se improvisan esas excursiones al campo para merendar y bailar debajo de los liquidámbares con las más espirituales de las mujeres mexicanas.

Durante el invierno cesan todos los paseos y las familias se retiran al hogar, improvisando bailes y tertulias, que se suceden con demasiada frecuencia, comenzando por las fiestas de Natividad y acabando con las de Carnaval.

Los xalapeños son comunicativos, alegres, decidores, hospitalarios, patriotas y muy amantes de su suelo. Aman mucho á sus paisanas, pero generalmente van á otras poblaciones á buscar á sus esposas.

Las xalapeñas son bellas, por regla general, amables, instruidas y de converzación agradable. Se casan con los forasteros que visitan la ciudad y que invariablemente se prendan de sus gracias.

Casadas, hacen del hogar un nido de amor y se ha notado que son excelentes madres de familia, convirtiéndose en su edad madura en matronas venerables, que no desdeñan, sin embargo, ni las flores ni las diversiones honestas.

Xalapa ha producido hombres notables en la política, las ciencias y las letras, y ha sido la cuna de Santa Anna, y de don Sebastián Lerdo de Tejada, que fueron Presidentes de la República, de don Francisco Días Covarrubias, notable astrónomo, del Doctor Lucio, y otros muchos hombres ilustres cuya enumeración sería muy cansada.

LXVIII.

Cuando los españoles se fijaron en la extensa loma de Tecuanápam (aguaje de las bestias feroces) para levantar la fortaleza templo de San Francisco, y plantar á su rededor sus habitaciones, de seguro que no pensaron que con el tiempo aquello habría de ser el centro de una ciudad; porque si tal cosa hubieran imaginado, habrían escogido otro lugar más plano, y no el

más quebrado y acaso menos á propósito para formar una población.

El Palacio por su frente es un edificio de dos pisos, sin contar los torreones, pero tal cosa no pasa del lado de la calle de Zaragoza.

El departamento de la H. Legislatura, viene á ser un tercer piso del lado de esta calle, y eso que no corresponde al segundo piso del frente, donde se encuentra el despacho del Gobierno y del Tribunal Superior; de modo que, como se comprenderá, en ese lugar el terreno se despeña de una manera sensible, formando con la loma de la Fábrica de la Probidad, una cuenca por donde corrían las aguas del arroyito de San Francisco y manantial de Tecuanápam, que nacía muy cerca del lugar en donde se encuentra ahora el Palacio.

Sin muchos esfuerzos de imaginación se adivina lo que fué todo el terreno comprendido entre las partes bajas y la línea formada por las calles de Zaragoza, antigua del Beaterio y Zitácuro: una extensa ladera, sinuosa, llena de árboles y habitada por jabalíes, venados, temazates y acaso jaguares (*cuerpo de perro*, de las voces guaraníticas *jagua* (perro) y *reté* (cuerpo), lo que prueba por otra parte que esta frase fué importada de la América del Sur), tigrillos y gatos monteses, que venían á apagar su sed en las límpidas aguas de los dos manantiales mencionados.

Lo que nos mueve á suponer que existían todos esos animales, no es precisamente el significado de la voz Tecuanápam, que dice mucho de por sí.

El que escribe estos artículos no es un anciano y recuerda perfectamente bien que cuando tenía trece años, es decir, hace veintiseis de ellos, corrió en compañía de otros muchachos de su edad, un temazate en las lomas que circundan la actual estación del Interoceánico, matando más de un pato, de los voladores, precisamente en donde hoy se levanta el terraplén de uno de los lados de la y griega que construyó la Empresa del mismo Ferrocarril para voltear sus máquinas. Los jabalíes hace mucho tiempo que abandonaron los montes cercanos á la Ciudad, pero todavía se les encuentra en las barrancas de Buena Vista, pertenecientes á Jico y cuando más á cuatro leguas

de Xalapa. En 1868, vió matar un gato montés en el Cantero, punto poco distante de la Casa de Campo, y sabe que no hace un siglo se cazaba de vez en cuando un leopardo en el monte de Pacho. ¿Qué tiene de extraño, pues, que á la venida de los españoles, hace más de cuatro siglos, la área que hoy ocupa Xalapa, haya sido una guarida de bestias feroces? Y muy claramente lo está diciendo la palabra Tecuanápam, á menos que traduzcamos esta voz por *arroyo de los tecuanes*, que son esas flores de que ya hablamos al tratar de la industria y trabajos de los hijos de Tlalnelhuayócam.

Sea de una manera ó de otra, el caso es que el llamado centro de Xalapa, á pesar de no ser el verdadero, porque en todo caso sería la plazuela del Carbón, está situado en el lugar menos á propósito, que no ha de permitir jamás que la Ciudad se extienda del lado Sur, en una serie no interrumpida de casas, porque tendría que tropezar con la cuenca del Dique, difícil de salvar, aun por medio de puentes.

Todos los lugares comprendidos entre la línea de Palacio y la de Cantarranas (el nombre dice mucho) tienen agua en gran cantidad y generalmente poco profunda. En los patios de las casas de la parte más baja, el líquido elemento se encuentra á una vara cuando más del suelo, lo que contribuye á que todas ellas sean bastante húmedas y acaso mal sanas.

Para terminar con Xalapa, porque lo demás que pudiéramos decir acerca de ella, está escrito en prosa y en verso por plumas habilísimas, agregaremos que cuenta con tres fábricas de hilados y tejidos, movidas por las aguas del Paso, y ellas son: el Molino de Pedreguera, La Probidad, y el Dique, que han podido sostenerse y sostener á un buen número de familias, cuyos jefes se han dedicado á trabajar en ese género de industria.

Fuera de estas fuentes, si no de prosperidad al menos de labor asidua, los xalapeños se han dedicado á las ciencias, á las artes mecánicas y á las llamadas liberales y al comercio, distinguiéndose en las tres primeras. Hay ebanistas y carpinteros notables, zapateros de mucho gusto, herreros entendidos, etc., etc., sobresaliendo los alfareros en sus manufacturas, que tienen mucha estimación en los demás pueblos de la República, por su durabilidad y bellas formas.

Al Este de la Ciudad hay muchos terrenos arcillosos, que han dado lugar á la formación de fábricas de teja y de ladrillo, artefactos que resultan de indisputable consistencia y muy durables.

Como dijimos en uno de nuestros artículos anteriores, Xalapa fué fincado en terrenos de Tlaluelhuayócam y Chiltociam, hoy Chiltoyac, lugar situado á cosa de dos leguas de la Capital, rumbo E. N. E.

Ignoramos desde qué tiempo se constituyó Xalapa definitivamente propietaria del fundo legal, y los convenios que hubo de celebrar con los dos pueblos limítrofes, y sólo hemos podido averiguar que se quedó con el cerro de Macuiltepec y tierras adyacentes, que repartió no hace muchos años entre los aborígenes del lugar.

El caso es que Chiltoyac, caserío formado por mexicanos y descendientes de éstos, no pudo ir á más, sino al contrario, convirtiéndose á lo último, por su poca importancia, en una congregación dependiente del municipio de Xalapa.

Los hijos de Chiltoyac han pretendido volver á adquirir sus antiguos dominios, pero no lo han podido lograr, no obstante sus títulos, por la dificultad de justificar que no han vendido anteriormente lo que hoy disputan, de manera que se han quedado tan sólo con el casco del pueblito y unas cuantas huertas, que sumadas, no dan siquiera la medida del fundo legal.

Si alguna vez Chiltoyac fué una población de alguna importancia, más religiosa que comercial, porque posee un santuario que antes fué muy visitado por las gentes devotas; ahora está en situación aflictiva, debido, tanto á la genial apatía y poca instrucción de sus pobladores, cuanto al aislamiento en que ha vivido; y como por otra parte, la agricultura no ha sido atendida como es debido y se han perdido los mejores terrenos, no lleva trazas de salir de la postración en que se encuentra, teniendo todavía más en su contra, la división que ha reinado entre los habitantes, de los cuales, los más, como dependientes y servidores de las fincas cercanas están por los intereses de sus amos, y los menos por los de la población, pero sin recursos bastantes para emprender un pleito largo, costoso y cansado.

Los pocos que han quedado dentro del recinto del extinguido pueblo, se ven obligados á emigrar y á pasar sus temporadas en la tierra caliente para proporcionarse recursos de vida, siendo muy insignificante el número de los que poseen un pequeño solar sembrado de cafetos y árboles frutales.

Prospera el café en Chiltoyac, y acaso sería un buen negocio si se pudiera sembrar en gran cantidad, pero eso no es posible por la falta de tierras, y los hacendados circunvecinos emplean éstas de preferencia en la siembra de la caña de azúcar, para poder sostener sus ingenios, sin poderlas distraer en otros cultivos, porque por la proximidad del malpaís, son escasas, y las de las cumbres poco á propósito para emprender en semejantes empresas.

Chiltoyac está situado al pié de la cuesta de su nombre, y como paralelo á la cuesta está el malpaís, el pueblito no es otra cosa que una cuchilla angosta que contiene poco y malo, á lo menos al pié de la cuesta.

Aquellas pobres gentes reducidas á la última extremidad, han obligado á los terrenos á producir más de lo que naturalmente pueden dar, sembrando sus árboles frutales entre las rocas graníticas, asi como algunas roñosas matas de café, cuyos productos, escasos pero de regular calidad, sacan á vender á Xalapa y demás pueblos del rumbo.

Se dedican también á la alfarería, utilizando al efecto la arcilla que abunda en sus tierras pero con éxito dudoso, porque apenas fabrican *comales*, ollas y otros cuantos útiles de cocina.

El indio de Chiltoyac es de color claro, de buena presencia, trabajador, aunque poco sumiso, debido sin duda á la aflicción en que continuamente vive, mirando cada dia á menos el pueblo donde nació.

Por las razones que hemos expuesto, creemos que la caída de Chiltoyac se acentuará más y más y que con el tiempo dejará de estar habitado, tan pronto como sus hijos, al emprender sus correrías en busca de trabajo, encuentren lugares más prósperos y en mejores condiciones de progresar, sin que sea dado á las autoridades superiores del municipio poderlo evitar, por la razón sencilla de que á nadie le es posible luchar con el destino ni con las dificultades insuperables de la falta de elementos

de vida, que no se pueden crear ni se han creado allí en donde todos los trabajos y empeños dan un resultado negativo.

Para concluir con Chiltoyac agregaremos, por ahora, que en su comprensión crece lozano y sin ningún cultivo el *axte*, especie de higuerilla muy semejante al ricino, de cuyas semillas se extrae un aceite excelente para los usos culinarios.

En las pequeñas poblaciones como Chiltoyac, faltan personas inteligentes y emprendedoras, que si eso no fuera, acaso la explotación de la planta que acabamos de mencionar, pudiera levantar al pueblo y hacer de él un centro de riqueza. Pero no hay que forjarse ilusiones, México es muy rico en terrenos y en productos de campo, pero con una riqueza que no produce sino muy poco, y que nos ha mantenido y nos mantiene en un desesperante *statu quo*.

LXIX.

A catorce kilómetros poco más ó menos al Este de la ciudad de Xalapa se encuentra situada la cabecera del Municipio de el "El Chico", uno de los pueblos del Cantón, de mucho porvenir, por encontrarse en plena zona caliente, sin que se entienda por esto que la temperatura es muy elevada, puesto que permite que en parte de su territorio prospere el café que, como se sabe, no es planta afecta á recibir mucho calor.

El Chico se divide en diez y seis congregaciones ó caseríos de alguna importancia, además de la cabecera, las cuales se conocen con los nombres de Cerro-gordo, en cuyas inmediaciones se libró la batalla de su nombre contra los norteamericanos, Corral Falso, punto que en la época de la intervención francesa sirvió de campamento á las fuerzas de uno y otro bando, el Coscorrón, Chavarrillo, el Encero, notable por unas ruinas allí existentes y por haber pertenecido á su Alteza Serenísima, la Estanzuela, Ojuelos, Pacho Nuevo, Pajaritos, el Palmar, Palo Gacho, Plan del Rio, Pinoltepec, Quimiápam, Rinconada, que de pocos años á estas fechas, lleva agregado el apellido Enríquez, en honor del Gobernador del Estado que falleció el 17 de Marzo de 1892, y el Terrero.

De estas congregaciones las más inmediatas á la Cabecera son la Estanzuela, el Encero y Quimiapa, que distan apenas cuatro

kilómetros, y Chavarrillo y Pacho Nuevo y Pajaritos que distan cosa de seis, y los más retirados el Palmar, á veintiún kilómetros, Plan del Rio á veintiseis, Palo Gacho á treinta y dos y el Coscorrón y Rinconada Enríquez á treinta y siete.

El Chico es un pueblo moderno, formado en su totalidad por individuos procedentes de españoles, algo así como nuestros jarochos y nuestros rancheros de tierra fria, que no son tan fanfarrones como los primeros, ni tan trabajadores como los segundos, un término medio que los coloca en condiciones de producir, si se les pone en aptitud de poder explotar sus facultades naturales.

Sin pretender salir garantes de la tradición, nos han referido que en *illo tempore*, cuando "El Chico" no estaba poblado, existió dentro de su comprensión un rico español que poseía ahí muchas tierras, y que á la hora de fallecer las dejó á sus dos hijos únicos varones, por partes iguales, tocando una mitad al hijo grande ó primogénito, y la otra, al chico ó segundogénito. A los terrenos que tocaron al grande, se les llamó así: "El Grande", que es un caserio que pertenece al cantón de Coatepec, y á los otros. "El Chico", que es precisamente el municipio de que estamos tratando.

El Grande, no obstante pertenecer á un Esau, no ha podido pasar de congregación. El Chico, patrimonio de un Jacob, alcanzó los honores de ser municipio, lo que prueba que como el primogénito de Isaac, el hijo del afortunado propietario de esta conseja, sin haber llegado á la debilidad de vender su primogenitura por un plato de lentejas, no tuvo la suerte que cupo al segundón, bien que los dos, aunque por antonomasia, han inmortalizado su nombre. Como se ve, no pueden quejarse del destino, y sólo sentimos no haber podido averiguar cómo se llamaron esos caballeros, que de seguro no maliciaron ni hicieron nada que mereciera el honor que se les ha declinado.

El Chico posee tierras excelentes para el cultivo del mayor número de frutos tropicales, y sus riquezas naturales son de tal consideración que ahí no gana un peso, sino el que no quiere tomarse la menor molestia para adquirirlo.

Se dan en aquellos terrenos muchos de los árboles frutales de mayor rendimiento, pero no están explotados como es debido,

El zapote mamey, el negro, el chico, la naranja, la lima, el limón, el aguacate grande, el jinicuil, la cidra, la chirimoya, la cabeza de negro, la pagua, etc., etc., abundan en todo el territorio sin necesidad de cultivo y sin exigir el menor cuidado. Además, se produce el café, del que hay varias huertas en la Estanzuela, el gitomate, el chile verde, la jícama, la yuca, el sagú, el arroz, el camote, el cacahuate, la papaya, el plátano, el coyol, el cardo y tantas otras clases de plantas que sería larga y cansada su enumeración.

Sus bosques contienen muchas clases de árboles, cuya madera puede utilizarse en la construcción y en la ebanistería.

Sin duda que es rico y muy rico el municipio de El Chico, y sólo puede sentirse que no dé los productos que debiera, por nuestra negligencia y falta de medios para explotar los frutos agrícolas.

Cuenta el Municipio con excelentes potreros sembrados naturalmente de un pasto que no se agota nunca, y con corrientes de agua por muchas partes para el sostenimiento de ingenios y de fincas de alguna consideración, con la ventaja de tener muy cerca el Ferrocarril Interoceánico para exportar los productos sin muchos gastos para el propietario.

Las limas de la Estanzuela son las mejores del Cantón y se sabe que el henequén se produce casi con expontaneidad, de modo que si se emprendiera en este negocio, el resultado sería magnífico.

Como el Municipio posee varias vegas, podía emprenderse con éxito el cultivo y beneficio del tabaco, que sería gran negocio para el que se resolviera á trabajar en ese ramo de nuestra agricultura.

El frijol y el maiz son renglones de seguro rendimiento, particularmente el primero, que se vende con tanta estimación en esta Capital y en los pueblos del Interior.

Entre los frutos naturales se encuentra el *pochote*, que produce una especie de algodón, propio para colchones, y además una variedad de plantas medicinales.

El hijo de "El Chico" es indolente, y como sabe que todo lo tiene á la mano, se vuelve todavía más indolente, de modo que no se recomienda por su asiduidad y constancia. Sus bosques

le brindan además del combustible y de la madera para las construcciones, caza abundante que tiene siempre á su disposición, y como sus campos exigen poco trabajo para producir, la mayor parte del año se la pasa con la jarana en la mano, cantando sus amores y bailando á la salud de su amada.

Cuando atraviesa uno por cualquiera de aquellos lugares, bajo los rayos de un sol abrasador, no es raro encontrar á un ranchero de aquellos, á la sombra de un frondoso árbol, rasgando su jarana é improvisando sus *versos* eróticos, negándose á prestar al transeunte el más ligero servicio, por sentirse muy cansado de no hacer nada.

En lo general no se preocupan mucho por el trabajo, porque si es cierto que muchos son carboneros, la elaboración de este combustible no les roba mucho tiempo, y les deja lugar para divertirse, á lo que son muy inclinados, aunque, la verdad sea dicha ante todo, no son tan perezosos como los habitantes de la verdadera tierra caliente, que se dan una vida de holganza y de inercia absoluta.

En las inmediaciones de "El Chico" hay terrenos arcillosos que utilizan aquellas gentes para sus trabajos de alfarería, pero no sobresalen en ellos, porque no ven eso como un recurso único de subsistencia.

El habitante de "El Chico" revela en su aspecto su procedencia española, es de cuerpo esbelto, de color moreno, pelo entre lacio y rizo, ojos hermosas, frente despejada, y generalmente se viste de camisa, algunas veces usa chamarra encima de ésta, pantalones de lienzo y zapatos, pero no acostumbra lavarse con frecuencia y las manos y el cuello están cubiertos de una costra de polvo, hecho lodo con el sudor, á excepción de aquellas personas que, por su trato frecuente con los habitantes de esta Capital, tienen cuidado de presentarse en mejores trazas.

Su lenguaje es un español anticuado, con muchas frases del dialecto jarocho, de modo que se necesita tener algún conocimiento de todas ellas, para quedar enterado de lo que quieren á uno decir.

En el templo de la Cabecera, muy frecuentado por los devotos, se adora al Señor de "El Chico", y en su honor se celebra

cada año una fiesta que no ha sido motivo bastante para animar á aquellas gentes á construir mesones ó casas de huéspedes. Los que hacen la romería duermen al raso ó en condiciones tales, que les dan méritos, por sólo esa circunstancia, para irse al cielo derechamente.

Parecerá extraño á nuestros lectores que siendo "El Chico" por su extensión y por sus terrenos un municipio de mucho porvenir, no nos extendamos más en su descripción, pero esto obedece á dos causas que hemos tenido presentes, Sea la primera, dar fin por ahora á estos apuntes que se van alargando bastante. Sea la segunda, que cuanto pudiéramos decir de "El Chico" parecería ocioso, al tratarse de terrenos que, por su bondad y excelente situación, poseen todo lo necesario para enriquecer á un hombre de trabajo y de iniciativa.

El lector no tiene más que considerar que "El Chico" es la entrada de la tierra caliente, con terrenos magníficos, bastante agua, y productos naturales de mucho rendimiento, y con la ventaja de estar atravesado por una via férrea y colocado entre dos plazas importantes que se encargarían de exportar todos sus frutos.

La temperatura del Municipio no es demasiado elevada, pero tampoco se puede considerar como baja, de suerte que la vida en él es más bien agradable y sana que desapacible, contribuyendo á aumentar su bondad los aires frescos que comienzan á soplar á la caida del sol, haciendo de las tardes, prolongados momentos de bienestar.

Estamos en la persuación de que tan pronto como se conozcan las buenas condiciones de "El Chico", va á ser muy solicitado por los hombres de empresa, y más ahora en que el país, disfrutando de los beneficios de una paz no interrumpida, convida á los capitalistas á salir del círculo de hierro de los negocios mezquinos de las ciudades, para entrar de lleno en empresas que, á la par que dan honra, no niegan ni escasean los provechos, con notable beneficio del propietario como de la clase trabajadora.

Las personas de buen sentir tienen el imprescindible deber de agruparse al rededor de los hombres que conocen práctica-

mente las necesidades del país, de lo que ha dado buena prueba el General Díaz y todos los que siguen sus pasos.

Las teorías no han podido beneficiarnos, y si no hubiera existido el hombre práctico que necesitaba y necesita México para regenerarse. todavía estaríamos como hace treinta años, dando de vueltas sin poder encontrar sitio donde acomodarnos.

México, á pesar de los pesimistas, sigue adelante, y dia vendrá en que sea un lugar de vida, de tranquilidad y de riquezas, y digno de ser visitado y aun admirado por los hombres serios, que sólo ven un porvenir lisonjero, en vista de un presente dichoso, alcanzado sin muchos afanes ni congojas.

LXX.

Actópam, que en nuestro concepto quiere decir *rio de agua caliente.* es la Cabecera del municipio de su nombre, uno de los más extensos del Cantón, aunque no tan importante como debiera serlo, dada la calidad de sus tierras y su buen temperamento, por las razones que expondremos más adelante.

El pueblo de Actópam está situado á cosa de cincuenta kilómetros de Xalapa, rumbo Este, y cuenta, además de la Cabecera, con veinticuatro congregaciones y un regular número de caseríos, cuyos nombres, son: La Caña, á dos kilómetros del campanario del pueblo; el Espinal, á cuatro; Buenavista, á ocho; Tierra Prieta, á diez; Chicuasen y El Zetal, á doce; Las Pastorías, á catorce; Blanca Espuma, Los Coyoles, La Mesa de Chicuasen, Los Otates y Paso de la Milpa á diez y siete; El Ranchito, á diez y ocho; La Punta y Trapiche del Rosario. á veintiuno; Los Idolos, La Mesa del Rodeo, Santa Rosa y Topiltepec, á vinticinco; El Coyolillo, á veintisiete; El Alto del Tízar y San Vicente, á veintinueve; Los Cerrillos, á treinta y tres, y El Alto del Lucero, á treinta y siete.

A orillas de la Cabecera pasa el rio de Actópam, con el que confluyen, frente al Espinal, el arroyo de Chapapote, que nace arriba de "La Providencia"; en Cerro Blanco, el arroyo de Chalcoya, que nace por Cerrillos; y cerca de Gabichán, el rio de las Pastorías.

Esta caudalosa corriente, subterránea en una regular extensión, contiene en sus aguas diversas variedades de peces, entre

los cuales merece especial mención el bobo, sabrosísimo de comer, aunque suele andar junto con el *jonote* que, á pesar de tener un sabor exquisito, tiene el inconveniente de poseer una piel gruesa y dura. Abajo de Actópam, abundan el *guapote*, la mojarra y la anguila, y cerca ya de la desembocadura, en el Golfo de México, el róbalo y otra infinidad de animales de rio.

Este, por sí solo, constituye una gran riqueza para el pueblo, pero ha sido causa de que sus habitantes se hayan entregado de lleno á la indolencia, porque cuando se tiene el alimento al alcance de la mano, por regla general, los hombres no se preocupan mucho por el trabajo, sabiendo, como lo saben por experiencia, que son suficientes dos horas de pesca para buscarse, no solamente el sustento de un dia para la familia, sino tal vez el de una semana.

En nuestro país se ha podido notar que las localidades más ricas en productos naturales son las más atrasadas. porque sus habitantes sólo se afanan por el presente y, satisfechas las necesidades de momento, únicamente piensan en solazarse, viviendo en la más completa holganza; y como por otra parte, el clima les es favorable, les basta como abrigo un calzoncillo ancho, de manta. y una camisa holgada de la misma tela, que no cuestan mucho, ni los coloca, para proporcionárselos, en el caso de fatigarse un poco más de lo acostumbrado.

Si á un hombre de esos, indolentes por excelencia, se le ofrece una gratificación de cincuenta centavos por cortar unos rollos de zacate para un caballo, es casi seguro que contestará que no tiene tiempo, que hace mucho calor ó que está distante el lugar, siendo así que cuando se solicita de él ese servicio, está tirado boca arriba en el suelo y á la sombra de un árbol, seriamente entretenido en acariciarse la barriga, el sol no está muy alto, y el zacate se halla á cien metros de distancia.

No es exagerado lo que aquí apuntamos. El ranchero de tierra caliente es la pereza personificada, á grado tal, que, por no molestarse en lo más mínimo, gusta de dejar á la mujer con toda la carga de los quehaceres, por no cambiar, ni por un momento, la cómoda postura de que acabamos de hablar.

Alguna vez pasamos de viaje por un lugar de esos, asoleados y con gran necesidad de comer. Saludamos con cariño á una

mujer que encontramos en el dintel de la puerta de su jacal, y con la mayor amabilidad le preguntamos si podía prepararnos un almuerzo. "No está el hombre" nos contestó. Como esto no significaba una negativa, sino una espera para cuando viniera el hombre, desmontamos y tomamos posesión del gran portal de la casa, cuyo piso estaba cubierto con una tarima, signo de que allí se celebraban los bailes de la comarca, y como era natural, entramos en conversación con la mujer, prodigando, mientras tanto, nuestras caricias á un muchacho de unos tres años, probablemente hijo de aquélla, enteramente desnudo y con una costra de suciedad en la cara, manos y cabeza. Agradecida la mujer á esas muestras de atención, correspondió á nuestra plática con ese acento desapacible de los rancheros de la costa, manifestándonos que su esposo no debía andar lejos, pero que iba á prepararnos el almuerzo. Se disponía á entrar á la casa, cuando por debajo de unos árboles, á pasos cansados, apareció el dueño de ésta. "Hablando del burro y él que rebuzna", nos dijo la mujer, mostrándonos á su esposo: "ahí está el hombre". Entramos en pláticas con éste, y á una indicación de su mujer, tomó su atarraya, se dirigió al rio y volvió al cabo del rato con dos mojarras que nos comimos con el mayor placer, después de condimentadas en una salsa picante.

Como podrá notarse, gente que sólo necesita una atarraya y una escopeta para vivir, no se ha de distinguir mucho por su laboriosidad.

La pesca, la caza y los productos naturales, constituyen para el habitante de Actópam los principales y mayores elementos de vida.

En los pocos bosques del municipio y las muchas *acahualeras* existentes en todo el territorio, hay diversos animales de caza, cuadrúpedos y volátiles, que aquellas gentes saben aprovechar en su favor, siempre que les viene en gana.

Entre los árboles frutales con que cuentan, sembrados por la próvida naturaleza y que no exigen el más mínimo cuidado por parte del hombre, nacen, crecen y producen sus delicados frutos, el mango, contándose varias clases, entre los cuales descuella el de Manila, el de China y el largo, el zapote mamey, el chico zapote ó níspero, el zapote prieto, el zapote domingo, la

ahona, la cabeza de negro, la guanábana, el plátano, el coco de aceite, el coyol, el jobo y las demás frutas intertropicales.

Entre las raíces suculentas se cuentan la jícama, la yuca, el camote, el sagú, el chayotextle y otras.

Entre las plantas cultivadas existe la piña, mereciendo especial mención la que se produce por San Isidro, límite con San Carlos, municipio del cantón de Veracruz, la cual sin exageración, es del tamaño de un mediano pilón de azúcar y muy parecida por su aspecto y sabor á la de Cuba, llamada mansa, para distinguirla de la pequeña, tan conocida de nosotros, que nombran *cimarrona*.

El café suele darse en las laderas de los lugares altos y acaso ahí pudiera prosperar ese cultivo, previos algunos experimentos.

El maiz de grano grande, el frijol de todas clases y el arroz, constituyen los principales renglones de agricultura que explotan todas aquellas gentes.

El pueblo de Actópam tiene excelentes terrenos para potreros de ganado vacuno, pero sería necesario, para obtener grandes rendimientos en esa empresa, que se formasen antes prados artificiales, en razón de que el excesivo calor quema los pastos naturales, y hay una época del año en que los campos se presentan tristes y sin una brizna de yerba en su superficie.

Cerca del pueblo de Actópan existen dos vegas, la una grande, por cierto muy pedregosa, la otra chica, mejor que la primera, en donde se dan el maíz y el frijol con una lozanía admirable.

No obstante las ventajas que acabamos de enumerar no creemos mucho que prospere Actópam, como era de esperarse. Para eso sería preciso substituir la gente actual por otra más trabajadora, con perdón sea dicho de las personas laboriosas. Convendría la inmigración de la de tierra fria, pero desgraciadamente ésta se enferma en aquellos lugares. El calor les hace buscar el agua, y raros son los individuos que no se granjean una fiebre palúdica ó unas tercianas, después de dos ó tres baños en el rio. Además, el rocío de los campos les hace mucho mal, si se humedecen con él los piés ó se empapan los vestidos.

El Municipio de Actópam carece de bosques en toda la acepción de la palabra, de modo que no tiene mucha madera para las construcciones de sus casas, utilizando al efecto la de un árbol de doce ó catorce metros de altura, llamado *jobero*, del cual saca las vigas y los horcones de que ha de menester.

El actopeño es parecido al jarocho, hijo generalmente de español y negra, de español y mulata, ó de mulato y mulata, de color claro, pelo crespo y airoso andar, pero no se distingue mucho por el acento de su locución, que tiene un *dejo* especial. Habla el castellano á estilo del curro español, pero á diferencia de éste, no pronuncia la z, y la s la suprime, por regla general, en las expresiones que la traen, ó la substituye por j, dando á cada palabra un acento no prescripto por la prosodia castellana. Al saludarlo, contesta *bueno diaj*, *adioj*, dándole á la *o* de esas frases una pronunciación muy abierta. Los criollos hablan como nosotros.

En la comprensión de Actópam está situada la magnífica hacienda de Tortugas, que no ha producido todo lo que debía, porque sus dueños no se han resuelto á explotarla seriamente.

Siendo tan rico como lo es indudablemente el Municipio de Actópam, esperamos, con fundamento, que andando el tiempo ha de ser un pueblo de trabajo y de vastas especulaciones. Se necesita nada más, ya que entre nosotros todo lo dejamos á la acción del Gobierno porque no tenemos iniciativa, que la paz no se altere por ningún motivo, á fin de que no se distraigan nuestros gobernantes, y puedan dirigir sus miradas todas al bien de los pueblos y de la agricultura, la principal riqueza del país, que ha de hacer de nuestra nación una de las primeras del Mundo.

Nada podemos decir de la parte arquitectónica de los edificios del pueblo, porque en esto Actópam se parece á los más humildes caseríos del país; no hay completo orden en la distribución de los solares, ni las casas son otra cosa que jacales, levantados como los que se construyen para satisfacer necesidades del momento.

Sobre el rio de Actópam se ha construído un puente colgante que desde hace cuatro años presta sus servicios al vecindario, sin sufrir el menor deterioro, bien es que sólo se utiliza

en la época de las grandes corrientes, cuando no se alcanza vado para pasar el rio.

Con este artículo hemos pensado dar por ahora fin al trabajo que emprendimos con tanto gusto. Bien sabemos que hemos sido parcos en las descripciones que hemos hecho; pero de ello ha tenido la culpa el temor que siempre abrigamos de hacernos cansados. Probablemente dentro de poco tiempo emprenderemos en una obra que será un complemento de ésta, luego que hayamos reunido todos los datos que necesitamos.

Esta nueva obra en forma de Diccionario indicará las localidades en donde se dan ó se puedan dar los frutos de mayor rendimiento y otras noticias de importancia.

FIN.

